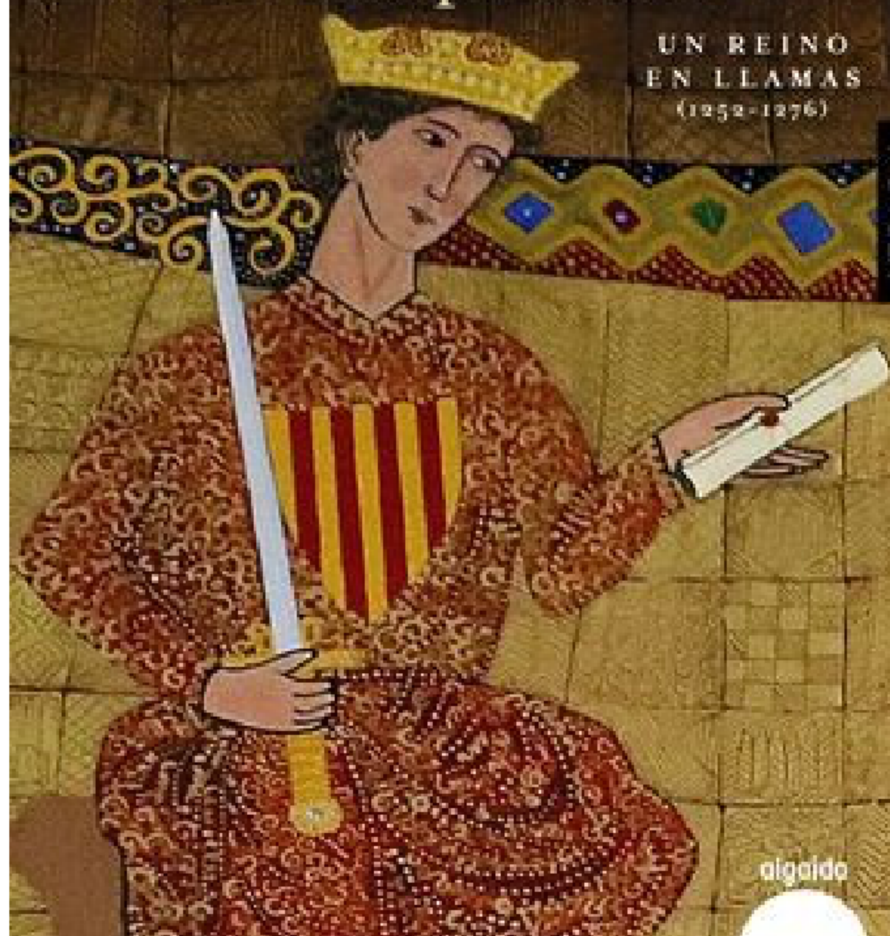
J. R. BARAT

La extraordinaria historia de Jaime I el Conquistador



J. R. BARAT

La extraordinaria historia de

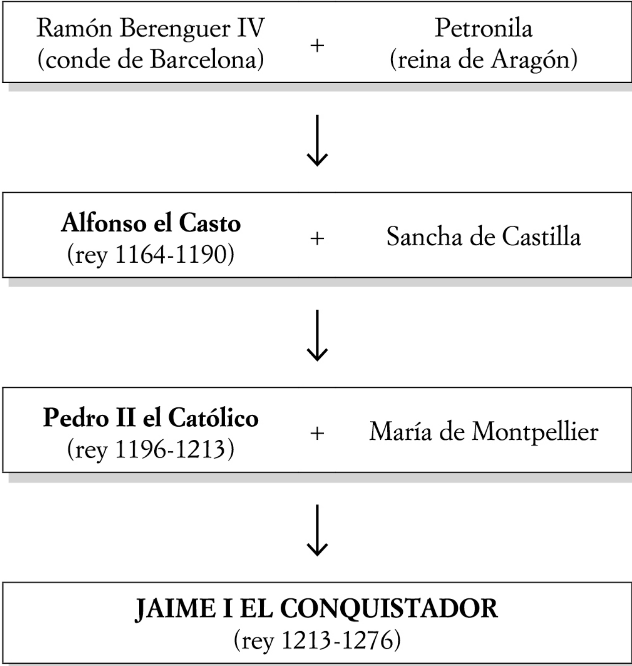
Jaime I el Conquistador

UN REINO
EN LLAMAS
(1252-1276)

algaida

ÍNDICE

ÁRBOL GENEALÓGICO DE JAIME I



ESPOSAS E HIJOS LEGÍTIMOS

Leonor de Castilla
(reina 1221-1230)

Alfonso
(1222-1260)

Violante de Hungría
(reina 1235-1251)

Violante + Alfonso X el Sabio
(1236-1301) (rey de Castilla)

Constanza + Manuel de Castilla
(1238-1269) (infante. Hermano de Alfonso X)

Pedro + Constanza de Sicilia
(1240-1285) (hija de Manfredo)

Jaime + Esclaramunda de Foix
(1243-1311) (hija de Roger IV de Foix)

Fernando
(1245-1250)

Sancha Religiosa
(1246-?)

Isabel + Felipe III el Atrevido
(1247-1271) (rey de Francia)

María Religiosa
(1248-1267)

Sancho Religioso
(1250-1275)

Teresa Gil de Vidaure
(reina consorte c. 1254-1265)

Jaime de Jérica + Elfa de Azagra
(1255-1285) (nieta de Teobaldo I de Navarra)

Pedro de Ayerbe + Aldonza de Cervera
(1259-1318)

AMANTES CONOCIDAS E HIJOS ILEGÍTIMOS RECONOCIDOS

Elo Álvarez	
Aurembiaix	
Blanca de Antillón	**Fernando Sánchez de Castro** (1240-1275)
[illegible]	**Fernando, abad de Montearagón**
Berenguela Fernández	**Pedro Fernández de Híjar** (1245-1299)
Elvira Sarroca	**Jaime Sarroca** (muerto en 1289)
[illegible]	**Pedro del Rey** (muerto en 1308)
Guillerma de Cabrera	
Berenguela Alfonso	
Sibila de Saga	

Prólogo

Un hombre es un milagro irrepetible que en ocasiones determina el devenir de los acontecimientos. Tal sucede con Jaime de Aragón, el protagonista de esta historia. Sin él, el mundo que conocemos, nuestro mundo, habría sido muy diferente de como lo hemos heredado.

Por lo pronto habrá que decir que su vida se debió a una suma de azarosas casualidades, si se admite que el azar existe y no es la Providencia la que teje con su mano sabia y paciente el destino de los hombres.

Para un individuo del siglo xxi, comprender el comportamiento de personajes que vivieron ochocientos años atrás puede resultar complejo, por no decir imposible. Es probable que los seres humanos seamos siempre los mismos, con nuestra carga de sentimientos y emociones, pero las costumbres y los usos difieren —incluso abismalmente— de una época a otra, de una a otra sociedad.

Si viajáramos al corazón de la Edad Media, hallaríamos un laberinto de arenas movedizas y fronteras cambiantes. Europa era un escenario de fanatismo y violencia incontrolada donde reyes cruzados, emperadores herejes, papas inquisidores, nobles cátaros, obispos ambiciosos, caballeros templarios, piratas berberiscos, califas sarracenos, bizantinos y mongoles se enfrentaban en una interminable guerra de todos contra todos.

El reino que heredó Jaime con cinco años era uno de los más poderosos del continente: Aragón, Cataluña y el sur de la actual Francia; una enorme extensión de territorios feudatarios de su corona a ambos lados de los Pirineos, que limitaba al norte con los francos, al oeste con los reinos cristianos de Navarra y Castilla, al este con el Sacro Imperio y al sur, según la Marca Hispánica, con los musulmanes.

Suele ocurrir que las grandes historias empiezan a fraguarse mucho antes del nacimiento del héroe, en ese espacio brumoso donde la realidad y la leyenda se confunden, y esta no es una excepción.

Discurría el siglo XII *cuando la joven Eudoxia, hija del emperador de Bizancio Manuel Comneno, fue prometida al rey de Aragón, Alfonso el Casto, que de casto no tenía nada. Tal vez por esto y por su afición a la música había quienes preferían llamarlo el Trovador. El viaje de la*

princesa estuvo plagado de dificultades y desgracias, hasta el punto de que tardó casi medio año en aparecer por los territorios del futuro esposo. Alfonso el Casto, impaciente y alocado, cambió de planes durante la espera y prefirió unirse a la Corona castellana, con la que tramaba la guerra contra los moros, y de manera inopinada contrajo matrimonio con Sancha de Castilla, dejando con un palmo de narices a la bizantina.

En cuanto llegó a Montpellier, que por aquel entonces pertenecía a la Corona de Aragón, y fue informada del suceso, Eudoxia intentó suicidarse. Finalmente, aconsejada por unos y por otros, aceptó humillada el matrimonio con el señor de la ciudad, Guillermo VIII, a pesar de que jamás hasta entonces una princesa se había casado con un simple señor. De esa boda inaudita nació dos años más tarde María de Montpellier.

Entretanto, Alfonso el Casto vivía lleno de remordimientos. Cierta noche, tuvo un sueño en el que se le apareció la muerte para recordarle que estaba en pecado mortal por haber faltado a su palabra de rey y haber engañado a la princesa bizantina. La pesadumbre acabó convirtiéndose en una terrible congoja que amenazaba con asfixiarlo. Hasta que otra noche volvió a aparecérsele la muerte diciéndole que el tiempo de enmendar su falta se terminaba y que solo había un medio para hacerlo: casando a su primogénito, Pedro, con la hija de Eudoxia. De ese modo, la sangre de Aragón se uniría con la sangre bizantina y la afrenta sería reparada.

Pedro de Aragón y María de Montpellier, pues, fueron obligados a casarse. Y de ese matrimonio inverosímil y condenado al fracaso desde el primer día nació inesperadamente Jaime, el protagonista de nuestra narración.

Esta que sigue es, a grandes rasgos, la historia de su vida después de la muerte de su esposa doña Violante.

Su milagro.

1.ª Parte

(1252-1261)

1

La muerte de Violante de Hungría fue un mazazo del destino del que Jaime tardó casi un año en recuperarse. Había sido la esposa perfecta y estaba seguro de que jamás encontraría otra mujer como ella. Le había dado nueve hijos y lo había ayudado a conquistar Valencia y a gobernar el reino con su sentido común y su discreción. Hábil con los nobles, prudente con los ricoshombres, encantadora con reyes y príncipes, tolerante con judíos y sarracenos, sabía dar a cada uno lo que necesitaba y negociar siempre con un alto sentido de Estado.

Durante aquellos meses, el monarca se dejó arrastrar por la indolencia, incapaz de sobreponerse a la fatalidad de que Violante hubiera abandonado el mundo con treinta y seis años, dejándolo huérfano y sin asideros, y solo ahora, extraviado en su soledad, podía alcanzar a comprender los enormes méritos de su esposa.

Jaime se refugió en su piedad religiosa y vivió alimentándose de oraciones y recuerdos, mientras que sus hombres de confianza —Bernardo de Entenza, Jimeno Pérez o Asalid de Gúdar, sobre todo— se encargaban de los asuntos de gobierno.

El consuelo que encontraba en sus plegarias y en su vida retirada le devolvió poco a poco la fe en los designios irrefutables de Dios, y estaba seguro de que el Altísimo trazaba los derroteros del mundo, aunque él, pobre mortal, no los comprendiera cabalmente.

Pero los problemas de su gobierno eran tantos y tan grandes que era imposible mantenerse al margen de la realidad durante largo tiempo. Así, sin darse cuenta, fue recuperando las ganas de volver a la vida. Pronto advirtió que el reino necesitaba del rey y que el rey necesitaba también del reino, y comenzó a recorrer de nuevo las tierras, los castillos y las villas que se hallaban bajo su cetro y a dejarse seducir por los afanes cotidianos de la existencia.

Al fin y al cabo, estaba completamente convencido, Violante lo seguía protegiendo desde el más allá y velaba por él.

Blanca de Antillón ganaba con los años. Había cogido un poco de peso, pero al soberano le pareció que estaba más hermosa y apetecible que nunca.

—Hacía mucho tiempo que no os veía —dijo Blanca a modo de bienvenida—. Pensaba que os habíais olvidado de mí.

—Sabéis que no haría eso nunca —respondió Jaime, besándole la mano.

Ella sonrió con aire triste.

—Lo sé. Estoy al tanto de la muerte de vuestra esposa y vuestro hijo.

Se hallaban en uno de los balcones orientados al norte, desde el que se divisaban las espesuras boscosas tras las que daban comienzo los Pirineos.

—Si solo fuera eso… —añadió Jaime con pesadumbre—. No sé si me creeréis, pero a medida que voy envejeciendo cada vez tengo más problemas.

—Vos no sois viejo —protestó Blanca con un soplo de coquetería—. Sois un hombre maduro, lo que os hace aún más interesante. —Blanca se acercó hasta el rey y se quedó mirando su cabello—. Tenéis un montón de canas. ¿Lo sabíais?

—¿Veis? Me hago viejo.

Blanca se puso de puntillas y lo besó en los labios con suavidad.

—A mí me gustáis con canas y todo.

Jaime volvió a besarla, esta vez con brusquedad, como si deseara recuperar con aquel beso el tiempo que habían permanecido sin verse.

—¿Y mi hijo?

Blanca lo condujo hasta una terraza desde la que se veían los establos y las cuadras. También se podía observar una empalizada con caballos de montar junto a la cual había algo de gente.

—Ahí tenéis a Fernando Sánchez, barón de Castro, vuestro hijo —afirmó Blanca orgullosa—. Anda siempre entre los soldados y los hombres de armas. Le encantan los caballos. Todos los días me pregunta cuándo lo dejaré ir a la guerra.

El soberano aragonés sonrió.

—Vamos. Quiero hablar con él.

Blanca y Jaime descendieron a la planta baja de la vivienda, atravesaron el patio de la entrada y salieron a la zona donde estaban las caballerizas.

Cuando llegaron, encontraron una escena divertida. Un chico de diez años y un hombre vestido con una simple túnica luchaban con espadas de madera mientras los demás formaban un corro alrededor y los jaleaban.

Al ver al rey, los adultos abandonaron la bulla y adoptaron una actitud respetuosa. El que peleaba con el joven Fernando también se quedó inmóvil, momento que aprovechó el mozalbete para tocarlo con la espada en el estómago, simulando que le daba muerte.

—¡Os vencí! —gritó el chico.

El hombre puso cara de pasmo. No sabía si fingir que se caía al suelo, derrotado, o continuar de pie en señal de respeto hacia el rey.

Jaime soltó una carcajada. Luego desenvainó su espada y apuntó a Fernando, que, sin pensárselo dos veces, comenzó a luchar contra su padre como si estuviera haciéndolo contra un encarnizado enemigo. El rey se limitó a esquivar las embestidas furiosas pero torpes del chico. Al fin, cuando consideró que la broma ya se alargaba suficiente, levantó los brazos en alto.

—¡Me rindo!

Fernando aprovechó para tocar con la punta de la espada el vientre del monarca.

Todos los presentes aplaudieron la bravura del joven.

—¡Eres valiente! —celebró Jaime convencido—. ¡Creo que llegarás a ser un gran guerrero! ¡No quisiera estar en la piel de tus enemigos!

Los hombres volvieron a reír al escuchar aquellas palabras.

El rey puso su mano sobre la cabeza del chico y le revolvió el cabello, castaño y abundante, en un gesto de cariño. Fernando era espigado, flaco, y había en sus ojos una expresión de firmeza. A Jaime le gustaba aquel mozuelo.

—¿No le vas a dar un beso a tu padre? —preguntó Blanca.

El muchacho abrió los brazos. El soberano lo cogió por las axilas con sus manazas, lo levantó en volandas y le dio varias vueltas en el aire.

—Esta tarde iremos a cabalgar juntos —propuso el rey—. ¿Te apetece?

—Claro —respondió el chico entusiasmado.

—Os noto preocupado —observó Blanca.

Se habían sentado en la hierba, a la sombra de unos castaños. Ante ellos el río serpenteaba con una cristalina mansedumbre. Más allá de la verde celosía que formaban las copas de los árboles se entreveía el azul purísimo del cielo, salpicado de diminutas nubecillas blancas.

El pequeño Fernando, a unos treinta pasos de distancia, seguía el curso de los peces en la corriente remansada del río y les tiraba piedras de vez en cuando.

—Por eso tengo tantas canas —bromeó el rey.

Blanca se tendió sobre la hierba y cerró los ojos.

—Supongo que estaréis al tanto de la muerte del rey de Castilla —dijo Jaime.

—¿Y eso es lo que os preocupa?

—No sé qué pensar. Creo que Fernando III ha sido un gran rey y solo espero que su hijo se le parezca, aunque no las tengo todas conmigo.

—Es vuestro yerno, ¿no? Ahora vuestra hija es la reina de Castilla.

Jaime apoyó la espalda en el tronco de un árbol.

—Mi hijo Alfonso y mi yerno se entienden a las mil maravillas, aunque yo no entiendo a ninguno de los dos. Muchos de los ricoshombres aragoneses, que me sonríen y adulan, están siempre maquinando a mis espaldas. En el sur se me amontonan los problemas con los musulmanes. He logrado desterrar a un caudillo llamado Al Azraq, que era el que había soliviantado a los campesinos, pero las fronteras con Murcia y con Castilla siguen siendo débiles, ya que la mayor parte de la población es sarracena.

—¿Cómo es eso?

—Los cristianos de Aragón y Cataluña no quieren irse tan lejos, a pesar de que reparto tierras y casas en abundancia. La gente teme dejar lo conocido, sus hogares de siempre. Para alguien de Barbastro no debe de ser fácil abandonar su tierra y empezar una nueva vida en Albaida o en Alcoy.

Jaime guardó silencio. Su mirada se había posado en el pequeño Fernando, que corría por la orilla del río, siguiendo el curso de una rana y dando gritos. Pensó en su hijo muerto, también llamado Fernando, y se dijo que la vida es una lotería caprichosa y absurda. Unos viven y otros mueren porque lo dictamina la Providencia o el azar. ¿Quién puede saberlo? ¿Por qué Dios, en su infinita sabiduría, concede la gracia de una existencia plena de vigor y satisfacciones a unos y, en cambio, les escamotea toda posibilidad de florecimiento a otros?

—¿Hay más todavía? —preguntó Blanca, tumbada y con los ojos cerrados.

Jaime regresó al presente. Recordó la última carta recibida desde Montpellier. En ella, Raimond Atbrand lo prevenía de inminentes conflictos.

—En el norte las cosas tampoco van bien.

—Cuando decís el norte, ¿a qué os referís? Vuestro reino es tan grande que no sé dónde situar el centro de vuestro poder.

El rey contemplaba a Fernando, que se había subido a un árbol como un gato salvaje.

—Montpellier. Creo que cometí una estupidez y ahora lo voy a pagar caro.

—Allí siempre os han estimado, ¿no?

—Bueno, eso era antes, según parece.

—¿Por qué decís eso?

—Es largo de contar. Hace un par de meses, de acuerdo con el lugarteniente de la ciudad y algunos funcionarios, decidimos apropiarnos de la *mealha,* que es un tributo que suele gestionar el propio municipio. No podéis figuraros la polvareda que se levantó. La *mealha,* junto con la lezda, genera importantes ingresos económicos.

—Y las arcas reales a veces necesitan dinero…

—Claro.

—Comprendo. Queríais gestionar un impuesto que no os correspondía por ley.

—Eso creo —reconoció Jaime apesadumbrado—. El caso es que se ha armado un gran revuelo y he tenido que volver atrás. Los burgueses me miran con malos ojos. Los cité en Barcelona para juzgar el asunto, pero ni siquiera se dignaron a venir.

—¿No podéis obligarlos?

—En realidad, el soberano originario de Montpellier es el obispo de Magalona, una serpiente con sotana. Los burgueses, que antes lo odiaban, se han hecho fuertes con su apoyo. Además, también han apelado a la ayuda de Carlos de Anjou, el actual conde de Provenza.

—Pero ¿vos no sois señor de Montpellier?

—Sí, claro, aunque el que gobierna, como os digo, es el obispo. Yo, en realidad, no soy más que un vasallo suyo.

—¡Cualquiera lo entiende!

—A los montpellerinos lo que más les preocupa es defenderse de los marselleses, sus enemigos comerciales. Deben de haber pensado que están mejor protegidos con ellos que conmigo. No sé de qué forma voy a solucionarlo.

—¿Quién es ese clérigo que, según decís, parece una serpiente?

Jaime rio a su pesar.

—Es un reptil, no os quepa ninguna duda, que siempre estuvo al servicio de Blanca de Castilla, la reina francesa. Ahora que la reina ha muerto, se pondrá a las órdenes de su hijo, el rey Luis. Si el obispo se convierte en vasallo del Capeto, yo seré de manera indirecta vasallo del francés. ¿Os dais cuenta de la jugada?

Blanca se incorporó. Abrazó sus propias rodillas y contempló a Jaime, entre divertida y preocupada.

—Esto de la política es demasiado complicado.

—Soy señor de Montpellier, pero no rey. Esa es la verdad. Y no

tendré más remedio que aceptar lo que el destino me depare.

—Necesitáis olvidaros de todo por un tiempo. Si no lo hacéis, terminaréis perdiendo la razón.

—A veces me pregunto si no la he perdido ya un poco.

Fernando llegó corriendo hasta ellos.

—Madre, quiero cabalgar un rato.

Blanca y Jaime se pusieron de pie.

—Me parece una buena idea —dijo el monarca, alzando la vista y atisbando la lejanía—. ¿Qué tal si vamos a echar un vistazo a aquella loma?

—Seguro que la alcanzo antes que vos —gritó el niño echando a correr hacia los caballos, que pacían tranquilos a unos cuantos pasos de distancia.

—¡Este muchacho es un remolino! —exclamó Blanca sonriendo.

—Es una bendición del cielo —replicó Jaime cogiéndola de la mano.

Barcelona crecía a pasos agigantados. Se estaba convirtiendo en una de las mayores urbes del Mediterráneo. La actividad comercial era tan grande que no paraban de llegar nuevas gentes, atraídas por su prosperidad. Las obras del puerto habían costado varios años y al fin habían concluido, así como las murallas recién construidas, que no podían contener el crecimiento extramuros. Las viviendas brotaban sin control formando barrios interminables, tanto hacia la playa como hacia la montaña de Montjuic.

El rey abandonó el palacio en compañía de algunos hombres de su séquito. Deseaba saludar personalmente a doña Martina de Lécera, una dama que acababa de enviudar de uno de los caballeros más leales de don Guillem de Moncada.

Acompañado de varios consejeros y unos pocos hombres de armas, Jaime llegó a la casa de doña Martina tras callejear un rato. Le gustaba hacerlo de vez en cuando para comprobar por sí mismo el aspecto que iba adquiriendo aquella ciudad a la que tanto amaba.

—Esperad aquí —les dijo cuando uno de los sirvientes les abrió la puerta—. No tardaré mucho.

Los consejeros asintieron con una leve inclinación de cabeza.

El sirviente condujo al monarca hasta el salón principal de la casa, que tenía las puertas entornadas, anunció la presencia del soberano y lo invitó a pasar con una reverencia.

Doña Martina de Lécera y la dama que la acompañaba se pusieron de pie al verlo entrar. Estaban junto a una de las ventanas que daba al

jardín. La viuda debía de haber sobrepasado ya la cuarentena. Era una mujer algo obesa, poco agraciada físicamente. El negro de su atuendo delataba su reciente viudedad. La otra mujer lucía un brial granate oscuro. Parecía bastante más joven y estaba mucho más delgada.

—Majestad —dijo la anfitriona—, es un honor…

—Doña Martina, lamento lo de vuestro marido. Andreu de Calaf fue uno de los mejores caballeros que combatieron siempre por la corona de Aragón. Su pérdida es una desgracia para todos.

Doña Martina se limpió un par de lagrimitas con el pañuelo que tenía en la mano derecha. Luego señaló con el rostro a la mujer que estaba a su lado.

—Gracias, mi señor. Permitidme que os presente a doña Teresa.

Jaime desvió los ojos y contempló con curiosidad a aquella mujer que lo estaba observando con una sonrisa indescifrable.

—Es un placer, mi señora.

La dama inclinó apenas la cabeza en señal de reconocimiento y siguió mirando fijamente al rey. En sus ojos había un destello de ironía y tristeza. Jaime se quedó observándola unos instantes extrañado. Aquel rostro no le era desconocido del todo. Era posible, incluso, que hubiera visto a aquella mujer en otra ocasión, pero ¿cuándo y dónde? Hizo esfuerzos por recordar, pero no fue capaz de conseguirlo.

—¿Nos conocemos? —preguntó al fin.

—Así es, mi señor.

Jaime se daba a todos los diablos. ¿Cómo era posible que hubiera olvidado a una mujer tan hermosa como aquella?

—Pues a fe mía que no recuerdo dónde nos hemos visto anteriormente. Estoy sinceramente confundido.

—Nos vimos por última vez hace veinte años. Yo tenía solamente catorce.

Jaime frunció el ceño mientras la miraba atentamente y escarbaba en el arcón de su memoria. De pronto, su rostro se contrajo en una mueca de incredulidad.

—¿Sois Teresa Gil de Vidaure?

—Para serviros, majestad.

El rey pestañeó varias veces porque creía que era víctima de un encantamiento. Teresa seguía siendo tan bella como en su lejana pubertad. Jaime sintió que su corazón había comenzado a latir violentamente. El destino volvía a poner a su alcance a aquella mujer por la que él hubiera cometido cualquier locura veinte años atrás.

—¡Vaya! —exclamó doña Martina, que asistía maravillada a aquel inesperado reencuentro—. ¡No me digan que ya se conocían!

Jaime obsequió a la anfitriona con una sonrisa gentil.

—Así es, mi señora. Doña Teresa y yo somos viejos amigos.

—Pues, entonces, sabréis que doña Teresa también es viuda —comentó doña Martina.

Jaime volvió a mirar a Teresa. La incredulidad había dado paso a la inquietud.

—¿Viuda?

—Mi marido murió del garrotillo hace seis años.

—¿Don Pedro Sánchez?

—Veo que recordáis su nombre.

—Y también recuerdo que era señor de Lodosa.

—Tenéis buena memoria, majestad.

Jaime se preguntó si ella también se acordaría de la promesa incumplida.

—Lamento también su muerte —dijo el monarca, tratando de espantar con aquella frase la mala conciencia.

Los tres eran viudos, así que no tardaron en derivar la conversación hacia lo que los unía en aquellos momentos. Durante una hora Jaime conversó con ambas damas sobre la fragilidad de la existencia y los vaivenes de la fortuna. Doña Martina hablaba casi más que el propio rey, enhebrando unos temas con otros con pasmosa facilidad. Del extravío inicial, tras el reciente fallecimiento de su marido, pasó a desgranar las desventuras a que se veía sometida por la tarea de sacar adelante sola a seis hijos, y de los hijos pasó a reflexionar acerca de la educación y el respeto a las tradiciones.

Teresa permanecía callada mientras doña Martina hablaba y Jaime replicaba con observaciones y comentarios. El rey aprovechaba cualquier momento para observarla. Teresa tenía el cabello negro como el azabache recogido en un moño, los ojos del color del otoño y la boca carnosa. Su piel era blanca y sus rasgos delicados y suaves. Desprendía elegancia en cada gesto. Estaba tan deseable como cuando la conoció.

—¿Y vos? ¿No tenéis hijos? —preguntó Jaime a Teresa.

—Un varón. Se llama Sancho. Ya tiene cinco años.

—El difunto marido de Teresa, don Pedro Sánchez, era primo mío —intervino doña Martina—. Su muerte fue una verdadera tragedia, pero yo le digo a doña Teresa que no se aflija, que es joven todavía…

—Yo no volveré a casarme —replicó Teresa Gil sin dejarla terminar —. Amaba a Pedro y estoy segura de que no podré querer a ningún otro hombre.

Jaime se preguntó si estaba pensando en él al decir aquellas palabras. ¿Qué había ocurrido realmente entre ellos dos en la lejanía

de Albarracín? ¿Qué fue de su promesa de desposarla? ¿Qué sentimientos albergaba Teresa respecto a él? ¿Rencor, odio, añoranza, indiferencia…?

Se preguntó qué sentía él, en qué creía, cuál era el norte que guiaba sus pasos en aquellos momentos de su vida. Había amado con locura a Violante, de eso no tenía ninguna duda, y, no obstante, aquel cariño incondicional no le había impedido desear o querer a otras mujeres, incluso a otras amantes esporádicas de quienes ni siquiera recordaba el nombre. Teresa era la única de aquella interminable lista que no se había rendido a sus pretensiones amatorias.

—No podéis hablar en serio —respondió doña Martina—. El tiempo todo lo cura. Vuestro esposo, don Pedro, que en gloria esté, era un buen hombre que…

—¿Un buen hombre? ¡Solo tenía veintitrés años y apenas pudo disfrutar de su hijo! Era la persona más maravillosa que pueda existir… —Al decir aquello, observó al rey, que seguía sus palabras con interés—. Perdón, majestad, no pretendía ofenderos.

—¿A mí? —El monarca sonrió—. En absoluto.

—Después de la muerte de mi marido solo me queda el consuelo de Dios. Hace ya trece años que enviudé y no paso una noche sin pensar en retirarme a un convento.

—La vida de una monja no debe de ser sencilla —comentó doña Martina.

—Tampoco es sencilla la de una viuda —replicó Teresa.

—Pues si os sirve de consuelo —terció Jaime, divertido por el rumbo de la conversación—, os diré que la vida de un rey es una zozobra continua.

—A veces pienso que Dios nos pone a prueba con excesivo rigor —dijo doña Martina—. No creo que los seres humanos merezcamos sufrir tantas calamidades como las interminables guerras, el fallecimiento de un marido o de un hijo, o una penosa enfermedad.

—Todo lo que sucede está perfectamente diseñado por Dios —arguyó Teresa Gil.

El soberano se levantó.

—Me gustaría retomar esta conversación otro día. No puedo quedarme más tiempo. He de atender asuntos que no admiten demora. ¿Sería posible volver a vernos?

—Teresa viene a visitarme todos los jueves por la tarde, como hoy.

El rey sonrió.

—El jueves entonces —recordó.

Las dos damas se pusieron de pie.

—Gracias por vuestra visita, majestad —dijo doña Martina.

—Señor… —balbuceó Teresa sin mirarlo a la cara.

Jaime dio media vuelta y salió de la sala. A partir de esa misma tarde, el rey comenzó a contar los días que faltaban para que llegara el jueves.

Aquel fue un año difícil. Las sequías habían castigado a los campesinos como no se recordaba en mucho tiempo y las cosechas se echaron a perder. Antes del verano se propagó una brutal epidemia, con toda probabilidad originada por la propia escasez de agua, que diezmó la ganadería. El hambre y la miseria se adueñaron del reino y nadie pudo satisfacer sus obligaciones tributarias, por lo que la mayor parte de los recaudadores de impuestos se presentó ante el rey con las manos vacías.

El soberano hizo venir a palacio a Ben Halfa, un prestamista con el que había cerrado otras transacciones, porque las arcas reales rozaban la bancarrota. Halfa vestía el hábito de los judíos y cubría su cabeza con una kipá negra. Tenía los ojos oscuros, hundidos en las cuencas, la nariz ganchuda y los labios finos. Formaba parte de una pequeña élite económica barcelonesa, que soportaba la continua animadversión de cristianos exaltados.

—Que Dios sea con vos, majestad —saludó Ben Halfa, inclinándose; el joven ayudante que venía con él también bajó la cabeza.

Jaime estaba acompañado de Jimeno, Entenza y Asalid.

—Celebro veros, Ben Halfa. ¿Cómo se encuentra vuestra familia?

—Yahvé nos concede salud, y la salud hace prosperar a los hombres.

—Sabias palabras, judío.

El prestamista agradeció el cumplido con un gesto.

—Amigo mío —dijo el rey con expresión apenada—, ha sido un mal año y necesito vuestra ayuda. Ajustad con mi secretario los detalles del nuevo préstamo, como hemos hecho hasta ahora. ¿Os parece bien?

—Majestad, bien sabéis que nunca os he negado nada. Sin embargo…

—¿Qué ocurre? Siempre os he devuelto el dinero con los intereses que hemos pactado.

—No es eso, mi señor. Precisamente estaba pensando en venir a veros cuando recibí vuestro aviso. He creído que era una casualidad o una señal divina. ¡Estoy en un apuro!

—¿Se trata de la Inquisición?

El judío dijo que sí sin abrir la boca.

—Hace tiempo que nos sentimos presionados, señor. No hemos protestado porque no queremos causar problemas, pero nos acusan de conspirar contra los cristianos, de blasfemar, de desearos a vos enfermedades y desgracias, de representar un peligro social por nuestras costumbres. Nosotros, señor, somos gente tranquila…

El rey pensó en Mosé ben Nahmán, el judío que le había salvado la vida. Y recordó la promesa que le hizo de defender siempre a su pueblo, en especial si era perseguido de manera injusta.

—Nos imputan cosas que son falsas. Dicen que escupimos sobre el crucifijo de Cristo. Señor, no es cierto…

—Calmaos, amigo —pidió el rey—. ¿Quién os acusa?

—Eso es lo malo: no lo podemos saber. La Santa Inquisición se presenta en las casas de los judíos y bajo cualquier pretexto nos lleva. Algunos son encerrados durante días. Estoy absolutamente convencido de que no tardarán en multiplicarse los juicios. El fin está claro: deshacerse de nosotros.

Jaime contempló a sus hombres.

—¿Cómo es que nadie me había advertido de todo esto?

—Señor —balbuceó el barón de Arenoso—, hasta el día de hoy no había mucha agitación. Algún caso aislado, es cierto, pero no le habíamos dado demasiada importancia. Tal vez la Inquisición se está excediendo en el celo de su deber…

Bernardo de Entenza tenía seca la garganta.

—Señor, yo solo puedo asegurar que los judíos no causan problemas. A ninguno de ellos en sus cabales se le ocurriría hacerlo. En cambio, no puedo decir lo mismo de ciertos cristianos que no paran de provocarlos. Poca cosa por ahora…

—¿Poca cosa? —bramó el rey; luego se volvió hacia Ben Halfa—. ¿Habéis sufrido un percance serio?

—He recibido un par de visitas del Santo Oficio. No han logrado demostrar nada, pero no me extrañaría que regresaran cualquier día con una prueba falsa y me llevaran.

Jaime se levantó y comenzó a pasear como un león en una jaula.

—Maldita sea la hora en que acepté esa imposición.

—No hubo más remedio, majestad —recordó Asalid de Gúdar—. La implantación de la Inquisición en vuestro reino era una condición *sine qua non* para que el santo padre os levantara la excomunión.

—Y bien caro que me va a costar… ¡No aceptaré que se cometan injusticias contra los judíos o los musulmanes de mi reino ni aunque las ordene el papa!

—Cuidado, majestad, con lo que hacéis o pensáis —lo previno Asalid—. Hay reyes o emperadores a quienes han excomulgado varias

veces.

Jaime iba a lanzar un exabrupto, pero le pareció indecoroso soltar una impertinencia delante de sus hombres y de aquellos dos judíos.

—No os preocupéis, Ben Halfa. Negociad el préstamo con mi secretario y marchad tranquilo a casa. Os doy mi palabra de que nada malo os sucederá.

—Gracias, mi señor —respondió el judío, visiblemente alterado.

2

Las visitas a casa de doña Martina de Lécera se convirtieron en una costumbre y la costumbre derivó en cita inexcusable.

El soberano se sentía fascinado por la personalidad de Teresa Gil de Vidaure. Su elegancia natural, su refinada sensibilidad y su discreción habían conseguido cautivar al monarca, que veía crecer de manera incontrolable el deseo de poseerla.

La historia volvía a repetirse veinte años después.

Teresa era inmune a los requiebros con que la agasajaba el rey. Al cabo de tres o cuatro visitas, Jaime había acabado por abandonar los formalismos y la cortejaba sin disimulos. Le dedicaba miradas cargadas de intención, frases galantes, sonrisas hechiceras y todo tipo de lisonjas que chocaban con un muro de frialdad. Teresa no se daba jamás por aludida. Cuando el asedio se hacía asfixiante, recordaba lo mucho que seguía amando a su marido y volvía a mencionar sus anhelos de entregarse a Dios.

Jaime se desesperaba. Cuanto más lo rechazaba Teresa, más crecía en su interior aquel fuego que amenazaba con incendiar su alma y su entendimiento.

No había noche que no soñara con ella. Teresa había conseguido desterrar de su cerebro a cualquiera de sus otras amantes. Incluso había olvidado a la propia Violante, y aquella realidad lo llenó de estupor.

Una madrugada se despertó con la entrepierna húmeda. Asombrado, descubrió que había eyaculado mientras soñaba con ella. No le había sucedido desde que era un adolescente. La perplejidad le impidió volver a dormirse y se quedó en la cama, despierto hasta el amanecer, pensando en ella, fraguando planes con los que vencer la enconada entereza con que Teresa lo rechazaba.

Nunca se le había resistido un caudillo, una fortaleza o un ejército enemigo. ¿Cómo no iba a poder conquistar a una mujer de treinta y cuatro años?

Aquel jueves por la mañana recibió una carta de doña Martina de Lécera en la que le comunicaba que debían suspenderse las visitas

porque se marchaba a Calatayud por razones personales. La acompañaba doña Teresa y ambas estarían fuera un par de meses.

El soberano se quedó con la carta en la mano durante un rato, dándole vueltas a lo que acababa de leer. ¿Por qué se iban así de repente sin ni siquiera despedirse? ¿Es que Teresa no sabía de sus sentimientos? ¿Es que huía de él? ¿Tanto desprecio le merecía su persona? ¿Era posible que ella estuviera tramando la venganza por la promesa incumplida en su juventud? Incapaz de responder a sus propias preguntas, mandó aviso a Bernardo de Entenza para que reuniera a los soldados del séquito de manera inmediata y ordenó a los mozos de cuadra que le ensillaran su caballo.

Dos horas más tarde, Jaime y su comitiva partieron de Barcelona en pos de doña Martina y doña Teresa, a las que encontraron a media tarde cerca de Torrelles de Foix.

Cuando fueron alertadas por los guardias del cortejo de la presencia del rey, las dos mujeres creyeron que el monarca se había vuelto loco. ¡Había recorrido casi diez leguas hasta dar con ellas! Las damas descendieron del carruaje intrigadas.

El rey saltó del caballo y fue a su encuentro.

—¿Por qué os habéis marchado de esta forma tan repentina?

—Os mandé una carta —dijo doña Martina—. En ella os explicaba…

Jaime se había quedado observando a Teresa, como si nadie más existiera en aquel momento. Le importaba un rábano lo que pensaran doña Martina o los soldados que los rodeaban. La única persona en el mundo que ocupaba su mente era ella. Ni siquiera esperó a que doña Martina terminara su frase.

—¿Os doy miedo?

Teresa alzó los ojos y vio la mirada del soberano desafiándola ante todos.

—Yo no tengo miedo de nada ni de nadie.

—¿Entonces por qué huis de mí?

—Señor, os ruego que no me atormentéis con vuestra insistencia —urgió humildemente Teresa—. Dejadme ir.

Jaime boqueó. Durante unos instantes se quedó sin saber qué decir, confuso como no recordaba haberlo estado jamás. Apartó la mirada y vio que todos los soldados estaban pendientes de su reacción. Doña Martina lo contemplaba entre estupefacta y comprensiva.

Volvió a mirar a los ojos a Teresa.

—Muy bien, pero antes de que prosigáis vuestro viaje quiero hablar a solas con vos.

Ella permanecía serena. Aceptó la mano que el rey galantemente le

tendía y ambos comenzaron a caminar para alejarse del grupo. Anduvieron en silencio un buen trecho.

Cuando creyó que nadie podría escucharlos, Jaime se detuvo. Ella se soltó de la mano y permaneció en actitud de recatada humildad.

—Teresa, sabéis que os amo. Llevo amándoos toda mi vida.

Ella no respondió nada ni levantó la mirada del suelo.

—Desde el día en que os vi por primera vez, hace ya veinte años, no he dejado de pensar en vos. Os amo con todas mis fuerzas. Quiero que lo sepáis. Id con doña Martina a Calatayud o a donde deseéis, pero no olvidéis mis palabras. Sabed que os estaré esperando.

Teresa levantó los ojos y los posó en el rey.

—¿Vuestras palabras? ¿Acaso puedo fiarme de vuestras palabras?

Jaime tragó saliva. Antes de que respondiera, Teresa volvió a hablar.

—Os he dicho muchas veces que yo amaba a mi marido. Todavía lo amo. Y pienso hacerlo hasta el día de mi muerte.

—Yo también amaba a Violante y no podéis imaginar cuánto la echo de menos. Sin embargo, vuestro marido y mi esposa ya no existen. No podemos aferrarnos a los recuerdos y amar sombras. Nadie, ni siquiera Dios, puede oponerse a los sentimientos de los seres humanos.

—No sé lo que siento por vos ni me importa —afirmó Teresa con una frialdad que resultaba insufrible para Jaime—. Ya os dije que os exoneraba de vuestra promesa. Os lo expliqué en una carta que os envié tan pronto como desposasteis a doña Violante. Supongo que lo recordaréis. No me debéis nada. Os ruego que me permitáis continuar mi camino y mi vida, y olvidéis que me habéis conocido.

Y, sin esperar respuesta del rey, Teresa Gil echó a andar hacia donde estaban el carruaje y los soldados.

El monarca se había quedado petrificado por el estupor. Jamás le habían hablado y tratado así.

—¡Teresa!

La dama se detuvo. El rey llegó hasta ella y le tomó la mano. Se la besó con delicadeza.

—¡Pedidme lo que queráis!

Teresa suspiró.

—No volváis a solicitarme lo que sabéis que es imposible.

—¡Os amo!

—Yo no puedo decir lo mismo.

Jaime la vio marchar. Contempló derrotado cómo Teresa y doña Martina subían al carruaje y cómo este se ponía en movimiento, seguido de la escolta.

Era la segunda vez en su vida que lo rechazaban. ¡Y en ambas ocasiones había sido la misma mujer!

Inocencio IV se creía invulnerable. Había derrocado a Federico II y asistía, igual que un espectador indiferente pero complacido, a la guerra abierta entre sus dos hijos, Conrado y Manfredo. Cuando se destrozaran el uno al otro, él se limitaría a recoger las piltrafas y dárselas a los perros. Había conseguido que se nombrara emperador al hombre que él había escogido según su propio interés: Guillermo de Holanda. Además, contaba con el apoyo de los Capetos y de su terrible ejército para imponer su autoridad política y militar allá donde se le desafiase.

También había puesto en su sitio a Jaime de Aragón, a quien la excomunión y el interdicto habían hecho recapacitar acerca de su papel en el mapa político europeo. El haber instalado la Inquisición en su reino era otra muestra humillante del poder papal.

Jaime no ignoraba que estaba en el punto de mira del pontífice. Inocencio IV perdonaba, pero no olvidaba.

Así estaban las relaciones entre el monarca aragonés y el papado cuando Ramón de Peñafort, el brazo ejecutor de la Santa Inquisición, acudió al palacio real en compañía de dos monjes dominicos una mañana fría y nublada de noviembre.

Peñafort no entendía de retóricas mundanas. Tras el austero saludo, pasó al asunto que lo apremiaba.

—El santo padre confía en vos.

Se habían sentado en una de las salas de la torre principal. Desde allí se divisaba toda Barcelona, hasta el puerto, y la franja agrisada del mar.

—El obispo de Urgel, Ponce de Vilamur —siguió diciendo—, ha sido destituido por su santidad, pero no quiere abandonar la diócesis.

—Yo no tengo nada que ver en esos asuntos.

El soberano había dejado de sentir simpatía por el papa.

—No podéis decir eso en serio.

—¿Por qué no?

Ramón de Peñafort jamás se alteraba. Su proverbial prudencia estaba por encima de las banalidades de este mundo.

—El obispo ha sido declarado culpable de horribles vicios y delitos. Ha comerciado con objetos sagrados, ha cometido incesto con su hermana y, por si no fuera bastante, ha sido acusado de varios adulterios con damas nobles.

Jaime pensó en todos los hombres y mujeres adúlteros. Muchos de

ellos pertenecían a la Iglesia. ¿Y qué? Era algo tan común que resultaba absurdo considerarlo pecado o asombrarse por ello.

—Yo soy el encargado de obligar al obispo de Urgel a abandonar la diócesis en paz —recordó Peñafort.

—Pues hacedlo.

—Sabéis que no puedo. Yo solo tengo unos pocos guardias para hacer cumplir las sentencias y detener a los pecadores, pero carezco de un ejército para llevar a cabo un asalto militar.

—Pedidle soldados al papa.

—No es una broma, majestad. Os los pido a vos. Necesito que me deis hombres para obligar al obispo Ponce por la fuerza.

—Eso vale dinero.

—¿Desde cuándo os preocupan más las cuestiones económicas que la ayuda desinteresada a la santa madre Iglesia?

Jaime contempló a Ramón de Peñafort con curiosidad. Los años empezaban a pasar factura por su físico. Tenía la cara surcada por mil arrugas y los ojos se le habían ido empequeñeciendo hasta parecer los de una ardilla.

—¿Qué hay de un judío llamado Ben Halfa? —preguntó de pronto el rey.

—¿Ben Halfa? Ha sido detenido.

—¿De qué se le acusa?

—De prácticas heréticas.

—¿Tenéis pruebas?

—No, pero las conseguiremos.

Jaime sabía que la Inquisición encontraba pruebas siempre, aunque no las hubiera. Si era preciso, las fabricaba. O torturaba al preso hasta que confesaba delitos que no había cometido. Jaime recordó a Mosé ben Nahmán y sintió un arrebato de furia que a duras penas logró reprimir.

—Ben Halfa es amigo mío —masculló el rey de mal talante—. El hombre que me iba a prestar dinero para pagar a mis soldados. Soltadlo.

Peñafort frunció el entrecejo.

—¿Cómo lo voy a soltar así por las buenas?

—Sabéis que la mayoría de los judíos son personas de bien. Halfa lo es. Si no lo liberáis, no me prestará el dinero para pagar a mis soldados, y entonces no podré daros hombres para que vayáis a Urgel a exigirle la rendición al obispo Ponce de Vilamur.

Ramón de Peñafort se removió inquieto en su silla.

—No es tan fácil. Las cosas de la Iglesia van despacio.

—Las cosas de la Iglesia, como las de la monarquía, van despacio o

rápido según los intereses de cada momento. Haremos ese trato: liberáis a Ben Halfa, por falta de pruebas, y yo mandaré una hueste armada a Urgel.

El dominico se puso de pie y Jaime lo imitó.

—Tendréis noticias mías en breve.

—Id con Dios, monseñor.

Los dos monjes dominicos, que habían estado de pie en todo momento como dos estatuas, salieron de la estancia flanqueando a Peñafort.

El rey los vio desaparecer tras la puerta y, cuando se quedó solo, volvió a sentarse. Sus pensamientos volaron hacia Teresa Gil de Vidaure.

Una semana más tarde, uno de los dos monjes dominicos acudió a palacio para notificarle que el judío Ben Halfa había sido declarado inocente y puesto en libertad.

En cuanto doña Martina de Lécera y Teresa Gil regresaron de Calatayud, Jaime fue a visitarlas.

Durante un buen rato, la conversación giró en torno a temas cotidianos. Doña Martina era una magnífica conversadora y siempre encontraba temas sobre los que hablar. Los hijos, las rentas, los hombres que trabajaban sus heredades, los recuerdos del marido… Teresa prefería callar y escuchar. Parecía siempre ausente, refugiada en un mundo espiritual al que nadie podía acceder. El rey había optado por no presionarla más, al menos por el momento, hasta que no advirtiera algún detalle que invitara a retomar el asedio.

Una de las criadas entró en la sala.

—Doña Martina, en la cocina solicitan su presencia. Será solo un momento.

La anfitriona se levantó.

—Disculpadme.

Jaime y Teresa se quedaron solos. Por la ventana entraba la claridad plomiza del invierno. Bajo el cielo sucio y deshilachado del atardecer, la ciudad simulaba ser un laberinto de callejuelas estrechas que no conducían a ninguna parte.

—Tenía muchas ganas de volver a veros —comentó el rey, intentando no parecer ansioso.

Teresa levantó la mirada y la posó en él.

—He estado meditando.

Jaime sintió que el corazón comenzaba a bombearle con fuerza dentro del pecho.

—No creo que me hablarais en serio —añadió Teresa.
—Yo siempre hablo en serio.
Teresa guardó silencio. Jaime se levantó y se acercó hasta ella. Colocó una rodilla en el suelo y le cogió la mano.
—No he hecho otra cosa más que pensar en vos. Os amo más que a nada…
—Por favor, majestad. Doña Martina regresará en cualquier momento…
—No me importa. Estoy dispuesto a gritarle a todo el mundo que no puedo vivir sin vos…
—Sois impetuoso y enamoradizo.
—No os entiendo. ¿Por qué decís eso? ¿Es que no me creéis?
—Sé que sois un hombre acostumbrado a conseguir lo que desea, pero yo no soy una mujer como las otras.
—¿Qué queréis decir?
—No os hagáis el tonto… Nunca seré una aventura de nadie. Ni siquiera del rey.
—Para mí no sois una aventura.
—Os lo ruego, no sigáis de rodillas delante de mí. Me enoja mucho veros así. Sentaos en la silla, por favor, y comportaos.
Nadie lo había tratado con tanta displicencia, y menos aún una mujer doce años más joven que él.
Jaime tomó asiento junto a ella.
—No puedo casarme con vos —reconoció el rey con expresión fúnebre—. Sin embargo, tenéis mi palabra de que os respetaré como si fuerais una reina.
—Yo no he dicho que quiera casarme.
—No lo habéis dicho, pero yo prefiero que sepáis la verdad, para que no digáis nunca que os he engañado. Si me volviera a casar, crearía un problema sucesorio demasiado grave. Tanto que podría originar una guerra.
—Todavía no os he dicho cuáles son mis sentimientos. Vos creéis que podéis decidir por los demás.
Jaime no comprendía que una mujer le pusiera tantas pegas. No le había ocurrido nunca.
—¡Sé que me amáis! —exclamó el rey.
—No seáis tan presuntuoso.
—Lo sé. Lo noto en vuestra mirada.
En aquellos momentos llamaron a la puerta. Ambos se volvieron y descubrieron a doña Martina, que asomaba discretamente la cabeza.
—Disculpad la tardanza.
Jaime y Teresa sonrieron un tanto forzados.

—¿De qué estábamos hablando? —preguntó doña Martina.

El monarca se puso de pie.

—Lo lamento, pero he de retirarme. Debo resolver varios asuntos importantes. Ha sido un placer verlas a las dos. —Luego se volvió a Teresa—: Adiós, Teresa. Nos veremos muy pronto.

Jaime abandonó la sala sin mirar atrás. Experimentaba una mezcla de sentimientos contradictorios que no sabía cómo dominar.

La guerra y la política, los hijos y el reino… Todo había pasado a un segundo plano desde que aquella mujer había vuelto a aparecer en su vida.

El soberano se hallaba en el patio de armas, conversando con varios de sus consejeros, cuando uno de los criados le avisó de que la visita que esperaba estaba en el salón de recepciones.

—Haced las cuentas y mañana las revisamos —le dijo a Asalid de Gúdar.

—Por supuesto, majestad.

Dejó a Asalid, a Entenza y a Jimeno y subió por la escalera hasta la torre, cruzó un par de pasillos y se dirigió con paso firme hasta el salón. Los dos soldados que hacían guardia en la puerta inclinaron la cabeza.

Jaime entró y oyó cómo uno de ellos cerraba a sus espaldas. En medio de aquella sala espléndida estaba Teresa, acompañada por una doncella de unos quince o dieciséis años.

Teresa vestía un traje azul oscuro, elegante, y se cubría con una capa.

—Habéis venido… —celebró Jaime por todo saludo.

—¿Tenía otra opción?

—Podíais haberos negado.

—No soy tan desconsiderada.

La doncella estaba con la cabeza baja, mirando el suelo.

—Podéis salir —le dijo el rey.

—No —replicó Teresa—. Prefiero que se quede. Lo que tengáis que decirme lo puede escuchar mi doncella.

—De acuerdo. Pero sentémonos.

Tomaron asiento en dos sillones de terciopelo rojo. La criada permaneció de pie a unos metros, en actitud de eterna reverencia.

—Os he hecho venir porque deseo proponeros un trato.

—Vos diréis.

—No puedo casarme con vos por razones obvias. Un nuevo matrimonio crearía un conflicto político de herencias y sucesiones que

nadie entendería. Os ofrezco un contrato de concubinato.

Teresa se puso de pie indignada.

—Nunca creí que me llamaríais a vuestro palacio para insultarme.

—Por favor, serenaos. ¿Por qué decís eso? Al fin y al cabo, es una manera legal de hacer pública una relación.

—¡Nunca seré vuestra amante! ¡Sabedlo de una vez!

—Reconoceré los hijos que nazcan de nuestra relación y serán atendidos como verdaderos príncipes.

—No sigáis, majestad. Mi condición de viuda es para mí más noble que la de concubina. Os ruego que me dejéis marchar.

Jaime se levantó.

—¡Sois más tozuda que una mula! ¿Por qué me lo ponéis tan difícil?

—Hay mil mujeres que aceptarían gustosas meterse en la cama con vos, sin necesidad de firmar ningún papel.

—Pero yo no quiero a otra que no seáis vos.

Ella sonrió sin ganas.

—Guardaos los requiebros, majestad. Yo sigo amando a mi marido.

El rey la cogió del brazo.

—¿Vuestro marido? ¡Abrid los ojos, Teresa! ¡Sois joven! ¡Tenéis toda la vida por delante! ¡Y yo estoy dispuesto a besar el suelo que pisan vuestros pies!

Teresa lo contempló divertida.

—Sois apasionado y temperamental. En el campo de batalla debéis de causar pavor a vuestros enemigos.

—¿Qué puedo hacer para conseguir vuestro amor?

—Mi voluntad no se compra, majestad.

—Volved mañana. Os esperaré con mi confesor y mi notario. Cuanto me pidáis quedará registrado en su presencia. Quiero que veáis que soy sincero con vos y que cumpliré todo lo que os prometa. ¿Qué más prueba de amor deseáis de mí?

Ella se soltó del brazo que la retenía.

—Lo pensaré.

Jaime la vio salir de la sala acompañada de la doncella. Aquella mujer iba a conseguir desquiciarlo.

3

La insistencia de Jaime dio sus frutos cuando llegó la primavera. Teresa Gil no había aceptado ninguna relación amorosa antes de pasar por el altar. Ni siquiera se había dejado besar. Los procuradores de Teresa y los abogados del rey habían tardado casi un mes en redactar los términos del contrato matrimonial, en el que se estipulaba que los hijos habidos entre Jaime y Teresa ostentarían títulos nobiliarios, dispondrían de tierras, heredades y dineros, y formarían parte de la línea sucesoria real por detrás de los hijos de las dos primeras esposas.

Pero Teresa no tenía suficiente. Sus abogados obligaron a firmar al rey un documento secreto, sin el cual no habría boda. Si Jaime modificaba el actual testamento, fuera cual fuera la razón, los hijos habidos entre ambos heredarían un reino. Teresa se mostró inflexible y el monarca no tuvo más remedio que estampar su lacre si quería llevársela a la cama.

El matrimonio de concubinato era una fórmula legal aceptada por la Iglesia, que, si bien no elevaba a Teresa al rango de reina por derecho, sí la catapultaba de hecho al trono. Ante la mirada inquisitiva de Dios y ante el celo de los hombres, Teresa entraba en la historia como la tercera esposa del rey de Aragón.

Jaime eligió Burriana para la celebración de los esponsales porque se trataba de una importante ciudad que, curiosamente, jamás había hollado Violante. El monarca no soportaba que la sombra de la difunta empañara la ceremonia. Tampoco deseaba que aquel acto se convirtiera en un acontecimiento fastuoso al que acudieran cientos de invitados, obispos, condes, reyes o príncipes de países lejanos. Ni él ansiaba una fiesta lujosa ni Teresa, siempre austera y recatada, soportaría convertirse en un espectáculo de feria. No. Ella no aspiraba al brillo de la corte para satisfacer su vanidad personal ni cumplir el anhelo de muchas damas de alcurnia de las que se rodeaba. Ella tan solo pretendía asegurarse de que no iba a ser una más dentro de la legión de amantes anónimas que pasaban por el lecho del soberano. Su dignidad y su devoción religiosa le impedían convertirse en una furcia que se usa y se tira.

La boda fue sencilla y el banquete, íntimo. Cuando al rey le cuestionaban aquella sobriedad en un día tan extraordinario, Jaime respondía con una sonrisa enigmática.

—Estamos en guerra, y la guerra no permite gastos suntuosos. Hay que pensar siempre en el día de mañana.

La alcoba se hallaba alumbrada por la luz que emitían las velas.

Jaime estaba contemplando a Teresa, frente a él. Ambos habían comido y bebido en exceso. Incluso habían bailado al son de los laúdes y las chirimías.

—No sabéis el tiempo que llevo esperando este momento —musitó Jaime mientras se desnudaba.

Teresa permanecía de pie, sin desvestirse. Seguía llevando el pelo atado en un moño, y sus ojos estaban fijos en el rey.

—¿Qué os sucede? —preguntó Jaime sin disimular la ansiedad por verla desnuda.

Se había quedado en calzones, pero ella todavía no había desabrochado una presilla ni desajustado una borla o cordón de su vestido.

—Me gustaría volver a ver vuestro cabello suelto, como cuando teníais catorce años.

Teresa se quitó los ceñidores del pelo y su larga melena negra cayó sobre la espalda. Jaime recordó el día que la había visto por primera vez con una graciosa corona de flores sobre aquella larga cabellera.

—¡Dios mío, sois preciosa!

Y, sin poderse contener, se acercó hasta ella, la rodeó con sus brazos y la besó con furia. Ella se dejó besar, pero no respondió con el mismo ímpetu. Su actitud era sumisa y condescendiente, exenta de pasión.

—¿Qué os pasa?

—Veréis, señor, jamás he estado con otro hombre que no fuera mi marido.

Jaime sonrió comprensivo.

—No os preocupéis. Todos los hombres somos iguales. Y desnudaos ya, por Dios, o me voy a morir de impaciencia.

—Deberéis ayudarme vos. No tengo a mi doncella.

—Lo haré con mucho gusto.

Jaime comenzó a quitarle la ropa sin prisa. La túnica, la saya, la camisa… Por fin Teresa se quitó la ropa interior y se quedó completamente desnuda, el cuerpo frágil, delgado, los muslos proporcionados, los pechos tersos y firmes, poco voluminosos, la

cintura estrecha, el vientre liso. Una discreta mata de vello oscuro y rizado cubría su pubis.

Más que una mujer exuberante, parecía una adolescente aún a medio desarrollar.

—¿Os he decepcionado?

Jaime no sabría qué decir. ¿Lo había decepcionado? Él estaba acostumbrado a Blanca de Antillón, a Berenguela Fernández, a Elvira Sarroca, a Guillerma de Cabrera, mujeres con caderas poderosas y pechos abundantes, muslos prietos y traseros de locura, hembras ardientes como lava volcánica, insaciables y pecadoras compulsivas en la cama… Teresa Gil era todo lo contrario: una niña asustada a la que con toda probabilidad habría que instruir en las destrezas del amor.

El rey le acarició con delicadeza los senos. Luego le palpó las nalgas mientras la besaba en el cuello. Teresa olía muy bien. Desprendía el olor de los amaneceres en primavera. Su piel era suave, tersa y fresca.

Se quitó los calzones y se mostró desnudo.

Teresa ahogó un grito al ver el enorme pene apuntándola como una lanza.

Jaime siguió besándola en los labios, en la nariz, en los pómulos, en las orejas, en el cuello…, al tiempo que sus manos ávidas de placer recorrían aquel cuerpo tierno como un pan recién hecho. El deseo crecía en él a medida que la besaba y la palpaba con dedos voluptuosos. El rey tenía la sensación de que, si apretaba aquellas carnes con fuerza, iba a quebrarle los huesos.

Arrastrado por la lujuria, cogió una mano de Teresa y la llevó hasta su verga. Ella reaccionó como si se hubiera pinchado los dedos.

—¿Qué pasa?

—Siento mucha vergüenza.

—¿Cómo puede ser? ¡No es la primera vez que estáis con un hombre!

Jaime no dejaba de besarla. Sus dedos, más que acariciar, estrujaban las carnes blancas y prietas de Teresa, recorriendo todos sus recovecos corporales.

—¡No me iréis a decir que sois virgen!

—Claro que no. Pero mi marido y yo hacíamos esto a oscuras y sin tocarnos.

El rey creyó que no había oído bien. Se apartó un poco y la observó a través de la penumbra. Teresa parecía asustada.

—¿Sin tocaros?

—Así es.

—Por Dios, que no sé cómo se puede hacer esto sin tocarse — protestó entre extrañado y divertido.

Teresa se acostó sobre la cama, bocarriba, y abrió las piernas con discreción.

—Mi marido se colocaba encima, se movía un poco y terminaba enseguida.

Jaime estuvo a punto de soltar una carcajada.

—¿Y vos?

—¿Yo?

—Sí, vos. ¿Qué hacíais entretanto?

—Pues nada, ¿qué iba a hacer? Estarme quieta.

—Entiendo. Pues venga, levantaos.

—¿Que me levante?

—Sí, poneos de pie. Vamos a empezar desde el principio.

Teresa se levantó de la cama.

—Cerrad los ojos.

Ella obedeció. Jaime comenzó a besarle tiernamente el cuello y los lóbulos de las orejas mientras le acariciaba de nuevo el cuerpo. Volvió a coger la mano de ella y la llevó a su miembro. Ella quiso retirarla, pero él se la retuvo.

—Acariciadme.

—¿Cómo?

—Así —susurró al mismo tiempo que llevaba la mano de Teresa arriba y abajo, agarrada a su pene—. Despacio. Muy despacio…

Enrique de Castilla se presentó en Zaragoza acompañado de un pequeño séquito. El otoño estaba siendo frío y lluvioso, pero aquel día soplaba un aire suave del este que hacía volar las hojas de los árboles en remolinos de luz. Al atravesar el puente de piedra, observó embelesado las márgenes del río, orilladas de vegetación, que parecían pintadas de oro. El infante callejeó por la ciudad hasta que llegó al palacio de la Aljafería, donde lo esperaba el rey aragonés.

Enrique era un hombre joven. Más alto que su hermano Alfonso, y mucho más abierto de carácter, lucía un hermoso bigotillo y una graciosa perilla.

Jaime lo hizo pasar, junto con su comitiva, a una de las salas del alcázar desde la que se veían el río y la parte norte de la ciudad.

—Querido Enrique, estaréis cansado del viaje. ¿Os apetece comer o descansar?

—Luego tendremos tiempo, majestad.

—¿Qué tal por Italia?

—Yo me siento bien en cualquier parte.

En aquellos momentos entró el infante Alfonso. Enrique y él se

fundieron en un abrazo.

—¡Apreciado primo! —exclamó el infante—. ¡Qué alegría veros!

Alfonso llamaba primos a todos los hijos de Fernando III, el difunto rey de Castilla, que era su verdadero primo, porque tenían una edad cercana a la suya.

—¿Qué os trae por Zaragoza? ¿Ya os han dicho que las aguas andan revueltas en Aragón?

Enrique sonrió.

—Lo primero que debéis saber es que en Italia la cosa está aún peor que aquí. Conrado, el hijo del emperador Federico, ha muerto en Sicilia de unas fiebres extrañas.

Todos se quedaron cariacontecidos al escuchar aquellas palabras.

—Estoy seguro de que lo han envenenado.

—¿Quién? ¿Su hermano Manfredo? —preguntó Jimeno Pérez.

—Es muy posible. ¿Quién si no? El caso es que, como os decía, allí la cosa está que arde. Carlos de Anjou se ha convertido en el paladín del papa y se pavonea orgulloso, creyéndose el amo del mundo.

—¿Y qué tal es la relación entre Manfredo y Guillermo de Holanda? —preguntó Jaime.

—Pues mala. Bueno, mala no: es peor que mala. Conrado luchó contra su hermano Manfredo, contra Guillermo de Holanda, contra el santo padre y contra Carlos de Anjou… Ha dejado un hijo, Conradino, al que solo le esperan desgracias y sinsabores.

—¿Por qué decís eso?

—Guillermo de Holanda no podrá gobernar sin la ayuda de los franceses. Pero los franceses no están dispuestos a dársela gratis.

—Ya conocemos a los Capetos —bufó Bernardo de Entenza.

—¿Y qué dicen los príncipes alemanes de todo esto? —inquirió Jimeno Pérez.

—Los príncipes alemanes se dejan querer y lo que un día es blanco al día siguiente es negro. Según ven la balanza, se inclinan a favor de un bando o de otro. Por cierto, Luis de Francia acaba de regresar de la cruzada a Tierra Santa.

—¿Se sabe cómo le ha ido? —preguntó el infante Alfonso.

—Pues mal. La crecida del río y la peste se han encargado de diezmar el ejército.

Jaime llamó a unos sirvientes y mandó traer unos dulces y un poco de fruta.

—Dejemos a los italianos y a los franceses. ¿Habéis hecho las paces con vuestro hermano Alfonso?

El rostro de Enrique se ensombreció.

—Eso no será posible, majestad, mientras yo viva. Y no creáis que

me alegro. Me siento profundamente desgraciado.

Enrique miró con tristeza al infante aragonés.

—Alfonso, a vuestro primo se le ha subido el poder a la cabeza.

—¿Por qué estabais dispuesto a luchar contra él?

—Es una historia larga y penosa.

En aquellos momentos entraron los criados portando bandejas con víveres.

—Pues ahora es el momento de beber y escuchar una buena historia —anunció Jaime—, aunque sea larga y penosa.

Los criados escanciaron vino y los hombres alzaron los brazos en señal de brindis.

—¡Por Aragón! —exclamó el rey, y los demás corearon la propuesta.

Enrique bebió un trago de vino y se llevó un par de granos de uva a la boca. Masticó sin prisa, en tanto buscaba las palabras con las que dar principio a su relato.

—Cuando murió mi padre, que Dios tenga en su gloria, mi hermano ciñó la corona de Castilla y comenzó a comportarse como un pequeño tirano. Me encargó tomar las ciudades de Lebrija y Arcos, cosa que llevé a cabo poco después. Mi padre había previsto en su testamento que esas dos ciudades me serían entregadas a mí. Yo era, pues, el señor natural de ambas villas. Pues bien, ¿qué diréis que hizo mi hermano Alfonso?

Los hombres se alzaron de hombros.

—Llamó al maestre de la Orden de Calatrava y le pidió los privilegios que confirmaban la donación de esas dos villas que mi padre hacía a mi persona. Ni corto ni perezoso, Alfonso cogió los documentos y los quemó en público. Lo peor era que, según las disposiciones de mi padre, me correspondían Morón, Medina Sidonia y Cote. Todo ello lo perdí por el capricho absurdo de mi hermano. Pero eso, aun siendo grave, no fue lo peor. Alfonso también despojó de los señoríos y latifundios a mi madrastra, Juana de Danmartín, a quien siempre odió.

Bernardo de Entenza había oído un chascarrillo, según el cual Enrique y su madrastra, Juana de Danmartín, la última esposa del rey Fernando III, eran amantes desde mucho antes de que falleciera el soberano, si bien no dijo nada. ¿Quién podía saber lo que había de cierto o de falso en las habladurías de la corte?

—Desde luego, el comportamiento de Alfonso no es muy… correcto —lamentó Jaime—. Sé que le dio cobijo a Al Azraq, un musulmán empeñado en destrozar mi reino.

El infante Alfonso torció el gesto. Tenía una inmejorable relación

con el rey de Castilla, su primo Alfonso, y no le hacía gracia que se hablara mal de él en su presencia. Jaime conocía aquella inclinación de su hijo y trataba de alertarlo, pero el infante era tozudo e intentaba desobedecer a su padre siempre que podía.

—Ahora mi hermano está luchando en Portugal —recordó Enrique —, y los moros de Granada no paran de incordiarlo. No debe de estar pasándolo bien.

—¿Y qué dicen vuestros otros hermanos? —preguntó Jimeno Pérez.

—Bueno, la corte de Castilla es inmensa. Allí todo el mundo conspira contra todo el mundo.

—¡Qué novedad! —exclamó Asalid de Gúdar, que no había abierto la boca hasta aquel momento.

—Mi hermano Fadrique no soporta a Alfonso —explicó Enrique—. Tiene también un carácter fuerte y egoísta, y son tal para cual. Felipe y Sancho se dedican a la vida religiosa. Nunca les interesaron las armas. Y, en cuanto a Manuel, no sé qué opinar. Un poco tímido, por no decir simple, y creo que en el fondo admira a Alfonso, a quien ve como un segundo padre. Nada extraño por otra parte, porque Alfonso es catorce años mayor que él.

Jaime alzó la copa.

—Ahora estáis aquí en Aragón, y me complace que hayáis venido. Bebamos.

Se llevaron la copa a la boca.

—Majestad, hay algo que…

El rey se puso en guardia.

—¿Qué ocurre, don Enrique?

—Se trata de un asunto… digamos… personal.

Jaime dejó la copa sobre la mesa.

—Hablad en confianza. Estamos entre amigos.

Enrique miró a todas partes. Bernardo de Entenza, Jimeno Pérez, el infante Alfonso, Asalid de Gúdar y los tres hombres que acompañaban al castellano estaban pendientes de sus palabras. Enrique bajó la voz.

—Es acerca de vuestra hija… Constanza.

El monarca pareció no entender al principio. De pronto, comprendió y curvó los labios en una sonrisa.

—¿Mi hija?

—¿Por qué os sorprendéis, majestad? —preguntó Enrique un tanto confuso.

—¿Os gusta Constanza?

Enrique tragó saliva.

—Majestad, con todos los respetos, Constanza es… Bueno, quiero decir que…

Los demás estaban con la boca abierta y los ojos expectantes, esperando la culminación de aquella frase entrecortada. Enrique se dio cuenta de que era el objeto de atención y comenzó a farfullar incoherencias.

—Quiero decir que… Constanza…, vamos, que vuestra hija… Yo…

Jaime contempló a Enrique con afecto.

—¿La amáis?

—Solo la he visto dos veces, majestad, pero os aseguro que sería capaz de cualquier cosa por ella.

—Bueno, bueno, será cuestión de estudiar vuestra propuesta, joven infante.

Teresa Gil de Vidaure había hecho jurar fidelidad a Jaime, y el rey no solo había prometido que no volvería a visitar el lecho de ninguna de sus amantes, sino que, incluso, se lo había creído, tal era el enamoramiento que su tercera esposa había despertado en él.

Durante varios meses, la relación entre ambos fue una aventura inacabable en la que se encadenaban los descubrimientos y las maravillas. Teresa había copulado con su marido, Pedro Sánchez de Lodosa, al que había dado un hijo, pero en asuntos de sexualidad seguía siendo una novicia.

A Jaime le excitaba enseñarle cosas que había aprendido con sus amantes. Cada nueva sesión amorosa constituía una singladura por un océano misterioso donde cualquier descubrimiento era posible. Teresa a veces se resistía a aquellos experimentos eróticos que le parecían inventos del maligno, nada edificantes y poco satisfactorios para sus escasas expectativas carnales.

A pesar de las habituales reticencias en el lecho, el rey no se desesperaba. Sabía que debía moldearla poco a poco, como el alfarero moldea el barro en el torno de la paciencia. Blanca de Antillón y Guillerma de Cabrera, sobre todo, le habían enseñado que el amor y la prisa son incompatibles, así que se aplicaba en ser un excelente maestro. Teresa aún era joven y disponían de todo el tiempo del mundo para aprender a amarse.

La nueva reina se había establecido en Barcelona, la ciudad que todavía añoraba a Violante, pero su belleza y su discreción vencieron enseguida las pequeñas reservas de algunos. La mayor parte de la población estaba deseosa de contar con una reina a quien adorar y rendir pleitesía.

Y ella derrochaba gentileza. Departía con todos y a todos regalaba una sonrisa, una frase amable o un gesto de buena voluntad. Pronto

confeccionó su grupo de amigas y confidentes. La primera fue Martina de Lécera. La siguieron Juliana de Entenza, madre de don Bernardo, Genoveva, la esposa de Guillem de Moncada, y Etelvina Jiménez de Luesia. Teresa tomó el mando con una naturalidad y una elegancia que sorprendía a cuantos la trataban. Hizo venir a palacio a su hijo, que no tardó en mezclarse con los hijos del monarca. Todos los días hablaba con los preceptores de los infantes y exigía que la informaran de los avances o retrocesos de cada uno de ellos.

Pedro, el primogénito de Violante de Hungría, tenía quince años. Era un muchacho delgado, de pelo negro y mirada oscura, beligerante y poco amigo de las bromas. Aprendía deprisa, sobre todo los asuntos relacionados con la guerra y el arte militar. Los libros lo hastiaban. Cuando sus preceptores le intentaban inculcar nociones de historia o de matemáticas se aburría como una ostra. La llegada de Teresa Gil solo había despertado en él la indiferencia. Jaime contaba doce. Sus ojos despedían un brillo azul inteligente y el pelo castaño claro le caía sobre la frente en un gracioso flequillo. Esbelto y de mente avispada, al contrario que a su hermano mayor, a él le encantaban los libros y poseía una enorme facilidad para aprender largos poemas de memoria, nombres de reyes y batallas famosas. El preceptor decía medio en broma que tenía alma de juglar. Se entendía con Teresa Gil a las mil maravillas. Quizás debido a su corta edad, la nueva madre había conquistado su corazón sin mayores problemas. Constanza estaba ya en edad casadera. Había cumplido los dieciocho años y deambulaba por el palacio igual que un espíritu errante, esperando el día en que un príncipe la llevara al altar. No ignoraba que su padre andaba buscándole marido, y ella, una romántica soñadora, barajaba los nombres de los pretendientes y los nombres de las ciudades donde se alzaban los palacios en los que residiría: Teobaldo de Navarra, Enrique de Castilla o, como decía su dama de compañía, don Pirulifo de Alejandría, un príncipe legendario que, según las historias que contaban los poetas, había alcanzado fama como cazador de dragones tricéfalos. El resto de la chiquillería había recibido a Teresa Gil con entusiasmo. Sancha, María, Isabel y Sancho, demasiado pequeños, vivían todavía en el paraíso de la inocencia. Para ellos el palacio era un laberinto misterioso lleno de pasillos, salas y escaleras que conducían a rincones extraordinarios.

Jaime adoraba a Teresa y valoraba las múltiples virtudes que atesoraba. Era generosa y estaba dispuesta a hacerlo feliz. Sin embargo, Violante había dejado un hueco que Teresa jamás sabría ocupar. La húngara había ejercido de consejera política con una maestría inigualable. Teresa, en cambio, aborrecía la política. No

entendía de asuntos de Estado y no le importaba reconocerlo. Pensaba que las cuestiones de gobierno habían de ser abordadas por secretarios, consejeros y ministros, y que una dama jamás debía meter sus narices en todo ello. Jaime hubiera deseado encontrar en Teresa un apoyo político, en especial cuando se retiraba a la soledad de su cámara y reflexionaba sobre lo que le convenía hacer o no hacer.

4

El calor bajaba sobre Lérida como un cuchillo de fuego a la hora de la siesta y todo el mundo se había retirado a sus habitaciones para burlar las temperaturas. Jaime no podía dormir. Llevaba varios días sin encontrar remedio para sus males. Finalmente, había hecho venir a su hijo Alfonso con el objeto de aclarar ciertos rumores que corrían de boca en boca.

—No quiero enterarme por los demás. Prefiero que me lo digáis vos con vuestras palabras para que no haya malentendidos.

Alfonso estaba rígido y desafiante.

—No aceptaré que Enrique ataque a Alfonso —anunció el infante con voz bronca y desapacible—. Es un rebelde.

—¿Cómo osáis decir eso? Los dos son hermanos. Primos vuestros. ¿Por qué defendéis a uno y no al otro?

—¡Enrique debe obedecer a su hermano, que es el rey!

—Por esa misma razón, vos tenéis que obedecerme a mí, que soy el rey. Y os ordeno que no ataquéis a ninguno de los dos.

Alfonso apretó los puños y los dientes.

—¿Por qué no defendéis a vuestro yerno?

Jaime se sentó. Contó hasta cinco mentalmente antes de seguir hablando. Cada día lo fatigaba más discutir con su primogénito.

—Conocéis el porqué de ese enfrentamiento entre Enrique y Alfonso. Enrique nos lo contó. Y todo lo que nos dijo es verdad. Como comprenderéis, yo dispongo de mis propios informadores. Alfonso le quitó las propiedades que le correspondían por testamento y por conquista, y también se quedó por la fuerza con las de Juana de Danmartín, la viuda de su padre Fernando III. ¡Un mal bicho!

—¡Es vuestro yerno!

—¡Es mi yerno, sí, y vuestra hermana tendrá que aprender a convivir con una víbora!

Alfonso estaba a punto de argumentar que Violante no era su hermana, sino solo su hermanastra, pero se calló por prudencia. No quería soliviantar más a su padre.

—Haremos lo mismo que Alfonso hizo cuando Al Azraq nos atacaba

en Xátiva, en Denia, en Alcoy… O sea, nada. Que se las apañe.

—Habéis tomado partido por Enrique. Es evidente.

—Siempre tomo partido por la justicia y el honor. Enrique ataca a su hermano, puesto que quiere recuperar lo que es suyo, y a mí me parece bien.

—¿Le habéis dado la mano de Constanza?

—No. Aunque podría.

—¡Odiáis a Alfonso sin motivo!

Jaime miró a su hijo con pesar. Le pareció un joven malogrado. Tenía ya treinta y tres años y todavía no había madurado. Estaba reconcomido por el rencor y la inquina. Vivía a impulsos, y de ese modo jamás conseguiría ser un rey amado por sus súbditos. De repente, aquel sentimiento de lástima se convirtió en autocompasión. Se preguntó qué había hecho mal para que su primogénito lo odiara con todas sus fuerzas.

—Sentaos, por favor. deseo enseñaros algo.

Alfonso obedeció. El soberano se acercó hasta la puerta y ordenó a los soldados de la guardia que avisaran a sus dos ministros.

Jaime volvió a sentarse.

—Hace cuatro o cinco años estuvisteis en Hellín con vuestro querido primo Alfonso de Castilla. ¿Os acordáis?

—Claro. Pasamos unos días juntos, cazando. ¿Es eso malo?

—En absoluto. Pero os ruego que hagáis un esfuerzo de memoria. ¿Quién más estaba con vosotros?

Alfonso puso cara de no entender.

—Haced memoria, por favor.

—No sé… Los consejeros, los guardias, los soldados, en fin, la gente que suele acompañarnos siempre.

—Sí, por supuesto. Pero ¿llegó alguien más en esos días al campamento? Me refiero a alguien «especial»…

En aquellos momentos, llamaron a la puerta. Jaime dio permiso y asomaron Bernardo de Entenza y Jimeno Pérez.

—¿Majestad?

—Bernardo, entrad vos solo. Y vos, Jimeno, esperad fuera un momento.

Bernardo de Entenza entró. Saludó con una inclinación al rey y con otra, un poco más ligera, al infante.

El monarca volvió a mirar a su hijo.

—Hubo una persona que visitó a Alfonso, alguien de origen sarraceno…

Alfonso cayó en la cuenta.

—¡Ah! ¡Sí! Ese tal Al Azraq. Es cierto. Disculpad. Lo vi un

momento. Lo suficiente para saludarlo y poco más. Recordaréis que tuve que tratar con él en Pouet.

—Sí, claro que lo recuerdo. Un pacto que ese individuo se encargó de vulnerar a las primeras de cambio.

—Lo sé, padre. No es santo de mi devoción. Por eso lo saludé, como os he dicho, y desaparecí en cuanto pude.

—Entonces no sabréis lo que trataron vuestro primo el rey Alfonso y ese sarraceno.

—No, claro que no.

El soberano volvió los ojos a Entenza.

—Don Bernardo, haced memoria. ¿Recordáis a aquel caballero al servicio de don Rodrigo de Lizana que vino a vernos al campamento cuando asediábamos Almudaina y Alcalá de la Jovada?

Entenza sonrió.

—Han pasado más de tres años.

—Ya lo sé. Pero vos gozáis de buena memoria.

—Se llamaba Miguel Garcés. Lo he vuelto a ver varias veces.

—¿De dónde confesó que venía?

—De Hellín.

—Muy bien. ¿Y qué fue lo que pasó en Hellín?

Entenza miró de reojo al infante Alfonso antes de abrir la boca.

—Afirmó que vuestro hijo Alfonso y el rey de Castilla habían ido a cazar unos días y, de pronto, recibieron la visita de Al Azraq, el caudillo de los ojos azules.

—En efecto. ¿Y os acordáis de la conversación que, según ese tal Miguel Garcés, mantuvieron el rey y el moro?

—Por supuesto, majestad. El monarca castellano le preguntó al moro si le gustaba cazar y Al Azraq respondió que lo que más le gustaba cazar eran los castillos y las ciudades de Jaime de Aragón. Y Alfonso de Castilla celebró la frase con una carcajada.

Jaime miró a su hijo, que estaba lívido. Se acercó a la puerta e hizo entrar a don Jimeno Pérez. El rey repitió las preguntas y el barón de Arenoso dijo aproximadamente las mismas palabras que Entenza.

El soberano contempló a su primogénito.

—Vos mismo lo habéis escuchado. Ahí tenéis al rey de Castilla. Un malnacido que pacta con sarracenos nuestra desgracia. ¿Seguís pensando que no es un mal bicho?

Alfonso tenía las mandíbulas tan apretadas que le hacían daño.

El monarca se volvió a sus dos consejeros.

—Podéis retiraros.

Los dos hombres inclinaron las cabezas antes de salir de la estancia.

Jaime se sentó. Al momento, Alfonso también tomó asiento.

Durante varios minutos, padre e hijo permanecieron callados, compartiendo un silencio oscuro y pegajoso.

En verano de 1253 falleció Teobaldo I, el rey de Navarra.

Muchos años antes, Sancho el Fuerte había muerto sin herederos varones. En el testamento expresaba su voluntad de que el reino fuese a parar a manos de Jaime de Aragón en virtud de antiguos lazos de parentesco. Pero los navarros traicionaron el testamento y prefirieron coronar a Teobaldo, que era sobrino lejano de Sancho. El nuevo soberano se presentó en Pamplona, juró los fueros y llenó la corte de una dinastía de ricos vasallos del rey de Francia.

La muerte de Teobaldo abrió la caja de los truenos porque, a pesar de dejar asegurada la sucesión con dos hijos varones y una hija, eran muchos los que estaban hartos de los franceses y aprovecharon el momento para reivindicar el testamento de Sancho el Fuerte.

Jaime no quería remover cimientos y declarar una guerra a Navarra, aunque se sentía de alguna manera responsable de su destino. Acompañados de un importante séquito, el monarca y el infante Alfonso viajaron hasta Pamplona y se entrevistaron con la viuda, Margarita de Dampierre, que había sido la tercera esposa del difunto.

Margarita era obesa y caminaba apoyándose en un bastón. Su rostro redondo y granujiento rozaba lo repulsivo. Más que una reina, parecía una campesina. Sin embargo, su forma de hablar, serena y reposada, delataba una inteligencia despierta. La viuda tenía un alto concepto del rey aragonés y lo recibió como a un hermano.

—Los reyes de Castilla reclaman el trono de Navarra —anunció Margarita, rodeada de consejeros.

Jaime exhaló un suspiro. Cuando no eran los Capetos, eran los castellanos. Siempre la misma cantinela.

En un rincón, jugaban los pequeños Beatriz y Enrique. Teobaldo, el hijo mayor, que ya contaba trece años, estaba sentado junto a su madre.

—Los reyes de Castilla son insaciables —arguyó Jaime, sin poder evitar que en su mente se instalara la imagen de su yerno jugando al ajedrez, solo, en una habitación oscura.

—El joven rey Alfonso me ha propuesto un pacto —reveló Margarita.

Jaime esperó en silencio.

—Me ha ofrecido en matrimonio para mi primogénito a su hermanastra Leonor.

Leonor era hija de Fernando III y de Juana de Danmartín. El monarca contraatacó.

—Yo os ofrezco a mi hija Constanza… —casi al mismo tiempo que decía aquello se acordó de Enrique de Castilla, y añadió—: o a Sancha.

Por sus raíces francesas, Margarita de Dampierre se identificaba más con el rey que había nacido en Montpellier, con el que compartía, además, cierta identidad occitana, aunque de aquel antiguo esplendor tan solo quedara un vago romanticismo.

—He oído hablar de ellas. Dicen que ambas son bellas y virtuosas.

—Y discretas, majestad.

—Me complace la idea, pero tengo que convocar Cortes y exponer la situación. No depende solo de mí. —Jaime lo sabía. Una reina viuda no debía decidir sin contar con sus asesores—. Una cosa sí puedo prometer —observó Margarita con expresión solemne—: que mi hijo Teobaldo nunca se casará con Leonor de Castilla. No me gustan los castellanos. Si por mí fuera, cerraríamos el trato ahora mismo.

—Esperaré. Trasladad a vuestro consejo que Aragón siempre se ha sentido hermanado con este reino. —Jaime miró descaradamente a los hombres que seguían la conversación de pie tras la reina—. Si nuestros destinos vuelven a unirse, todos seremos más fuertes.

Cuando abandonó la corte navarra, Jaime ignoraba si alguna de sus hijas acabaría siendo reina de Navarra o no, pero tampoco le importaba demasiado.

El infante Alfonso no había abierto la boca durante la conversación. Caminaba al lado de su padre, silencioso y huraño. No le gustaba que hablaran mal de Castilla. Aquella embajada le había parecido una provocación y una ofensa a su familia materna.

Las relaciones entre Castilla y Aragón se tensaron aquel verano hasta límites intolerables. Alfonso estaba obsesionado con incorporar Navarra a sus dominios, alegando alianzas matrimoniales de los antepasados, y no admitía bajo ningún concepto la injerencia aragonesa. Jaime, por su parte, no podía consentir que Castilla le arrebatara por la fuerza lo que por ley le correspondía. Si no incorporaba Navarra a su corona, al menos tenía el deber de impedir que fuera absorbida por su eterna rival.

Margarita de Dampierre se las veía y deseaba para poner un poco de orden entre sus súbditos. En la corte crecieron las intrigas hasta hacer casi irrespirable la vida. Nadie se fiaba de nadie y todo el mundo conspiraba a favor o en contra de alguien.

A finales de septiembre las acusaciones habían dado paso a las

amenazas, y las palabras pronto iban a dar lugar a los hechos. Los ejércitos del suegro y del yerno se plantaron en la frontera, a lo largo de las tierras que separan Ágreda y Tarazona, dispuestos a defender con la espada lo que no eran capaces de solucionar con la diplomacia.

La embajada para tratar de parar la guerra tuvo lugar un sábado oscuro y plomizo, que amenazaba lluvias otoñales.

A Jaime lo acompañaban su hijo Alfonso, Jimeno Pérez, Bernardo de Entenza y Pedro de Queralt.

Las palabras de saludo fueron casi inexistentes.

—No quiero luchar contra el esposo de mi hija —dijo el rey sin rodeos.

—Yo tampoco deseo pelearme contra el padre de mi esposa —replicó Alfonso.

—Pues deberíais respetarme como si yo fuera vuestro propio padre —continuó diciendo Jaime—. Y tampoco deberíais olvidar que vuestro padre Fernando, que en gloria esté, y yo éramos dos excelentes amigos. No sería sensato profanar la excelente relación que siempre mantuvimos. Además, os doblo la edad. Creo que Dios vería con buenos ojos que siguierais mis consejos.

—Castilla no puede renunciar a su legítima ascendencia sobre Navarra.

—No seáis testarudo. El último testamento navarro, antes del adiós de Teobaldo, es el del rey Sancho el Fuerte, cuya voluntad no admitía duda: Navarra debía pasar a manos aragonesas.

—Sancho era un viejo loco, manipulado por conspiradores.

—No digáis cosas que no podéis probar. Acabáis de dar una bofetada a la historia y al sentido común. No consentiré que se ofenda la memoria de un amigo muerto.

Alfonso masticó el aire. Sus hombres permanecían ceñudos a su lado.

—Escuchad, Alfonso, dejemos que la reina Margarita elija libremente, sin presionarla ni vos ni yo.

Alfonso sabía que Margarita no profesaba ninguna simpatía por Castilla.

—Las mujeres no tienen criterio.

Jaime empezaba a pensar que su yerno era un cretino.

—¿Eso creéis?

El rey castellano iba a replicar, pero recordó que su esposa era hija de Jaime y se mordió la lengua.

—Yo lo que creo es que la historia de Navarra siempre ha estado ligada a la de Castilla…

—Y yo lo que creo es que el ansia de que os coronen emperador os

ciega la razón.

—¿Qué estáis diciendo?

—Alfonso, me gustaría que me explicarais por qué disteis apoyo a Al Azraq, ese caudillo sarraceno que atacó mis tierras y mis castillos. No se entiende si no es porque deseáis que los moros debiliten a los aragoneses. De ese modo, Castilla se convierte en el reino cristiano más poderoso de la península. ¿Es eso lo que pretendéis? ¿Convertiros en emperador de España? ¿O todavía estáis soñando con ceñir la corona del Sacro Imperio Romano Germánico? Hablad, por Dios, pues de veras que no os comprendo.

Alfonso se puso de pie.

—¿Y qué? ¡Mi madre pertenecía a la casa Hohenstaufen! ¡Mis abuelos eran el rey de Romanos y el emperador de Constantinopla!

Jaime sonrió. Sus palabras habían dado en la diana. Con aquella salida de tono, Alfonso había declarado lo que bullía en su cerebro: una insaciable voluntad de poder, rayana en lo enfermizo.

—Si ceñís la corona del Imperio es problema vuestro, pero os recuerdo que Federico II estuvo casado con mi tía Constanza de Aragón. ¿Por qué no nos centramos en los hechos actuales? Retiraos en paz y yo me retiraré en paz, y dejemos que los navarros decidan su destino.

Alfonso no podía disimular el mal humor.

—No tengo ganas de continuar discutiendo —dijo enojado.

—Está bien. En ese caso, que sea lo que Dios quiera —respondió Jaime.

El suegro y el yerno se marcharon sin despedirse el uno del otro, seguidos de sus cortejos. En el aire se respiraba la inminente tragedia.

5

Antes del amanecer, sus hombres de confianza se dispersaron en varias direcciones. Había que buscar alianzas y saber a ciencia cierta con quién se contaba y con quién no. La idea que bullía en la mente de Jaime era la de trazar una maniobra envolvente sobre su yerno, para maniatarlo militarmente y obligarlo a renunciar a la corona navarra.

Enrique de Castilla había jurado en público no descansar hasta dar muerte a su hermano Alfonso. Cuando tuvo que elegir bando, no dudó en apoyar al rey aragonés. Al frente de una inmensa tropa se acantonó en Soria a la espera de instrucciones mientras gran parte de sus huestes venían en su ayuda desde el sur.

Margarita de Dampierre, la viuda de Teobaldo, había declarado varias veces que ella jamás aceptaría trato con los castellanos. No olvidaba que estos se habían anexionado diversos territorios vascos que pertenecían a Navarra. Ahora era el momento de que devolvieran lo que habían robado con toda impunidad. O libertad absoluta para Navarra o pacto con Aragón. Si no se daba ninguna de esas posibilidades, prefería morir y que el reino sucumbiera en la oscuridad de los tiempos. Armó su ejército y se asentó en Álava y Guipúzcoa hasta que Jaime de Aragón ordenara el ataque.

Diego Lope de Haro, señor de Vizcaya y alférez del rey de Castilla, había sido defenestrado recientemente por Alfonso. Fue uno de los hombres fuertes del reino castellano en tiempos de Fernando III, pero desde hacía algo más de un año rumiaba la venganza contra el nuevo monarca. Cuando se enteró de las desavenencias entre Castilla y Aragón, se puso a disposición de Jaime, movido por el deseo de reparar agravios. El alférez se posicionó en Tudela y Estella al frente de una tropa imponente. Su amistad con Enrique de Castilla venía de lejos y ambos habían conseguido atraerse la voluntad de numerosos nobles castellanos, como los Velasco, los Mendoza o los Íñiguez, que estaban descontentos con el actual rey.

Jaime decidió esperar en Calatayud. Su mesnada era grande y poderosa, pero mandó traer refuerzos de Aragón, Cataluña y Valencia

antes de comenzar las hostilidades.

El ejército castellano se había quedado igual que una isla, rodeado de soldados enemigos por todas partes. Si nada lo impedía, antes del invierno Aragón iba a engullir a Castilla, su eterno rival en la península.

Había comenzado a llover a media mañana. El monarca aragonés contemplaba las llanuras yermas azotadas por la lluvia desde el torreón de palacio, cuando llegó un mensajero a caballo empapado hasta los huesos.

El soldado sacó con cuidado una bolsa que llevaba debajo de la cota de malla y se la entregó.

—Espero que no se haya mojado la carta, majestad, pero he venido a pesar de la lluvia lo más rápido que he podido porque me dijeron que era muy urgente.

—Está bien. Retírate.

El mensajero hizo una reverencia y se marchó.

Jaime abrió el envoltorio, una tela de cuero muy bien doblada que contenía en su interior una carta. La desplegó con curiosidad y vio asombrado que estaba firmada por Teresa Gil.

Teresa le informaba de que acababa de tener un hijo, sano y fuerte, y que se iba a llamar Jaime.

El monarca se encerró en su cámara y mandó llamar a su alfaquí. El viejo Salamón sacó cálamo, arenilla y papel y se sentó ante la mesa mientras el soberano se paseaba por la estancia con las manos a la espalda, la mirada perdida en la maraña de sus pensamientos. Necesitaba anotar en su diario todo lo que sucedía en su vida. Por nada del mundo podía permitir que la polilla del olvido devorara el recuerdo de su paso por la tierra.

¡Teresa Gil de Vidaure acababa de darle un varón!

Habían desplegado sobre una gran mesa el plano dibujado por Asalid de Gúdar y comentaban los pormenores de la inminente batalla.

Un criado llamó a la puerta.

—Majestad…

—¡He dicho que no me molesten! —gritó Jaime enfadado.

El soldado no se atrevió a replicar, pero tampoco se retiró. Se quedó quieto, en el umbral de la cámara, sin saber qué hacer.

Jimeno Pérez se volvió hacia él.

—¿No has oído al rey?

El criado había empezado a temblar.

—Es importante… —farfulló tartamudeando.

Jimeno se acercó hasta él. Al verlo tan asustado, sintió lástima.

—Pero ¿qué es eso tan importante que no puede esperar?

—Acaba de llegar la hija de su majestad, la reina de Castilla.

Jimeno Pérez abrió los ojos y la boca como si hubiera visto un fantasma.

—¿Y por qué no lo has dicho antes, idiota?

El criado se puso rojo.

—¡Vete!

Jimeno se acercó hasta el rey, que continuaba inclinado sobre el plano, hablando con sus hombres.

—Majestad —interrumpió Jimeno Pérez.

Todos se volvieron a mirarlo.

—Creo que deberíais salir.

—¿Salir? ¿Qué decís, don Jimeno?

—Os lo ruego, señor. Salid. Hay alguien que desea veros.

Se incorporó con la curiosidad reflejada en su rostro. Salió de la sala, seguido de sus hombres, cruzó pasillos y accedió al patio de armas.

Su hija Violante había bajado de un elegante carruaje. Jaime no pudo reprimir una mueca de asombro. Por un momento creyó tener ante sí a su esposa húngara que había resucitado con veinte años menos. Violante vestía un traje de terciopelo oscuro y coronaba su cabellera castaña con una diadema en la que brillaban varias piedras preciosas. Su piel era extremadamente blanca, como la de su madre, y en sus ojos, rasgados a la manera de las mujeres del este, brillaba una luz especial.

—¡Padre! —saludó Violante mientras le brindaba a su progenitor la más hermosa de las sonrisas—. ¿Cómo os encontráis?

—¡Hija mía! ¿Cómo no me habéis avisado de vuestra venida?

—Quería daros una sorpresa.

—Pues a fe que lo habéis conseguido.

—Hemos de hablar. —La hija adoptó una expresión de circunstancias—. A solas.

Padre e hija se encerraron en la cámara privada del rey para no ser molestados.

—¿Cómo están vuestro marido y vuestras dos hijas?

Violante esbozó una sonrisa taimada. Sin decir nada, se puso de pie y abrió la puerta. Los dos guardias estaban erguidos, a ambos lados, sujetando con fuerza las picas. Un poco más allá, aguardaban un par de criados.

—Decid a mis doncellas que traigan el regalo.

Los criados asintieron y fueron a cumplir el encargo. Violante regresó hasta la cámara, donde su padre seguía sus movimientos sin entender.

—¿Qué os proponéis?

—Esperad un momento.

Casi enseguida aparecieron dos doncellas. Una de ellas traía un bebé en brazos, envuelto en lienzos.

—Este es vuestro nieto.

Jaime estaba maravillado. La doncella sujetaba un precioso bebé, de apenas un mes. El niño dormía con la respiración tranquila. Tenía la carita sonrosada y un mechón de pelo le caía con gracia sobre la frente. El rey miró a su hija con el ceño fruncido.

—¿Mi nieto?

—¡Sí! ¿A que es precioso?

Violante despidió a las doncellas, que hicieron una reverencia y se marcharon con el niño. Los guardias cerraron la puerta y padre e hija volvieron a quedarse solos. La reina de Castilla se asomó por la ventana y contempló el jardín. Un seto de evónimo, perfectamente podado, se extendía junto a la muralla de enfrente, que debía proteger graneros o establos. Un poco más allá, varios cipreses bordeaban un sendero que conducía a una pequeña capilla rodeada de arbustos, tras la cual se alzaba una tapia. Al otro lado, solo alcanzaban a verse las copas de algunos árboles oscuros.

De repente, Violante arrancó a llorar.

Jaime se acercó hasta su heredera, asustado por aquel repentino cambio de humor, y le puso las manos en los hombros.

—Pero ¿qué os ocurre?

Violante alzó los ojos llenos de lágrimas.

—Padre, ¿por qué habéis declarado la guerra a mi esposo?

Así que era eso.

—Vuestro marido es demasiado… —no sabía qué palabra escoger para no ofenderla— demasiado… testarudo.

—¿Es que no queréis que yo sea reina?

—Hija mía —el rey no pudo evitar un rapto de ternura y la abrazó —, ¿cómo se os ocurre semejante disparate?

—Pues, entonces, abandonad esta confrontación con Alfonso.

Jaime la soltó.

—¿Os ha pedido vuestro marido que vengáis a verme?

—¡Por supuesto que no! ¡Alfonso no sabe nada! ¡Si hubiera sabido que venía a veros, lo habría impedido!

El soberano se quedó meditando unos segundos.

—¡Alfonso debe olvidarse de Navarra! ¡Como yo he hecho! ¡Es la única manera de que haya paz!

—Pero él tiene sus derechos…

—También los tengo yo.

Violante se limpió los ojos.

—Escuchad, hija. Vuestra madre, que en paz descanse, fue una gran reina, prudente y sensata, que me ayudó con sus consejos cuando lo necesité. Aun en contra de la mayoría de los nobles y ricoshombres de Aragón y Cataluña, que se dedicaron a ponerme la zancadilla. Yo siempre valoré la inteligencia política de vuestra madre y sé que gracias a ella he conseguido muchos de mis éxitos en el terreno de la diplomacia. Vos sois como ella. —Jaime hizo una pequeña pausa mientras sonreía—. Debéis convencer a vuestro marido de que desista de este loco empeño. Que se dedique a pacificar las tierras conquistadas a los moros y que deje Navarra a los navarros. Margarita ha de elegir en libertad la esposa para su primogénito y no podemos hacer otra cosa que aceptarlo. Por el bien de Navarra, de Castilla y de mis reinos. Y, sobre todo, por el bien de la cristiandad.

Violante había recuperado la compostura.

—¿De veras me parezco a mi madre?

El rey acarició el rostro de su hija.

—Sois igual que ella.

Violante sonrió.

—Pues yo hablaré con Alfonso, pero vos, padre mío, prometedme que no levantaréis un dedo contra él. Prometedlo por la memoria de mi madre y por el nieto que os acabo de dar.

Jaime tragó saliva. Había miles de soldados esperando una orden suya para comenzar las hostilidades contra Castilla. Suspiró mientras se mesaba la barba.

—¿Qué nombre le habéis puesto al niño?

—Fernando. Todos lo llaman Fernando de la Cerda porque tiene un lunar con un pelo negro y duro en la espalda. No sé si enfadarme o reírme.

—Bueno, es bastante original.

—Me temo que, aunque lo prohíba, nadie va a dejar de llamarlo así.

Unos días más tarde, y sin que nadie entendiera los motivos, Alfonso y Jaime hicieron las paces y dejaron que el destino de Navarra lo decidieran los propios navarros.

Enrique de Castilla encajó mal la inopinada reconciliación entre su

hermano y el rey de Aragón. Él había soñado con aplastar a Alfonso y recuperar sus territorios. Ahora se veía traicionado por uno y por otro. Comenzó a odiar al monarca aragonés y a sentir una sorda repulsa por todo lo relacionado con él, incluida la hija. Pensaba en Constanza, a la que había amado sinceramente, y experimentaba una aversión incomprensible.

Diego Lope de Haro y el resto de castellanos que habían apoyado la causa aragonesa también vieron cómo de repente se frustraban los planes de derrotar al rey Alfonso y enmendar afrentas pasadas. La alianza castellano-aragonesa suponía para todos ellos un grave contratiempo. Se consideraban enemigos de Alfonso y víctimas de Jaime.

La única que no parecía inmutarse fue, extrañamente, la reina viuda de Navarra. Cuando Margarita se enteró de que ni castellanos ni aragoneses iban a enfrentarse entre sí por el destino de su reino, sonrió satisfecha y se apresuró a buscar una solución salomónica.

La muerte de Guillermo de Holanda fue absurda y ridícula, como lo había sido también su vida. Persiguiendo a un destacamento de frisones se adentró en la región de Alkmaar en pleno invierno. Desoyó las advertencias de algunos de sus capitanes y ordenó cruzar un río helado para conseguir atajar camino. El hielo se quebró bajo los cascos de los caballos, y Guillermo y otros soldados se hundieron en el agua, vestidos con armaduras. Mientras trataba de desembarazarse de las vestiduras para ponerse a salvo, agarrándose desesperadamente al hielo, fue degollado por sus enemigos.

Muchos príncipes alemanes respiraron aliviados al verse libres de Guillermo, al que nunca habían deseado llamar señor. El más feliz de todos era Manfredo, pues en menos de un año habían desaparecido dos de sus principales adversarios, Conrado y Guillermo de Holanda, dejándolo con las manos libres para continuar el ideario de su padre, Federico II: acabar con el poder de la Iglesia católica en Italia y, de paso, con los Capetos franceses.

Los electores alemanes se reunieron en Frankfurt. El Sacro Imperio iba a la deriva y había que buscar un hombre que enderezara el rumbo de aquella nave. Las discusiones fueron intensas. Muchos apoyaban la causa de Alfonso de Castilla, que aspiraba a la corona del Imperio por su ascendencia materna, pero otros preferían a Ricardo de Cornualles. Al final, tras una ajustada votación, los príncipes eligieron al inglés.

Alfonso de Castilla, que había renunciado a reivindicar Navarra, en

aras del pacto suscrito con Jaime de Aragón, veía ahora cómo sus deseos de ser proclamado emperador del Sacro Imperio se esfumaban lo mismo que una niebla gris arrastrada por el viento. El papa Alejandro IV y Luis IX de Francia, que habían prometido votar a su favor, lo traicionaron y dieron su respaldo a Ricardo.

Manfredo había obligado al santo padre a refugiarse en Viterbo, una población al norte de Roma, había invadido los territorios de San Pedro y con la ayuda de los sarracenos había destruido Florencia, Spoleto, Perugia, Grosseto y un gran número de ciudades. La Toscana, la Umbría, el Lacio, los Abruzos y la Marca Ancona, además de Nápoles y Sicilia, estaban bajo su poder.

Los Staufen volvían a dominar Italia. El espíritu de Federico II se había reencarnado en su hijo Manfredo y la Santa Sede tenía de nuevo el enemigo a las puertas de casa.

Cuando Jaime se enteró de estas noticias, no pudo evitar una leve sonrisa. Le había caído simpático Federico y sospechaba que en Manfredo de Sicilia iba a tener, antes o después, un buen aliado militar y político.

Jaime recibió una carta de Margarita de Dampierre a mediados de noviembre. Durante todo el verano, las Cortes navarras habían sido un hervidero de intrigas, en donde al cabo triunfaron los intereses de los franceses. Para evitar una guerra fatídica, Margarita había acabado claudicando y aceptando que su hijo Teobaldo contrajera matrimonio con Isabel, la hija del rey francés.

Ni Leonor de Castilla ni Constanza de Aragón.

A Jaime aquella inesperada noticia le sentó como una patada en el trasero. Había movido cielo y tierra para ayudar a los navarros en su desamparo y Margarita le pagaba con aquel desaire. ¡Valientes desagradecidos!

Estrujó la carta entre sus dedos hasta hacer una bola y la lanzó contra la pared.

Bernardo de Entenza siguió con los ojos la parábola que trazó la pelota de papel en el aire y la trayectoria posterior por el suelo, hasta que se posó en un rincón.

—¿Malas noticias?

—¿Malas? —bramó Jaime fuera de sí—. ¡Pésimas! ¡Recordadme quién se ha hecho con Provenza!

—Carlos de Anjou, el hermano de Luis de Francia.

—Muy bien. ¿Y quién es el dueño del condado de Tolosa?

—Alfonso de Poitiers, el otro hermano de Luis de Francia.

—Exacto. ¿Sabéis con quién se va a casar el príncipe navarro, que se llama Teobaldo como su padre?

Entenza negó con la cabeza.

—Con Isabel, la hija de Luis de Francia.

El fiel consejero asintió.

—Comprendo. Los Capetos se interponen una vez más en vuestro camino.

—¡Son una plaga!

—Pero entonces… —quiso saber Jimeno Pérez— eso significa que tenemos a los Capetos ya en España.

—¡Eso mismo! —bramó Jaime.

—Pues en ese caso lo que deberíamos hacer es unirnos a Castilla para luchar todos juntos contra los navarros y los franceses —propuso Bernardo de Entenza.

—Claro. Contra los franceses en el norte y contra los moros en el sur —añadió Pedro Cornel—. Perdonad, pero uno ya ha visto demasiadas cosas en esta vida. Estoy pensando en retirarme a una casita en el campo y cultivar calabazas.

Nadie rio la salida de tono de Cornel.

Jaime tomó asiento en una silla.

—Estoy agotado —dijo, cerrando los ojos—. Necesito descansar. Dejadme solo, por favor.

En prueba de su amor, Jaime regaló a Teresa Gil las villas de Jérica, Bejís, Liria, Andilla y Altura, a las que elevó a la categoría de baronías, y medió con el obispo de Huesca, Vidal de Cañellas, para que le vendiera por un precio irrisorio las alquerías de Almazora y Alboraya, ambas muy del agrado de la nueva reina.

Así, el hijo que Teresa le había dado al rey se convirtió en señor de aquellas posesiones cuando aún no había cumplido un año de edad. La gente comenzó a llamarlo Jaime de Jérica, para distinguirlo del otro Jaime, el hijo de Violante.

El monarca se sentía dichoso viendo feliz a Teresa. Jamás le había importado conceder tierras y villas a sus esposas y a las mujeres que le habían dado herederos. Consideraba que era lo menos que podía hacer por ellas y por ellos.

El rey llegó al salón donde uno de los frailes dominicos trataba de enseñar a leer y escribir a sus hijos. En aquellos momentos, el preceptor leía, acomodado en un sillón, fragmentos de una enorme Biblia que tenía abierta sobre sus rodillas. En el suelo, sentados con las piernas cruzadas, estaban Sancha, María, Isabel y el pequeño Sancho,

que ya contaba siete años.

Jaime se acercó. El dominico se puso de pie y los cuatro niños lo imitaron.

—Majestad.

—Seguid, seguid, fray Bartolomé. He oído voces infantiles y me han llamado la atención.

—Sí, majestad —dijo el monje sin abandonar su actitud de reverencia—. Vuestros hijos muestran interés por los textos sagrados.

—¿Qué estáis leyendo?

—Pues ahora precisamente recordábamos un fragmento del Éxodo.

—¿Queréis que os lo cuente yo, padre?

El rey se volvió. Era su hija Sancha.

—¿Vos os lo sabéis?

Fray Bartolomé sonrió complacido.

—Sancha se sabe grandes fragmentos de la Biblia de memoria. Es una excelente conocedora de las Sagradas Escrituras.

El monarca le devolvió la sonrisa a su hija.

—Está bien. Contadme.

Sancha había cumplido ya once años. Era espigada y alegre. Se puso de rodillas, sin que nadie se lo pidiera, y cerró los ojos antes de comenzar a narrar la odisea del pueblo hebreo en su salida de Egipto.

—Los hijos de Israel salieron de Ramesés en dirección a Sucot. Unos seiscientos mil hombres, a pie, sin contar niños ni mujeres. También iba con ellos mucha gente no israelita. Los acompañaba una enorme cantidad de ovejas, bueyes y mulas. Cuando llevaban media jornada de camino, hornearon tortas con la masa que habían podido sacar. La masa carecía de levadura porque los hebreos habían salido con muchas prisas de Egipto y no tuvieron tiempo de preparar viandas para el viaje. La mayoría de ellos iba llorando, pues sus antepasados llevaban cuatrocientos treinta años viviendo en Egipto. Esa primera noche fue considerada especial por los hebreos, así que decidieron consagrarla al dios Yahvé, y cada año, de generación en generación, los hijos de Israel deberían hacer celebraciones en su honor. El Señor les dijo a Moisés y a Aarón…

—Bueno, yo creo que está muy bien —cortó Jaime realmente impresionado—. Tenéis una memoria prodigiosa.

La niña había abierto los ojos, brillantes de emoción.

—¿No queréis que siga, padre?

El rey soltó una alegre carcajada.

—Tengo muchas cosas que hacer, pero estaré encantado de seguir escuchando otro día. ¿Y vosotros? —preguntó a Isabel, María y Sancho.

—A mí me gusta cuando cruzan el mar de los Juncos —respondió el pequeño Sancho.

—Pues me lo contaréis en otro momento. Y vosotras, jovencitas, ¿cuál es vuestro pasaje favorito?

—La historia del arca de Noé —exclamó Isabel.

—Adán y Eva en el Jardín del Edén —apuntó María.

El dominico no podía ocultar su orgullo.

—Venga, sentaos otra vez en el suelo y esperad un momento.

Fray Bartolomé y Jaime se retiraron unos cuantos pasos, los suficientes para que los niños no escucharan sus palabras.

—Majestad, con todo mi respeto, estoy convencido de que vuestra hija Sancha es una niña especial.

—Ya me he dado cuenta de que tiene una estupenda memoria.

—Está iluminada por dentro, majestad. No dudo de que Dios la necesita.

—¿Creéis que debería dedicar su vida a la Iglesia?

—Estoy convencido. Además, es inteligente y alegre. Dos magníficas virtudes. El Señor la ha dotado de grandes dones, sin ninguna duda.

Jaime se mesó la barba.

—Pensaré en ello.

El rey abandonó la sala. A sus espaldas, oyó las risas y los gritos de sus hijos y las palabras autoritarias pero dulces de fray Bartolomé.

Sí, no era una mala idea. Si Sancha quería consagrarse a Dios, él se encargaría de buscarle un buen convento. Y si la Providencia la había dotado con todas aquellas virtudes a las que se había referido el monje dominico, no le cabía la menor duda de que acabaría ejerciendo de abadesa, lo cual no estaba nada mal.

6

Las relaciones con los franceses iban de mal en peor.

Carlos de Anjou y Alfonso de Poitiers se comportaban como dos desalmados a quienes el destino de sus vasallos importaba bien poco.

Jaime sufría por Montpellier y sus posesiones ultrapirenaicas. Para colmo, los hijos lo presionaban para que tratara de recuperar los territorios perdidos en Occitania y Provenza. No solo Alfonso, a quien seguía una tropa numerosa y fiel a todas partes, sino incluso Pedro, que ya contaba dieciocho años. Ambos insistían en reconquistar algunas ciudades que habían pertenecido a los antepasados aragoneses y que ahora se hallaban bajo el yugo Capeto.

Alfonso y Pedro eran impetuosos y exaltados. A ambos los apremiaban las urgencias de conseguir grandes proezas militares. Habían crecido rodeados de soldados y hombres de armas, para quienes la existencia consistía en una guerra permanente.

Desde pequeño Alfonso vivía con la impresión de no ser amado por su padre. Quizás porque se consideraba el fruto de un matrimonio fracasado. Quizás porque se había sentido más protegido y querido por la familia de su madre y tal vez por todo ello experimentaba una inclinación afectiva hacia Castilla. El resultado se apreciaba en su carácter, introvertido y tosco. No podía dejar de ver en su hermanastro un competidor que le iba a arrebatar lo que le correspondía por ley, y lo que más lo atormentaba era, precisamente, el carácter beligerante de Pedro y su fortaleza física.

Jaime y Luis de Francia comenzaron a intercambiar cartas para resolver de una manera definitiva el asunto del Mediodía francés. El rey Capeto deseaba consolidar su dominio en Occitania y en Provenza. Jaime volvía a tener dificultades en las fronteras con Murcia y Castilla, y no podía atender los problemas del otro lado de los Pirineos. Sus hijos se empeñaban en resucitar viejos fantasmas, y él no estaba dispuesto a que aquella permanente disputa en el Mediodía le costara la salud y, tal vez, la vida.

Las cartas entre los dos monarcas se cruzaron durante los primeros meses del año, hasta que por fin ambos acordaron verse en Corbeil a

primeros de mayo.

Jaime partió hacia Corbeil con un séquito de nobles, caballeros, ricoshombres y gente armada. Lo acompañaban también sus hijos Alfonso, Pedro y Jaime. El monarca quería estar rodeado de sus más allegados en las negociaciones con los franceses.

La primavera se encontraba en su momento de mayor apogeo, por lo que todos los caminos estaban rebosantes de vida. Enormes viñedos se extendían por las laderas de las montañas y, cuando terminaban las viñas, daban comienzo los prados verdes en los que pastaban las vacas, las ovejas o los caballos. En los suaves cerros y en los valles se veían aldeas, molinos y campos cercados en los que se afanaban los campesinos en sus múltiples ocupaciones. También dejaron atrás monasterios, castillos y pequeñas ciudades en las que bullía una gran agitación.

Luis IX era un hombre de ojos esquivos. Daba la impresión de que le costaba posar la vista en un punto concreto. Al ser hijo de Blanca de Castilla, guardaba un parentesco bastante cercano con Alfonso, el yerno de Jaime de Aragón. Las primeras palabras, protocolarias, giraron en torno a la familia y los asuntos domésticos, puesto que el manual de la diplomacia aconsejaba crear un clima de confraternidad para acometer cualquier negociación.

Acompañados por juristas y asesores, Jaime y Luis recordaron la historia, los lazos de parentesco, las alianzas de los antepasados y los derechos que a cada uno asistían.

El deán de Bayeux por parte francesa y Guillem de Montgrí, sacristán de Gerona, eran los que encabezaban los equipos que debían estudiar los derechos del aragonés sobre el Mediodía francés y de los franceses sobre el principado catalán.

La revisión de papeles, larga y costosa, se llevó a cabo entre enormes tensiones. Jaime andaba enfurecido con los ciudadanos de Montpellier, que le acababan de dar la espalda, agradecidos al rey francés porque les había construido el cercano puerto de Aigües Mortes. Jaime quería visitar la ciudad, pero para ello necesitaba el permiso de Luis IX, ya que iba a atravesar territorios bajo su poder. El monarca francés accedió al paso del aragonés, aunque prohibió a sus súbditos enrolarse a sus órdenes. Y tampoco movió un dedo cuando las tropas de Jaime fueron hostigadas por caballeros franceses al servicio de Castilla. El ambiente se iba enrareciendo cada día un poco más. Cerca de Carcasona, el infante Pedro, al frente de un gran contingente de soldados, quiso tomarse la justicia por su mano y

atacar guarniciones francesas. Por suerte, el rey fue alertado de sus intenciones y consiguió atajar lo que hubiera sido un despropósito militar y político.

Las negociaciones seguían su curso mientras el deán francés y Montgrí revolvían papeles y daban argumentos para prolongar las tensiones.

Unos siglos atrás, en época de Carlomagno, la llamada Marca Hispánica se había establecido en Cataluña, la frontera entre los reinos cristianos y los musulmanes. Hugo Capeto la abandonó a su suerte cuando debía haberla defendido contra los sarracenos. El cobarde acto de Hugo Capeto hizo que los catalanes tuvieran que defenderse por su cuenta. Por esa razón, a partir de entonces los condes de Barcelona, que también eran reyes de Aragón, dejaron de rendir homenaje al soberano de Francia. Y también por eso, según argumentaban los abogados aragoneses, resultaba dudosamente legal que Luis IX quisiera erigirse como depositario de los derechos de Carlomagno en el momento actual.

—Resulta ridículo y anacrónico —clamaba Guillem de Montgrí— que los franceses vengan doscientos años después, exigiendo derechos.

Para oscurecer más el panorama, muchas ciudades de Tolosa o Provenza formaban una maraña de enlaces matrimoniales imposible de desentrañar. Los juristas y los consejeros franceses y aragoneses leían legajos, discutían, pedían aplazamientos… y los días pasaban sin que nadie consiguiera entrever la luz. Más bien al contrario, cuantos más documentos se revolvían, más difícil parecía hallar una solución.

No fue sencillo llegar a un acuerdo. Al final, unos y otros tuvieron que transigir, aunque en el aire quedó flotando la sospecha de que los aragoneses habían cedido bastante más que los Capetos.

Jaime renunció a sus derechos legales sobre Occitania. En realidad, no hacía sino aceptar la pérdida del dominio efectivo de los territorios que había dejado escapar su padre, Pedro el Católico, tras la cruzada albigense y la batalla de Muret. La situación se había visto agravada después de la muerte de sus últimos aliados, su primo el conde Ramón Berenguer V de Provenza y el conde Raimundo VII de Tolosa.

Luis renunció a los derechos que afirmaba poseer sobre los condados catalanes de Barcelona, Urgell, Besalú, Ampurias, Cerdaña, Conflent, Gerona y Osona. Aquel reconocimiento era importante, si bien se trataba de un hecho teórico, no real, ya que en el año 988 el conde Borrell II de Barcelona no había renovado el pacto de vasallaje al rey de Francia Hugo Capeto, tras la disolución de la dinastía carolingia, y desde entonces los lazos se habían diluido hasta quedar en nada.

Jaime sabía que las aspiraciones de Luis eran una fanfarronada, pero las fanfarronadas también jugaban en el tablero de ajedrez de la política internacional, y no tenía más remedio que condescender y cerrar aquella herida de una vez si quería pasar página. Esa fue la razón principal por la que el monarca aragonés aceptó renunciar a todos los territorios occitanos, a excepción de Rosellón y Montpellier, la ciudad donde había nacido y que había heredado de su madre.

El pacto de Corbeil se sancionó con una alianza matrimonial entre Felipe, el hijo de Luis IX, y una de las hijas de Jaime de Aragón. La elegida fue Isabel.

Los condados catalanes recuperaron su independencia histórica y, para solemnizarlo, Jaime ratificó los acuerdos en Barcelona unas semanas más tarde.

Todos esperaban que se proclamara rey de Cataluña. Sin embargo, no lo hizo y nadie supo nunca por qué.

El Tratado de Corbeil, celebrado en la primavera de 1258, estrangulaba los sueños de recuperar los dominios ultrapirenaicos, mientras que, por otro lado, Castilla cerraba todos los pasos a una posible expansión hacia el sur o el oeste. Si Aragón deseaba ampliar sus horizontes, solo tenía una opción: el Mediterráneo.

Jaime llevaba varios meses dándole vueltas a la misma idea. La península italiana se hallaba dividida en multitud de estados, ciudades y regiones enfrentadas entre sí. Los güelfos y los gibelinos andaban siempre a la gresca. Unos con Manfredo, otros con el papa. Esa era la razón por la que había mandado diversas embajadas en los últimos meses: necesitaba hacerse una idea lo más exacta posible de la situación real.

—Manfredo se ha negado a entregar Sicilia al santo padre —comentó Jimeno Pérez.

—El papa Alejandro IV considera que la alianza de Manfredo con los sarracenos es una clara ofensa a la Iglesia cristiana —terció Asalid de Gúdar—. Ha declarado nula la coronación de Manfredo y encima lo ha excomulgado.

—¿Cómo ha reaccionado Manfredo?

—Como era de esperar —replicó Jimeno Pérez—. Ha organizado una coalición de los estados del centro y del norte contra el poder papal. Se ha unido a los gibelinos para derrotar a los güelfos de Florencia, que no han tenido más remedio que proclamarlo protector de la Toscana.

—Sicilia es una isla maravillosa —exclamó Jaime, que recordaba la

campaña de Mallorca, quizás una de sus mayores conquistas, y alguna vez había soñado con repetir una hazaña de similares características en medio del mar—. Fundamental para el comercio con África y Oriente.

—Pues para conquistar Sicilia habría que combatir contra Manfredo, un hueso duro de roer —bromeó Bernardo de Entenza.

—Manfredo tiene una hija llamada Constanza —comentó como por descuido Jimeno Pérez—. Dicen que es muy hermosa.

—¿Qué opináis? —le preguntó Jaime al príncipe Pedro, que no había abierto la boca.

Su hijo alzó sus ojos, negros y brillantes.

—¿Sobre viajar a Italia o sobre la hija de Manfredo?

Jaime sonrió.

—Tenéis dieciocho años. Podríais visitar la corte de Manfredo y, de paso, conocer a su hija.

Pedro apretó los labios por toda respuesta.

El rey se asomó a la ventana, si bien no miró el patio de armas donde los soldados se entrenaban. Una carreta pasaba a lo lejos, llevando piedras para los maestros canteros. Jaime estaba buscando dentro de su corazón. Su hijo Alfonso le recordaba demasiado a su madre, Leonor de Castilla. Pedro, en cambio, era en muchos aspectos una reproducción de sí mismo, intemperante y temerario. Quizás necesitaba curtirse en labores diplomáticas.

Se volvió hacia sus hombres.

—Preparad las cartas. Quiero que Pedro vaya a Sicilia y hable con Manfredo. Necesitamos saber cuál es la realidad y, si lo consideramos conveniente, tomar posición política. Disponed una comitiva adecuada.

—¿No deseáis ir personalmente a Sicilia, majestad? —le preguntó Jimeno Pérez.

Jaime y el infante se miraron a los ojos.

—No. Prefiero que mi hijo lleve a cabo las negociaciones.

El infante Pedro se había convertido en un hombre ancho de hombros, mirada franca y temperamento ardiente. Para él no había medias tintas. Las cosas eran como eran y no podían ser de otro modo. Los reyes gobernaban y los súbditos obedecían. Despreciaba a la nobleza porque consideraba que estaba formada por un tropel de conspiradores, y otro tanto pensaba del estamento eclesiástico. Para él los hombres de la Iglesia, al menos los que constituían el alto clero, que eran quienes tomaban las decisiones importantes, se pasaban la

vida intrigando. Su hermano Jaime, más joven y menos impetuoso, exhibía un talante sereno. Su carácter contrastaba con el de Pedro y le costaba aceptar aquel permanente estado de excitación a que lo sometía el hermano mayor.

Pedro andaba buscando apoyos entre la aristocracia aragonesa, la misma de la que renegaba, para reconquistar territorios occitanos a pesar de lo pactado en Corbeil. No aceptaba aquel compromiso. Sabía que la mayoría de los marqueses, condes, barones y vizcondes de Aragón odiaba a los Capetos, tanto o más que él, puesto que los habían despojado de la posibilidad de extender sus dominios al otro lado de los Pirineos. Algunos más osados, como Ferriz de Lizana o Artal de Luna, le confesaban sin ambages que jamás habían estado de acuerdo con su padre en aquella humillante claudicación que suponía el tratado con los franceses.

—Tu padre fue demasiado permisivo.

—Todos nos sentimos ultrajados.

Pedro estaba de acuerdo. Tenía una espina clavada. No entendía por qué su padre se había dejado convencer por las presiones para perder Provenza, Foix, Tolosa y el Languedoc.

Jaime descubrió los planes de su hijo Pedro y de la mayor parte de los nobles aragoneses gracias a Pedro Cornel, que, aunque nunca había comprendido la manera de actuar del monarca, continuaba siéndole absolutamente fiel.

La barba apostólica de Cornel imponía un respeto sacrosanto. Cuando hablaba, despacio, grave y bien modulado, conseguía que todos guardaran un silencio reverente. El rey lo apreciaba de veras, como a uno de sus mejores hombres. Cornel convenció a Jaime de que debía actuar antes de que el reino se le sublevara.

—Lo primero sería pararle los pies a vuestro hijo Pedro. Es joven y temerario.

—Demasiado temerario —replicó el rey.

El monarca hizo llamar a Pedro y a Jaime, a quienes preguntó sin preámbulos qué había de cierto en aquellas noticias. ¿Era verdad que andaban soliviantando a la nobleza aragonesa con la intención de reconquistar Carcasona?

Pedro no se amilanó ante su progenitor.

—En efecto, padre.

—Pues os ordeno que ceséis en vuestros empeños. ¿No sabéis que hemos firmado un tratado en Corbeil?

—No os entiendo.

—Pues tendréis que entenderlo. Lo único que podéis conseguir es provocar un conflicto de consecuencias imprevisibles.

—Esos territorios que habéis cedido pertenecían a nuestros antepasados. ¡Ese tratado es una vergüenza para nosotros!

—¡Procurad meditar bien lo que decís! ¡En política las cosas no son blancas o negras!

—¡Solo digo lo que piensa todo el mundo!

—¡Una guerra contra los franceses es lo último que interesa a nuestro reino!

—¿Les tenéis miedo?

—¡Os prohíbo que me habléis así! ¡Deberíais conocerme para saber que jamás me arredro ante nada!

—Entonces, ¿por qué os comportáis como si estuvierais atemorizado?

—Esto se llama prudencia. Diplomacia. Inteligencia política.

Pedro se quedó callado, intentando comprender lo que su padre le decía. El rey se volvió a su hijo pequeño.

—¿Y vos? ¿Pensáis igual que vuestro hermano?

Los ojos azules de Jaime revelaban seguridad en sí mismo.

—No. Pero es mi hermano mayor.

—¡Y yo soy vuestro padre!

Los dos hijos humillaron la mirada. Jaime suspiró. Cada día que pasaba estaba más seguro de que ser padre era mucho más difícil que ser rey.

El poder de Manfredo no invitaba a plantarle cara abiertamente, por lo que Carlos de Anjou desestimó la idea que le había sugerido Alejandro IV de entrar en Sicilia y arrebatarle la corona por las bravas. Carlos era ambicioso, pero no imbécil. De momento, se conformaba con ir extendiendo sus tentáculos poco a poco. Había conquistado varios condados del sur de Francia, en la frontera con Italia, y desde hacía unos meses incluso se había atrevido a penetrar en el Piamonte, donde ocupó diversas ciudades y territorios. Su creciente autoridad había despertado el recelo de la casa de Saboya, que no estaba dispuesta a tolerar aquella política agresiva.

El papa, disgustado con la cobardía de Carlos de Anjou, había ofrecido el reino de Sicilia a Edmundo de Inglaterra, pero Manfredo montó en cólera, armó su ejército y destrozó al inglés y a los refuerzos que mandó el santo padre.

Así estaban las cosas cuando el infante Pedro, al frente de un importante séquito, se plantó en el puerto de Génova, de donde partió

sin descansar ni un minuto hacia Asti. El buen tiempo y las expectativas de negociar una alianza política con la casa Hohenstaufen habían despertado su buen humor.

En el palacio ducal lo esperaban un jovencísimo Bonifacio de Saboya, de solo catorce años, y una tropa de consejeros, entre los que se encontraban su hermana Beatriz y su marido, Manfredo, el nuevo rey siciliano. A Pedro lo acompañaban algunos de los hombres más fieles de Jaime de Aragón: Jimeno Pérez, Bernardo de Entenza, Ato de Foces y Asalid de Gúdar, entre otros.

Pedro tenía poca experiencia diplomática, aunque era valiente y sabía distinguir el grano de la paja. Jaime quería que aprendiera a curtirse no solo en el campo de batalla, sino también en palacios y castillos, donde se negociaban los asuntos de Estado.

Tras los saludos y las palabras de cortesía, los saboyanos ofrecieron una cena de bienvenida amenizada con música y declamaciones poéticas. Provenza y el Piamonte vivían una época de beligerancia extrema, pero en la que no faltaban las justas, los torneos y el arte.

Manfredo era un hombre joven, apuesto y divertido, que hacía gala de una personalidad arrolladora.

—Joven infante, ¿cómo van las cosas por España?

Pedro estaba flanqueado por Bernardo de Entenza y Jimeno Pérez, que habían recibido instrucciones concretas de arroparlo. Cuando el infante se viera en un aprieto diplomático, había que salir en su ayuda. Entenza y Jimeno seguían la conversación silenciosos y atentos.

—Bien, querido Manfredo. Pero Aragón es un reino grande y debe permanecer alerta de continuo. Con los musulmanes de Murcia por el sur, con Castilla por el oeste, con los Capetos por el norte…

—¡Los Capetos! ¡Ni me los nombréis! ¡No descansaré hasta que no quede ni uno sobre la faz de la tierra!

Pedro rio.

—¡Mi padre dice lo mismo que vos!

—Lo sé, joven príncipe. —Manfredo sonreía como un vendedor de ilusiones. Vestía un lujoso traje verde, con volantes y pedrerías, que le confería un extraño aspecto de trovador—. El rey de Aragón siempre fue un buen amigo de la casa Hohenstaufen. Vuestros intereses y los nuestros son los mismos.

Pedro habría preguntado por Conradino, pero lo habían alertado contra semejante curiosidad. Conrado, el hijo legítimo de Federico, había fallecido, dejando un hijo pequeño, Conradino, que era el verdadero heredero. Sin embargo, este había desaparecido de modo misterioso. Unos decían que había muerto y otros aseguraban que

Manfredo lo había hecho desaparecer. La verdad no la sabía nadie. El caso era que Manfredo actuaba como si fuera el legítimo heredero y había conseguido atraerse el afecto de media Italia con su carisma y su simpatía.

—He oído que el bando gibelino os apoya —indicó Pedro, calculando muy bien sus palabras.

—Así es. Pero los güelfos no dan su brazo a torcer. Génova y Bolonia están bajo su control. No será fácil combatirlas.

—Mi marido es demasiado condescendiente con el pontífice —alegó Beatriz de Saboya.

Pedro se quedó mirándola. Era una mujer de una rara belleza. Tenía los ojos demasiado separados, de un color muy claro, la nariz recta, perfecta, y los labios, deliciosamente rojos. A su lado estaba su hermano Bonifacio, el futuro conde de Saboya, y su hija, la pequeña Constanza, que debía de contar unos nueve o diez años, mucho más hermosa que su madre.

—¿El pontífice? —repitió Pedro—. Que yo sepa, la Iglesia católica lleva años enfrentada con vosotros.

Manfredo soltó una carcajada.

—Alejando es peor que Inocencio. ¿Sabéis lo último que ha dicho?

Pedro dijo que no con una mueca.

—Que los Staufen somos una raza de escorpiones. Me pregunto si se habrá mirado alguna vez al espejo.

Jimeno Pérez carraspeó.

—Manfredo, se comenta que el santo padre ha anulado vuestra coronación.

—Así es, y me ha excomulgado… Pero a mí, como comprenderéis, lo que haga o deje de hacer el papa me importa bien poco. Y todo porque no le caigo simpático… Decidme, buen Jimeno, ¿acaso tiene autoridad para decidir quién ha de ser el rey de Sicilia? Alejandro IV no se mueve por motivos cristianos, sino por los suyos propios. Primero le ofreció la corona a Carlos de Anjou, luego se la puso en bandeja al rey inglés… A cualquiera menos a mí. Mi padre se pasó la vida luchando contra Roma.

A pesar del tono beligerante de Manfredo, sus gestos eran amables y corteses. Parecía que el nuevo rey de Sicilia estuviera contando un chascarrillo.

—Los Capetos tienen impunidad absoluta para hacer lo que les dé la gana, pero yo no… solo porque lo dice un señor llamado Sinibaldo Fieschi o Reinaldo di Conti, un genovés o un romano… Es un chiste sin gracia. Cuando ellos empuñan la espada para matar inocentes cuentan con el perdón divino. Si soy yo quien la empuña, a veces para

defender a esos inocentes, voy de cabeza al infierno. ¿Os dais cuenta? La Iglesia católica solo bendice lo que conviene a sus mezquinos intereses.

Jimeno sonrió.

—Creo que lo que más solivianta al pontífice es vuestra amistad con los sarracenos.

—Los mahometanos son hombres semejantes a los cristianos, adoran a su Dios, trabajan, intentan no meterse en líos…, igual que cualquiera de nosotros. El problema a ojos del papa es que no obedecen su mandato ni lo reconocen como mensajero de Dios ni aceptan sus intrigas políticas y menos aún su intolerancia. Desde un punto de vista moral, los católicos deberían aprender mucho de los musulmanes.

—Decídmelo a mí —respondió Jimeno—. Mi hijo está casado con una sarracena.

Manfredo frunció el ceño, divertido.

—¡No lo sabía!

—Es la muchacha más noble y sencilla que podáis imaginar.

Beatriz de Saboya alzó su voz.

—Querido esposo, dejémonos de charlas y divirtámonos un poco. Nuestros invitados van a pensar que somos un poquito sosos.

Manfredo se levantó. Era delgado y bien proporcionado.

—¡Tenéis razón, Beatriz! —Dio un par de palmadas en alto—. ¡Y ahora, en señal de confraternidad con el reino de Aragón, con el que tantas cosas compartimos, quiero que los músicos interpreten un estacato!

Al oír aquella palabra, muchos de los hombres y mujeres que escuchaban la conversación se pusieron en movimiento. Vestían trajes de gala y se movían con elegancia. Los músicos comenzaron a interpretar una sencilla musiquilla mientras los danzarines se emparejaban. Manfredo tomó de la mano a su hija, Constanza, y ambos se sumaron a la fiesta.

Pedro se quedó hipnotizado ante semejante maravilla. La música sonaba alegre, rápida, divertida, y los que ejecutaban la danza se deslizaban como piezas mecánicas de un gran reloj bien engrasado. Los movimientos eran precisos, acompasados, sujetos a un ritmo sencillo y pegadizo. El infante no perdía ojo de la fastuosa danza. Su mirada se posó, casi por azar, en la esposa de Manfredo. Beatriz seguía desde la silla el baile mientras daba alegres palmadas con las manos marcando el compás, sonriente, al igual que los demás espectadores. Luego desvió la mirada hacia la pequeña Constanza, que se dejaba llevar casi en volandas por su padre, el grácil Manfredo, cuyos

movimientos resultaban encantadores. Constanza se limitaba a no perder el compás. Movía los pies y el cuerpo con una gracia candorosa, se inclinaba hacia delante, se retiraba hacia atrás, giraba el cuerpo, siempre de la mano que le tendía gentilmente el rey de Sicilia, como si fuera una consumada bailarina.

A Pedro le parecía que aquella niña era un ángel bajado del cielo. Recordó las palabras que sobre ella había dicho Jimeno Pérez: «Manfredo tiene una hija llamada Constanza. Dicen que es muy hermosa». ¡Cuánta razón tenía!

7

Poco después de que Teresa Gil de Vidaure diera a luz a su segundo hijo con el rey, al que bautizaron con el nombre de Pedro, el monarca partió hacia Mallorca en compañía de su hijo Jaime. Deseaba que el infante, que ya contaba dieciséis años, comenzara a hacerse cargo del gobierno de las islas. Por otro lado, se dijo que no estaría mal alejarse unos días del bullicio de Barcelona, de los eternos problemas de Valencia y de la agobiante tensión que siempre se respiraba en Zaragoza. Mallorca era una ciudad abierta al mar, luminosa, alegre, llena de vida y de gente amable… Y, además, aunque no quería admitirlo, lo asaeteaban unos enormes deseos de volver a ver a Elvira Sarroca.

El infante Jaime era espabilado y discreto. Dos virtudes muy valiosas y, por desgracia, poco frecuentes entre los hombres destinados a gobernar.

En Mallorca lo recibieron del mismo modo que si ya fuera el rey de las islas Baleares. Las galas en su honor fueron sencillas pero elocuentes. Padre e hijo emplearon los dos primeros días en visitar la ciudad y los alrededores, hablando con funcionarios y tesoreros, atendiendo a los secretarios y gozando de una paz como no era posible disfrutar en otros rincones del reino.

El infante se sentía cómodo en Mallorca. Era la cuarta ocasión que visitaba la isla y tenía que reconocer que cada vez le gustaba más. Sería un reino en medio del mar, lo cual deparaba, para su espíritu sereno y reflexivo, más ventajas que inconvenientes. Sus hermanos heredarían Aragón, Cataluña y Valencia, reinos que estaban rodeados de castellanos, navarros, franceses o sarracenos, todos acechando como aves de rapiña.

Aquella mañana hacía un tiempo espléndido. El sol remedaba una fruta de oro en mitad de un cielo extraordinariamente azul. Desde lo alto de la torre de palacio contemplaba las murallas de la ciudad, volcadas sobre el mar.

El gobernador Ibn Nazarí estaba de pie, a unos pocos metros, contemplando la lejanía. Unas gaviotas pasaron graznando cerca de

ellos. El sarraceno pareció regresar de un sueño y sonrió al joven infante.

—Alteza, siempre es un placer recibiros, ya lo sabéis.

—Y para mí también es un placer visitar Mallorca —respondió el infante.

—La gente os ama.

Jaime tenía unos ojos tan azules como el mar. Sus facciones eran suaves y hermosas. El aire marino le levantaba el flequillo castaño que le caía con gracia sobre la cara.

—Todo el mundo en Mallorca elogia al joven y culto príncipe, que lee poesía y habla en algarabía… —añadió Ibn Nazarí.

El infante no dudaba de la sinceridad de Ibn Nazarí, pero sus preceptores ya le habían advertido de las adulaciones de los cortesanos. Su discreción lo preservaba de la vanidad ante las palabras de afecto que oía a menudo a su alrededor. También lo ayudaba a no atormentarse cuando el mundo ponía ante sus pies algún obstáculo, cosa por lo demás bastante frecuente.

—Decidme, gobernador, ¿qué ha de hacer un rey bajo vuestro punto de vista para ser amado por su pueblo?

—Es una pregunta compleja.

—Pero seguro que vos tenéis la respuesta preparada.

El gobernador sonrió.

—Os recomendaría la receta que yo suelo emplear en mi cargo como gobernador.

—Me parece bien.

—Pues primero sed justo. Y luego, generoso.

—¿Por ese orden?

—Por supuesto.

—¿Y qué norma debería contemplar contra quienes siembren la cizaña?

—Si las leyes son imparciales con ricos y pobres, cristianos, judíos o musulmanes, hombres y mujeres, aplicadlas con rigor. Nadie dirá que no fue avisado.

—¿Debo ser misericordioso?

—Solo cuando os lo pida vuestra conciencia.

—¿Eso es lo que hacéis vos?

—Así es, alteza.

—¿Y no tenéis problemas?

—Gobernar sin problemas es imposible, señor. Por tanto, os aconsejo simplificar al máximo los conflictos que antes o después llegarán a vuestras manos.

—¿Vos lo conseguís?

—Tengo fe en Dios y todavía no he perdido la confianza en los seres humanos.

—No está mal.

El gobernador sonrió, pero no añadió nada más.

El joven Jaime aspiró a pleno pulmón el aire salado. Luego volvió los ojos hacia el mar. Parecía una lámina de cristal azul, parpadeante, con miles de puntos luminosos cabrilleando sobre la superficie. A lo lejos vio algunas pequeñas embarcaciones que debían de ser de pescadores.

—Me gusta Mallorca.

—Es la ciudad ideal para vivir y para morir —dijo el árabe.

El rey mandó aviso a doña Elvira Sarroca para que acudiera a palacio acompañada de su esposo y sus hijos. La que fuera su amante en otro tiempo se había casado con un notable abogado llamado Enrique de Nuévalos con el que tenía tres niñas.

Nadie había podido ni querido ocultar en la familia que la muchacha había sido desflorada por él y que, como consecuencia de aquella relación, había parido dos niños de sangre real: Jaime Sarroca y Pedro del Rey. Más bien al contrario, los padres de la mancillada habían visto en aquel suceso una oportunidad maravillosa de hacer negocio, habida cuenta de que el propio soberano había reconocido a los bastardos desde el primer momento. Enrique de Nuévalos, un hombre con los pies en la tierra y sabedor de que las ocasiones las pintan calvas, no había puesto ningún impedimento para contraer matrimonio con Elvira. Los dos bastardos contaban con la protección del rey y aquel aval fue desde el primer momento la llave que le había abierto las puertas de la corte. Nuévalos, en compañía de su suegro, dirigía un bufete que se encargaba de los asuntos relacionados con la administración real: escrituras, pleitos, querellas, contratos y demandas judiciales de todo tipo. El nuevo reino de Mallorca se regulaba de acuerdo con un sistema de leyes moderno en el que nadie disfrutaba de prerrogativas y prebendas, como sí ocurría en Aragón y Cataluña. Aquella forma de gobierno, más en la órbita de las ciudades libres del sur de Francia y norte de Italia —Niza, Marsella, Turín, Génova o Milán, que eran auténticas repúblicas municipales—, hacía las delicias de los abogados, al mismo tiempo que les permitía llenar sus bolsillos.

El rey los recibió flanqueado de consejeros. De ese modo, la visita no empañaba el nombre de Elvira ni la reputación del abogado.

Los esposos acudieron a palacio con los dos hijos bastardos y las

tres niñas. Jaime había preparado para la ocasión un pequeño ágape. En un lateral del salón, un par de músicos interpretaba deliciosas melodías populares.

Elvira seguía siendo una mujer hermosa, si bien con el paso de los años y con los numerosos partos había engordado ligeramente. Los pechos, blancos y voluminosos, pugnaban por escapar de la prisión del escote. Jaime no podía olvidar las escenas de amor protagonizadas con ella. Había tenido la fortuna de iniciarla en los deleites de la carne cuando no era más que una jovencita ávida de romanticismo. Quizás por esa razón siempre había experimentado hacia ella un extraño sentimiento en el que se mezclaban la concupiscencia y la ternura. El tiempo y la distancia se habían encargado de ir diluyendo el deseo carnal hasta convertirlo en una especie de afecto casi fraternal.

—Así que estos son Jaime Sarroca y Pedro del Rey —dijo al ver ante sí dos mozalbetes delgados como dos varas de mimbre, de ojos lánguidos y expresión concentrada. Aparentaban tener entre ocho y diez años.

—Sí, majestad.

—Y estas son vuestras hijas.

Las tres niñas se parecían entre sí lo mismo que tres gotas de agua. Solo se diferenciaban en la estatura.

—¿Cómo van los asuntos de los tribunales, don Enrique?

Enrique de Nuévalos hizo una pequeña reverencia antes de hablar.

—Majestad, Mallorca es un paraíso donde todo está por inventar. Hay pleitos, como en cualquier lugar del mundo, pero lo mejor es que musulmanes, judíos y cristianos nos consideramos hermanos. Esperemos que la cosa siga así por mucho tiempo.

—¿Y qué me decís de estos jovencitos? —inquirió el rey a doña Elvira Sarroca en referencia a sus hijos bastardos.

—No sé cómo sacar punta de ellos. No hacen otra cosa que leer.

El infante Jaime, sentado junto a su padre, no ignoraba que aquellos muchachos que estaban frente a él eran hermanastros suyos. Al oír aquellas palabras se puso en guardia.

—¿Os interesan los libros? —preguntó.

Jaime Sarroca, el mayor, enrojeció.

—Sí.

De repente, el príncipe sintió una oleada de simpatía por aquel niño.

—¿Qué os gusta leer?

—Todo.

El rey rio.

—Pues en ese caso habrá que buscar para los dos un buen maestro.

—Y luego se volvió al mayor de los bastardos—: ¿Y las armas?

Jaime Sarroca miró de soslayo a su padre y a su madre. Ninguno de los dos hizo un gesto ni dijo nada. Después miró a su hermano y a sus tres hermanas. Al cabo, dirigió los ojos hacia el rey con humildad.

—No.

—¿Y a tu hermano?

—Tampoco.

—¿No os apetecería ser soldados?

El mayor de los dos niños negó con la cabeza.

—¿Y abogado, como vuestro padre o vuestro abuelo?

El niño repitió el cabeceo.

—Entonces, ¿qué podemos hacer con vos?

—A mi hermano y a mí nos atraen los libros que hablan de Dios.

El rey contempló a los padres, que se alzaron de hombros, y soltó una pequeña carcajada.

—Eso no será problema. Un reino también necesita buenos arzobispos.

Después de comer, el infante Jaime fue a saludar a su amigo Ramón Llull, un filósofo que vivía solo en una casita sencilla.

La casa de Llull estaba siempre invadida por una tropa de alumnos, sedientos de sabiduría, a los que el maestro apenas cobraba. Era un hombre diez años mayor que el príncipe, de mediana estatura, cabellos oscuros, barba espesa y ojos penetrantes. A pesar de la diferencia de edad, ambos habían congeniado desde el día en que se habían conocido, unos años atrás, y siempre que el infante visitaba la isla acudía a casa del erudito para charlar un rato con él.

Ramón Llull estaba rodeado de varios discípulos en el patio de su casa cuando el criado le anunció que el infante Jaime de Aragón acababa de llegar. El maestro se volvió a sus alumnos con una sonrisa.

—Vamos, podéis iros. He de recibir al príncipe.

Los jóvenes se levantaron, saludaron con una reverencia y se marcharon alborotando.

Llull dejó pasar un par de minutos hasta que se hizo el silencio. Luego entró en la casa y se dirigió al vestíbulo, donde encontró al infante Jaime, entretenido en ojear un libro muy grande, abierto por la mitad, sobre un atril. A su lado, el criado permanecía inmóvil, como un pasmarote.

—¡Príncipe!

Jaime alzó los ojos azules del libro y los posó en su amigo.

—¡Ramón! ¡Qué alegría!

Los dos amigos se abrazaron.

Llull se encaró con su criado.

—¿Por qué no has hecho pasar al infante al interior de la casa?

—Ha sido cosa mía —dijo Jaime con una sonrisa—. Vuestro criado se empeñó, pero vi este volumen y me quedé prendado de él. ¡Es una joya!

—Sí que lo es.

—No conozco la historia.

—Es *La chanson de Roland*, un poema épico francés. Tiene más de cuatro mil versos.

—¡Pero si está en normando!

—Sí. Me he molestado en traducirlo. Bueno, yo solo no. Me han ayudado algunos alumnos.

Jaime contempló con admiración a su amigo mallorquín.

—Traductor, filósofo, teólogo, poeta… Me pregunto, amigo mío, si sois un enviado de Dios o un loco de atar.

Ramón Llull rio la ocurrencia del príncipe. Luego se volvió al criado, que seguía pasmado sin saber qué hacer.

—Vamos, Nicolás, tendrás cosas de qué ocuparte.

El sirviente saludó con un gesto y desapareció.

—Bien, amigo —dijo Ramón Llull—, os echaba de menos. Pero venid conmigo, vamos al patio. Tenemos tanto de qué hablar…

Cruzaron la casa y salieron por la parte trasera a un pequeño jardincillo. Tomaron asiento en unos bancos de piedra sobre los que crecía un emparrado de flores de un vistoso color naranja. En un rincón de aquel jardín crecían unas pocas hortalizas.

—¿Qué son?

Ramón Llull rio de buena gana.

—Berenjenas, remolachas, coles…

—¿Las cultiváis vos?

—Pues claro. —Llull parecía divertido—. Y ese árbol de ahí, ¿sabéis lo que es?

Jaime se quedó mirando con atención y vio unas frutas verdes y rojizas.

—¿Un manzano?

—¡Exacto! ¡Y aquel de allí es un peral! ¡Y ese otro, un cerezo!

—Jamás habría pensado que tuvierais vocación de campesino.

—Sabéis que soy laico franciscano, pero me gusta la máxima benedictina *ora et labora*.

—Reza y trabaja.

—Así es. *Mens sana in corpore sano*… El trabajo agrario con las manos me ayuda a no olvidar que venimos de la tierra y que a la

tierra volveremos. Ver cómo crecen mis berenjenas o cómo maduran las manzanas es una forma de practicar la filosofía y de acercarme a Dios.

—No digo que no.

—¿Cómo habéis encontrado Mallorca?

—Mallorca es una bendición, amigo mío. Y cuento con vos para gobernar el día que decida instalarme definitivamente aquí. Necesito rodearme de consejeros eficientes.

Ramón Llull estalló en una carcajada.

—Me temo que no podría serviros de mucho.

—¿Por qué decís eso?

—Sería un pésimo cortesano. Y por suerte no necesito el dinero para vivir. Lo sabéis de sobra. Este humilde siervo de Dios precisa silencio y recogimiento para rezar, para pensar, para leer y para escribir.

—Eso lo podéis hacer en palacio.

Llull volvió a reír. Luego, se levantó.

—Venid.

Jaime se puso de pie y siguió al maestro. Este sorteó algunas plantas, que crecían aquí y allá, y se quedó mirando un montoncito de tierra. Parecía una pequeña pirámide. La corteza acababa de romperse por el punto más alto y por allí asomaban unas minúsculas hierbecitas, apenas visibles.

—Observad eso con atención.

Jaime obedeció.

—¿Qué veis? —preguntó Llull.

—No sé —dijo el infante alzándose de hombros—. ¿Qué es?

—Un milagro.

Los ojos azules de Jaime parpadearon.

—¿Cómo decís?

—Eso que ha roto la corteza de la tierra es una planta. Más concretamente, un nabo. Un nabo que ha nacido de una diminuta simiente y que ahora busca la luz y el aire. En realidad, busca a Dios, porque Dios representa la luz y el aire y el agua y la propia existencia. Igual que vos y yo. Os hablo del milagro del mundo, joven príncipe. ¿No lo entendéis?

—¿Nos estáis comparando con un nabo?

Ramón Llull explotó en una carcajada.

—Dios está ahí, en ese nabo que quiere vivir. Como está en vos. Y en mí. Y en todo lo que crece y tiene un soplo vital. ¡Escuchad!

Jaime miró a su alrededor y no oyó nada.

—¿Qué?

—Este silencio.

—¿Qué le pasa?

—Es el silencio de la tierra, de las plantas, de los insectos, del aire quieto en las hojas, del sol que reparte luz… Dios nos habla a través de este silencio.

Jaime suspiró.

—Me parece que me voy a quedar sin un buen consejero.

Ramón Llull palmeó con cariño el hombro de joven príncipe.

—Seréis un gran rey. Culto y preparado. Seguid las enseñanzas de Cristo, haced el bien y gobernaréis sin sobresaltos.

—Lo intentaré, os lo prometo. ¿Y ahora qué me decís de vuestros poemas?

—¡Ah, la poesía! —exclamó Ramón Llull—. ¿De veras os apetece que os lea los últimos versos que he escrito?

—Por supuesto. Nada me complacería más.

Cuando el príncipe abandonó la casa una hora más tarde, no pudo evitar un pensamiento que lo llenó de gozo. Aquel hombre sería el mejor maestro posible para sus hermanastros Jaime Sarroca y Pedro del Rey. No le cabía ninguna duda.

8

Jaime no veía a Berenguela Fernández desde que se había consagrado en cuerpo y alma a Teresa Gil de Vidaure.

Mientras caminaba hizo el cálculo mental y se alarmó al advertir que llevaba siete años sin saber de ella. Se preguntó cómo estarían tanto Berenguela como el hijo que llevaba su sangre y qué podía ser aquello tan urgente que quería tratar con él. Recordó el contenido de la escueta carta que le habían entregado esa misma mañana: «Necesito veros cuanto antes. Siempre vuestra sierva, Berenguela».

El callejeo fue breve. El rey y su pequeña escolta pronto llegaron a la plazoleta del jardín con la fuente y las tres acacias donde se levantaba la casa. Aquel lugar le traía unos recuerdos maravillosos.

Jimeno Pérez golpeó con la aldaba en la puerta tachonada de clavos. Al momento abrió un criado que, al reconocer a los visitantes, inclinó la cabeza.

—Majestad…

Jaime se volvió a sus hombres.

—Esperadme aquí. No creo que tarde mucho.

Bernardo de Entenza y Jimeno Pérez asintieron.

El sirviente precedió al rey al interior. Los criados saludaban cuando veían al soberano y se quedaban inmóviles y cabizbajos.

Llegaron al salón. Berenguela hablaba con una joven de dieciséis o diecisiete años. Ambas estaban de pie, mirando unas telas extendidas sobre una mesa.

—Señora, ¡su majestad, el rey! —anunció el sirviente.

Berenguela y la joven se irguieron.

Si le hubieran preguntado más tarde qué se hizo del sirviente o qué aspecto tenía la muchacha que acompañaba a Berenguela o de qué color eran las telas que había encima de la mesa, Jaime no habría sabido qué responder. Se había quedado hipnotizado.

Berenguela Fernández había cumplido ya treinta y siete años y había ganado en belleza. Su cuerpo había madurado. La exuberancia juvenil había dado paso a una sensualidad sosegada. Seguía siendo delgada de cintura, esbelta y bien proporcionada, el óvalo de la cara

enmarcado en una cabellera negra, la piel bronceada, los labios gordezuelos, los pómulos tersos y delicados, los ojos del color de la miel clara… De súbito sintió que sus huesos temblaban y que en lo más profundo de su alma se producía un cataclismo que no podía controlar, como el día en que la había visto por primera vez.

Cuando volvió a la realidad, se dio cuenta de que el sirviente y la dama de compañía habían desaparecido como por arte de magia.

—Berenguela… —dijo tembloroso, igual que un adolescente tímido, y al momento se percató de que aquel nombre le sabía a gloria bendita.

—Jaime…

El rey cogió una de sus manos y se la llevó a los labios. Besó los dedos blancos y finos despacio, aspirando el olor a manzanas de su piel, notando que un fuego devastador comenzaba a prender en su corazón. Alzó los ojos y se vio reflejado en las pupilas de Berenguela. De pronto advirtió estupefacto que continuaba completamente enamorado de aquella mujer.

—He venido tan pronto como he recibido vuestra carta.

Aquellas palabras rompieron el hechizo. Berenguela se sentó en una silla y el rey la imitó.

—Mi marido murió hace tres años, como supongo que sabéis, pero no os preocupéis por mí. Vivo bien y tengo todo lo que preciso.

—Sí. Supe de la muerte de vuestro marido. Un gran hombre. Lo sentí mucho.

—Necesito que os hagáis cargo de vuestro hijo.

—¿Pedro?

—Pedro Fernández de Híjar, sí. Ha crecido.

Jaime intentó recordar cuándo era la última vez que había visto a su hijo.

—Sé que andaba en buenas manos.

—Sí. Ha recibido una formación militar impecable y, además, es un muchacho noble y valiente. Creo que os hará un servicio excelente.

—¿Dónde está?

—Debe de estar en las caballerizas. Le pedí que se quedara en casa. Quiero que lo veáis. Os admira.

Jaime se sintió turbado.

—Está bien. Hacedlo venir.

Berenguela agitó una campanilla y al instante entró una criada.

—Llamad a mi hijo.

La criada saludó y marchó a cumplir órdenes.

—¿Y vos? —preguntó Jaime con voz anhelante—. ¿Cómo os trata la vida?

Berenguela rio.

—Parecéis un poeta.

—Os veo muy bien.

—Pues yo no sé si decir lo mismo de vos —bromeó Berenguela—. Creo que deberíais empezar a declinar algunas de vuestras responsabilidades. Al fin y al cabo, vuestros hijos crecen. Son el futuro.

Jaime tragó saliva. No le gustó que ella bromeara tanto sobre el paso del tiempo. Él no se consideraba viejo en absoluto. Tenía todavía muchas cosas por hacer.

—¿Seguís las noticias de la corte?

—Estoy atenta a lo que pasa a mi alrededor. Sé que os casasteis tras la muerte de Violante y que la nueva reina es admirable. Eso afirman todos los que la conocen. Me alegro mucho por vos.

A Jaime le pareció que las palabras de Berenguela estaban rebozadas de tristeza.

—¿No os alegráis de mi felicidad? —quiso saber el rey.

—Por supuesto. Sabéis que siempre os he amado.

En aquellos momentos llamaron a la puerta. Berenguela dio permiso y entró un muchacho casi tan alto como el propio monarca que caminaba con donaire. Era delgado, bien plantado, ancho de hombros y con la cabeza erguida. Tenía una gran mata de pelo castaño y sus ojos claros miraban de frente con decisión. El parecido con su madre era innegable.

Jaime lo miró sorprendido.

—Majestad… —saludó el joven, haciendo una pequeña inclinación. Luego se volvió a Berenguela—: Madre…

—Este es vuestro hijo, señor.

—¡Dios mío! ¡Pero si sois un gigante!

El muchacho sonrió y, al hacerlo, mostró una dentadura perfecta. A Jaime le pareció que aquella sonrisa desprendía luz.

—La última vez que os vi erais un rapazuelo.

—Pedro quiere serviros —repitió Berenguela.

—Y yo estaré complacido de que un hijo mío sirva con fidelidad a la Corona. ¿Sabéis manejar la espada?

Pedro Fernández de Híjar volvió a sonreír. Miró el cinto del rey y luego se acercó hasta una panoplia que colgaba en la pared y extrajo un sable.

—Si me hacéis el honor… —dijo levantándolo en actitud desafiante.

Jaime contempló a Berenguela, que los observaba con una media sonrisa dibujada en su rostro, y desenvainó su Tizona.

—Será un placer, jovencito.

El rey atacó con un movimiento certero, aunque Pedro cubrió bien la defensa. Durante unos segundos, Jaime continuó asediando a su hijo, dando mandobles al derecho y al revés. De vez en cuando, lanzaba golpes desde arriba o laterales, pero Pedro se defendía sin aparente dificultad. Parecía que el muchacho estaba jugando.

El monarca comenzó a tomarse la pelea en serio.

—Está bien —aceptó—. Preparaos.

Y tras decir aquello encadenó una serie de movimientos rápidos y envolventes, arriba y abajo, a derecha e izquierda, con una maestría propia de alguien que lleva manejando el sable toda la vida. Pedro se limitaba a repeler las embestidas con una solvencia insultante. Daba también la impresión de que había nacido con una espada en la mano.

De pronto, el joven pasó al ataque. Tenía una fuerza descomunal. Cada golpe era más violento y potente que el anterior. Jaime creía que estaba siendo atacado por media docena de sarracenos, por lo que tuvo que emplearse a fondo para que su propio hijo no le rebanara el cuello con alguno de aquellos embates. Los filos de las espadas chocaban con fuerza y de ellos salían chispas.

—¡Ya basta! —gritó Berenguela. Padre e hijo se quedaron con las espadas levantadas, como dos estatuas—. ¡Es suficiente! —añadió.

Jaime estaba sin resuello.

—¿Quién os ha enseñado a luchar así?

Pedro sonrió.

—Los maestres de la Orden del Temple.

Jaime pensó que no había oído bien, pero enseguida soltó una estruendosa carcajada.

—¡Por mis barbas! ¡No me extraña que manejéis la espada tan bien! ¡Habéis sido educados por los mismos maestros que me enseñaron a mí!

—Gracias, señor.

—¿Cuántos años tenéis?

—Quince.

Jaime miró orgulloso a Berenguela.

—Habéis hecho un buen trabajo y os felicito. —Luego puso los ojos en su hijo—: Venid mañana por la mañana a palacio. Habrá que armaros caballero y asignaros un cargo acorde con vuestra valía. Me encargaré personalmente de todo ello.

Pedro Fernández de Híjar volvió a colocar la espada en la panoplia.

—Gracias, señor.

—Dadme un abrazo —dijo Jaime emocionado.

El joven Pedro pensó que el rey le estaba gastando una broma, pero

advirtió atónito cómo su padre abría los brazos.

Ambos se dejaron llevar por la emoción del momento. Luego, el joven se retiró con humildad, inclinó la cabeza ante su padre y ante su madre, y salió de la estancia con paso firme.

Había amanecido nublado. El cielo parecía un lienzo sucio, azotado por un viento frío que empujaba las negras nubes en todas direcciones y formaba grumos de oscuridad amenazantes sobre los altos Pirineos oscenses.

El príncipe Alfonso, Álvaro Pérez de Azagra y Juan Núñez de Lara, seguidos de escuderos, monteros, criados y una jauría de podencos, llegaron a la Fontana de los Castaños cuando comenzó a llover.

—Deberíamos volver —propuso Azagra, señor de Albarracín desde la muerte de su padre, Pedro Fernández de Azagra—. Esta lluvia no me gusta nada.

—¿Volver? —bramó furioso Alfonso—. Mejor esperamos un poco. Ya veréis cómo sale el sol dentro de un rato.

—No sé —replicó Azagra—. ¿Habéis visto el cielo? ¡Demasiado cubierto!

El mayor de los monteros se acercó cauteloso hasta el príncipe. Se llamaba Martín y conocía aquellos bosques como la palma de su mano.

—Señor, no pinta bien la mañana. Los animales se esconden cuando huelen la lluvia y mis muchos años de experiencia me dicen que la tormenta será de las gordas.

Alfonso torció el gesto contrariado. Lo que le sugerían no carecía de lógica, pero él no estaba dispuesto a dejarse convencer fácilmente. Había planeado a conciencia aquella cacería.

—¡El que prefiera regresar a casa tiene mi permiso! —gritó, masticando la rabia.

Todos se miraron entre sí, aunque nadie se movió del sitio. Justo en aquel momento, un relámpago inmenso cruzó el cielo negro y enseguida se oyó un trueno ensordecedor. La lluvia se hizo violenta.

—¡Señor!, ¡esto es una locura! —gritó Juan Núñez de Lara—. ¡Regresemos!

Alfonso estaba contrariado. No soportaba la idea de perder la jornada de caza, pero al mismo tiempo veía que aquella tormenta no permitía seguir adelante.

—¡Martín!, ¿no se halla por aquí cerca la casa de guardias?

—¡Está en esa dirección, a una media legua!

El príncipe quería creer que la tormenta amainaría antes o después.

—¡De acuerdo! ¡Yo voy hasta allí! ¡Álvaro! ¡Juan! ¿Venís conmigo?

Azagra y Núñez intercambiaron una mirada de estupor.

—Señor, no tiene sentido. Regresemos —imploró Azagra.

—¡Regresad vos! ¡Yo sigo adelante! ¡Mis hombres, conmigo!

Alfonso espoleó su caballo. Tras él siguieron su escudero y un par de criados, que llevaban atados a los perros.

El señor de Albarracín volvió los ojos hacia el montero.

—Martín, ¿qué hacemos? Vos sois experto en estos lances.

—Señor, ya os lo he dicho. Esto no me gusta nada. Sería mejor regresar…

—¿Y dejar solo al príncipe? —inquirió Juan Núñez.

—¡Haremos una cosa! —bramó Pérez de Azagra mientras el cielo continuaba llenándose de relámpagos y sonaban los truenos—. Mis soldados y yo iremos con Alfonso para que no esté solo. Los demás volved todos. Y rápido.

Juan Núñez pareció dudar.

—No sé si es una buena idea.

La lluvia era tan fuerte que impedía seguir hablando. Los caballos relinchaban y se movían nerviosos.

—¡No os preocupéis, Juan! ¡Yo me encargo de acompañar a Alfonso! ¡Vamos!

El de Albarracín partió al galope. Sus hombres salieron tras él. El grueso de la expedición se había quedado junto a Juan Núñez de Lara.

—¡Vámonos! ¡Rápido!

Seguido de sus hijos Pedro y Jaime, el rey subió los escalones de dos en dos. Por detrás de los infantes, a unos metros, caminaban Bernardo de Entenza, Jimeno Pérez y Asalid de Gúdar. El palacio estaba sumido en una penumbra inquietante. Por los rincones y los pasillos había grupos de personas que cuchicheaban en voz baja. A su paso, todos inclinaban la cabeza y permanecían en actitud reverente. Cuando llegó a la puerta de la habitación, se tropezó con el obispo, Domingo de Sola, que conversaba con Álvaro Pérez de Azagra y Juan Núñez de Lara. Tras la muerte de Vidal de Cañellas unos años atrás, Sola lo había sucedido en la diócesis de Huesca.

Los tres hicieron una leve reverencia.

—¿Cómo está mi hijo? —preguntó Jaime.

—Señor… —tartamudeó el obispo—, el príncipe… no se encuentra bien…

El rey hizo intención de entrar en la habitación, pero el prelado se interpuso.

—Majestad, los médicos… no saben qué hacer.

Jaime sintió que una oleada de pánico subía por su garganta hasta su boca.

—¿Quién está con él?

—Su esposa, doña Constanza, y los médicos.

Hizo una señal a los guardias y estos abrieron la puerta. Antes de entrar se volvió a sus hijos y a sus consejeros.

—Esperad aquí.

La cámara se hallaba envuelta en una luz mortecina. Apenas entraba un reguero de claridad a través de dos ventanas altas y estrechas. Alrededor del lecho había tres figuras. Una de ellas estaba arrodillada. Era Constanza. Las otras dos correspondían a los dos médicos judíos que intentaban salvarle la vida al príncipe.

Al ver al rey, los dos galenos saludaron en silencio.

Jaime contempló a su hijo, que yacía sobre el lecho con los ojos cerrados y respiraba con mucha dificultad. Un rictus de sufrimiento se dibujaba en su rostro.

—¿Qué tiene?

—Señor —susurró en voz muy baja uno de los dos médicos—, vuestro hijo salió a cazar y la tormenta lo sorprendió en la montaña. Debió de extraviarse, por lo que pasó la noche en el bosque bajo la lluvia. Cuando logró regresar a palacio, estaba temblando de fiebre y tosía sin parar, y así lleva ya diez días.

El monarca alzó los ojos y volvió a mirar a su hijo. Parecía dormido. A su lado, Constanza de Moncada seguía arrodillada, como una penitente, orando en voz baja, preguntándole a Dios por qué se empeñaba en arruinarle la vida. Se había casado a los ocho años con Álvaro de Urgel, que la había repudiado antes siquiera de que le viniera la primera menstruación. Alfonso era su segunda oportunidad. Hacía tan solo un mes que se habían casado y todo indicaba que iba a enviudar con solo quince años.

—Lleva dos o tres días sin parar de toser y escupir sangre. Debe de tener los pulmones congelados.

—Majestad… —titubeó el otro médico—, cada día que pasa le cuesta más respirar. Los temblores y las fiebres no desaparecen y a veces habla delirando… Vuestro hijo está en manos del Señor.

Constanza se puso de pie. El monarca se acercó hasta ella con pasos lentos. La esposa del príncipe lo contempló con los ojos llenos de lágrimas. El rey hizo una levísima inclinación de cabeza en silencio. Ella se limitó a devolverle la pequeña reverencia y salió de la habitación como una sombra.

Jaime se acercó de nuevo al lecho. Observó a su hijo con un nudo

en el estómago. Alfonso estaba pálido y demacrado, y respiraba con la dificultad propia de un moribundo. Un pellejo a punto de expirar. Aquel que yacía allí no tenía nada que ver con el joven levantisco cuyos ojos habían desprendido siempre un brillo decidido. Se preguntó por qué la relación con Alfonso fue siempre tan difícil y tuvo que reconocer que él no había sido un buen padre. Su primogénito nació con el estigma de ser el hijo de una mujer a la que nunca había amado. Se arrodilló junto al lecho, plegó las manos y comenzó a rezar, pero las palabras se le atropellaban en la boca, y las lágrimas corrían por su cara sin que le importara que los dos médicos, que seguían allí, de pie, observándolo sin pestañear, lo vieran sollozar. No estaba rezando, sino pidiendo perdón porque se sentía culpable. Y, sobre todo, porque ahora que se encontraba a punto de perder a Alfonso se daba cuenta de que nunca había dejado de amarlo.

El príncipe Alfonso, hijo de Jaime de Aragón y Leonor de Castilla, murió el primer día de primavera de 1260 en Huesca, apenas un mes después de su boda con Constanza de Moncada, hija de Gastón VII de Bearn, cuando contaba treinta y ocho años. Se fue sin dejar herederos, sembrando la confusión y el caos, ya que su marcha cambiaba drásticamente el destino del reino de Aragón y con ello el devenir de la historia.

Fue enterrado con honores de rey en el monasterio cisterciense de Santa María de Veruela, a los pies del Moncayo, junto a Tarazona.

Los nobles aragoneses lloraron aquella funesta pérdida, pues habían depositado sus esperanzas en el futuro rey, al que consideraban más razonable y sensato que su padre, con el que siempre habían andado a la greña. Los Urrea, los Azagra, los Lizana, los Cornel… La lista de los traicionados por el destino no conocía fin.

La muerte conmocionó a todos los reinos cristianos. Alfonso era aragonés por parte de padre, pero castellano por parte de su madre, y había mantenido encendida la llama del cariño hacia los dos reinos. León y Navarra se sumaron al dolor y enviaron importantes legaciones de duelo. Manfredo de Sicilia, Luis IX de Francia y el papa Alejandro IV también enviaron embajadas a los funerales. Durante un tiempo, pareció que la vida detenía su pulso.

En Aragón, el estupor inicial pronto dio paso a la inquietud. Una inquietud sorda que se propagaba como un incendio desatado. Todos sabían que los testamentos del rey, que tantos quebraderos de cabeza habían generado, quedaban de golpe hechos trizas y era necesario comenzar de nuevo desde el principio.

Ramón de Peñafort había conseguido que su amigo Tomás de Aquino elaborara un manual de predicación para combatir la herejía y tratar de propagar la palabra de Dios entre los infieles. Aquino había hecho llegar su obra *Summa contra gentiles* al jefe de la Inquisición aragonesa, que a su vez había mandado a predicar a algunos de sus frailes dominicos más fervorosos. Ramón Martí y Arnau de Vilanova recorrían los caminos y las villas arengando a los musulmanes y prometiendo venturas infinitas para quienes abominaran de Alá y abrazaran la fe de Cristo.

Sin embargo, las predicaciones caían en saco roto. Ningún sarraceno renunciaba a su religión en favor de la católica. Los predicadores dominicos reaccionaban mal ante aquella falta de resultados, por lo que sus discursos se volvían radicales e intolerantes, acusaban a los moros de no aceptar la verdad religiosa y de empecinarse en la herejía, de tal manera que el malestar entre las dos comunidades religiosas no hacía sino crecer.

Jaime dejó que Peñafort se desahogara.

—¿Habéis terminado?

El dominico miró al monarca con el ceño fruncido.

—¿Solo se os ocurre decir eso?

—Lo que se me ocurre es que deberíais dejar en paz a los que piensan de otra forma —replicó enfadado el rey.

Peñafort lanzó un suspiro.

—A veces me pregunto qué clase de cristiano sois.

Jaime empezaba a cansarse de que la religión no fuera un instrumento para la paz, sino para el enfrentamiento y la discordia.

—Escuchad, monseñor, cualquier día vais a tener que sentaros cara a cara con Dios, como estáis aquí conmigo.

Ramón de Peñafort no supo si reír al oír aquellas palabras o enojarse.

—Yo tampoco soy un niño —recordó enseguida Jaime, evitando así que Peñafort interrumpiera sus razonamientos— y ya he comenzado a recoger velas. Veréis. He llegado a la conclusión de que es un error tratar de imponer una cultura, una historia o una religión sobre otra por la fuerza.

—Nadie desea imponer nada por la fuerza.

—Ya. Una manera muy discreta de reconocer que estáis presionando a los sarracenos. ¿Por qué no dejáis a los moros que sean simplemente moros? Yo estoy seguro de que Dios nos hizo a todos diferentes por algún motivo.

—Razonáis como un filósofo, no como un rey.

—¿Eso quiere decir que estáis de acuerdo conmigo?

Peñafort sonrió a su pesar.

—Eso quiere decir que tenemos trabajo por delante y que deberíamos ponernos manos a la obra.

Jaime contempló al dominico con curiosidad.

—¿De qué habláis?

—Debéis rehacer el testamento y Pedro ha de jurar lo que decidan las Cortes. Ya tiene diecinueve años y ahora es el primogénito a todos los efectos. Y habrá que ir pensando en buscarle esposa.

—La esposa está buscada desde hace tiempo. Y deseo que seáis vos quien encabece la embajada a la Santa Sede con el fin de cumplimentar ese trámite.

—¿Qué trámite?

—Quiero que el santo padre bendiga la unión de mi hijo Pedro con Constanza.

—¿Quién es Constanza?

—La heredera de Manfredo, el rey de Sicilia.

El rostro de Ramón de Peñafort se transformó en una mueca de incredulidad.

—¡No estaréis hablando en serio!

—¿En cuanto al papa o a Manfredo?

—En ambas cosas.

—Por descontado que hablo en serio.

—Pero… pero… el papa y Manfredo son enemigos.

—¿Y qué culpa tengo yo? El que ellos sean enemigos no significa que yo tenga que tomar partido por uno y enemistarme con el otro.

—Me estáis pidiendo una gestión imposible.

—Para eso sois ministro plenipotenciario del reino y brazo armado de la Santa Inquisición. No hay nadie mejor que vos para una embajada tan delicada.

Peñafort sacó un pañuelo y se enjugó el sudor que había empezado a correr por su cara.

—¡Dios santo! ¿No podríais librarme de tan ingrata encomienda?

9

Jaime había salido a dar un paseo a caballo con algunos de los hombres de su confianza. Necesitaba que le dieran el aire y el sol. Cabalgaron hasta San Martín de Cerdañola, bordeando las montañas, una zona boscosa, de extensos valles sin cultivar, muy poco habitada.

El rey detuvo su caballo en un soto de árboles que crecían junto a un manantial y se sentó a la sombra de un inmenso roble. El agua brotaba entre las piedras y formaba un reguerillo orillado de helechos y de juncos.

Bernardo y Jimeno descabalgaron y buscaron asiento junto al rey. Los criados y los soldados de la guardia se quedaron a cierta distancia, hablando de sus cosas.

Jaime no podía ocultar la preocupación que lo embargaba. Desde hacía varios días andaba como ensimismado.

—¿Qué os preocupa, majestad? —inquirió Entenza tomando asiento junto al monarca.

El rey alzó los ojos, que tenía fijos en la hierba. Jimeno también se había sentado sobre una piedra.

—El testamento —dijo—. Alfonso ha muerto y habrá que modificarlo.

—¿Habéis pensado algo? —quiso saber Jimeno.

El rey se mesó la barba.

—No lo sé todavía. Necesito un poco de tiempo. ¿Tenéis alguna sugerencia que hacerme?

Entenza se rascó la frente.

—Se me ocurre que, si separáis Valencia de Aragón, los aragoneses no tendrán salida al mar y no les va a gustar.

—Pues eso es fácil de arreglar. Le daré Aragón a Jaime, además de Mallorca…

—Eso carece de sentido —protestó Jimeno Pérez—. Hay tierras en medio de las dos.

—Lo mejor es que Valencia y Aragón sigan unidas —apremió Entenza— y se las deis a Pedro. A Jaime le entregáis Cataluña y Mallorca.

Jimeno movió la cabeza.

—Seguro que a Pedro no le hace gracia que le den Cataluña a su hermano.

—¿Por qué? —quiso saber Bernardo de Entenza.

—Porque Cataluña es demasiado rica para dejarla escapar.

El monarca estaba empezando a cansarse de aquella conversación.

—Por Dios, esto parece una pesadilla interminable. Siempre con el mismo tema.

Bernardo sonrió.

—Y menos mal que no pensáis meter a vuestro pequeño Sancho en el testamento.

—A Sancho le atraen más los libros. Habrá que buscar algo acorde a su carácter. Lo mejor sería acomodarlo con un cargo importante dentro de la Iglesia.

—Hablando de la Iglesia —dijo Jimeno Pérez—, tuve ocasión de conversar con el obispo Arnau de Gurb, que me trasladó la preocupación de todos los prelados por el nuevo testamento.

Jaime se quedó meditando. Se levantó y comenzó a pasear.

—Lo peor de todo no es lo que opinen la Iglesia o los nobles —anunció con voz atribulada—, sino lo que opine Teresa.

Bernardo y Jimeno contemplaron al rey con expresión de sorpresa.

—¿Vuestra… esposa?

—Así es.

—Pero ¿por qué?

El monarca se acercó al manantial, se inclinó sobre las piedras, hizo un cuenco con la mano y, tomando un poco de agua, se la llevó a la boca. Luego reanudó su paseo.

—Firmé un documento con Teresa, que ahora se ha vuelto contra mí.

—¿Qué documento?

—Un documento secreto.

Jimeno Pérez y Bernardo de Entenza se miraron entre sí desconcertados.

—¿Qué es lo que habéis firmado?

—Teresa solo aceptaba el matrimonio de concubinato con una condición: que nuestros hijos entraran en la línea sucesoria y recibieran en herencia un reino si alguna vez cambiaba el testamento.

—¡No habréis firmado eso! —exclamó Entenza espantado.

Jaime no fue capaz de mirar a sus fieles ministros a la cara. Se sentía avergonzado y atrapado en una telaraña.

—Lo firmé. Era la única manera de que Teresa accediera a casarse conmigo. Jamás pensé que me vería obligado a cambiar el testamento.

¿Cómo iba a sospechar que Alfonso iba a morir?

—Majestad, lo que habéis hecho es terrible —bufó Jimeno Pérez.

—¡Ya lo sé! ¡Maldita sea!

—Pero ¿por qué no nos consultasteis? —inquirió Bernardo de Entenza.

—Porque sabía que habríais dicho que no.

—Por el amor de Dios, majestad… —La voz de Bernardo de Entenza era casi un lamento—. ¡No nos escuchasteis en Corbeil! ¡Nos habéis ocultado ese pacto secreto con Teresa que pone en jaque al reino entero! ¡No podéis actuar de continuo como si vuestra tarea real fuera un juego!

—¡Ya lo sé! ¡Pero yo no necesito reprimendas en estos momentos, sino consejos! ¿Cómo voy a salir de esta?

Jaime se dejó caer sobre la roca y se cogió la cabeza con las manos.

—Solo hay un camino, majestad —exclamó Jimeno.

El rey y Bernardo lo miraron.

—Pero os advierto que será doloroso para vos.

Berenguela Fernández lucía un precioso brial azul y parecía la reina de un país imaginario. Jaime llegó a pensar que la envolvía una luz misteriosa.

—Estáis más hermosa que el día en que os conocí.

Se hallaban en el salón, sentados a la mesa. Los criados les habían servido una fuente de carne aderezada con verduras, queso y frutos secos.

Sobre la mesa descansaban un par de candelabros de cuatro brazos con velas encendidas. Los dos sirvientes se mantenían de pie a sus espaldas, a una prudente distancia, en completo silencio. Cuando Berenguela o Jaime levantaban la mano, se acercaban y escanciaban un poco de vino en las copas, trinchaban la carne, retiraban un plato o mondaban una fruta, según las indicaciones.

Pero Jaime y Berenguela no pensaban en la comida. Ambos preferían conversar. ¡Tenían tantas cosas que decirse!

—Os he echado de menos —añadió el monarca—. Más de lo que os figuráis.

—Sois un embaucador.

—Lo digo en serio.

—Y yo también.

Jaime rio divertido.

—La vida no deja de jugar con nosotros, querida mía. Nos lleva y nos trae a su antojo sin que nuestra voluntad pueda hacer demasiado.

Berenguela lo miró suspicaz. En sus labios se dibujó una sonrisa no exenta de tristeza.

—Me sorprendió vuestra carta.

—¿Por qué?

—No sé. No la esperaba.

El día anterior, Jaime le había hecho llegar una carta en la que le explicaba que su hijo Pedro había ingresado en la mesnada real y pronto sería armado caballero. Disfrutaría de su baronía de Híjar y contaría con rentas y soldados. Si el muchacho respondía de manera correcta, y nada parecía indicar lo contrario, se convertiría en uno de sus principales consejeros. Pero en la misma carta el rey le proponía cenar juntos para cambiar impresiones y ponerse al día. Se había despedido recordándole su devoción incondicional.

—Pedro es un joven prometedor. Tiene un gran futuro y yo quiero que esté a mi lado.

—Ya. Pero sospecho que vos no habéis venido a mi casa hoy para hablarme solo de Pedro.

—¿Y qué os hace pensar eso?

—Vuestra mirada.

Jaime notó que la sangre empezaba a hervir en sus venas. Bebió el último sorbo de vino y se volvió a los criados.

—Retirad esto. Doña Berenguela y yo hemos terminado.

Los criados inquirieron con un gesto a su dueña, que cabeceó afirmando, y comenzaron a retirar platos y vasos.

El rey se puso de pie y Berenguela lo imitó.

—¿Mi mirada? ¿Es que sabéis leer en la mirada de un hombre?

—En la vuestra sí.

—¿Y qué habéis averiguado?

Berenguela sonrió. Jaime se preguntaba cómo era posible que aquella mujer fuera aún más hermosa después de los años transcurridos. Recordó las escenas amorosas que ambos habían protagonizado en el lecho, en un butacón, sobre el suelo, encima de una mesa… A Berenguela no le importaba fornicar en cualquier lugar y en cualquier postura. Sus carnes eran prietas y tersas, sus pechos espléndidos, y su sexo, un torbellino de fuego… De repente, se sintió excitado como un niño.

—Vuestros ojos afirman que estáis solo.

—¿Cómo decís?

Berenguela rio alegremente.

—No os aflijáis. No sois la única persona solitaria en este mundo.

—Yo no estoy solo. Tengo siempre mucha gente a mi alrededor, a mis hijos, a mis sirvientes… Mis consejeros me siguen a todas partes…

En realidad, siempre me acompaña alguien.

—Y, sin embargo, estáis solo.

La sonrisa de Jaime se diluyó lo mismo que una sombra.

—¿Qué es lo que más anheláis en estos momentos? —Berenguela sonrió con picardía y, antes de que el rey respondiera, le puso el dedo índice sobre los labios—. No, no digáis nada. Dejad que yo averigüe vuestro secreto.

—¿Qué secreto?

El monarca la contempló como si fuera una diosa que hubiera aparecido de pronto en mitad de un bosque remoto, envuelta en brumas, y le estuviera revelando un misterio arcano.

—El secreto de vuestros anhelos más ocultos… —susurró bajando la voz.

Jaime sonrió aturdido. Berenguela se izó sobre la punta de sus pies y depositó un beso en los labios del rey.

—Estáis deseando hacerme vuestra. Eso es lo que dicen vuestros ojos.

Ninguno de los dos se había dado cuenta de que los criados habían desaparecido y se encontraban solos en aquella estancia.

Teresa Gil leía a la luz de una vela. Sentados en dos sillas bajas, frente a ella, estaban Sancho, el menor de Violante, que ya contaba diez años, y Jaime de Jérica, de cinco. El pequeño Pedro de Ayerbe, segundo hijo habido entre Teresa y el rey, de poco más de un año, yacía en la cuna. En un rincón, medio adormilada, se encontraba la nodriza.

—¿Qué leéis con tanto interés?

Teresa tenía el libro abierto por la mitad.

—Este libro es una maravilla.

Jaime lo cogió entre sus manos y miró la portada.

—¿Una Biblia rimada?

—Sí. Me lo ha aconsejado vuestro hijo Jaime. Al parecer, se lo ha prestado ese amigo suyo de Mallorca, ese filósofo que vive retirado como un campesino…

—Ramón Llull —recordó el monarca.

—Ese.

—Pero aquí dice que el autor es otro. Un tal fray Andrés de Figueral.

—Pues seguramente este señor debe de ser franciscano o dominico, quizás alumno de Ramón Llull, o amigo, incluso pariente… Es muy bonito.

Jaime hojeó al azar. La casualidad hizo que abriera por una página donde se narraba la historia de Abraham.

> Aconteció después de todas estas cosas
> que Dios tentó a Abraham, y que con él usó,
> para probar su fe, palabras misteriosas,
> y que Abraham, humilde, con amor escuchó.
> Toma ahora a Isaac, tu fiel y único hijo,
> sacrifícalo en Moriah, cual si fuera un cordero.
> No temas, Abraham, con voz firme le dijo.
> Solo así yo sabré si tu amor es sincero.

Jaime levantó la vista.

—¿Os gusta?

Los ojos de Sancho y Jaime de Jérica brillaban por la emoción. Ambos cabecearon.

—Es divertido —celebró con su voz cantarina Sancho.

—Estupendo. —El rey se sentó junto a ellos—. Entonces debéis saber que esta moda de rimar la Biblia viene de Francia. Si la memoria no me falla, creo que han sido los frailes y sacerdotes de Narbona los primeros a quienes se les ha ocurrido la idea de predicar en verso para que los fieles puedan retener mejor algunos fragmentos de la Biblia.

Teresa sonrió.

—¿Cómo sabéis todo eso?

—La gente habla de cualquier cosa. Solo hay que tener los oídos atentos.

El rey se volvió hacia la nodriza.

—Llévate a los niños.

Sancho y Jaime protestaron, pero el rey fue inflexible.

—Vamos, vamos. Mañana continuaremos leyendo.

Los niños besaron al monarca y a Teresa, y salieron con la nodriza, que había cogido al pequeño Pedro en brazos.

Cuando se quedaron solos, el soberano tomó las manos de Teresa. Llevaba varios días rumiando su desasosiego. No hacía más que darle vueltas al trato que había firmado con ella. Si mantenía su palabra, los hijos de Teresa debían ser coronados reyes, a costa de las tierras de los habidos con Violante. Aquello no se lo iba a perdonar nadie. ¿Cómo había sido tan estúpido de firmar semejante aberración? Intentaba justificarse diciendo que nada de esto habría sucedido si Alfonso no hubiera muerto de repente. ¿Cómo podía prever él que iba a ocurrir aquella desgracia? Pero ahora no valía lamentarse. Las cosas estaban como estaban. No había más remedio que modificar el testamento, y ahora entraban en escena los hijos de Teresa: Jaime de Jérica y Pedro

de Ayerbe. Había discutido con Jimeno, con Asalid, con Bernardo, con notarios y abogados qué validez legal tenía aquel pacto secreto firmado con su esposa… Unos y otros coincidían en que lo mejor sería repudiarla. Escribir al santo padre, con cualquier pretexto, y pedir la anulación de aquel maldito matrimonio… ¿Y él? ¿Qué sentía él realmente? ¿Seguía enamorado de Teresa igual que al principio? Seguramente la quería y respetaba, pero a veces lo ahogaba la sensación de infelicidad. A menudo echaba en falta la inteligencia política de Violante, su talante negociador, sus lúcidos consejos. Teresa jamás se inmiscuía en sus asuntos. Ni siquiera mostraba curiosidad por viajar y conocer las tierras que gobernaban. Lo peor, con todo, era lo que afectaba a sus relaciones íntimas. Teresa vivía prisionera de su recato religioso y continuaba considerando indecente todo lo relacionado con el sexo. Un hombre y una mujer solo debían fornicar para concebir hijos. Más allá de semejante tarea, la carne conducía al infierno. Al cabo de varios meses de luchar contra lo imposible, Jaime tuvo que admitir que no podía mantener encendida la llama del deseo y que estaba condenado a buscar el placer en otros cuerpos. Cuando hacía el amor con Teresa, de manera mecánica y rutinaria, experimentaba una inquietante zozobra interior. Recordaba las escenas inverosímiles que había protagonizado con sus amantes y se decía que no debía seguir engañándose por más tiempo. A él lo enloquecía el cuerpo de Berenguela Fernández, su forma de gemir cuando la penetraba, su insaciable y desbordante disposición al amor. Echaba de menos la desatada lujuria de Blanca, para quien el sexo consistía en un descubrimiento continuo. Añoraba a Elvira Sarroca, ingenua y sensorial. Y pensaba en Guillerma de Cabrera, maestra en el arte de hacerlo sufrir y gozar al mismo tiempo.

Jaime continuaba con las manos de Teresa entre las suyas. ¡Le habría dicho tantas cosas!

Intentó tragar saliva, pero tenía seca la garganta. Se preguntó si podría darle una oportunidad todavía, aunque enseguida se dio cuenta de que aquello no era más que una huida hacia adelante. Barruntó decirle la verdad, que no estaba dispuesto a destrozar el reino por ella, pero se encontró diciendo otra cosa.

—¿Qué os parece si me quedo a dormir con vos esta noche?

Teresa retiró sus manos con sutileza.

—¿Esta noche?

—Sí. Me apetece demostraros cuánto os amo.

El rey tramaba hacer con ella lo que le había enseñado Blanca de Antillón, aunque estaba seguro de que Teresa iba a poner el grito en el cielo.

—Es que hoy no me encuentro muy bien.

Jaime se deshinchó. Si la naturaleza pacata de su esposa era la que marcaba el ritmo de su vida conyugal, iba a terminar por practicar la castidad más exigente, se dijo.

—¿No deseáis que me acueste en vuestro lecho?

Ella hizo un mohín de disgusto.

—Otro día. Ya os he dicho…

—Sí, claro —aceptó Jaime, levantándose, sin dejarla concluir la frase.

El soberano se despidió con un gesto carente de emoción. Y mientras abandonaba la cámara de Teresa se dio cuenta de que aquello era un punto final. Que al día siguiente viajaría a Huesca para fornicar con Blanca de Antillón. Y luego iría a Mallorca para revolcarse con Elvira Sarroca. Y, en tanto estuviera en Barcelona, no dejaría de visitar ni un solo día a Berenguela Fernández, con la que había vuelto a descubrir el paraíso. Y que escribiría al papa diciéndole que su matrimonio hacía aguas.

Esa noche no se acostó. Se quedó sentado en un butacón hasta el amanecer, repasando su vida, abrumado por una tristeza que le devoraba el corazón.

Antes de que acabara el año, Jaime mandó una carta a Alejandro IV en la que solicitaba la anulación del matrimonio con Teresa Gil de Vidaure.

El monarca había estado más de un mes meditando en aquel asunto. Había hablado con todos los consejeros posibles, con sus confesores, con los hombres de su entorno político, siempre con el mayor de los sigilos y reservas, en aras de la discreción diplomática, pero eran tantos los consultados, las idas y venidas y las cartas cruzadas, que el desencuentro entre el rey y la reina se había convertido en un secreto a voces.

Los médicos reales urdieron una estratagema estrambótica para justificar el repudio: alegaron que la reina había contraído la lepra. Pero en Roma no se dejaron engañar. El papa Alejandro IV, que ya había sido alertado de las buenas relaciones que Aragón mantenía con Manfredo de Sicilia, reaccionó como si le hubiera picado una serpiente. ¡Cómo se atrevía el rey aragonés a pactar con Manfredo y a pedirle luego a él aquel favor! Alejandro contraatacó diciéndole que, si quería la anulación matrimonial, debía romper de inmediato sus alianzas políticas y comerciales con el rey de Sicilia. Jaime se vio entre la espada y la pared. Insistió, apelando al informe favorable de

algunos obispos y arzobispos del reino de Aragón, que defendían la invalidez del matrimonio.

Cuando Teresa se enteró de lo que todo el mundo murmuraba, se sintió traicionada y se pasó tres días llorando en su cámara. A sus espaldas, el reino entero conspiraba para defenestrarla, acusándola injustamente de leprosa. Escribió a Roma, denunciando la farsa y manifestando su voluntad de someterse a un tribunal médico elegido por la Santa Sede para demostrar que no sufría ninguna enfermedad. Jaime y sus médicos aportaron pruebas inventadas y razones científicas que no tenían nada que ver con la realidad. Al final, el santo padre mandó una carta conminatoria, advirtiendo al monarca que su matrimonio no podía ser anulado y que, si su mujer había contraído la lepra, semejante contingencia obedecía a los designios del Señor que, como bien sabía todo el mundo, eran inescrutables, y que debía resignarse y llevar una vida de retiro y castidad.

10

La muerte de Alejandro IV en la primavera de 1261 empeoró todavía más las cosas. El nuevo pontífice, Jacques Pantaleón, había nacido en la Champaña francesa y era un acérrimo defensor de la causa de los Capetos. Ciñó la tiara bajo el nombre de Urbano IV y desde el primer momento dejó clara su vocación de incrementar su enemistad con Manfredo, con los gibelinos y con aquellos que los secundaran. Si Jaime de Aragón seguía siendo aliado del rey de Sicilia, se convertiría en un enemigo que batir.

Urbano IV era hijo de un zapatero y había logrado lo que parecía un sueño a base de intrigas, traiciones y asesinatos perpetrados por sicarios. El cónclave que lo proclamó sumo pontífice estaba formado solo por ocho cardenales, a quienes extorsionó para hacerse con la mitra bajo inconfesables amenazas. Cuando por fin consiguió sentarse en el trono papal, amplió el colegio cardenalicio hasta veintidós cardenales, casi todos franceses y parientes de los que constituían el comité elector. Nadie se atrevió a denunciar el escándalo porque los métodos expeditivos de Urbano resultaban disuasorios. La nueva curia romana se asentó en Viterbo, ya que los enfrentamientos entre güelfos y gibelinos hacían de Roma un territorio inestable y peligroso.

Urbano IV soñaba con recuperar Sicilia, Nápoles, Calabria y Roma, y acabar de una vez con los brotes cátaros que a menudo se producían en Provenza y Occitania. Viendo que no podía contar con el rey Luis, que había declinado sus responsabilidades en manos de ministros y mariscales y estaba más pendiente de su espíritu que de su gobierno, depositó el destino de la Iglesia en las manos de Carlos de Anjou.

Ramón de Peñafort había acudido a palacio con el archidiácono de Barcelona, Berengario de Turri, a instancias del propio rey. Quería atar bien los cabos de una operación que iba a despertar el recelo, cuando no la ira, de la Iglesia, de los franceses y de los castellanos.

—Lo primero es revisar el actual testamento —comenzó diciendo Ramón de Peñafort—, porque con tanto cambio ya no sabemos qué le toca a cada uno.

Alguno de los presentes habría sonreído, pero la situación era tan

delicada que nadie se atrevió a respirar.

—Eso es fácil, ilustrísima —respondió Asalid de Gúdar—. Aragón, Cataluña y Valencia son para Pedro. Mallorca, el resto de las islas Baleares y las posesiones ultrapirenaicas, para Jaime.

—La boda del príncipe Pedro con la hija de Manfredo es una buena alianza —recordó Bernardo de Entenza—, pero no olvidemos que Manfredo se volvió a casar en segundas nupcias y tiene dos hijos varones del segundo matrimonio. De lo cual se deduce que Nápoles y Sicilia no serán para Constanza y, por lo tanto, no irán a parar a las manos del príncipe Pedro.

El monarca ya había pensado en ello.

—No hace falta que Pedro ciña tantas coronas —repuso tranquilamente—. Si gobierna Aragón, Cataluña y Valencia con mano firme, ya tiene bastante trabajo. Pero el matrimonio con Constanza es ventajoso para todos. Por lo pronto, su futura esposa pertenece a la casa de Saboya, dueña, además, del Piamonte. Sus cuñados serán reyes del sur de Italia y su hermano Jaime, de Baleares. El Mediterráneo entero estará bajo nuestro control.

—Es un magnífico plan, sin duda —aprobó Guillem de Moncada—. En realidad, la boda de Pedro con Constanza no tendría que incomodar a nadie… A fin de cuentas, Constanza no va a ser reina de Sicilia ni de Nápoles.

—Sí, aunque los Capetos son retorcidos —comentó Jimeno Pérez de Arenoso—. En cuanto al papa Urbano IV, es un hombre también bastante… —Jimeno iba a decir algo peor que «retorcido», pero la mirada atenta de Ramón de Peñafort y de Berengario de Turri lo hizo recapacitar—: El papa, digo, es un hombre que no se dejará engañar fácilmente.

—Roma sabe que el principal beneficiado de este enlace es Manfredo —observó Berengario de Turri—. El pacto con Aragón supone un aviso para sus enemigos.

—La vida sigue —dijo Jaime levantándose—. Mi hijo debe casarse cuanto antes y darme nietos. Las complicaciones vienen cuando no hay herederos.

—Las complicaciones vienen siempre, mi señor —repuso Bernardo de Entenza—. Tanto si hay hijos como si no los hay.

—Lo enojoso no es eso —señaló Ramón de Peñafort—, sino que Constanza anda en pañales, como quien dice. Apenas tendrá…

—Doce años, monseñor —aclaró Asalid de Gúdar.

—Trece tenía yo cuando me casé por primera vez —recordó el monarca.

—¿Cómo es Manfredo? —preguntó el archidiácono, que se veía, al

igual que Peñafort, entre la espada y la pared; por un lado, debía apoyar la causa aragonesa, pero por otro lado no podía enemistarse con el santo padre—. Todas las noticias que me llegan de él son alarmantes.

—Las noticias son buenas o malas según quién las cuenta y según quién las escucha, reverendo —pontificó con aire filosófico Jimeno Pérez—. Yo he tenido la suerte de conocer al hijo de Federico II, al igual que monseñor Peñafort o Bernardo de Entenza, aquí presentes, y diré de él que es un hombre diferente al común de los mortales, como lo fue su padre, que en gloria esté. En este caso se podría aplicar el refrán que reza «de tal palo tal astilla».

Bernardo de Entenza sonrió.

—Pero ¿cómo es realmente? —insistió Berengario de Turri—. Lo digo porque a lo mejor nos metemos en un avispero. He oído que lo llaman el Anticristo.

Jimeno Pérez había formado parte de las dos embajadas que habían viajado a Italia a negociar el compromiso matrimonial del príncipe. Incluso había asistido a la coronación de Manfredo en Sicilia. Y en todas las ocasiones había examinado muy atentamente su comportamiento.

—Lo he visto tres veces y no puedo hablar con demasiado rigor, aunque diría sin temor a equivocarme que no es un hombre al uso. En mi opinión, se trata de un personaje digno de ser celebrado por los poetas: amable, culto, inteligente, bien parecido… pero disoluto y falto de fe. Ama los placeres mundanos y está siempre rodeado de bellas concubinas, de juglares y de gente principal. No tiene miedo a nada ni a nadie y piensa que la Iglesia católica ha tergiversado las palabras de Cristo en su propio beneficio.

—¡Es un hereje! —clamó ofendido el archidiácono.

—Eso mismo es lo que afirma el papa.

—¿Y vamos a emparentar con un tipo así?

—Esto se puede mirar de muchas maneras —razonó Jaime con un gesto benevolente—. Mi hijo no se casa con Manfredo, sino con su hija. El matrimonio nos abre las puertas de Italia, de África y de Oriente. No nos obliga a renunciar a la fe de Cristo. Es tan solo una transacción comercial.

—Incluso es posible que Manfredo vuelva al redil —observó Asalid de Gúdar, y nadie supo si hablaba en serio o en broma.

—Yo solo digo que a Roma no le va a hacer gracia —advirtió Ramón de Peñafort—. Y a los Capetos menos todavía.

Jaime insistió en sus cartas al papa. Ya que la excusa de la lepra no había sido capaz de mover el corazón de Alejando IV ni de Urbano IV, optó por un argumento mucho más peregrino.

Los secretarios removieron papeles hasta dar con un posible parentesco entre la familia de Jaime y de Teresa Gil, cuatro generaciones atrás, y alegar incesto.

Nadie podía saber si los documentos a los que aludía Jaime en su carta eran reales o espurios. En Roma, que andaban con la mosca tras la oreja, reaccionaron con violencia. Urbano IV y su corte de cardenales franceses jugaban con las cartas bocarriba a favor de los Capetos. Ni siquiera se molestaban en disimular la repugnancia que les provocaba la casa Hohenstaufen y todo lo relacionado con ella.

El vicario de Cristo respondió al soberano aragonés con una carta plagada de amenazas y reproches. Lo llamaba «maldito fornicador» e «hijo del deshonor y la lascivia», y le recordaba que la anulación matrimonial conseguida con falsas argucias se consideraba contraria a Dios, abominable a los ángeles y monstruosa para la humanidad. Urbano IV debió de hurgar en el historial de cartas que Jaime había enviado a los papas precedentes y que el Vaticano conservaba como material político para favorecer a posibles aliados o atacar a supuestos enemigos y lo acusaba de incestuoso, adúltero y sodomita, al tiempo que se preguntaba de qué modo era posible que un rey que había vencido en el campo de batalla a tan temibles enemigos de la cristiandad se dejara vencer con tanta facilidad por los demonios de la carne. El pontífice se despedía profetizándole una vejez impura y pecaminosa si persistía en la idea de casar a su heredero con la hija del Anticristo.

Jaime escribió desesperado su última carta. Aceptaba todas las reprimendas papales, pero insistía en la necesidad de aquella anulación matrimonial. A cambio, se comprometía a organizar y encabezar una nueva cruzada a Tierra Santa.

Urbano IV no se molestó en responder.

En vista de que Urbano IV no firmaba la anulación matrimonial, Jaime de Aragón resolvió actuar según sus intereses. Dejó que Teresa Gil viviera en palacio y se encargara del cuidado de los hijos, y ordenó que se llevaran a cabo los preparativos para los esponsales entre su hijo Pedro y Constanza de Sicilia.

Los embajadores plenipotenciarios de Jaime marcharon a Italia para cerrar el acuerdo y tomar juramento a Manfredo. La legación, encabezada por Ramón de Peñafort, Bernardo de Torroella, Galcerán

de Hostoles, Pere de Castellnou y Fernando Sánchez de Castro, el hijo de Jaime con Blanca de Antillón, llegó a principios de verano al fastuoso Castillo del Huevo, una fortaleza a la que se accedía solo por mar, pues se levantaba sobre la isla de Megaride, frente a la costa napolitana.

Manfredo los recibió con una fiesta memorable en la que no faltaron músicos, bailarinas, juglares, bufones, saltimbanquis y magos.

El primer día se pasó sin entrar en negociaciones, como solía rezar el protocolo. Peñafort y Castellnou, el obispo de Gerona, estaban espantados ante las numerosas muestras de hedonismo y sensualidad de las que hacía gala la corte del hijo de Federico. El segundo día, los italianos y los aragoneses cerraron el pacto de matrimonio en un abrir y cerrar de ojos, puesto que la mayor parte de los acuerdos ya se habían sellado por carta. Lo que más impresionó a los aragoneses fue la sencillez con la que Manfredo aceptó pagar la astronómica suma de quinientas mil onzas de oro en concepto de dote.

—Es importante saber que no solo los franceses y la Iglesia de Roma están en contra de este matrimonio —recordó Bernardo de Torroella—. Castilla no ve con buenos ojos el enlace.

Manfredo estaba acostumbrado a que le salieran enemigos de debajo de las piedras.

—¿Castilla? Que yo sepa el rey Alfonso y su hermano Manuel se han casado con hijas del monarca aragonés.

—En efecto —aprobó Ramón de Peñafort.

No le faltaba razón al siciliano. Violante era la esposa de Alfonso, y Constanza, tras el frustrado acuerdo matrimonial con Enrique, se había desposado con Manuel, el pequeño de los hermanos castellanos.

—¿Ellos sí se pueden casar y mi hija no?

Nadie supo qué responder.

—¡Los castellanos son unos cretinos!

—Son desconfiados, señor —afirmó Peñafort.

—No digáis más, monseñor. —Manfredo sonrió por enésima vez—. Alfonso sigue pensando en ceñir la corona del Sacro Imperio y por eso me ve a mí como un enemigo.

—Sois sagaz, señor —apuntó Fernando Sánchez de Castro.

Manfredo contempló complacido al joven capitán.

—¿En verdad sois hijo del rey Jaime? —preguntó Manfredo con naturalidad, como si decirle a uno «bastardo» en la cara fuera lo más normal del mundo.

Fernando Sánchez había aprendido a convivir con aquel estigma y lo llevaba con honor, jamás como una afrenta.

—Así es, mi señor. A quien sirvo como capitán.

—Las aspiraciones de Alfonso a la corona del Imperio no son nada nuevo, señor —apuntó Bernardo de Torroella—. Tampoco que Castilla y Aragón mantienen una dura pugna por las fronteras entre ellas desde tiempos inmemoriales.

—Y por Navarra —añadió Galcerán de Hostoles.

Manfredo estaba rodeado de varios de sus consejeros. Los miró a todos con aprecio, quizás queriendo confirmar en sus rostros lo que allí se decía. Ninguno de ellos replicó nada.

—También sé que Jaime prometió su hija Isabel con el hijo del rey de Francia en Corbeil.

—En efecto, mi señor —corroboró Peñafort.

Manfredo soltó una carcajada y todos lo contemplaron sin comprender.

—¿De qué os reís, señor? —preguntó el obispo Castellnou.

Manfredo vestía de verde, como siempre. Lucía un traje muy elegante y se cubría la cabeza con un sombrero en el que ondeaba una pluma de faisán. Estudió con ojos divertidos al prelado y luego desvió la mirada hacia los demás miembros de la legación española.

—Me río porque unos y otros conspiran para agriarme la vida, como se la agriaron a mi padre. Pero no lo permitiré. Tengo más agallas que todos ellos juntos.

Manfredo se puso de pie y comenzó a pasear. Los presentes seguían sus elegantes movimientos.

—Para sobrevivir en esta selva es necesario estar informado. Las noticias hablan de que el papa Urbano IV ha mandado una carta al soberano francés, pidiéndole que rompa los pactos de matrimonio entre su hijo Felipe y la hija del rey de Aragón.

—¿Por qué? —inquirió Fernando Sánchez.

—Como represalia por el enlace de vuestro hermano Pedro con mi hija Constanza.

A Fernando Sánchez de Castro no le agradaba que lo llamaran «hermano» del príncipe Pedro, si bien no comentó nada. Habría sido una insolencia innecesaria.

—¡Pero eso es una barbaridad! —casi gritó Ramón de Peñafort—. ¡Si tal hiciera el rey Luis de Francia dejaría sin validez el acuerdo de Corbeil!

—Exacto —aprobó Manfredo—. Por eso Luis rompió la carta del papa y la tiró al fuego.

—El santo padre también ha mandado cartas a Jaime en el mismo sentido —recordó Galcerán de Hostoles.

—¿Qué decían esas cartas? —preguntó uno de los ministros de Manfredo.

—Pues que el heredero de Jaime no podía copular con la hija de un excomulgado.

Manfredo asintió con la cabeza.

—Está visto que el papa vela por mis intereses —ironizó—. Ha intentado sobornar al rey Luis, prometiéndole la corona de Sicilia a uno de sus hijos.

—¡Eso no lo sabíamos! —exclamó Castellnou—. ¿Y el soberano francés qué ha dicho?

—Que lo dejen en paz. Pero Urbano IV y su tropa de cardenales corruptos han vuelto los ojos hacia el hermano de Luis…

—¿Carlos de Anjou? —interpeló Fernando Sánchez.

—El mismo. Que es mucho más ambicioso y criminal que su hermano.

Manfredo hizo una breve pausa antes de proseguir.

—Carlos ha dicho que sí acepta el reto.

—¿Entonces Carlos de Anjou planea arrebataros la corona? —cuestionó Galcerán de Hostoles con una mueca de asombro.

—Si no es Carlos, será otro —vaticinó Manfredo con expresión resignada, aunque carente de temor—. El papa sueña con que mi estirpe desaparezca de Italia. Acabó con mi padre y no descansará hasta acabar conmigo… si antes no acabo yo con él.

Algunos cortesanos rieron.

—¡Y ahora, a beber y a bailar! ¡Basta de política! ¡Que vengan los músicos!

Ramón de Peñafort era demasiado viejo para tanta agitación. Pretextando dolor de cabeza, se retiró a sus aposentos, una habitación no demasiado grande pero muy bien vestida, con hermosos y caros muebles, y con vistas a la bahía. El verano estaba siendo claro y luminoso. Se asomó por la ventana y vio el azul purísimo del mar, las numerosas embarcaciones atracadas en el puerto de Nápoles, la ciudad amurallada, el cielo poblado de gaviotas… y se sintió cansado. Cuando volviera a Barcelona, le pediría a Jaime que no lo enviara a ninguna embajada más. Él solo aspiraba a estar tranquilo en el convento de Santa Catalina, pasear por su claustro, escuchar el silencio y prepararse para el instante en que Dios lo llamara a su presencia.

Pensó en Manfredo y sintió un profundo temor. No sabía si aquel matrimonio sería bueno para la Corona de Aragón. De lo único que estaba seguro era de que iba a traer muchos problemas.

Durante el otoño, Jaime y Urbano IV cruzaron varias cartas. El tono

del rey era siempre conciliador, pero el sumo pontífice no entendía de diplomacias y cada vez que empuñaba la pluma echaba bilis por la boca.

Urbano IV apeló a los sentimientos. Recordó al soberano de Aragón que cuanto había conseguido se lo debía a Roma y a los templarios. Evocó al papa Inocencio III, su gran valedor, el hombre que lo había protegido en el castillo de Monzón y le había dado la oportunidad de convertirse en un rey respetado y admirado, en un adalid de la cristiandad. Hizo recuento de los otros papas que siempre lo habían apoyado. Todos ellos abominarían de él si salieran de la tumba y comprobaran que ahora se iba a convertir en el brazo derecho del Anticristo.

Jaime respondía que él siempre había defendido la fe católica y había sido un buen vasallo de Roma. Enumeraba sus constantes batallas contra sarracenos y enemigos de Cristo, y hacía recuento del número de iglesias y catedrales levantadas por él. Insistía en que su pacto con Manfredo era, ante todo, un tratado comercial.

El papa replicaba, cada vez más furioso, que lo pertinente era acatar sin remilgos los dictámenes de Roma y dejarse de circunloquios. La Santa Sede reconocía sus victorias y su defensa de la Iglesia católica, pero lo amenazaba con un apocalipsis de desgracias si perseveraba en aquella encubierta alianza con Manfredo.

En la última carta, Urbano IV se entretuvo en describir los horrores del hijo del emperador Federico, a quien tachaba de cruel y despiadado, un auténtico Leviatán surgido de las profundidades del infierno, que coleccionaba ofensas y agravios, a cuál más insufrible, contra la Iglesia de Roma. Era amigo de los musulmanes, bastardo, disoluto, tirano, iconoclasta, perseguidor de prelados y nobles, y usurpador del trono de su hermanastro Conrado. Por último, recordaba que su condición de bastardo convertía en ilegítimo el posible enlace del príncipe Pedro de Aragón con Constanza de Sicilia.

Jaime se cansó de recibir aquellas cartas envenenadas, así que a principios de diciembre dejó de escribir. Ordenó a sus consejeros que ultimaran los trámites de la boda y se preparó para lo que pudiera venir.

Si no había contratiempos, la boda se celebraría en junio del año siguiente en Montpellier, la ciudad que se hallaba rodeada de Capetos y emisarios papales. El objetivo era darle la mayor difusión política posible, para que no quedara ninguna duda de la alianza entre Aragón y el reino de Sicilia.

—Lo van a tomar como una provocación —profetizó Jimeno Pérez.

—Que cada palo aguante su vela —dijo el rey con tono filosófico.

—¿No teméis alguna represalia?

Jaime miró a su asesor con ojos divertidos.

—Ya hace tiempo que dejé de preocuparme por eso. Después de Corbeil, me dije que nunca más volvería a rebajarme ante un malnacido.

Jimeno asintió. No replicó nada porque estaba completamente de acuerdo.

—Lo evidente es que las rutas comerciales con Sicilia, Túnez, Alejandría o Damasco se encuentran bajo vuestro poder —razonó Bernardo de Entenza.

—Y que el bando gibelino apoya nuestra causa.

Eso era lo mismo que afirmar que más de media Italia estaba en contra de Roma y de Francia.

—¿Qué creéis que opinará Castilla de todo esto? —preguntó Fernando Sánchez de Castro, que acababa de cumplir veinte años.

El monarca observó a su hijo bastardo. Los delicados rasgos de Blanca de Antillón podían entreverse en su rostro. Los mismos ojos rasgados, la misma nariz recta, la frente ancha…

—Mis dos yernos son dos simples que se asustan cada vez que ensillamos un caballo —dijo con pesar—. Cualquier cosa que sea buena para Aragón la ven como un ataque personal a Castilla.

—Pero no se atreverán a poneros la zancadilla —insistió Fernando Sánchez.

—Me da igual lo que hagan o dejen de hacer. Esto no tiene vuelta atrás.

2.ª Parte

(1262-1268)

1

En enero de 1262 el rey Jaime de Aragón viajó a Montpellier con un gran contingente de hombres. La ciudad andaba soliviantada porque Marsella, su principal competidora, se había levantado en armas contra Carlos de Anjou.

Marsella siempre había sido una ciudad gibelina, favorable a los Hohenstaufen alemanes, aunque libre, y ahora se veía rodeada por el hermano del rey de Francia, que quería acabar con la independencia de la ciudad y someterla a su poder. Marsella pidió auxilio a Montpellier y otras ciudades vecinas, alertándolas de que antes o después el Capeto iría a por ellas, una tras otra.

En Montpellier fue recibido por una comisión formada por los principales señores de la ciudad y por una pequeña representación marsellesa. Pronto cobró conciencia de la gravedad de la situación. Carlos de Anjou, ayudado por una importante tropa genovesa, había atacado a los marselleses, muchos de los cuales habían huido para salvar el pellejo y se habían refugiado en Lattes o en la propia Montpellier.

Esa misma tarde, mientras analizaba la situación con sus consejeros, unos emisarios dieron la voz de alarma. Las huestes del francés se acercaban a Montpellier en actitud beligerante.

Cuando Jaime fue avisado de que Carlos de Anjou había entrado en sus territorios no podía dar crédito.

—¿Cómo que el Capeto está a seis leguas de aquí?

Los emisarios se hacían cruces.

—Lleva tras de sí un ejército de más de mil soldados.

El monarca convocó junta urgente. Los principales hombres de confianza estaban junto a él, incluidos sus hijos Pedro, Jaime y los dos bastardos, Fernando Sánchez de Castro y Pedro Fernández de Híjar, los hijos de Blanca y Berenguela.

—Carlos de Anjou ha entrado en mis tierras sin permiso. Preparad todas las fuerzas disponibles. Si llega durante la noche, habrá que plantar batalla. Si no lo hace, al amanecer iremos a buscarlo.

—¿No sería mejor enviar una embajada? —propuso Asalid de

Gúdar—. Intentemos negociar.

—¿Negociar con esa víbora? ¿Quién se cree que es?

—Se sabe fuerte porque tiene el apoyo del papa y de sus hermanos.

—Veremos quién es más fuerte.

—Majestad, lo que comenta don Asalid es razonable —afirmó Atbrand con expresión cariacontecida—. Mandemos una embajada y parlamentemos.

Jaime miró a sus hombres, uno por uno. Finalmente, sus ojos se detuvieron en el rostro de su hijo.

—Está bien. Pedro, vos encabezaréis la legación. Que os acompañen Jimeno Pérez, Asalid de Gúdar y quienes decidáis. Los términos son claros. Que se retire de mis territorios de inmediato y que deje tranquilos a los marselleses. Si no lo hace, tendrá que vérselas conmigo. —Luego se volvió a los demás—: Aragón no acepta amenazas ni bravuconadas de nadie. Si Carlos no se retracta de su actitud arrogante, iremos a la guerra contra los Capetos. ¿Estamos de acuerdo?

Todos asintieron.

—De acuerdo. ¡Cada uno a su puesto!

Al amanecer, el príncipe Pedro y un pequeño séquito entre los que figuraban su hermano Jaime, su hermanastro Pedro Fernández de Híjar, Asalid de Gúdar, Jimeno Pérez y Ato de Foces, junto con algunos caballeros, partieron hacia el sur. A las dos horas avistaron el ejército de Carlos de Anjou, acampado en mitad del camino que conducía a Lattes.

Cuando el príncipe Pedro y Carlos de Anjou estuvieron frente a frente, ambos supieron en el acto que habían nacido para ser enemigos. Pedro no comprendía la retórica. Para él, un perro era un perro y un gato era un gato. Afortunadamente, llevaba a su lado a varios consejeros de su padre que entendían las leyes de la diplomacia y habían sido alertados por el rey para que reprimieran, llegado el caso, la intemperancia del príncipe.

Carlos de Anjou era robusto y tenía un rostro bien parecido. Sus movimientos correspondían a los de un hombre taimado, que hablaba sin mirar jamás a los ojos de su interlocutor y que actuaba movido por una insaciable sed de poder.

Después de cruzar unas pocas palabras de saludo, los dos pasaron a desgranar el rosario de aquel desencuentro.

—Mi padre, el rey de Aragón, está deseoso de que mi hermana Isabel y vuestro sobrino Felipe celebren su matrimonio cuanto antes.

Aquello era una declaración de paz.

—Estuve en Corbeil —se limitó a recordar Carlos con tono frío.

—Pues en tal caso no es necesario que os recuerde que, según el tratado que allí se firmó, mi padre es señor de Montpellier, y como tal os ruega que abandonéis nuestras tierras de inmediato —pidió Pedro con voz calmada—. No hay ninguna justificación para que hayáis venido con vuestro ejército en pie de guerra.

—¡He entrado persiguiendo a los que huían de Marsella!

—Esa es la segunda petición de mi padre. Que dejéis a los marselleses en paz.

—¿Cómo se atreve?

—¿Cómo os atrevéis vos a atacar una ciudad libre?

—Eso es cosa mía.

—Olvidáis que no podéis avasallar a nadie por la fuerza de las armas, en contra de toda ley y justicia. No tentéis a la suerte.

Carlos de Anjou miró con curiosidad a aquel joven que aparentaba unos quince años menos que él y que le hablaba con tanta arrogancia.

—No admito que un joven me diga lo que tengo o no tengo que hacer.

—Este joven que está delante de vos es el príncipe heredero del reino de Aragón, de Valencia, de Mallorca y de Cataluña, señor de Montpellier y del Rosellón. Y os estoy hablando en nombre de mi padre. Y no diréis que os he faltado al respeto, puesto que me dirijo a vos en todo momento con prudencia y moderación.

Carlos de Anjou habría deseado fulminarlo con un rayo.

—Tengamos la fiesta en paz —terció Jimeno Pérez, antes de que el francés se tomara aquellas palabras como una afrenta personal—. Aragón solo ansía la concordia con vos y con vuestros hermanos. Retiraos en buena hora y que nadie tenga que lamentar nada. La boda de Isabel con vuestro sobrino, sancionada en Corbeil, es una demostración de que ambos reinos desean el entendimiento.

Carlos tenía fama de inflexible. Se quedó meditando.

—Y otra cosa —insistió el príncipe Pedro—. Os ruego que liberéis a los hombres que habéis hecho prisioneros en Marsella.

—¿Y eso por qué?

—A cambio, mi padre Jaime os muestra su gratitud y afecto, que es más de lo que suele dar cuando las cosas no vienen dadas como a él le gustan.

Poco después, el príncipe Pedro y sus acompañantes abandonaron el campamento. Carlos de Anjou se había comprometido a liberar a los presos, salir de Montpellier y dejar en paz a los marselleses antes de que acabara el día.

—Habéis estado muy bien, alteza —le dijo Jimeno Pérez con una sonrisa—. No es fácil tratar con un hombre como Carlos de Anjou y, sin embargo, habéis sabido ponerlo en su sitio.

Asalid de Gúdar, que había visto nacer al príncipe, sonrió.

—Seréis un buen rey.

Bernardo de Entenza y Jimeno Pérez hablaban del próximo enlace del príncipe Pedro y de las airadas amenazas del papa Urbano IV, pero Jaime no les prestaba atención. Se hallaban en uno de los salones del palacio de la Aljafería de Zaragoza. Asomado a la ventana, sus ojos se habían detenido en aquella muchacha que trajinaba con unas hortalizas que acababan de traer en la carreta dos campesinos desde las huertas más próximas. La moza llenaba un capazo de esparto con cebollas, coles y calabazas y entraba por una puerta abierta que daba a las cocinas por la parte trasera, al cabo de unos instantes volvía a salir al patio y repetía la operación mientras los campesinos bromeaban con ella, le decían cosas, supuestamente picardías, a las que ella respondía con aspavientos y amenazas.

—Aguardad aquí —dijo.

Y, sin dar más explicaciones, dejó a Entenza y a Jimeno con la palabra en la boca. Los dos consejeros se miraron entre sí y se alzaron de hombros.

Jaime llegó al patio y se acercó hasta la carreta. Los dos labriegos, al ver al rey, dejaron de bromear con la chica y adoptaron una actitud de respeto. La muchacha se puso tan nerviosa que dejó caer al suelo el contenido del capazo sin darse cuenta.

—Recoged eso —les dijo a los dos mozos—. Y entrad vosotros las hortalizas a la cocina.

—Sí, majestad —respondieron al unísono, dando cabezadas y obedeciendo en el acto.

Jaime se aproximó a la muchacha. Llevaba un pañuelo cubriéndole el pelo, que se adivinaba rubio y largo, y tenía el rostro moteado de diminutas pecas. Iba vestida como las criadas, con una larga túnica que le llegaba hasta los pies y se calzaba con unas sencillas sandalias.

—¿Sirves en las cocinas?

La muchacha se había quedado sin habla. Asintió con una ligera cabezada.

Jaime sonrió ante aquellas muestras de timidez.

—Vamos, vamos, no temas. ¿Esos dos pillastres te estaban molestando?

—Un poco.

—Bueno, no te preocupes. No te molestarán más.

En aquellos momentos, los dos campesinos salieron por la puerta de las cocinas y se acercaron hasta el carro.

—¡Vosotros! —les dijo Jaime.

—Majestad… —Ambos inclinaron la cabeza.

—Como volváis a molestar a esta joven, mandaré que os azoten. ¿Me habéis entendido?

—Sí, majestad —dijeron a dúo sin levantar la mirada.

—Pues ya lo sabéis. Subid a la carreta y marchad a lo vuestro.

Los mozos obedecieron sin rechistar.

El rey volvió la mirada a la joven.

—¿Cómo te llamas?

—Genesia, majestad.

—¿Genesia? Un nombre muy bonito.

—Gracias, majestad.

—Escucha, Genesia. Esta noche quiero que me sirvas tú la cena en la alcoba real. ¿Serás capaz?

La joven asintió.

—Está bien. Y quiero que te laves y te perfumes y vistas con ropas un poco más elegantes.

—No tengo ropas más elegantes, majestad.

—Eso no es problema. Yo me encargaré de que te hagan llegar lo que necesitas. Ah, y no quiero que lleves pañuelos en el pelo.

—Sí, majestad.

—Anda, puedes retirarte. Seguro que tienes mucho que hacer.

Genesia inclinó la cabeza y flexionó ligeramente las rodillas antes de desaparecer, completamente aturdida.

Jaime se quedó solo en mitad del patio. Alzó los ojos y vio a Bernardo de Entenza y a Jimeno Pérez asomados a la ventana, mirándolo con expresión de perplejidad. Les sonrió y les levantó la mano. Los dos consejeros saludaron con una leve inclinación de cabeza.

Urbano IV gobernaba desde Lyon porque no le gustaba Viterbo ni ninguna otra ciudad italiana, donde se sentía intimidado por la presencia de tropas de Manfredo. Entró en el salón acompañado de varios cardenales y no se molestó en saludar siquiera. Se sentó en su sillón rojo y permaneció callado y huraño.

El obispo de Tortosa, Bernat de Olivella, encabezaba la pequeña legación que había enviado Jaime para que el papa bendijera el matrimonio del príncipe con la hija de Manfredo. El resto de la

embajada lo formaban Jimeno Pérez de Arenoso, Ato de Foces y un par de frailes dominicos. Todos saludaron al pontífice, que respondió con un gesto abstracto. Fue el hombre sentado a su derecha, un tipo alto, con un ojo vago y aspecto siniestro, el que les preguntó a bocajarro cuál era el motivo de aquella visita. Se trataba del cardenal Gustave Leroy. Olivella se entretuvo unos minutos en ensartar un discurso plagado de frases hechas con el objetivo de rebajar la tensión que se respiraba en la sala, pero en vista de que ni el santo padre ni su cortejo de cardenales abandonaban la actitud hostil optó por ir directamente al grano.

—Santidad, la boda entre Pedro de Aragón y Constanza de Sicilia es una excelente noticia —dijo, sabiendo que acababa de abrir la caja de los truenos.

—¿Excelente? —replicó el cardenal Leroy con una voz nasal y desagradable—. ¿Para quién?

—Para todos, ilustrísima —repitió Olivella con una sonrisa—. Jaime de Aragón y su hijo son dos cristianos ejemplares. Con este enlace, la Corona aragonesa podrá extender su dominio sobre los sarracenos en el Mediterráneo.

—¡Constanza es hija de Manfredo! —El ojo vago de Leroy se movía hacia todas partes de manera fúnebre—. ¡Y Manfredo es hijo de Federico! ¡Esa estirpe de escorpiones ha sido siempre amiga de los moros! ¿Cómo se sostienen vuestras palabras?

—Ilustrísima, el príncipe Pedro ha heredado el valor militar y la fe religiosa de su padre y de su abuelo Pedro el Católico. —Olivella se volvió hacia el papa—: ¡Es vuestro vasallo, santidad, como lo fueron sus antepasados! ¡No tenéis nada que temer!

El pontífice escuchaba con el ceño fruncido.

—¡Estamos informados de lo que ocurre en el reino de Aragón! —Urbano IV abrió al fin la boca—. ¡Los judíos y los moros gozan de una independencia insultante!

—Los judíos y los moros, santidad, están sujetos a las mismas leyes que los cristianos —repuso Olivella sin perder la sonrisa—. Trabajan, pagan sus impuestos y viven en paz. La inmensa mayoría de ellos no ha hecho nunca daño a nadie.

—¿Los defendéis?

—Santidad, aquí no estamos juzgando a nadie. Solo nos limitamos a describir lo que ven nuestros ojos.

Gustave Leroy carraspeó. Vestido completamente de negro, parecía un cuervo sobre el tapial de un cementerio.

—¿Acaso podéis negar que Jaime mantiene judíos y musulmanes entre sus consejeros, gobernadores o jueces?

—No, no lo negamos —intervino Jimeno, que había permanecido en segundo lugar hasta aquel momento—. Y también hay médicos, banqueros y orfebres. Mi hijo, sin ir más lejos, se ha casado con una mujer de origen sarraceno, y os aseguro que es la mujer más buena y piadosa del mundo.

—Mallorca es, en realidad, musulmana —casi gruñó Gustave Leroy—. El hijo del rey, el infante Jaime…, dicen que tiene muchos amigos infieles en las islas. ¿Os parece lógico?

—El pequeño Jaime ha sido educado en el amor, el respeto y la tolerancia —replicó con amabilidad Jimeno Pérez.

—Además —intervino el obispo Olivella—, el infante cuenta con amigos cristianos de peso. Por ejemplo, Ramón Llull, uno de los eruditos y filósofos con más prestigio en el reino.

—Sí, he oído hablar de ese Llull —admitió el papa con el rostro torcido—. Dicen que lee poesía árabe.

—Sí. Lee poesía árabe y textos bíblicos en hebreo, y también cultiva hortalizas.

—¿Qué tienen que ver las hortalizas? —preguntó exasperado Leroy.

—Los cristianos, los judíos y los sarracenos comen las mismas berenjenas y los mismos nabos, beben la misma agua, respiran el mismo aire y se dejan acariciar por el mismo sol.

—¿Os estáis burlando de nosotros?

Bernardo de Olivella puso cara de sorpresa.

—Nunca se me ocurría, ilustrísima.

—El rey Jaime no nos inspira confianza —masculló el sumo pontífice—. No voy a recordar los muchos pecados de lujuria que ha cometido, como tampoco voy a recordar la extraña solicitud de anulación matrimonial con la concubina que yace con él… Me limitaré a exponer otra cruda realidad. Ha casado a sus dos hijas mayores con el rey y el infante de Castilla. Ha comprometido a Isabel con el futuro monarca de Francia. Ahora quiere casar a Pedro con la reina de Sicilia… ¿Cuál será el siguiente paso? ¿No os parece demasiado poder en las manos de un hombre que ya es soberano de Aragón, Cataluña, Mallorca y Valencia? Yo os diré lo que persigue Jaime de Aragón: ¡convertirse en emperador del Mediterráneo!

—Pero, santidad, ¿cómo habéis pensado tal cosa?

—¡No son ideas! ¡Son hechos! —bramó furioso Urbano IV.

—Jaime es un hombre moderado…

—¡La gente pronuncia su nombre más que el mío!

Olivella comprendió que por aquel camino no iban a entenderse jamás. Pensó que el papa pecaba de soberbia, orgullo y vanidad, y que lo apremiaban unas inmensas ansias de poder. Suspiró y pidió al

Altísimo que le concediera paciencia para sortear aquel escollo sin naufragar.

—Seguro que ya ha buscado alguna otra concubina para sustituir a esa de la que se quiere separar, alegando que tiene lepra, esa… ¿cómo se llama?

—Teresa Gil de Vidaure, santidad —le apuntó Gustave Leroy.

—Santidad, no hemos venido a hablar de la vida privada del rey de Aragón —intervino Jimeno Pérez de Arenoso—, sino que deseamos…

—¡Pues deberíais! —cortó el papa, airado—. Vuestro depravado soberano quiere que yo autorice la anulación. O sea, que contribuya a esa aberrante maniobra. ¿Cómo pretendéis creer que yo pueda darle la absolución de sus pecados y bendiga su comportamiento? ¡Lo que debería hacer es ajustarse el cilicio!

Bernardo de Olivella comenzaba a impacientarse. Intentó reconducir la conversación hacia el punto que los había llevado allí.

—No pretendemos juzgar al monarca, santidad. Pretendemos que bendigáis la unión entre el príncipe Pedro y la princesa Constanza de Sicilia.

—¡No haré tal! ¡No haré nada que favorezca al maldito Manfredo!

Olivella iba a replicar, pero Jimeno Pérez se le adelantó.

—Santidad, os recordamos que, con la ley en la mano, el rey aragonés no necesita pediros permiso para casar a sus hijos, a menos que haya por en medio lazos de consanguinidad. Y este no es el caso.

El papa estaba lívido de rabia.

—¡Decidle a vuestro soberano que Dios no ve con buenos ojos ninguna de esas uniones! ¡Ni la de Pedro con Constanza de Sicilia ni la de Isabel con Felipe de Francia! ¡Y ahora, si no os importa, me gustaría estar solo! ¡Podéis retiraros!

El obispo de Tortosa, Jimeno Pérez, Ato de Foces y los dos frailes dominicos se miraron entre sí. Acababan de echarlos a la calle con palabras diplomáticas. El barón de Arenoso fue el primero en reaccionar.

—Gracias por vuestro tiempo, santidad. Que Dios os dé un pontificado largo y próspero.

Jimeno inclinó la cabeza en señal de respeto. Olivella y los dominicos lo imitaron. El papa se limitó a hacer la señal de la cruz en el aire y murmurar una frase ininteligible, que más bien parecía un gruñido.

Cuando salió la embajada, Urbano IV dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Maldición!

—¡No podemos impedir esas bodas, santidad! —recordó Leroy.

—¡No! ¡No podemos! ¡Pero sí podemos amargarle la vida al rey, impidiendo la anulación con Teresa Gil!

—¡Eso es lo que estamos haciendo!

—¡Ya!, pero, al parecer, no sirve para que se doblegue ante mí. ¡Su arrogancia resulta insufrible!

—Lo cierto es que sin vuestro consentimiento jamás se separará de Teresa Gil. En una de las cláusulas del contrato de concubinato se decía que solo vos podéis anular dicha unión.

Urbano sonrió como una fiera que acaba de sorprender a una presa.

—¡Pues que espere sentado!

El fuego ardía en la chimenea y esparcía por la alcoba real un delicioso olor a leña. Cuando llamaron a la puerta, Jaime estaba sentado en una butaca roja, mirando las caprichosas llamas, con los ojos extraviados en la bruma de los recuerdos. Al oír los golpes en la puerta, volvió en sí.

—Adelante.

Genesia asomó por la puerta junto con otras dos criadas.

—Majestad…

—Pasad.

Las tres muchachas traían bandejas con viandas. La mesa, en mitad de la estancia, estaba adornada con un par de velas encendidas. Había dos sillas, cada una en un extremo.

—Dejad las cosas sobre la mesa y marchaos —les dijo a las dos criadas—. Tú, Genesia, puedes quedarte.

Las dos sirvientas flexionaron las rodillas en señal de respeto, inclinaron las cabezas y salieron de la estancia, cerrando la puerta tras de sí.

Jaime se quedó mirando a Genesia sin ocultar la admiración que le provocaba su natural belleza. No parecía la aldeana que había conocido esa misma tarde, sino una dama de la más alta alcurnia. Lucía una cotardía azul, ribeteada con cuero y ajustada a la cintura con un ceñidor. La cabellera rubia caía con gracia sobre la espalda y sus ojos castaños brillaban como dos gemas llenas de vida.

El monarca llenó dos copas de vino y le alargó una.

—Nunca he bebido vino, mi señor.

Jaime rio divertido.

—Bueno, pero hoy es una ocasión especial.

Genesia no se atrevió a contradecirlo y tomó la copa.

—Por nosotros —dijo Jaime alzando la suya.

Ella parpadeó confusa, dando a entender que no comprendía lo que

el rey quería decirle, pero levantó su copa y, emulando al monarca, se la llevó a la boca y bebió un sorbo. Hizo un gesto cómico al tragar el vino, lo que provocó la risa del soberano.

—Estás preciosa —dijo Jaime dejando la copa sobre la mesa y devorándola con los ojos—. Nunca más trabajarás en las cocinas.

Ella dejó también el vino sobre la mesa.

—Yo… no sé hacer otra cosa, majestad…

—Aprenderás. Y ahora sentémonos y comamos un poco.

Genesia no se movió. Creyó que el monarca le estaba gastando una broma.

—Haz el favor —le indicó una silla mientras él se sentaba en la otra. Genesia se sentó por fin—. Adelante, comamos.

Durante un rato, Jaime y Genesia compartieron las perdices, el ciervo, la fruta y el vino, en tanto el monarca hablaba sobre los asuntos del reino, las batallas, las conquistas, los problemas con los nobles, con la Santa Sede… Genesia escuchaba sin entender la mitad de lo que el rey le decía y sin atreverse a comer casi nada. Para ella, las perdices o la carne de ciervo eran cosas desconocidas. Estaba habituada a comer puerros y remolachas. Tampoco se atrevía a beber mucho vino, pues le parecía áspero y agrio, y le provocaba una sensación desagradable al pasar por la garganta. Se limitó a comer un poco de fruta y a intentar no sucumbir al pánico de estar a solas con el rey.

Cuando terminaron de cenar, Jaime se quedó mirando en silencio a la muchacha, que no sabía qué hacer ni qué decir.

—Eres muy hermosa, Genesia.

Ella no respondió.

Jaime se puso de pie y la obligó a levantarse. Estaban frente a frente.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis, mi señor.

Dieciséis, se repitió mentalmente Jaime. Él había cumplido ya cincuenta y seis. Tenía cuarenta años más que ella. Pero aquella abismal diferencia de edad no le importaba en absoluto. Se sentía fuerte, lleno de vitalidad, y el deseo de yacer con una mujer joven y hermosa despertaba en él su natural ardor.

—¿Has estado alguna vez con un hombre?

Genesia negó con la cabeza.

—¿Sois virgen?

—Así es, mi señor.

Jaime estaba excitado. Hacía mucho tiempo que no desfloraba a una jovencita. Aquella era una ocasión maravillosa para gozar de las

mieles del amor.

—¿Te gustaría ser desvirgada por el rey?

Ella se puso roja. Estaba tan azorada que no fue capaz de decir nada.

De repente, Jaime la estrechó entre sus brazos y la besó. La inexperiencia de la joven lo excitaba como no recordaba en mucho tiempo. Tendría que enseñarle cómo comportarse.

—Vamos, te ayudaré a desvestirte… —le dijo a través de la fronda del deseo.

Genesia se veía arrastrada por un huracán. Incapaz de gorbernar las riendas de su destino, dejó que el rey tomara la iniciativa. Jaime la liberó de las ropas al mismo tiempo que la besaba, la manoseaba, ávido de placer, y se quitaba sus propios ropajes. Sin darse cuenta, ambos se vieron desnudos en mitad de la estancia, frente al fuego que seguía ardiendo en la chimenea. El cuerpo de Genesia era perfecto. Tierno, blanco, apetecible. Los dos pechos, no demasiado grandes, estaban coronados por dos pezones rojos. El pubis apenas tenía unos pocos pelos rubios y rizados, y sus nalgas eran tan tersas como las de un niño de diez años.

Jaime le mostró el pene completamente enhiesto.

—¿Nunca has visto esto?

Ella negó.

—¿Y qué te parece?

—Muy grande.

Jaime rio.

—Vamos, acarícialo.

Por espacio de medio minuto Jaime y Genesia se besaron mientras ella acariciaba con mano inexperta el miembro viril.

—Arrodíllate —dijo él con voz entrecortada.

Genesia se puso de rodillas sin comprender.

—Abre la boca.

La muchacha obedeció y Jaime aprovechó para introducir el miembro entre sus labios. Genesia estaba aterrada. Había oído chascarrillos y comentarios sobre las cosas que hacían los hombres y las mujeres, pero jamás pensó que ella se iba a ver en una situación como aquella. Creyó que se iba a atragantar. Aquel pedazo de carne amenazaba con ahogarla. Jaime estaba tan excitado que tuvo que hacer un esfuerzo para no eyacular en su garganta. Sacó la verga de la boca y se tumbó en la cama.

—Vamos, ven. Ponte encima de mí.

Ella se colocó sobre Jaime, que con mano experta dirigió su pene al orificio vaginal. Genesia lanzó un pequeño grito de dolor.

—No pasa nada. Siempre duele un poco la primera vez. Pero luego vas a creer que estás en el cielo…

Aquella primavera se celebraron dos bodas que iban a condicionar el rumbo de los acontecimientos. La primera tuvo lugar en mayo, en la ciudad francesa de Clermont. En ella se casaron Isabel, la hija pequeña de Jaime de Aragón, y Felipe, el heredero de Luis IX de Francia. La segunda se celebró en Montpellier, a mediados de junio, entre el príncipe Pedro de Aragón y Constanza de Sicilia, la hija de Manfredo, el Anticristo.

Isabel había adelantado en su carrera política a sus hermanas Sancha y María, que habían optado por la vida religiosa. El rastro de Sancha se había perdido dos años atrás, camino de San Juan de Acre, en Tierra Santa. Se contaba de ella que se dedicaba a practicar la caridad, cuidando pobres, y que la envolvía un halo de santidad. María, a quien el papa había urdido en vano casar con Carlos de Anjou, se había refugiado en el monasterio de Sigena.

El príncipe Pedro supo que con aquellas dos bodas se forjaba su futuro y que con ambas se fraguaba una certeza: la enemistad que de por vida iban a profesarle su cuñado Felipe de Francia y el hombre que le disputaría el trono de Sicilia, Carlos de Anjou.

Urbano IV no pudo evitar ninguna de las dos bodas y se limitó a aceptar lo inevitable. No le hacía gracia que los tentáculos de Jaime de Aragón alcanzaran a Castilla, Francia y Sicilia. Era demasiado poder para un solo cetro.

En su despacho de Lyon, rodeado de su séquito de cardenales franceses, comenzó a planear la venganza.

2

Jaime recibió a Ramón de Peñafort en el palacio real de Barcelona. El dominico, que rondaba los noventa años, iba acompañado siempre de un novicio. Se manejaba todavía con bastante agilidad y estaba deseando que lo dejaran en paz para dedicarse en exclusiva a la meditación y el silencio, pero era tanta su ascendencia que todos lo reclamaban cuando había que solventar asuntos de la máxima gravedad.

Aquel día Peñafort traía un mensaje del papa.

—¿Cómo os encontráis, monseñor?

—¿Cómo queréis que me encuentre a mi edad? ¡Lleno de achaques!

El rey sonrió.

—¿Y qué es lo que os hace salir de vuestro convento?

Peñafort bebió un poco del agua fresca que había traído un criado y dejó el vaso sobre la mesa.

—Hace dos días recibí carta de su santidad.

Jimeno Pérez y Asalid de Gúdar flanqueaban al monarca. Estaban de pie, al igual que el novicio. Jaime y Peñafort se habían sentado el uno frente al otro.

—Y supongo que debe de tratarse de algo que me atañe a mí —aventuró.

—Así es. Las órdenes del santo padre son claras y concisas. —Peñafort hizo una pausa para tomar aliento—. Urbano está preocupado. No desea que vuelva a haber disturbios ni violencias como los ocurridos en Gerona.

El rey volvió los ojos a sus dos consejeros.

—¿Hay problemas en Gerona?

Sus hombres de confianza se miraron entre sí.

—Que nosotros sepamos, no, majestad —dijo Asalid.

—Con sinceridad, no sé a qué disturbios y violencias os referís —añadió Jimeno—. Gerona es una ciudad donde la gente vive en paz y tranquilidad.

Jaime contempló a Ramón de Peñafort.

—¿Por qué no os explicáis?

—El papa Urbano no aprueba que los prestamistas judíos se enriquezcan con el sudor y el trabajo de los fieles católicos. Ha llegado a sus oídos el malestar de muchos ciudadanos, que maquinan alzarse en armas para matar infieles. Como es lógico, su santidad no quiere que corra la sangre.

El soberano aragonés no podía creer lo que estaba escuchando.

—Nada de eso es cierto, monseñor —afirmó Jimeno Pérez—. Los prestamistas judíos cobran lo estipulado por las leyes, el veinte por ciento, y nadie se queja de ello. ¿Cuál es el verdadero problema?

—El papa ha sido informado del creciente poder de los judíos en vuestro reino —respondió Peñafort con la mirada en el monarca—. Se han hecho con grandes cantidades de dinero, disfrutan de los principales cargos políticos, os sirven en palacio, controlan la economía… En fin, no es bueno que los que mataron a Cristo acaparen tanta influencia.

—¡La economía del reino ha crecido con ellos!

—Hay un grupo de dominicos que se siente gravemente ofendido porque los judíos ocupan puestos de relevancia que antes habían ocupado ellos.

—¿Quién está al frente de ese grupo?

Ramón de Peñafort volvió a beber agua.

—¡No seréis vos!

Peñafort casi se atragantó con el agua al oír aquello.

—¡Por Dios bendito, majestad! ¿Cómo podéis pensar que yo…?

—Pues ¿quién es el que amotina a vuestros amados predicadores?

—José de Mataplana.

—Acabáramos.

José de Mataplana era fiscal e inquisidor ordinario de la orden dominica, y no ocultaba sus aspiraciones políticas. Soñaba con llegar a cardenal.

—El caso es que Mataplana y los dominicos han elevado una queja al santo padre. Me he visto obligado a llamar a Mosé ben Ishaq ha-Levi por ser el judío más rico e influyente de Barcelona. Lo he citado a una reunión en el convento de Santa Catalina.

—Se deduce de lo dicho que detrás de esta celada está la mano de Urbano IV.

Jimeno Pérez carraspeó y todos lo miraron.

—Con vuestro permiso, las leyes son muy claras en este punto.

—¿Qué tienen que ver las leyes? —preguntó Ramón de Peñafort.

—Si se trata de un tema eclesiástico, el rey no puede intervenir, pero, si el asunto atañe a la economía del reino, es la Iglesia la que debe quedar al margen.

Ramón de Peñafort titubeó.

—No lo había pensado.

—¿Quién estará en esa reunión? —preguntó Jaime escamado.

—Pues por parte de los judíos Mosé ben Ishaq ha-Leví y por parte de la Iglesia los dominicos que escoja Mataplana.

Asalid de Gúdar salió en defensa del rey.

—Como prestamista, Leví solo entiende de economía. Si los dominicos lo atacan con argumentos religiosos, no sabrá defenderse. Y lo que es peor, si la cosa acaba en un juicio contra los judíos, como parece ser, hará falta alguien que ejerza de abogado defensor y pueda plantar cara a Mataplana en igualdad de condiciones.

—Nadie ha hablado aquí de un proceso judicial —protestó Peñafort.

—No, en efecto —volvió a terciar Jimeno Pérez—, pero no podéis ser tan ingenuo como para no sospechar que detrás de todo esto hay un interés oculto en sembrar la discordia y acorralar a los judíos.

—Por Dios que no comprendo nada. —Peñafort estaba confundido.

Jimeno Pérez se acordó de la reunión mantenida en Lyon con el papa Urbano y con el cardenal Gustave Leroy. No había ninguna duda de que ambos habían planeado a conciencia aquel ataque visceral contra Jaime. Los judíos eran la excusa.

—Yo me limito a obedecer las órdenes del santo padre —dijo en un suspiro Peñafort.

—Está bien, monseñor —zanjó el rey—. Retiraos al convento y dejadme dos días para meditar. Os mandaré recado de cuál va a ser mi decisión.

El novicio ayudó a Ramón de Peñafort a levantarse.

Jaime también se levantó. Eran tantos los años de amistad que la rabia que había sentido al advertir los sucios ardides del papa se diluyó cuando comprobó que Peñafort envejecía sin remedio.

—Sois un buen hombre, monseñor. No deberíais hacer de mensajero de nadie.

—Qué más quisiera yo que que me dejaran tranquilo…

Peñafort y el novicio se marcharon. El joven acompañante lo sujetaba con ternura del brazo para que el anciano no tropezara y se cayera.

Cuando el rey perdió de vista a los dos visitantes, se volvió a sus hombres.

—Asalid, mandad aviso al rabino Ishaq ben Toldrós. Que venga a verme cuanto antes. ¿Sabéis dónde encontrarlo?

—Sí, majestad.

—Actuad con discreción.

Asalid de Gúdar inclinó la cabeza y salió de la estancia.

Jaime se sentó. Jimeno permaneció de pie a su lado.

—Urbano ha comenzado a hacerme pagar la boda de Pedro con Constanza. Me niega la anulación del matrimonio con Teresa y ahora me ataca con la excusa de los judíos.

—Urbano no está solo —observó Jimeno con la mente puesta en el ojo vago de Leroy—. Seguro que detrás de él están los franceses, empujando y presionando.

—Hoy son los judíos. Mañana serán los sarracenos… Luego, ya veremos.

—De cualquier modo, no podemos dar un paso en falso —exclamó Jimeno—. No sería conveniente enfrentarnos a la Iglesia.

—No creo que todos los dominicos estén conspirando con Mataplana. Será cosa de unos pocos.

—Pero Mataplana es, después del propio Peñafort, la cabeza visible de la Inquisición.

—¡La Inquisición! —se lamentó Jaime; y se pasó la mano por la barba en actitud reflexiva—. Un rey debe proteger a sus súbditos, sean quienes sean. Tiene que actuar de manera que lo amen, no que lo teman. La gente ha de estar convencida de que el soberano es justo y tolerante, y que su autoridad les proporciona la paz y la seguridad necesarias para vivir. De ese modo, jamás lo traicionarán. Los judíos no ignoran que yo los protejo y defiendo, que bajo mi mando se hallan a salvo de violencias y desafueros. Si yo los desamparo en este trance, ¿qué será de ellos? Y lo peor de todo, ¿qué será de mí?

—No sé qué responderos, majestad. Lo que decís es sensato, pero resulta peligroso contrariar al santo padre.

Jaime se quedó callado. Sus pensamientos volaron hacia Mosé ben Nahmán.

—Hace años un judío me enseñó una lección que jamás olvidaré. Me salvó la vida sin ninguna razón. No me ayudó por dinero, ni por alcanzar fama o poder. Ni siquiera para envanecerse de una acción a la que no estaba obligado. Actuó movido tan solo por amor a su pueblo. Creo que ha llegado el momento de que yo le devuelva a ese hombre el favor que me hizo entonces.

La casa de Mosé ben Ishaq ha-Leví era un edificio de piedra oscura, con un tejado a dos aguas y una puerta con un arco de medio punto sobre la que se veía un ajimez arqueado cuya celosía se dividía en dos mitades separadas por una delgada columna.

El rabino llamó. Al momento, una mujer de aspecto humilde le

abrió la puerta.

—Soy Mosé ben Nahmán, rabino de Gerona. Me están esperando.

La mujer condujo al recién llegado hasta el patio, lleno de flores, donde dos hombres, sentados en sendas sillas, mantenían una animada conversación.

Eran Mosé ben Ishaq ha-Leví e Ishaq ben Toldrós. Los dos se levantaron con grandes muestras de alegría.

—¡Querido amigo! —saludó Toldrós—. Sed bienvenido a mi casa.

—¡Que Yahvé sea con vosotros! —respondió Nahmán antes de abrazar a sus amigos.

La sirvienta trajo una silla para Nahmán, y los tres hombres se sentaron.

—Confieso que me tenéis intrigado. He venido de Gerona tan pronto como he podido. Me pregunto qué deseáis de mí.

—En realidad, no es cosa nuestra, sino del rey.

—No comprendo.

—Los dominicos nos han preparado una emboscada.

—¿A quiénes?

—A los judíos.

—¿Por qué?

—Nadie lo sabe. Parece que la mano del papa de Roma está detrás de todo este asunto. Desde luego, huele muy mal.

—¿Y de qué nos acusan?

—De lo mismo de siempre. De ocupar cargos políticos que les corresponden a ellos, de conspirar contra la religión de Cristo, de hacernos ricos engañando a los católicos, de practicar la brujería, etcétera, etcétera, etcétera.

Nahmán suspiró. La historia se repetía hasta la saciedad. Cada cierto tiempo, los judíos recibían alguna embestida de los cristianos fanáticos por los motivos más absurdos. Lo que había en el fondo de aquella permanente inquina era la envidia, los celos y la intolerancia.

—Leví ha sido citado por el inquisidor general.

Nahmán miró a Mosé ben Ishaq ha-Leví.

—¿Os han dicho lo que desean de vos?

—No tengo ni idea.

—Según he oído decir, el inquisidor general es un hombre bastante viejo —comentó Nahmán en referencia a Ramón de Peñafort.

—Sí, pero la voz cantante la lleva José de Mataplana, un dominico a las órdenes de Roma. Es retorcido e intransigente. Mucho me temo que van a embestir contra Leví con razonamientos teológicos.

—Ya —aprobó Nahmán antes de que Leví dijera nada—. Y habéis pensado que yo actúe en calidad de abogado.

—Queremos que actuéis como lo que sois: un rabino justo.

El médico ciego se quedó meditando en todo ello unos momentos.

—¡Necesitaremos que Yahvé nos eche una mano! —dijo al fin.

El salón del convento de Santa Catalina era austero y oscuro. Varios monjes de la Orden de los Predicadores dominicos conversaban en grupos pequeños, ataviados con sus hábitos blancos, cuando entró José de Mataplana, el inquisidor ordinario, seguido de tres monjes.

Los dominicos lo saludaron con una reverencia y dejaron de hablar entre sí. Mataplana, un individuo de constitución magra, rostro apergaminado y ojos de ave rapaz, no se molestó en devolver el saludo a nadie. Se acercó hasta la mesa grande, colocada sobre una tarima, y comenzó a mirar los papeles que descansaban encima de ella.

En un rincón, tres hombres vestidos con trajes negros permanecían en silencio.

Poco después entró Ramón de Peñafort con el novicio que le servía de cayado y con los cinco miembros que formaban el tribunal junto a él. Los frailes volvieron a quedarse callados y a saludar con discretas muestras de respeto.

El viejo dominico y sus acompañantes se sentaron en las sillas dispuestas alrededor de la gran mesa. El silencio más absoluto se hizo en la sala. A una señal de Peñafort, los tres judíos se levantaron y tomaron asiento en la parte lateral izquierda de la tarima. Frente a ellos, al lado derecho, se sentaron los más de veinte frailes predicadores que asistían al proceso.

Ramón de Peñafort se puso de pie y todos lo imitaron.

—Señor, tú que gobiernas sobre la luz y las tinieblas, purifica nuestras almas, aleja de nosotros el pecado y alumbra nuestro entendimiento para que podamos seguir tus enseñanzas con humildad y entereza, y consigamos que el bien reine en el mundo.

—¡Amén! —exclamaron a coro los dominicos.

—¡Amén! —replicó Nahmán.

Y todos volvieron sus ojos hacia él, incluidos sus dos amigos.

—Estamos aquí reunidos para resolver una cuestión que nos preocupa sobremanera —continuó Peñafort—. Los hermanos dominicos viven atemorizados por el poder que atesora el pueblo judío. Un poder que va en aumento día tras día. Los cargos de la administración y la política vienen siendo ocupados desde hace tiempo por personas que no profesan la fe de Cristo.

Hizo una breve pausa y aprovechó para recorrer la sala con la

mirada. Nadie dijo nada ni movió un músculo de su cara.

—¡Tiene la palabra el inquisidor ordinario y fiscal José de Mataplana!

Mataplana había preparado el discurso con algunos de sus hombres. Un discurso duro, plagado de acusaciones infundadas, en el que se dejó llevar por la animadversión acumulada a lo largo de los años.

El inquisidor describió el sufrimiento de los católicos, que debían tolerar y padecer las continuas muestras de desprecio que profesaban los judíos. Habló de sus abusos, de sus prácticas sacrílegas que rayaban en la brujería, de la acumulación de riquezas a costa del sudor y la buena fe de los fieles cristianos. Habló de conspiraciones y de crímenes horrendos contra el Dios de los católicos. Los acusó de ser un pueblo maldito porque habían matado a Jesucristo y renegado de él. Durante más de diez minutos, Mataplana se explayó enumerando los delitos, las profanaciones y las herejías que cometían con absoluta impunidad los adoradores de Yahvé mientras los frailes dominicos allí presentes jaleaban su discurso y aprobaban sus palabras con gestos y voces altisonantes.

Cuando Mataplana terminó su perorata, se sentó junto a la bancada de los frailes predicadores. Ramón de Peñafort miró a los judíos.

—¡Mosé ben Ishaq ha-Leví! ¡Vuestro turno!

Pero Leví no se levantó. En su lugar, lo hizo el médico ciego.

—Con todos los respetos, señor. Por lo que nosotros sabemos…

Mataplana se puso de pie, airado.

—¡La Inquisición no lo ha citado a él, sino a Mosé ben Ishaq ha-Leví!

Varios dominicos aprobaron aquellas palabras con gritos y abucheos.

Ramón de Peñafort estaba aturdido.

—Mosé ben Nahmán, no habéis sido convocado a este proceso. Sentaos.

Nahmán no obedeció. Permaneció de pie en actitud humilde.

—Permitidme hablar, señor…

Mataplana volvió a interrumpir a Nahmán con voces desaforadas.

—¡Que se calle! ¡Nadie quiere escuchar lo que él diga!

De improviso se abrió la puerta y apareció un soldado.

—¡Su majestad el rey!

Todos se levantaron desconcertados.

Jaime entró en la sala acompañado de Bernardo de Entenza, Asalid de Gúdar, Jimeno Pérez y el obispo de Barcelona, Arnau de Gurb, y llegó hasta la mesa, donde Ramón de Peñafort estaba con la boca abierta.

—Majestad, ¿qué hacéis aquí?
—He venido a presenciar lo que sucede en esta sala.
Mataplana estaba rojo de indignación.
—Señor, ni siquiera el rey puede interrumpir un acto de la Inquisición.
El monarca no se molestó en mirar a Mataplana. Seguía con los ojos puestos en Peñafort.
—Según la ley, el rey tiene la potestad, por no decir la obligación, de estar presente en cualquier acto público que afecte de manera directa o indirecta al reino. A mí se me ha informado de que aquí se va a discutir de economía. No creo que haya algo más importante para mis intereses.
Nadie replicó a aquellas palabras.
Jaime tomó asiento en una silla. El obispo Arnau de Gurb y los consejeros lo imitaron. Ramón de Peñafort señaló a Nahmán con una cabezada.
—Podéis continuar.
El rabino hizo una leve reverencia.
—Gracias, señor. En nuestra opinión…
Mataplana volvió a interrumpir a Nahmán.
—¡Protesto, señor! ¡La persona citada es otra! ¡No es a él a quien le toca hablar!
El rostro de Nahmán estaba completamente sereno.
—¿No creéis que somos nosotros quienes debemos elegir a nuestros representantes? Mi compañero Mosé ben Ishaq ha-Leví no entiende de asuntos religiosos. Si se trata de una discusión de índole espiritual, quizás sea yo la persona más indicada…
—¡Aquí no hemos venido a discutir de religión! —gruñó Mataplana.
—En tal caso, esta reunión debería celebrarse en otro sitio —observó el rey.
—Esto es un disparate —protestó de nuevo Mataplana—. Nadie puede intervenir en un acto organizado por la Iglesia.
Jaime contempló a Mataplana con severidad.
—¿Un acto organizado por la Iglesia en el que no se va a hablar de religión? —repuso perplejo el rey—. Por Dios, que no os comprendo…
—Convendría aclarar ciertas cuestiones…
—Os recuerdo, señor inquisidor, que esto no es un juicio y no se va a emitir ninguna sentencia. Todo aquel que tenga algo que decir merece ser escuchado sin presiones, con absoluta libertad.
Mataplana echaba fuego por los ojos. Quiso seguir protestando, pero sabía que no lo atenderían. El inquisidor general Peñafort era

amigo personal del rey y del obispo Arnau de Gurb.

Al final, ahogó una maldición y se sentó disgustado. Los dominicos, sentados junto a él, no podían disimular su frustración.

Ramón de Peñafort volvió a dar la palabra a Nahmán.

—Podéis seguir.

—Gracias, señor. Nuestro pueblo solo desea vivir en paz y libertad, y servir de la mejor manera posible al rey. Somos gente tranquila, que obedece las leyes y respeta las normas de convivencia. Su majestad no puede tener ninguna queja de nosotros, porque nos sentimos agradecidos por su confianza y le devolvemos su benevolencia y su amor multiplicados en cada uno de nuestros actos. Nadie en su sano juicio se atrevería a poner en duda que la economía marcha viento en popa. El comercio prospera, los gremios de artesanos disfrutan de más trabajo que nunca, los productos de nuestro reino son admirados y valorados más allá de nuestras fronteras. Los judíos intentamos colaborar en este florecimiento económico de nuestro amado reino con nuestro trabajo, nuestra humildad y nuestro amor. Pagamos de buen grado los impuestos que se nos exigen y jamás hemos solicitado ocupar cargos públicos ni que se nos dé nada que no nos corresponda.

—¡Todo eso no son más que falsedades! —gritó uno de los dominicos de la bancada.

—¡Los cargos que ocupáis nos pertenecen a nosotros! —vociferó otro.

Jaime alzó la mano y de inmediato se hizo el silencio.

—Señores, ni un solo judío me ha pedido jamás un cargo en la administración de mi gobierno. De ninguno de ellos he oído jamás una palabra que insinuara desobediencia, rencor o animosidad. Más bien al contrario, siempre recibí de la comunidad hebrea infinitas muestras de amor y respeto. No tengo duda de que se trata de un pueblo que desea vivir en paz y armonía con los católicos. Nadie, por tanto, ha usurpado nada. Las decisiones de quién debe ocupar tal o cual cargo público las tomo yo, que para eso soy el rey. Y ay de aquel que se atreva a poner en duda mis palabras.

Mataplana no se atrevió a replicar.

Ramón de Peñafort, en vista de que no había más pleitos sobre los que discutir, se puso de pie.

—Pues, en ese caso, todo resuelto.

El monarca también se levantó.

—¡No quiero volver a escuchar una palabra contra los judíos que me sirven! ¡Los asuntos del gobierno de un reino han de ser resueltos por los tribunales del rey! ¡Que nadie lo olvide!

Peñafort alzó los brazos en actitud de plegaria.

—Señor, que todo lo ves y todo lo sabes, haz que el amor y la caridad reinen en nuestros corazones. Por los siglos de los siglos.

—¡Amén! —dijeron unos pocos.

Mataplana y su corte de dominicos enfurruñados no respondieron a Peñafort.

El rey se acercó a los tres judíos, que permanecían temerosos y en silencio, mientras los dominicos salían en grupos, haciendo comentarios en voz baja.

—¡Querido Nahmán! —saludó efusivo—. ¡Cuánto tiempo hace que no os veía!

—Majestad, gracias por vuestra intervención.

—No admito injusticias de ningún tipo. Y, además, era lo menos que podía hacer por vos y por vuestro pueblo.

—¿Habéis vuelto a padecer dolores de cabeza?

Jaime sonrió.

—Los dolores que vos me quitasteis se fueron para siempre. Pero un rey siempre tiene dolores de cabeza. ¿No acabáis de verlo con vuestros propios ojos?

Nahmán devolvió la sonrisa.

—¿Seguís viviendo en Gerona?

—Así es, mi señor.

—Me gustaría invitaros a comer antes de que regreséis a casa.

—Será un placer, majestad.

—Y, por supuesto, vuestros dos amigos también están invitados.

Leví y Toldrós sonrieron, aceptando la invitación.

—Os espero mañana en palacio.

—Allí estaremos, señor —respondió Nahmán.

3

Desde el pacto de Alcaraz, sellado en 1243, el poder musulmán del reino de Murcia había ido perdiendo terreno en favor de los castellanos.

El rey Ibn Hud Al Dawla había firmado el acuerdo obligado por las constantes presiones que ejercían en sus territorios las tropas de Fernando III, la Orden de Santiago y las huestes de Jaime de Aragón. Mediante aquel tratado, murcianos y castellanos se repartían las rentas al cincuenta por ciento. Los cristianos ocuparon castillos y fortalezas y se comprometieron a defender a los musulmanes de Murcia de la amenaza militar que suponía el reino nazarí de Granada, pero también de las posibles incursiones aragonesas.

Sin embargo, las cosas habían cambiado. Primero, Fernando III y, luego, su hijo Alfonso X habían ido incrementando su presencia militar poco a poco y, aunque no formaba parte del pacto, habían promovido la repoblación no musulmana.

Desde hacía veinte años, los mudéjares observaban con tristeza y frustración cómo decaía su poder y cómo les eran arrebatadas sus propiedades sin que la autoridad de Al Dawla lograra detener el constante crecimiento del dominio cristiano.

Alfonso X sabía que, si respetaba las cláusulas de lo firmado en Alcaraz, jamás conseguiría expulsar a los sarracenos de Murcia y conquistar el reino de una vez por todas, así que llevaba tiempo practicando una política de extorsión continua. Primero creó la diócesis de Cartagena, luego estableció la presencia de un adelantado y, por último, incrementó el reparto de propiedades entre sus hombres.

La muerte de Al Dawla había provocado una reacción entre los musulmanes de Murcia, que veían llegado el momento de plantar cara a los castellanos y poner fin a sus abusos. Al Dawla dejó el trono a su hijo Abu Yafar Muhammad ibn Hud, pero este falleció de forma misteriosa. Lo sucedió su hijo Abi Yafar, un hombre demasiado joven e inexperto para abanderar un reino en pie de guerra. Bajo amenazas, cedió el trono a un caudillo militar que había jurado expulsar a los

castellanos o perecer en el intento. Se llamaba Abu Bakr ibn Hud Al Watiq.

Los sarracenos de Murcia quisieron reconocer en Al Watiq al mesías que los liberaría del yugo de la esclavitud. Muchos de ellos llevaban años esperando aquel momento para abandonar la azada y tomar las armas.

Al Watiq no ignoraba una realidad. Murcia sola no podía hacer frente a Castilla. Necesitaba el apoyo de los árabes de Granada, su eterna rival. Recordó que Al Dawla se había visto en la misma encrucijada y había elegido ponerse en manos de los castellanos con el pacto de Alcaraz. Desde entonces el reino murciano había ido de mal en peor. Él no cometería el mismo error. Jamás pactaría con un cristiano. Mandó emisarios a Granada para negociar con Alhamar el Rojo, que también llevaba tiempo peleando con Alfonso de Castilla. Alhamar y Al Watiq acordaron enseguida que debían aliarse para luchar contra el enemigo común, pero necesitaban más fuerzas, así que mandaron emisarios al norte de África y no tardaron en pactar con los benimerines de Marruecos, con los voluntarios de la fe de Túnez y con los zenetes de Argelia. Todos ellos habían proclamado recientemente la guerra santa contra los infieles.

Alfonso y Violante habían hecho el amor y dormían abrazados mientras la claridad de la luna se colaba por las ventanas en la estancia real. Afuera, la ciudad de Sevilla reposaba en una aparente quietud solo perturbada por el monótono estridor de los grillos.

De pronto, unas sombras se movieron en el patio y avanzaron arrimándose a los rincones, a las columnas, protegiéndose bajo los salientes y los aleros para que la escasa luz de la noche no las delatara.

Nadie se había percatado de su presencia. Los centinelas seguían en sus puestos, medio adormilados, sin prestar atención a aquellas figuras furtivas que reptaban y se desplazaban en absoluto silencio.

Uno de los guardias creyó oír un ruido sospechoso a su espalda. Pensó que se trataba de una rata o un perro asustado. Se asomó detrás de una pilastra y se encontró con un alfanje en el cuello. Todo sucedió con una rapidez inaudita. Antes de que pudiera dar la voz de alarma, su cabeza rodaba por el suelo como una sandía.

Otro guardia cercano notó algo extraño.

—¿Quién anda ahí?

Pero casi al mismo tiempo que hacía la pregunta, sintió un extraño dolor en el estómago. Bajó los ojos y descubrió espantado una

cimitarra atravesándole el vientre.

El ruido de los cuerpos al caer abatidos provocó la alarma. Sonaron taconazos de botas corriendo, correajes y espadas al ser desenvainadas, voces y maldiciones, tanto en cristiano como en la lengua de Mahoma.

—¡Nos atacan! —gritó uno de los centinelas.

Alfonso y Violante se despertaron alertados por los gritos.

—¡Alarma, alarma!

Alfonso se vistió rápidamente, cogió la espalda y fue directo hacia la puerta, pero no tuvo necesidad de abrirla porque alguien la empujó desde fuera. Los dos soldados que hacían la guardia yacían en el suelo, abatidos por las espadas sarracenas. Ante él vio a dos árabes, vestidos de negro, con capas, que lo observaban a través de la oscuridad.

Supo que había llegado su hora. Alzó la espada, dispuesto a vender cara su vida, cuando de improviso varios hombres de su guardia pretoriana aparecieron como fantasmas por la escalera que subía a sus aposentos. Los musulmanes se vieron sorprendidos por aquella inesperada irrupción. Eran rápidos y ágiles, pero los guardias del rey castellano no lo eran menos y se les echaron encima con celeridad.

Apenas había luz de unas pocas antorchas en las paredes. Alfonso seguía con la espada en la mano, contemplando cómo sus guardias rodeaban a los dos sarracenos y les daban muerte. Tras él, Violante se cubría con las sábanas atemorizada.

En aquel momento, comenzaron a aparecer más guardias. La alarma era general, y todo el palacio se había convertido de pronto en el escenario de una batalla sin cuartel.

Alfonso y Violante permanecieron en la habitación, protegidos por varios soldados, mientras los hombres de armas que poblaban el castillo abatían a los asaltantes.

El maestre de la Orden de Calatrava, Pedro Ibáñez, acababa de hacerle entrega de una carta de su hija Violante.

Cuando Jaime puso fin a la lectura, permaneció unos momentos con la mirada perdida. Su hija lo ponía al corriente de las infinitas celadas que los musulmanes estaban llevando a cabo en los territorios de su esposo. La más grave de todas, aquel frustrado ataque nocturno en el propio palacio real de Sevilla en el que Alfonso y ella habían salvado la vida de milagro.

Jaime comenzó a pasear mientras meditaba en todo ello. No podía fallar a sus dos hijas. Ni a Violante ni a Constanza. Sí, aquello que decía su hija en la carta no era nuevo. Hacía una semana que le

habían informado de que su yerno, Manuel de Castilla, estaba enfrentándose a muchos problemas en Villena y Crevillente.

Pero ¿cómo movilizar al reino entero para acudir en socorro de Castilla?

Reunió Cortes en Barcelona, en Zaragoza y en Ejea para reclutar tropas y que nadie pudiera decir que quedaba al margen de la empresa. Los catalanes se mostraron remisos, aunque algunos como Guillem de Moncada, Ramón Bleda o Guillem Folch de Cardona eran incapaces de desairar al rey. Los aragoneses le volvieron la espalda sin disimulos. Estaban hartos de tener que apoyar las veleidades de un soberano que solo se acordaba de ellos para reclamar ayuda militar.

—¿Para qué convocáis Cortes si nunca nos preguntáis nuestro parecer? —cuestionó Pedro Cornel con expresión airada.

—Convoco las Cortes cada vez que el reino lo necesita.

—Estamos obligados a defender al rey ante un ataque a sus dominios —protestó Jimeno de Urrea—. Pero no tenemos por qué ir a socorrer a los castellanos.

Sabedor de que le iban a poner las cosas muy difíciles, Jaime se había prometido no perder la paciencia.

—No podemos plantear la guerra como un socorro a Castilla, sino como una defensa de nuestros territorios.

—¿Y desde cuándo Sevilla o Murcia forman parte de los territorios de Aragón?

—¡Es mejor llevar la defensa fuera de nuestras fronteras!

Hubo murmullos de desaprobación.

—Además, de este modo prevenimos un estallido similar en Valencia. Nadie ignora que en Xátiva, en Denia, en Alcoy y en otros lugares los sarracenos conspiran para levantarse en armas. Si el ataque del sultán de Granada hace retroceder a Alfonso de Castilla, ¿quién va a detener la insubordinación?

Varios nobles continuaron protestando.

—No puedo negar que me unen a Castilla vínculos familiares. Mis hijas Violante y Constanza están casadas con el rey Alfonso y el infante Manuel. Sus hijos son mis nietos. ¿Cómo no voy a prestarles ayuda?

Benito de Rocabertí, el obispo de Tarragona, se puso en pie y los congregados volvieron su mirada hacia él. Era proverbial la poca simpatía que le profesaba al rey.

—La Iglesia no ve con buenos ojos esta misión —dijo como si su opinión personal fuera la de todos los miembros del estamento eclesiástico—. La continua mengua de derechos y propiedades que sufrimos los clérigos no puede traducirse sino en un hondo malestar

que yo aquí y ahora pongo de manifiesto.

Jaime no soportaba los aires aristocráticos de Rocabertí.

—Lo que tenéis que hacer los hombres de Iglesia es rezar más y protestar menos —zanjó el monarca con tono amenazante.

Se oyeron abucheos.

Jaime se levantó de su trono y comenzó a caminar por la sala.

—El propio rey castellano ha reconocido que confía plenamente en mí y que, desde la muerte de su padre, Fernando III, me tiene a mí como tal. ¡Es un honor para la Corona de Aragón socorrer a nuestros aliados en la fe católica y convertirnos en los paladines de la cristiandad!

A medida que hablaba, Jaime había ido incrementando el volumen de su discurso. En primera fila estaban Pedro y Jaime. Un poco más allá, en tercera fila, divisó a sus hijos bastardos, Fernando Sánchez de Castro y Pedro Fernández de Híjar. El soberano recorrió los rostros conocidos de los nobles aragoneses. Algunos murmuraban por lo bajo.

—¡Hay tres razones de peso para socorrer a Alfonso de Castilla! —exclamó con fuerza—. ¡La primera, como ya he dicho, es que no puedo fallar a mis hijas y a mis nietos! ¿Qué padre no socorrería a sus descendientes ante un peligro tan evidente? ¡Pensad en vosotros mismos! ¿De veras abandonaríais a los herederos de vuestro linaje? —Jaime hizo una brevísima pausa antes de continuar—:

»La segunda razón tampoco es baladí. El rey de Castilla acapara un grandísimo poder. No hemos olvidado los muchos años de disputas entre ambos reinos. Desde hace bastante tiempo las dos coronas disfrutamos de un periodo de paz, provechosa para todos. No debemos bajo ningún concepto enemistarnos con Castilla. Si no los socorremos, nos vamos a granjear su hostilidad. En cambio, si los ayudamos en este trance, tendremos en ellos un aliado para futuras empresas. —El monarca volvió a guardar unos segundos de silencio, que aprovechó para barrer la sala con la mirada—.

»Hay una tercera razón aún más poderosa que las anteriores. Si Castilla pierde Murcia o Sevilla o Jaén, ¿quién nos asegura que no vamos a perder nosotros después Valencia o Mallorca? ¿Quién va a detener a los sarracenos en sus ansias de recuperar lo que con tanto esfuerzo y sufrimiento hemos conquistado? Y, si eso sucede, ¿quién estará seguro en adelante aunque se refugie en Aragón o en Cataluña? —El rey suspiró—.

»Pero añadiré un cuarto argumento. Y es nuestra defensa de la religión cristiana. La fe de nuestros mayores.

—Nuestro apoyo a Castilla aquí no tiene nada que ver con la religión —argumentó Blasco de Alagón con semblante ceñudo, un

joven caballero al que llamaban Blasquiello para distinguirlo de su abuelo.

—En momentos como este deberíamos recordar a nuestros antepasados —siguió diciendo Jaime sin hacer caso de la intervención de Blasquiello—, aquellos héroes que lucharon en Las Navas de Tolosa contra los infieles musulmanes.

—¿Y de qué manera vamos a sufragar una empresa tan costosa? —preguntó Ferriz de Lizana.

—A algunos catalanes les parece bien que se grave con un impuesto sobre las cabezas de ganado para recaudar fondos.

—¡Pero Aragón no es Cataluña! ¡Aragón depende del ganado y del pastoreo! ¡Las reses aquí son muchas más! ¡Será la ruina para nuestros bolsillos!

El rey explotó.

—¡Dejad de poner pegas a todo lo que digo!

Las cosas se precipitaron. Violante envió una carta agónica, a través de Beltrán de Villanueva, que el rey recibió en el monasterio de Sigena, el que había fundado años atrás su tía Sancha y donde profesaba su hija María.

Villanueva era un caballero aragonés que rondaría los treinta años. A pesar de tener el rostro picado de viruela resultaba extrañamente atractivo.

Cuando Jaime leyó la carta, se quedó mirándolo.

—¿Malas noticias, señor?

—Según mi hija, toda al-Ándalus está en poder de los moros. Y, en cuanto a Murcia, otro tanto.

—¿Cómo están vuestra hija Violante y vuestro yerno?

—Se han visto obligados a regresar a Toledo.

—¿Han dejado Sevilla?

—Eso parece.

Villanueva se hizo la señal de la cruz.

—¡Virgen Santa! ¡La cosa está peor de lo que creíamos!

Gonzalo Pérez, un caballero al servicio de Fernando Sánchez, que escuchaba la conversación, puso cara de circunstancias.

—Tal vez, señor, si el santo padre de Roma promulgara una bula, convocando una cruzada contra los infieles de al-Ándalus…

Jaime contempló a aquel hombre con expresión doliente. El nuevo papa, Clemente IV, había sucedido a Urbano IV a principios de año. Clemente era francés y había actuado durante muchos años como consejero de Luis IX. No había tenido pelos en la lengua a la hora de

proclamar, recién sentado en el trono papal, su adhesión a los Capetos y su decidida política continuista.

—Las relaciones con Roma van de mal en peor. El pontífice jamás dará un paso en mi ayuda. Le importa un bledo si los sarracenos recuperan al-Ándalus o no.

—De todos modos, no estaría de más escribir una carta a Roma —exclamó Jimeno Pérez—. Al menos, que el santo padre sepa que luchamos contra los infieles del sur de España.

El rey se quedó pensando en aquellas palabras.

—No hay tiempo que perder —intervino Fernando Sánchez de Castro—. No sé yo si tendría mucho sentido. Mientras mandáramos emisarios y el papa respondiera, y se convocara la supuesta cruzada, etcétera, los sarracenos son capaces de haber llegado a Toledo y a Valencia…

—Fernando está en lo cierto.

—¿Qué más dice mi hermana en la carta? —quiso saber el príncipe Pedro.

—Violante afirma que en tres semanas los moros han recuperado más de trescientas plazas, entre ciudades y castillos. El avance de los musulmanes es imparable.

—¡Dios santo! ¡Trescientas plazas! —exclamó Gonzalo Pérez—. ¡Qué barbaridad!

El rey guardó la carta y se quedó con la mente extraviada en una maraña de emociones encontradas.

No podía fallarles a Violante y a Constanza. Aunque nadie lo apoyara. Aunque lo dejaran solo. Aunque tuviera que luchar a brazo partido contra un ejército de infieles sarracenos sin más ayuda que su espada y su fe.

Jaime estaba desesperado. Deseaba ayudar a sus dos yernos, pero no encontraba a nadie que se animara a acompañarlo en aquella empresa. Volvió a mandar hombres hacia los cuatro puntos cardinales y todos regresaron de vacío. El destino, una vez más, le volvía la espalda.

Cuando menos lo esperaba, recibió la ayuda económica de Mosé ben Ishaq ha-Leví y de otro judío llamado Ben Jahudano y, con el dinero recién recibido, consiguió reclutar una buena tropa de mercenarios.

A principios de noviembre partió hacia el sur con una ridícula hueste de seiscientos hombres y una carga de carneros, vacas, pan, vino y grano, que fue lo poco que reclutó entre Teruel y Valencia, y con los que podía mantener un asedio de un año escaso.

A pesar de la época, el tiempo era magnífico. Una de las primeras noches pernoctaron en Xátiva. El monarca se había sentado con sus hijos Pedro y Jaime. Junto a ellos se encontraban también algunos de los consejeros, a los que se habían sumado varios caballeros como Beltrán de Villanueva, Nicolás de Valverde y Arnau de Fontova. Todos hablaban de la situación política y especulaban con lo que estaba por venir.

—¿Cómo andan las cosas por Sevilla? —preguntó Beltrán.

Villanueva, Valverde y Fontova eran de la misma edad que el príncipe Pedro, al que servían. A pesar de su juventud, los tres habían dado muestras repetidas veces de valor y buen sentido militar.

—La carta de mi hija no era demasiado extensa —comenzó diciendo el monarca—, pero lo suficiente para saber que las cosas no serán fáciles.

El príncipe Pedro, sentado a la derecha de su padre, lo contempló con interés.

—Nunca es fácil pelear contra los sarracenos —dijo.

—Los moros de Jerez, ayudados por los de Algeciras y Tarifa, han derrotado a las tropas de Nuño González, uno de los principales capitanes de mi yerno Alfonso —recordó el rey—. La guarnición real fue destrozada y don Nuño se dio a la fuga. Cuando llegaron los refuerzos desde Sevilla, ya era tarde.

—¿Y qué pasó?

—La rebelión prendió enseguida. Otras poblaciones cercanas como Lebrija, Arcos y Medina Sidona cayeron en poder de los sarracenos en pocos días. Y luego otras, y otras… —Jaime se atusó la barba. Sus ojos estaban perdidos en ninguna parte—. Ahora mismo Alfonso lucha en varios frentes a la vez. Creo que se halla cerca de Granada. El emir Muhammad Alhamar el Rojo es el instigador de la mayor parte de las revueltas y mi yerno lo sabe.

—Pero ¿cómo va a entrar en Granada? —preguntó de pronto el infante Jaime—. He oído comentar que el reino nazarí es inexpugnable.

El rey observó a su hijo con simpatía y le palmeó el hombro derecho.

—Alhamar tiene enemigos dentro de su propia casa. Los Banu Ashquilula son una poderosa familia de Granada que está enfrentada al emir desde hace tiempo.

—¿Y qué tal andan las cosas por Murcia? —inquirió Nicolás de Valverde.

Valverde lucía un bigotito fino que le daba un aspecto seductor.

—Murcia es cosa nuestra, desde luego —admitió Jaime con una

media sonrisa—, pero hemos de estar alerta. No sabemos a ciencia cierta lo que nos vamos a encontrar.

4

El segundo día de estancia en Xátiva el rey recibió una buena noticia. Algunos de los hombres más notables del reino habían aceptado a última hora sumarse a la campaña de Murcia y venían de camino.

Entre ellos, destacaban Fortunato de Orés, Pedro Jordán de Ejea y el mismísimo Ferriz de Lizana, a quien había conseguido convencer Fernando Sánchez de Castro, nombrado recientemente capitán de la mesnada real.

El último en incorporarse a la empresa fue Juan Núñez de Lara con un importante contingente de hombres. Cuando Jaime lo vio llegar al campamento, sonrió agradecido. La campaña de Murcia se parecía cada vez más a la de Valencia. También entonces fueron muchos los que se sumaron en el último momento, cuando no había vuelta atrás y se rumiaba en el ambiente la victoria, que iba a generar favores, prebendas y reparto de poder.

El ejército del monarca aragonés dejó Xátiva al amanecer del tercer día y avanzó hacia tierras de Murcia. Centenares de estandartes se alzaban hacia el cielo. Armaduras, cotas de malla, yelmos, guarniciones y enseñas militares formaban una maraña impenetrable. Jaime iba en cabeza, flanqueado por sus hijos Pedro y Jaime. Tras ellos, en primera línea, Fernando Sánchez junto con los maestres de las distintas órdenes militares y varios de los ricoshombres más importantes. Cientos de caballos marchaban al trote, espoleados suavemente por sus jinetes.

El príncipe Pedro estaba junto al fuego con la carta de Constanza entre las manos. No lejos de él, algunos de los hombres del séquito del rey conversaban sobre la inminente ofensiva en tierras murcianas. Su hermano Jaime se sentó junto a él.

—¿Qué ocurre?

Pedro apenas levantó los ojos de las llamas. Se limitó a extender el brazo. Jaime cogió el papel, leyó el contenido y le devolvió la carta al

hermano. Ambos permanecieron unos segundos sin hablar.

—Y vos sin socorrer a vuestro suegro —dijo al cabo el más pequeño.

—No puedo abandonar ahora —se lamentó Pedro—, pero, tan pronto como sometamos a los murcianos, partiré a Sicilia. ¿Vendréis conmigo?

—No lo dudéis.

—Me preocupa el asunto de esa gran flota que han armado los genoveses para atacar a mi suegro —admitió Pedro con expresión desolada—. Casi dos mil caballeros son muchos hombres.

—Bueno, no creo que Manfredo esté sin apoyos en Roma.

—Lavaina y Baus están desmoralizados.

Alberto Lavaina y Hugo Baus eran juristas y consejeros de Jaime de Aragón, con poderes plenipotenciarios en Italia.

—El conde de Ventimiglia ha venido a propósito a visitar a Constanza, en nombre de su padre —dijo Pedro—, para recordarle que, si a él le pasa cualquier cosa, no deje de reclamar sus derechos al reino de Sicilia.

—¿Ventimiglia? ¡He oído hablar de él!

—Es uno de los capitanes más esforzados al servicio de mi suegro.

—Pues en Lérida poca ayuda podrá prestarle.

Pedro sonrió a su pesar.

—No creo que permanezca en Lérida mucho tiempo. Supongo que habrá vuelto ya a Sicilia y que se habrá llevado algunos soldados catalanes.

Jaime palmeó el muslo derecho de su hermano.

—Catalanes, sarracenos, lombardos, alemanes, marselleses, sicilianos… Manfredo tiene tras él un ejército de hombres dispuestos a vender cara su piel. No os preocupéis, hermano. Venceremos a los musulmanes de Murcia y viajaremos a Italia a socorrer a vuestro suegro, y no tardaréis demasiado tiempo en pasearos por Palermo como si os pasearais por el puerto de Barcelona del brazo de vuestra esposa.

Pedro cabeceó afirmando.

—¡Que Dios os oiga, hermano!

Pocos días después llegaron al puerto de Biar. Desde lo alto de unas lomas contemplaron las estribaciones de la sierra tras la cual se alzaba el castillo de Villena.

Según los últimos informes, su yerno Manuel, a quien Alfonso de Castilla había encomendado la protección de aquellas tierras, había

abandonado el castillo, dejándolo en poder de los musulmanes.

Tan pronto como se ofreció a la vista la ciudad de Villena, Jaime mandó emisarios para proponer un encuentro amistoso. El alcaide y varios de sus ministros aceptaron una entrevista, que se celebró a la mañana siguiente en la llanura que se extendía a las afueras de la fortaleza.

El rey y el alcaide se saludaron con muestras de respeto y de inmediato comenzaron a tratar la rendición de la ciudad.

—Os recuerdo que os habéis levantado en armas contra el infante Manuel —empezó diciendo Jaime—, y que eso es una falta que se paga con la muerte, pero yo he venido aquí a hacer las paces, no a ejecutar a nadie.

El alcaide asintió.

—Vuestra fama de hombre justo os precede, señor.

—Pues en ese caso, no tendréis reparos en confiar en mi palabra. Y mi palabra es ley entre los cristianos y entre los que no son cristianos.

—Lo sabemos.

—Os garantizo que el rey de Castilla, mi yerno Alfonso, está dispuesto a perdonaros si os entregáis pacíficamente. No habrá represalias ni venganzas por haberos insubordinado contra su hermano Manuel, que es también yerno mío.

El alcaide y sus ministros cuchichearon durante un par de minutos. Debían de haber previsto aquella situación, porque pareció que se ponían de acuerdo enseguida.

—¿Qué pasará si no nos entregamos?

—Si os rendís, serán respetadas las vidas y las propiedades. Si no lo hacéis, preparaos para una guerra en la que no habrá supervivientes.

Los musulmanes volvieron a intercambiar impresiones unos momentos.

El alcaide levantó la cabeza.

—Prestaremos fidelidad al infante Manuel de Castilla si él jura cumplir los acuerdos que nosotros pactemos hoy aquí con vos.

Jaime inspiró aire antes de replicar. Aquello significaba que los árabes de Villena consideraban que él era su señor, no el castellano.

—Me temo que eso no será posible. Vuestra rendición ha de ser inmediata. Pero tenéis mi palabra de rey de que Castilla no tomará represalias contra nadie. Lo juro por mi honor.

Los sarracenos se miraron entre sí. Parecían dubitativos.

—Está bien. Dejadnos deliberar. Mañana al alba, tendréis nuestra respuesta.

—Así sea —dijo Jaime.

Los moros se retiraron. A la mañana siguiente, el alcaide se

presentó en el campamento cristiano, acompañado de un importante séquito, para comunicar al rey que habían resuelto ofrecer la rendición en los términos acordados.

Dos días más tarde se entregaron Elda y Petrer, y poco después los ejércitos de Jaime ocuparon pacíficamente Alicante, Elche y Crevillente.

La noticia del avance del ejército cristiano volaba por los caminos. Peregrinos, pastores o mercaderes corrían la voz, que se propagaba a los cuatro vientos.

Jaime alternaba la fuerza y la persuasión. Se limitaba a acampar en las inmediaciones de las villas y los castillos, haciendo ostentación de poderío militar. No tardaba en parlamentar con el alcaide y los gobernantes. A todos prometía el respeto de sus costumbres religiosas, de las vidas y los bienes, y la protección militar y política.

Mientras permanecía en las cercanías de Albatera, recibió una extraña carta de Clemente IV en la que el pontífice le insistía en limpiar el reino de judíos y sarracenos.

—Lo que alega el pontífice es absurdo —masculló Ato de Foces—: que acabemos con los moros y los judíos de Murcia, de Valencia, de Aragón, de Cataluña y de Mallorca… Si tal hacemos, nos vamos a quedar cuatro gatos.

Se oyeron risas.

—Palabras, palabras y palabras —exclamó Jaime—. Sin embargo, tengo que reconocer que esta carta me ha sorprendido. No esperaba que el santo padre respondiera a la nota que le mandé hace unos meses.

El monarca volvió a pensar en José de Mataplana, en Berenguer de Castellbisbal y en tantos y tantos hombres de la Iglesia que pululaban por su reino, más pendientes de su medra personal que de servir con humildad a Dios. Le vino a la memoria el ominoso juicio contra los judíos en Barcelona a cargo de los dominicos. Recordó a Ramón de Peñafort, un buen hombre que llevaba el cargo de inquisidor general como si fuera una corona de espinas. Y recordó también a su amigo Mosé ben Nahmán, y a su médico Daniel Molnar, y a los prestamistas Ben Halfa o Mosé ben Ishaq ha-Levi o Ben Jahudano, y a tantos y tantos judíos o musulmanes que le servían desde hacía años con absoluta fidelidad.

—Si consigo derrotar a los sarracenos de Murcia, no será por la ayuda que me brinda el santo padre, ni muchos de los clérigos de mi reino, que claman en el púlpito por la justicia y el amor universal, ni

por los ricoshombres o nobles de Aragón que se dicen vasallos míos… Si consigo vencer será, sobre todo, por el dinero que me prestan los judíos para reclutar tropas y por la fidelidad de hombres como vos. Todos vosotros estáis viendo que, si no hubiera sido por la providencial suma de dinero que han puesto en mis manos Ben Halfa y Ben Jahudano, esos a quienes el papa llama malditos, mentirosos, blasfemos e insidiosos, nunca habríamos conseguido armar este ejército con el que ahora nos dirigimos a Murcia.

El infante Jaime escuchaba a unos y otros con interés. Sus ojos azules brillaban llenos de inteligencia y sensibilidad.

—En verdad, señor, exterminar a la población musulmana y judía de nuestros reinos ni es digno de buenos cristianos ni es propio de personas con un mínimo de sentido común —dijo el segundo hijo varón de Violante de Hungría—. Imaginemos que, en efecto, los expulsamos a todos. ¿Quién iba a trabajar la tierra y a mantener la economía del reino? Los clérigos andan escamados desde que, hace unos años, los que ellos llaman infieles han sido dispensados de pagar los diezmos. Y lo que más fastidia a la Iglesia es que tanto los musulmanes como los judíos forman parte de la fiscalidad del rey, no del clero.

—Un razonamiento sabio —aprobó Asalid de Gúdar; y luego se volvió al monarca—. Y no olvidéis, majestad, que son precisamente los nobles de los que a veces abomináis los que apoyan vuestra política de convivencia pacífica con los seguidores de Alá.

—Ya, don Asalid —aprobó Jaime con una sonrisa benévola—. Pero no me negaréis que esos mismos nobles no piensan en mi bien, sino en el suyo. Los moros son quienes trabajan sus propiedades.

—Bueno, conformémonos —zanjó Jimeno Pérez—. Los castellanos están exactamente igual que nosotros.

Aquella tarde de julio de 1265 el papa Clemente IV y el cardenal Gustave Leroy estaban sentados junto al inmenso ventanal desde el que se veía el jardín del palacio papal de Viterbo. Un mosaico de infinitas tonalidades verdes flotaba sobre los senderos orillados de fuentes y pequeños arbustos.

Leroy no tenía ánimo para degustar las excelencias de aquel paisaje de castaños, robles y hayas que formaba un bosque de excepcional belleza. Lo oprimía la cólera desde que el nuevo papa le había usurpado el trono del que se consideraba merecedor. A pesar de las intrigas y maniobras palaciegas que había urdido en la sombra, no había podido evitar que por tercera vez otro aspirante le arrebatase la

tiara.

—No entiendo lo que decís —manifestó Clemente IV—. ¿Cómo podéis afirmar que Jaime de Aragón no es un buen católico?

—Santidad, es un pecador empedernido… Sus amoríos con diferentes mujeres son conocidos por todo el mundo. En cambio, a su esposa la ha repudiado bajo la estúpida excusa de haber contraído la lepra.

—Los pecados de la carne los juzgará Dios… Yo solo digo que ha recorrido media España buscando gente para acudir en ayuda del rey de Castilla y León contra los sarracenos de al-Ándalus. Al final, ha partido casi sin apoyos, pero no le ha importado. ¿Hay mayor muestra de devoción cristiana?

—Jaime no predica la fe de Cristo entre los infieles que viven en su reino. Es un mal ejemplo. Alfonso de Castilla ha hecho lo mismo, y mirad cómo se lo han pagado.

—Pues no olvidéis que los nobles y ricoshombres lo han abandonado, y que la mayoría de aquellos que lo acompañan en esta empresa son precisamente los musulmanes a los que vos menospreciáis. Y recordad que el dinero para pagar a los soldados se lo han prestado los judíos. Decidme con sinceridad, ¿qué es lo que os molesta?

—Desprecia los consejos que le dan los prelados de su reino y actúa como si estuviera por encima del bien y del mal.

—Su política es la correcta. Ha conquistado numerosas ciudades y fortalezas sin derramar una sola gota de sangre, respetando a los vencidos, aceptando su lengua, su religión, sus costumbres… Y por eso lo aman todos los hombres de buena voluntad, sean cristianos, judíos o sarracenos. Jaime solo empuña las armas cuando no hay otra solución. No podemos decir lo mismo de otros muchos reyes o príncipes, siempre ávidos de verter la sangre de sus enemigos.

—Sabréis que cada vez tiene más judíos a su servicio. Médicos, juristas, tesoreros… Los frailes dominicos están escandalizados.

—Sí, estoy al tanto de la emboscada que le tendisteis…

Leroy se sintió atrapado en una red invisible.

—¿Cómo decís?

—Sí. No os hagáis el desentendido. El propio Ramón de Peñafort se avergüenza de la infamia que estuvo a punto de perpetrarse en el convento de Santa Catalina de Barcelona.

—El descontento entre los nobles y clérigos de su reino es cada día más general.

Leroy no veía la manera de acabar con la insultante suficiencia del pontífice.

—Os recuerdo que Jaime aceptó sumisamente la implantación de la Santa Inquisición en su reino, a pesar de las reticencias de la mayoría de los nobles.

Leroy torció el gesto.

—Nadie puede negar que su prestigio en toda la cristiandad es superior incluso al de Luis de Francia —siguió diciendo Clemente IV —, quien por cierto ha reconocido en público las excelencias católicas del conquistador aragonés.

—Santidad, yo solo deseo ayudar.

—Pues entonces dejad ya en paz al rey de Aragón. No sé qué mosca os ha picado con él ni por qué le tenéis tanta ojeriza. Mejor haríais en alabar su conducta y no poner tantas trabas y objeciones. Marchaos —despachó el pontífice— y poneos en paz con Dios.

El cardenal realizó una inclinación de cabeza, besó el anillo papal y salió de la sala. Era evidente que Clemente IV no experimentaba por él ningún aprecio. Por suerte, Leroy contaba con el apoyo incondicional de muchos de los miembros del colegio cardenalicio, a quienes manejaba a su antojo con intrigas y sobornos. Las cuentas le habían fallado a la muerte de Urbano IV. Había creído que iba a hacerse con la silla papal, pero alguien debió de cambiar el voto a última hora. La próxima vez iría con más cuidado. Ya procuraría él que no pasara demasiado tiempo antes de que el cónclave se viera en la necesidad de elegir un nuevo pontífice.

5

Instalado el ejército en las inmediaciones del reino de Al Watiq, Jaime se concedió una pequeña tregua y partió con una tropa de trescientos caballeros y doscientos almogávares hacia Alcaraz, cuya fortaleza se encontraba justo en la frontera entre Castilla y Murcia, para entrevistarse con su yerno Alfonso.

El viaje del rey aragonés a la sierra de Alcaraz transcurrió pleno de dificultades. A la altura de Calasparra comenzó a nevar y no paró de hacerlo hasta que alcanzaron Ayna. A partir de ahí, los escoltó la lluvia. Cuando llegaron a su destino, parecía que el monarca y sus hombres acababan de atravesar el océano.

Alfonso y Jaime se abrazaron. Ambos estaban cansados. La guerra contra los musulmanes tenía trazas de no terminar nunca. Se sentaron junto al fuego, rodeados de sus servidores más notables, y durante un rato intercambiaron información.

—Hemos empezado a reconquistar muchas ciudades que habían sido tomadas por los rebeldes —recordó Alfonso, abrigado con una gran capa plateada.

—¿Cómo están mi hija y mis nietos?

Violante había parido ya diez veces, dando muestras de una fertilidad asombrosa. Alfonso contempló a su suegro con simpatía.

—Es una esposa magnífica. Vuestros nietos están sanos y fuertes.

Jaime se acordó de su princesa húngara y sintió que lo estrangulaba la nostalgia. La reina lo había acompañado en todas sus campañas militares. ¡Cómo la echaba de menos!

—Hemos llegado a las puertas de Murcia. Las ciudades por las que hemos pasado se nos han rendido sin ofrecer resistencia.

—Perfecto.

—Si la cosa sale como espero, no creo que Al Watiq aguante todo el invierno.

A su alrededor, se arracimaban los que formaban sus comitivas personales. Los pretorianos de Alfonso y los ricoshombres catalanoaragoneses reían y bromeaban mientras contaban lances amorosos o aventuras militares. Los caballeros de las órdenes

religiosas eran mucho más austeros y permanecían silenciosos.

—Escuchad, Alfonso. No sé qué diablos ha hecho vuestro hermano Manuel en las ciudades que he tomado desde Villena hasta Murcia. En ninguna de ellas se le quiere.

Alfonso lanzó un bufido.

—Mi hermano es temperamental y poco diplomático.

—Ya, y también demasiado orgulloso. Debería tratar mejor a los moros, para ganarse su respeto y no su animadversión.

—Cada uno es esclavo de su carácter. Estoy rodeado de hermanos que parecen enemigos míos.

Jaime pensó en el infante Enrique, que había declarado la guerra abiertamente a Alfonso. Las últimas noticias que tenía sobre él decían que andaba por Túnez, al servicio de los sarracenos africanos. Luego pensó en Fadrique, un tipo tan soberbio y altanero que era capaz de traicionar a su madre. Por último, pensó en el marido de su hija Constanza. Manuel nunca le había gustado. Le parecía un niño malcriado y poco inteligente, más pendiente de sus lujos y caprichos que de administrar con dignidad las tierras y las fortalezas a su cargo.

—Tenemos trabajo por delante —aseguró el monarca, espantando aquellos pensamientos.

—Sí. Pero por fortuna los musulmanes están divididos.

—¿Divididos?

—Los granadinos y los murcianos nunca se llevaron bien. Nadie acepta la supremacía de uno sobre el otro. Los de Sevilla se sienten tan importantes como los de Granada. Ninguno de ellos se fía de los zenetes argelinos, quienes llevan años enfrentados a los tunecinos. Los de Túnez odian a los benimerines marroquíes. Los de Marruecos sueñan con hacerse con el reino nazarí…

Jaime esbozó una sonrisa.

—Vaya, es lo mismo que nos pasa a los cristianos —admitió con pena.

Alfonso se quedó con los ojos puestos en su suegro.

—Bueno, bien mirado, sí… Pero lo que nos importa es estar juntos en esto… Si nosotros permanecemos unidos, podemos aprovechar esas desavenencias de los moros.

—Conquistaré Murcia antes de que llegue la primavera —resolvió Jaime convencido—. Para que vos y mi hija Violante podáis tomar posesión de ella. Y aquí paz y después gloria.

Alfonso lanzó la varita al fuego. Sus ojos estaban puestos en las llamas.

—Y yo trataré de conquistar Granada.

Teresa estaba cansada de tantas cartas absurdas a Roma. Pero lo que más la irritaba era que se sentía como una prisionera en su palacio real de Barcelona. La ciudad que la recibió con los brazos abiertos ahora la ignoraba. Los criados murmuraban a sus espaldas, las doncellas la atendían con desgana, los soldados y los guardias desobedecían sin disimulos y los consejeros y funcionarios nunca la tenían en cuenta. Hasta sus amigas y confidentes habían ido desapareciendo de su lado. Hacía años que no sabía nada de doña Juliana de Entenza, de Genoveva de Moncada o de Etelvina Jiménez de Luesia, las damas con las que había organizado veladas y fiestas galantes, y con las que había compartido momentos inolvidables.

Con todo, lo peor era el enorme vacío que notaba en su corazón. El rey y ella llevaban sin hablarse tanto tiempo que ya ni recordaba cuándo fue la última vez que se habían dirigido la palabra.

Estaba triste. Ni siquiera la presencia de sus hijos lograba distraerla y ahuyentar los fúnebres pensamientos que la hostigaban con demasiada frecuencia.

El único consuelo que encontraba en aquella vida de ostracismo y soledad era el que le ofrecían la oración y el amor a Dios.

A menudo recordaba Valencia, donde había sido feliz con Jaime. Allí se había sentido amada y respetada sin falsos oropeles. Y allí habían nacido sus hijos. Le gustaban el curso que trazaba el río Guadalaviar alrededor de las murallas, la proximidad del mar, el clima benigno y el cielo siempre azul y luminoso.

Rezaba arrodillada en el reclinatorio cuando uno de los sirvientes le anunció que acababa de llegar una carta de Roma a su nombre.

Teresa pareció no inmutarse. Una carta más, se dijo, mientras continuaba con sus oraciones, de cara al crucifijo de madera oscura que pendía en la pared. Los ojos de Cristo, llagado y sangrante, la contemplaban desde la infinita desolación de su sacrificio con el que pretendía redimir a la humanidad de su ignominia pecadora. El sirviente permaneció en actitud piadosa, de pie, sin rechistar, en tanto la reina terminaba su retahíla de padrenuestros y avemarías, se santiguaba con ademán penitente y se ponía de pie sin prisa, se acercaba hasta él y tomaba la carta en silencio. El criado hizo una reverencia y abandonó la estancia.

Teresa Gil de Vidaure rompió el lacre con rutinaria pereza y desplegó el documento. El papa solía ser bastante escueto en sus mensajes. Aquella no era una excepción. Clemente IV le notificaba dos decisiones muy importantes.

La primera noticia la llenó de alegría. El santo padre había aceptado la creación del Real Monasterio de Santa María de *Gratia*

Dei, que sería levantado en una finca de recreo que poseía la propia Teresa en el arrabal de la Zaidía de Valencia y que debía su nombre al rey árabe Zayd Abu Zayd, su fundador.

La segunda noticia, con ser aciaga, apenas la inquietó. De hecho, llevaba tiempo esperando un desenlace en aquellos términos. El papa Clemente IV había decidido, por fin, aceptar la solicitud de la anulación matrimonial entre ella y el rey Jaime de Aragón. El pontífice no hacía referencia a la supuesta enfermedad de la lepra, sino que empleaba argumentos más sencillos: un matrimonio roto como el suyo constituía una ofensa intolerable al Altísimo, habida cuenta de que en realidad se trataba de un concubinato. El santo padre concluía con una frase del evangelio de san Mateo: «Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios». Para acabar, le deseaba una venturosa existencia como religiosa del nuevo monasterio y se ofrecía para cumplimentar cualquier trámite que tuviera a bien solicitarle para la fundación del convento.

Teresa cerró la carta y suspiró.

Una lágrima se desbordó de sus ojos y cayó rodando por su mejilla derecha.

La Navidad sorprendió al ejército aragonés a las puertas de Murcia y con ella llegaron los maestres de la Orden de Uclés, del Temple y del Hospital con sus huestes. Pocos días después apareció el obispo de Barcelona, Arnau de Gurb, acompañado de un importante séquito de barones y caballeros catalanes. Pero la sorpresa mayor se la llevó el rey cuando tres días antes de acabar el año se presentó en el campamento su yerno Manuel, el infante de Castilla, con una tropa que superaba los dos mil hombres.

Con aquel ejército, la conquista de Murcia, que se presumía larga y difícil, cobraba una dimensión diferente. Los temores iniciales, al partir de Valencia con menos de mil soldados a sus espaldas, habían dado paso a una creciente confianza en la victoria final, pues el número de hombres con los que ahora contaba superaba los quince mil.

Volvió a pensar en la conquista de Valencia, casi treinta años atrás, y recordó cómo el campamento cristiano crecía sin parar a medida que se estrechaba el cerco sobre la ciudad sitiada. Un campamento en el que confluían soldados, mercenarios, monjes, aventureros, prostitutas, mercaderes y gentes de toda condición, atraídos por el ansia del botín.

—Todo el mundo sabe que, cuando se conquista una ciudad

importante a los sarracenos, hay carne donde morder —le explicó Jimeno Pérez—. Tal vez no se permitan las rapiñas de manera oficial, pero no evitaréis que los cristianos se adueñen de lo que pertenecía a los moros: una casa, un molino, una alquería… Los obispos saben que hay que levantar iglesias, los monjes esperan que se construyan conventos y monasterios, los mercaderes sueñan con disfrutar de rutas desconocidas, los caballeros buscan tierras, los desahuciados una nueva oportunidad para empezar de cero… No podéis cambiar la dinámica que mueve la rueda de la humanidad.

Jaime sabía que Jimeno Pérez tenía razón.

—Habéis dejado consejeros de confianza y soldados en todas las ciudades que hemos ido ocupando pacíficamente desde que salimos de Xátiva. Esos hombres administran el poder que les habéis otorgado hasta que Castilla vuelva a hacerse con las riendas de su destino, pero, aunque vuestros yernos pongan a gente castellana en la administración y en las guarniciones, los aragoneses a vuestro servicio siguen siendo necesarios. Unos y otros forman la argamasa católica contra la población musulmana que es, no lo olvidemos, superior en número. Los castellanos prefieren ver a un cristiano antes que a un sarraceno, y da lo mismo que ese cristiano sea aragonés, navarro o provenzal.

—Así es, buen Jimeno.

—Me pregunto si el mundo alguna vez dejará de ser un campo de batalla.

Jaime palmeó los hombros del amigo.

—Yo llevo haciéndome esa pregunta toda la vida.

Durante un par de semanas, los fundíbulos y las catapultas lanzaron piedras y bolas de fuego. Los arqueros disparaban flechas incendiarias sin interrupción al interior de las murallas y los ballesteros apuntaban a los soldados que asomaban entre las almenas.

A mediados de enero, Jaime mandó una embajada a parlamentar con Al Watiq. La encabezaba su hijo, el príncipe Pedro, y lo acompañaban Jimeno Pérez de Arenoso, Beltrán de Villanueva, Guillem de Rocafull, Ferriz de Lizana y Nicolás de Valverde.

Al Watiq los recibió en su palacio. El emir de la taifa murciana estaba rodeado de secretarios, tesoreros, jefes de la guardia, consejeros y responsables del estamento religioso. En todos era visible el desánimo.

—Mi padre os manda saludos, buen emir. Me envía para negociar los términos de la entrevista que desea mantener con vos o con quien

designéis en vuestro nombre.

Al Watiq rondaría los cuarenta años. Era un hombre apuesto, de rostro oscuro y ojos negros. Se decía que le apasionaban la música y la poesía.

—Todo el mundo habla bien del rey de Aragón.

Pedro sonrió.

—Mi padre no pretende hacer daño a Murcia, señor. Para poner fin a este absurdo asedio os pide que os reunáis con él y con el infante Manuel de Castilla, el verdadero señor de estas tierras.

El emir torció el gesto.

—No tengo nada que discutir con el castellano.

—Mi padre estará presente.

Al Watiq se quedó meditando.

—Y si queréis —añadió Pedro—, mi hermano Jaime y yo también.

El musulmán miró a sus consejeros, que asintieron.

—De acuerdo. Acudirá mi primer ministro, Al Mahná, en mi nombre con una pequeña legación. ¿Dejaréis de atacarnos hasta entonces?

—Os lo prometo.

El emir inclinó la cabeza en señal de reconocimiento.

—Os lo agradecemos infinitamente.

El infante Manuel entró en la tienda de Jaime con aire atribulado.

—¿Por qué hemos dejado de atacar la ciudad de repente?

—Son órdenes mías —respondió el monarca sin inmutarse.

—¿Y yo no sé nada?

—Bueno, ya lo sabéis.

—¿Y puedo saber también por qué habéis ordenado el alto el fuego?

—El emir de Murcia ha aceptado venir a negociar la rendición con nosotros.

—¿La rendición? ¿Quién ha solicitado esa entrevista?

—Mi hijo Pedro.

Manuel se volvió. Pedro, que estaba escuchando, sonrió con discreción. El infante castellano se sentía cada vez más furioso.

—Habéis iniciado negociaciones sin contar conmigo.

Jaime se apiadó de Constanza, a quien había casado con un cretino. No pretendía avergonzar a su yerno, así que optó por dar naturalidad a lo ocurrido.

—Pedro se empeñó… y tampoco era seguro que el emir aceptara. No os preocupéis. El rey de Murcia sabe que ha de negociar con vos

mañana. Pero ha pedido que esté yo presente… con mis hijos. Supongo que no os molestará.

En el fondo, Manuel no deseaba estar a solas con los moros.

—No me gusta que toméis decisiones que me atañen a mí sin consultarme nada —masculló, intentando no parecer descortés ni furibundo.

—Digamos que ambos perseguimos el mismo fin.

Manuel salió de la tienda con un humor de perros. No sabía si su suegro contaba con él o lo estaba tratando igual que a un niño.

Cuando se quedaron solos padre e hijo, Pedro sonrió.

—No me extraña que los musulmanes no aguanten a Manuel —aseguró.

—Ha perdido estas tierras porque no sabe gobernarlas —replicó Jaime—. No tiene mano izquierda. Los moros lo odian y él quiere que lo amen. No sé cómo se puede conseguir ese milagro.

A primera hora de la tarde, el alguacil de la ciudad, Al Mahná, acompañado de un grupo de sarracenos importantes, llegó al campamento.

Jaime, sus dos hijos y el infante Manuel estaban esperando a la puerta de la tienda real. El alguacil y sus hombres bajaron de los caballos.

—Bienvenido seáis —saludó el monarca.

Al Mahná obsequió con una gran reverencia al rey aragonés, y luego una más pequeña, casi insignificante, a Manuel y los infantes de Aragón.

Manuel se sintió humillado, si bien no comentó nada.

—Que el Dios de los cristianos os dé una vida larga y próspera —saludó el alguacil.

Entraron en la tienda y durante un buen rato, Jaime y Al Mahná hablaron sobre cosas intrascendentes como la familia, el tiempo, las cosechas o la caza, como si fueran dos viejos conocidos, hasta que poco a poco derivaron la conversación hacia los temas que a ambos interesaban.

—Nadie desea que este asedio continúe por más tiempo —alegó el rey aragonés—. Ha muerto más gente de la que cabía esperar.

—Mi señor Al Watiq me manda deciros que, si otorgáis cartas de compromiso, respetando nuestras vidas y nuestras haciendas, os haremos entrega de la ciudad de forma pacífica.

Jaime observó a Manuel, que permanecía frente a él sin abrir la boca.

—Yo no puedo otorgar cartas… No soy el señor. Pero tenéis mi palabra de que lo que aquí digamos se cumplirá al pie de la letra.

—En ese caso, cuando Alfonso nos haga llegar las cartas firmadas, entregaremos la ciudad —prometió el sarraceno.

—No es posible aguardar tanto tiempo —exclamó Manuel—. Yo las firmaré hoy mismo.

Al Mahná no se molestó en mirar a Manuel. Sus ojos seguían clavados en el monarca aragonés, como si no hubiera escuchado nada.

—Hoy tendréis las cartas firmadas —repitió Jaime incómodo—. Manuel os las firmará en nombre de su hermano, el rey Alfonso.

El musulmán sonrió.

—La paciencia de Alá es infinita. Esperaremos las cartas del rey de Castilla.

Manuel habría matado al moro allí mismo. Airado, se puso de pie y salió de la tienda sin despedirse.

El primer ministro continuaba sonriendo con los ojos fijos en Jaime. El rey aragonés estaba aturdido por aquella ridícula situación.

—Lo siento, alguacil, pero no puedo perder más tiempo en Murcia. Tengo mil asuntos que atender en mis reinos. Si no aceptáis lo que os propongo, seguiremos asediando la ciudad hasta que las murallas se vengan abajo y, cuando tal suceda, que Dios se apiade de los murcianos.

El moro cabeceó varias veces, como si estuviera pensando qué responder. Sus ojos no delataban ningún sentimiento.

—Tenéis mi palabra de que Alfonso firmará las cartas —insistió Jaime con voz templada—. Os lo prometo delante de mis hijos, aquí presentes. Pero la ciudad debe rendirse de inmediato.

El musulmán contempló a los vástagos del rey. Sus ojos se posaron en las pupilas azules del infante Jaime.

—He oído hablar de vos —comentó Al Mahná—. ¿Es cierto que domináis mi lengua?

Jaime y el alguacil entablaron una breve conversación en árabe. El alguacil sonrió emocionado.

—Que Dios os bendiga, joven infante.

—Que Alá bendiga a tu pueblo, alguacil.

Cuando Al Mahná salió de la tienda poco después, el rey explotó ante sus hijos.

—¡Vuestro cuñado Manuel es un imbécil!

Pedro y Jaime estaban de acuerdo, pero callaron para no echar más leña al fuego.

6

A pesar de las urgencias, Jaime, sus hijos, Al Mahná y el propio Al Watiq, el emir de Murcia, se reunieron varias veces para negociar los acuerdos de la rendición, y en ninguna de aquellas reuniones compareció el infante Manuel de Castilla.

Nadie quería la guerra. Los dos reyes estaban cansados de aquella permanente violencia. Al Watiq había sido abandonado por los granadinos y tampoco podía esperar refuerzos del norte de África ni de otros puntos de al-Ándalus.

Jaime repitió hasta la saciedad su compromiso de respetar vidas, haciendas, religión y costumbres, pero los musulmanes insistían en que quien debía ratificar los acuerdos era el rey castellano. Al Watiq no se fiaba de él ni de Manuel.

—¿Cómo sé que Alfonso respetará lo que nosotros acordemos?

—Alfonso es mi yerno. Os prometo que le pediré la sanción de todo lo que vos y yo pactemos aquí.

—Necesito garantías de que restaurará nuestros derechos.

Jaime se pasó la mano por la barbilla; había repetido las mismas palabras doscientas veces aquellos días.

—Lo intentaré, pero recordad que vosotros os rebelasteis contra él.

—¡Nos rebelamos porque los castellanos incumplían una y otra vez los acuerdos de Alcaraz! El infante Manuel es un… —Al Watiq iba a decir «necio» o «malnacido», pero se acordó de que era yerno del rey y buscó una palabra menos ofensiva— un hombre poco escrupuloso con los tratados —declaró finalmente.

—Yo solo puedo prometer que hablaré con Alfonso, igual que he hablado con Manuel, y le transmitiré vuestras peticiones. De cualquier modo, si yo os digo que es blanco, es blanco, y mi yerno no se atreverá a afirmar que es negro.

Las negociaciones se estancaron antes de acabar el mes. Al Watiq se mostró contrariado y dispuesto a romper todo lo acordado durante esas jornadas si no se le ofrecía un compromiso real y por escrito del rey Alfonso. A fin de cuentas, Jaime solo era un intermediario. Podrían fiarse de él, y de hecho se fiaban, pero no de las promesas de

un rey que había incumplido en numerosas ocasiones el pacto de Alcaraz.

—¡No tenemos garantías! —se quejaba Al Watiq una y otra vez.

—Tenéis mi palabra —protestaba Jaime, que ya comenzaba a estar harto de tantas entrevistas inútiles.

—Vuestra palabra, sí, claro —bufó Al Watiq—, aunque lo que yo necesito es la palabra escrita de Alfonso, el hombre a quien en realidad entregamos la ciudad.

Jaime explotó.

—¡Llevamos casi dos semanas de negociaciones y estamos como el primer día! ¡Si no me entregáis la ciudad mañana al mediodía, daré por rotos los acuerdos a los que hemos llegado hasta hoy y mandaré atacar la ciudad con todas mis fuerzas! ¡Os aseguro que mis hombres están deseando entrar a sangre y fuego y saquear hasta el cementerio!

Jaime salió hecho una furia, seguido de su hijo Pedro, los maestres, varios nobles de su consejo y algunos caballeros.

Al Watiq y sus hombres se quedaron presos de una gran confusión mientras los cristianos abandonaban el palacio. Cuando se hubo restaurado el silencio, el sultán tomó asiento e invitó a todos a imitarlo.

—Tendremos que aceptar las condiciones —rezongó apesadumbrado.

Los demás permanecieron callados. La inmensa congoja que sentían en sus corazones les impedía pensar con claridad. No había nada que hacer. Estaban solos y, si no entregaban la ciudad, tanto ellos como sus familias sufrirían la ira de los ejércitos católicos. Bastaba asomarse a las torres de la muralla para contemplar aquel campamento interminable que se extendía en todas direcciones. Miles de soldados esperaban la orden del monarca aragonés para lanzarse a por el botín igual que una jauría de lobos salvajes.

—¡Sharuk! —urgió Al Watiq a su secretario con voz entrecortada—. Prepara la carta de rendición y esta tarde se la llevas al rey de Aragón. Pídele disculpas.

Sharuk ibn al Mihrak llevaba toda la vida sirviendo a Al Watik con absoluta fidelidad. Hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, mi señor.

El 30 de enero de 1266, cincuenta caballeros con sus respectivos escuderos y ciento cincuenta ballesteros se instalaron junto al Alcázar Nasir.

Esa era la primera condición impuesta por Jaime.

El día siguiente, el monarca entró en la ciudad, pero no con la cota de mallas ni la armadura con la que se aprestaba a la batalla, sino con las vestiduras regias. Llevaba puesto el hábito templario, la cruz roja sobre el blanco de la tela, la capa roja y la corona que simbolizaba su poder real. Al cuello, el talismán con el dragón de jade. Su caballo también había sido engalanado para la ocasión y presentaba guarniciones de plata y pedrería. A su alrededor, lo acompañaban los maestres de las órdenes religiosas, los obispos de Barcelona, Zaragoza y Huesca, una comitiva de nobles y ricoshombres, y a continuación los caballeros con sus escuderos, palafreneros y pajes. Tras ellos, una legión de infantería.

La ciudad de Murcia se mantenía expectante. Los habitantes contemplaban el esplendor del ejército cristiano con las bocas abiertas. Llevaban casi tres meses esperando aquel momento, cansados de pasar hambre y privaciones, temiendo que el asedio terminara en una carnicería, y al fin comprobaban que iban a seguir vivos y que muchos podrían quedarse en sus tierras si así lo deseaban.

Jaime entró como un héroe, rodeado de sus hombres, en la plaza donde se levantaba el Alcázar Nasir, en cuyas torres pronto ondearon sus estandartes. Detuvo su cabalgadura en medio de la plaza. Las enseñas de Aragón se movían empujadas por el aire en todas direcciones. Los cientos de estandartes de las órdenes de Calatrava, de San Juan del Hospital, de Santiago, de los Templarios, de las principales casas nobiliarias de la corona se alzaban desafiantes por las calles principales de la ciudad.

Jaime bajó del caballo y se quitó la corona en medio de una gran expectación, pues todo el mundo estaba pendiente de sus movimientos. A su alrededor se había hecho un silencio impresionante. Por la puerta del alcázar salió a recibirlo Al Watiq con su corte de funcionarios y sirvientes personales, y ambos reyes se miraron desde la distancia.

El monarca aragonés recordó el día que entró en Valencia, hacía más de veinticinco años ya, y volvió a experimentar la misma sensación de felicidad. Lamentó no tener a Violante a su lado para compartir el esplendor de un éxito tan grande.

Unas lágrimas rodaron por sus mejillas. Estaba llorando de dicha y de tristeza al mismo tiempo. Felicidad por aquella nueva conquista, por sentirse respetado y admirado, por el amor que le profesaban sus súbditos, por su yerno el rey Alfonso de Castilla, por la piedad de sus hijos, por el contento que le provocaba el haber soportado tantas calamidades, pero también sentía una congoja extraña en lo más profundo de su corazón. Echaba de menos a todos los que habían ido

cayendo a lo largo del camino: su hijo Alfonso, la reina Violante, Hugo de Forcalquier, el viejo Blasco de Alagón, el maestre Guillermo de Montredón, Guillem de Cervera, Jimeno de Urrea, su primo Ramón Berenguer de Provenza, tantos y tantos buenos amigos…

Miró a su alrededor. La ciudad de Murcia y su ejército lo contemplaban sin pestañear. La intensidad del momento era tanta que Jaime permaneció unos segundos escuchando el loco golpeteo de su corazón. Se limpió con la mano las lágrimas y se arrodilló frente al Alcázar Nasir, en cuyas puertas Al Watiq y sus hombres no perdían detalle de sus gestos.

Jaime se inclinó y besó la tierra ante el asombro general.

Luego se levantó sin prisa y volvió a ponerse la corona, desenvainó su espada Tizona, la alzó hacia el cielo y gritó.

—¡Por san Jorge y por la cruz de Cristo! ¡Por Aragón!

Todos sus soldados respondieron con un griterío ensordecedor.

Una semana más tarde tuvo lugar la procesión por las calles de Murcia con la que el rey quiso solemnizar la toma de la ciudad.

Jaime avanzó seguido de su séquito real. A su lado, cabalgaba el infante castellano Manuel junto a Constanza. Tras ellos, los hijos del monarca y los principales hombres de los más distinguidos linajes aragoneses y catalanes.

A continuación, desfilaban los obispos de Barcelona y Cartagena, los prelados que formaban parte de su hueste, los maestres de las distintas órdenes militares y religiosas, los caballeros, los ballesteros, los lanceros y el resto de hombres armados, con sus escuderos. Todos desfilaron con sus mejores indumentarias, luciendo sus ornamentos militares y haciendo ostentación de su poderío. Los estandartes y las insignias se alzaban hacia el cielo, tal una floración de colores vivos y llamativos en la que se mezclaban gules, cruces, torres, águilas o leones rampantes.

La procesión cristiana había partido del centro del campamento, que seguía acantonado en las inmediaciones de la ciudad, avanzó por el centro de Murcia y llegó hasta la mezquita, que había sido vestida de catedral y que iba a ser bautizada como iglesia de Santa María.

Arnau de Gurb y García Martínez, el obispo de la reciente diócesis de Cartagena, oficiaron una solemne misa para celebrar el acontecimiento histórico, pues Murcia era a todos los efectos una ciudad católica.

Cuando acabó la ceremonia religiosa, se vivieron tres días de fiesta en los que cristianos, musulmanes y judíos compartieron la ilusión de

que lo malo había quedado atrás y ahora comenzaba una época de esplendor y progreso.

Jaime y los hombres más notables estaban reunidos en el salón principal del alcázar. Había que analizar la situación y poner fin a los comentarios, bulos y chismes que andaban de boca en boca.

—Bien, señores. Durante los últimos días no oigo más que protestas. Quiero que todo el mundo hable. El que tenga algo que opinar que opine ahora. Murcia ha sido tomada en el nombre del rey de Castilla y hemos firmado unos acuerdos con los musulmanes. Esa es la realidad.

El infante Pedro estaba deseando rematar la campaña de Murcia para marcharse a Italia a ayudar a su suegro.

—Hemos cumplido con nuestra tarea —dijo—. Dejemos que el infante Manuel se haga cargo de Murcia y regresemos a Aragón.

—Eso no sería muy acertado —respondió Jimeno Pérez—. Hemos de asegurarnos de que las guarniciones están bien abastecidas y de que los soldados que aquí se queden serán capaces de defender Murcia ante una más que posible insubordinación.

—Los moros creen que aquí no ha pasado nada —protestó Guillem de Moncada—. Siguen en Murcia, tienen sus mezquitas, son muchos más que nosotros… Y, la verdad, no sé en qué nos ha beneficiado todo este asunto. Ahora decís que si nos vamos es posible que haya una nueva revuelta. Entonces, ¿qué pretendéis? ¿Que nos quedemos aquí hasta el día del juicio final para que los moros no vuelvan a alzarse en armas?

Hubo murmullos.

—No acabo de entender que dejemos las mezquitas a los musulmanes —señaló Arnau de Gurb, el obispo de Barcelona—. Y lo que yo digo lo piensan todos los hombres del clero que os acompañan, majestad.

El rey se pasó la mano por la barba.

—Ya os he dicho cien veces que forma parte del acuerdo. Hemos firmado que respetaríamos sus templos y su religión.

—¡Pues mal hecho! —gruñó uno de los frailes dominicos presentes.

Siempre los monjes predicadores, pensó Jaime, poniendo pegas contra los que son diferentes.

—Sinceramente, majestad —exclamó el gigantón Ramón Folch—, esto ni es una guerra ni es una paz… Nadie sabe lo que es.

Unos cuantos sonrieron.

—Los moros parecen los amos de Murcia —añadió Ato de Foces—.

Es lo mismo que si no hubiera pasado nada. Hemos venido a Murcia y después de tres meses nos vamos tan pobres como llegamos. ¿Por qué tantos miramientos con los sarracenos?

—¡Estoy de acuerdo! —gritó Ferriz de Lizana—. ¿Por qué no los expulsamos a todos y así evitamos que nos den un garrotazo en cuanto nos volvamos de espaldas?

El rey lanzó un suspiro.

—No hay suficientes cristianos para trabajar las tierras y ocupar las alquerías. Hemos de optar por una dominación tranquila que garantice la riqueza y la producción. ¿Quién cuidará los rebaños? ¿Quién cosechará las mieses? No podemos exterminar a todos los moros de un solo golpe. Ni es piadoso ni es inteligente.

—Tal vez sea mejor que no haya nadie a que haya moros en quienes no podemos confiar —argumentó Nicolás de Valverde.

—Yo no lo veo así —replicó Jimeno Pérez, que experimentaba un sincero aprecio por los musulmanes desde que su hijo hubiera contraído matrimonio con una mujer mora—. Es mejor una población musulmana sometida, que trabaje y contribuya con sus impuestos, que una tierra yerma y abandonada.

Fernando Sánchez de Castro, que ya contaba con muchos seguidores, alzó la voz.

—Yo digo que mandemos una embajada al rey Alfonso de Castilla para exigirle que venga él en persona. Una vez aquí, que haga con Murcia lo que le parezca.

Algunos aplaudieron la iniciativa.

—Eso no es posible —manifestó Jimeno Pérez—. Si el rey Alfonso viene con su tropa a tomar la ciudad de manos del rey de Aragón, se sentirá humillado. Será una manera de reconocer en público su inferioridad con respecto a nuestro soberano.

Varios miraron al infante Manuel.

—¿Qué opináis vos, alteza? —le preguntó Arnau de Fontova.

Manuel dudó.

—No lo había pensado, pero quizás tengáis razón. Mi hermano no vería bien recibir la ciudad de manos de otro monarca cristiano.

Unos suspiraron y otros rieron.

El obispo de Barcelona carraspeó antes de hacer oír su voz.

—Yo pediría refuerzos militares a Castilla, suficientes para mantener el orden y asegurar las guarniciones. Cuando lleguen, que el infante Manuel se ocupe de Murcia con lo que nosotros dejamos y con lo que le mande su hermano.

Varios de los presentes asintieron.

—Mi hermano enviará refuerzos pronto —exclamó Manuel—. De

eso no hay duda. Entretanto, con que la ciudad esté protegida por la mesnada real y los ballesteros de Tortosa sería suficiente. Cuento también con mis huestes.

Jaime se puso de pie.

—Está bien —dijo solemnemente—. De momento, aguantaremos un poco más. En cuanto empiece el buen tiempo, nos marcharemos. Esperemos que para entonces hayan aparecido por aquí las fuerzas de Castilla.

Uno de los primeros días de marzo se presentó el capitán Alfonso García con las cartas del rey Alfonso y una tropa de diez mil soldados para la guarnición de la ciudad. Era el momento que todos estaban aguardando para consumar la conquista.

Dos días después, Jaime abandonó Murcia.

Mientras atravesaba la vega regada por el río Segura, se preguntó si había hecho bien en entregar aquel paraíso a los castellanos. A fin de cuentas, no les faltaba razón a sus hombres cuando cuestionaban porfiadamente por qué no podían quedarse ellos con lo que acababan de conquistar. El rey llevaba el caballo al trote y contemplaba el paisaje.

La primavera bostezaba. Ni siquiera en Valencia había visto tanta hermosura. Lejanas nubecillas se deslizaban por el azul, tan terso y diáfano que parecía una lámina de cristal bruñido por la claridad.

La idea de que quizás se había equivocado le asaeteaba el corazón. No albergaba ninguna duda de que Dios había bendecido aquellas tierras.

Pero su palabra era ley.

Jaime puso el caballo al galope y sus hombres lo imitaron. Quería atravesar aquel vergel antes de que las lágrimas le impidieran contemplar el horizonte.

En Alicante dejó dos adelantados de frontera para velar por la paz en los territorios que se extendían hasta Villena. Los elegidos fueron Juan Núñez de Lara y Nicolás de Valverde, con cien caballeros cada uno y base militar en Alicante. Su misión consistiría, al menos durante un año, en asegurar que no se produjeran nuevas revueltas en la zona. Para llevar a cabo su objetivo, organizaron patrullas móviles y pusieron al frente de las mismas a Arnau de Fontova y Galcerán de Pinoso. Los dos eran expertos en cabalgadas e incursiones en tierras enemigas, contaban con un largo historial de batallas ganadas a sus espaldas y sabían cómo se organizaba el sistema de señales entre valles y montañas con el que se podría socorrer a los castellanos de

Murcia o de Orihuela en caso de que se vieran sorprendidos por fuerzas sarracenas granadinas, africanas o de otras latitudes.

7

Recién llegado a Valencia, el rey recibió la visita del embajador de Aragón en Sicilia, Alberto Lavaina, con un pequeño séquito de cortesanos.

Jaime apenas había tenido tiempo de hablar con los funcionarios de palacio y ponerse al día después de los más de tres meses en tierras murcianas. Estaba cansado y desorientado cuando le anunciaron que el embajador deseaba verlo.

El rey entró en el salón donde esperaba la comitiva italiana en compañía de sus hijos Pedro y Jaime. El embajador departía con Jimeno Pérez y Bernardo de Entenza, que parecía recuperado de las dolencias que le habían impedido participar en la campaña de Murcia.

Todos agacharon la cabeza en señal de respeto ante el rey.

—Majestad.

—Lavaina, os hacía en Sicilia.

—De allí venimos, señor —respondió el embajador con el semblante serio—. Traemos noticias, y no son buenas precisamente.

—Vaya por Dios. ¿Qué ocurre?

El embajador miró al príncipe Pedro. Sus ojos revelaban una sincera tristeza.

—Lo siento, alteza. El rey Manfredo ha muerto.

Aquella noticia, soltada a bocajarro, provocó el estupor general.

—¿Cómo habéis dicho? —preguntó el príncipe.

—Lo lamento mucho —repitió Lavaina—. Estamos consternados…

Jaime se sentó en un sillón. Su hijo Pedro lo imitó.

—¿Qué ha ocurrido? —quiso saber el monarca.

—Es largo de contar, majestad —dijo el embajador—, pero procuraré resumirlo de la manera más breve para no resultar enojoso.

—Os lo suplico. Tomad asiento.

Lavaina se sentó y los demás lo imitaron.

—Fue en Benevento, cerca de Nápoles —comenzó a relatar tan pronto como se acomodó en la silla—. Carlos de Anjou avanzaba al frente de un ejército de más de treinta mil hombres hacia Nápoles, arrasándolo todo. Entre sus mercenarios había bretones, arvernos,

valones, gascones, provenzales y no sé cuántas tropas de un montón de sitios distintos. Güelfos y angevinos también, por supuesto, de las principales ciudades italianas. Entre los estandartes sobresalía el del papa, y eran tantos que no dejaban pasar la luz entre las lanzas.

Pedro apretó los puños al oír aquello.

—Vuestro suegro —dijo Lavaina mirando con pena al príncipe— se había hecho fuerte en Benevento con poco más de diez mil hombres. Parece ser que sus oficiales le propusieron rendirse, pero Manfredo proclamó que prefería morir antes que entregarse al de Anjou. —Alberto de Lavaina hizo una breve pausa para tomar aliento—. El caso es que el francés tampoco deseaba coger presos ni alargar la agonía de tener que aguantar por más tiempo a su eterno rival. Estaba dispuesto a acabar de una vez por todas con Manfredo, así que tan pronto como sus soldados cruzaron el río Calore ordenó un ataque furibundo. Manfredo y sus capitanes sabían desde el primer momento que no podían salir con vida. El desánimo debió de prender en ellos porque, según lo que se cuenta, cada uno intentó salvar el cuello a su manera. La falta de coordinación empeoró las cosas. Manfredo aguantó apenas un par de horas la embestida brutal de Carlos de Anjou. Cuando ordenó replegarse tras el río era tarde. Los del francés los persiguieron con órdenes de no dejar supervivientes. A Manfredo lo rodearon entre una docena de bretones y lo cosieron a espadazos contra uno de los pilares del puente y arrojaron el cadáver al río.

El embajador guardó un silencio fúnebre después de relatar la triste muerte de Manfredo y la destrucción de su ejército.

—¿Qué ha dicho el papa? —preguntó Jimeno Pérez.

—¿El papa? —repitió Lavaina con ironía—. Clemente IV ha proclamado a Carlos de Anjou rey de Nápoles y Sicilia. Beatriz, su esposa, ha sido coronada reina y Provenza ahora pertenece al estado de las Dos Sicilias.

Pedro se puso de pie.

—¡Hijos de la gran puta!

—¿Qué ha pasado con la esposa de Manfredo y con su hijo? —inquirió el infante Jaime.

—Helena y el pequeño Henrich han sido encerrados en las mazmorras del Castillo del Huevo, igual que dos delincuentes.

Ahora fue el monarca el que se levantó

—¡Es intolerable!

Todos se alzaron de sus asientos, imitando al rey.

—¡Estamos de acuerdo!

—¡Mi esposa Constanza es hija de Manfredo! ¡La legítima heredera del reino de Sicilia!

—Bueno, alteza, eso admite discusión —comentó Alberto Lavaina con voz suave para no disgustar en exceso al príncipe—. El hijo de Conrado, el joven Conradino, también puede reclamar sus derechos.

—¡Conradino! —exclamó Asalid de Gúdar—. ¿Pero sigue vivo?

—Eso parece —afirmó uno de los cortesanos que acompañaban al embajador—. Aunque desde hace unos años no se sabe qué ha sido de él.

—Se rumorea que Carlos de Anjou lo tiene prisionero en alguna parte —agregó otro.

—Sea como sea, ¡esto es una afrenta personal! —casi gritó Pedro.

El infante Jaime lo palmeó en la espalda con afecto.

—Tranquilizaos, hermano. Después de la campaña de Murcia, no podemos volver a armar un ejército para ir a luchar a Italia contra Carlos de Anjou, los Capetos y el santo padre de Roma. Nadie nos apoyaría.

Pedro soltó un bufido de rabia.

—¡Malditos Capetos! —gritó.

El monarca se sentía de golpe terriblemente cansado.

—¡Malditos Capetos! —repitió con tristeza.

Llevaba varios días pensando en Genesia. La campaña de Murcia se había alargado más de lo previsto en un principio y ahora las cosas se habían complicado con la muerte de Manfredo. Tenía tantos frentes abiertos que su mente no descansaba nunca. Necesitaba verla y hacer el amor con ella para olvidarse del mundo y de todos sus problemas.

Cuando llegó al palacio de la Aljafería se dio un baño para librarse del polvo del camino y del cansancio de tantos días cabalgando. Luego ordenó que avisaran a Genesia para que se presentara en su alcoba.

Mientras esperaba, se asomó a la ventana y a través de ella vio la ciudad de Zaragoza y las lejanas extensiones de Aragón en dirección al norte. Amaba aquella tierra y amaba aquel reino cuyos orígenes se remontaban doscientos cincuenta años atrás.

Pero no quería pensar en asuntos de política. Lo que deseaba era refugiarse en los brazos de Genesia, extraviarse en sus besos y en sus caricias, hacerle el amor hasta caer rendido. Su juventud y su belleza eran el mejor bálsamo para reparar las heridas de su corazón andariego. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde la última vez que habían yacido juntos? ¿Seis, siete, ocho meses? ¿Tal vez un año? Se dijo que el tiempo pasaba demasiado deprisa y reconoció que había terminado por no saber en qué día vivía.

Unos golpes en la puerta lo sacaron de sus ensoñaciones.

—Adelante.

Genesia entró en la sala. Vestía una discreta pero preciosa túnica de lino y la acompañaba una doncella de doce o trece años con un bebé de pocos días.

—Con su permiso, majestad.

—Lo tenéis.

Jaime se quedó mirándola fascinado. Genesia había cumplido veinte años. Ya no era la niña campesina de ademanes toscos y mirada huidiza. Era una mujer de formas espléndidas que había aprendido a hablar, a moverse con elegancia y a comportarse como una de las muchas damas que pululaban por la corte.

—¿Cómo estás? —le preguntó el monarca.

—Bien, majestad. ¿Y vos? Vuestra campaña de Murcia se canta por todas partes.

Jaime sonrió.

—Tenía ganas de volver a verte.

Solo entonces el rey reparó en la muchacha que estaba unos pasos detrás de Genesia con un bebé en brazos. El monarca parpadeó.

—¿Qué significa esto?

Genesia se dio la vuelta.

—Dame el niño —le dijo a la joven, que obedeció—. Y ahora, puedes salir.

La doncella hizo una reverencia y salió de la estancia.

Genesia se acercó a Jaime con el bebé en sus brazos y se lo mostró.

—No entiendo —balbuceó Jaime.

—Majestad, os presento a vuestro hijo. Se llama Fernando.

El monarca se dejó caer en una silla.

—¡Válgame Dios! —exclamó.

Hacía unos días que Teresa Gil de Vidaure se había refugiado en el convento *Gratia Dei* de la Zaidía de Valencia cuando Jaime fue alertado de que el rey Alfonso de Castilla y su hija Violante venían a verlo a Valencia. La noticia lo sorprendió mientras se daba un baño. Salió del barril chorreando agua y dejó que el sirviente lo envolviera con un lienzo blanco.

—¿Cuándo llegarán?

—A media tarde.

Jaime se asomó por la ventana y contempló el cielo. Debía de ser mediodía. El mes de mayo rebosaba de una luz tan limpia que el mundo parecía recién creado.

—Está bien. Retírate.

El mensajero inclinó la cabeza y salió de la cámara.

—Tú también puedes salir —le dijo al sirviente.

El palacio real de Valencia se engalanó para recibir a los reyes de Castilla. Los acompañaba una importante legación de gente principal, entre la que destacaba una hermosa dama con una enorme melena roja, ojos almendrados y porte de princesa, que debía de tener poco más de treinta años.

Los dos reyes se dieron un abrazo emocionado.

—¡Alfonso! ¡Menuda sorpresa!

—¡Es lo menos que puedo hacer! ¡Venir a saludaros! ¡Mi hermano Manuel está en Murcia gracias a vos!

—¡Esperemos que esta vez sea la definitiva!

Luego, Jaime se volvió a su hija.

—¡Violante! ¡Cada día os parecéis más a vuestra madre, que Dios tenga en su gloria!

—¡Padre!

El rey le besó la mano galantemente.

—¿Cuántos hijos tenéis?

—Once… —Enseguida se acordó de que Isabel había muerto al poco de nacer—. Bueno, diez.

—Valencia se alegra de que hayáis venido —aseguró Jaime mirándolos a los dos con una sonrisa luminosa en los labios.

—Siempre la echo de menos —replicó Violante—. Esta luz es… diferente.

Alfonso le hizo un gesto a la mujer de la melena roja que estaba a unos pasos, rodeada de otras damas y nobles caballeros del cortejo. La dama se acercó.

—Permitidme que os presente a mi prima Berenguela.

El rey admiró la distinción de aquella mujer. Era tan hermosa que su presencia anulaba todo lo que había a su alrededor. Tomó su mano e, inclinando la cabeza con elegancia, la besó.

—¡Bienvenida a Valencia, señora! ¡Consideraos en vuestra casa!

—Gracias, majestad.

Los ojos de Jaime y Berenguela Alfonso cruzaron una mirada cargada de relámpagos.

El monarca se volvió a sus hombres.

—¡Bernardo! ¡Jimeno! ¡Ordenad que acomoden a nuestros invitados y que den alojamiento a la tropa!

Jimeno Pérez y Bernardo de Entenza marcharon a cumplir las órdenes.

—¡Nosotros vamos dentro! ¡Estaréis cansados y querréis daros un pequeño baño antes de la fiesta que hemos organizado en vuestro

honor!

—¡Tenemos mucho de que hablar! —exclamó Alfonso.

—¡Luego! ¡Luego!

La estancia de Alfonso y Violante se prolongó por espacio de cinco días, durante los cuales tuvieron tiempo de visitar la ciudad y dar largos paseos por la huerta y por la playa. La primavera hacía de Valencia y de los alrededores un lugar paradisíaco. La luz que bajaba del cielo parecía de oro.

Alfonso y Jaime cambiaron impresiones sobre la toma de Murcia, la campaña del sur, Toledo, la muerte de Manfredo, los Capetos y el nuevo papa de Roma. Violante disfrutó de la compañía de sus hermanos Pedro y Jaime, pero no pudo ver a Sancho, que ocupaba el cargo de abad en Valladolid y del que se decía que, a pesar de su juventud, pronto gobernaría la archidiócesis de Toledo.

Antes de que los reyes de Castilla abandonaran Valencia, Jaime buscó la fórmula de encontrarse a solas con Berenguela Alfonso. No era fácil, porque iba a todas partes rodeada de tres damas de compañía y, según se decía de ella, tenía fama de virtuosa.

Pero Jaime no estaba acostumbrado a que el destino le volviera la espalda. La noche antes de la despedida, en tanto se celebraba una fiesta galante en el salón de embajadores de palacio, vio la oportunidad de hablar con ella sin testigos. La gente bailaba, bebía y conversaba en pequeños corros.

—Señora, me gustaría enseñaros algo.

Berenguela estaba rodeada de sus damas.

—¿Me permitís? —preguntó alargándole el brazo y dedicándole la mejor sonrisa de su repertorio.

Ella aceptó la mano del rey.

—¿Os dejarán sola un momento vuestras doncellas? ¡Os aseguro que soy inofensivo!

—Eso espero.

Jaime condujo a Berenguela hasta el jardín de palacio, que los sirvientes habían convertido en un vergel de primorosa belleza. Abundaban las flores y los arbustos olorosos. Rosas, mirtos, celindas y jazmines competían en una batalla de fragancias que embalsamaba el aire tibio de la noche. Llegaba hasta allí la brisa del mar, en cuyo regazo transparente se mecía el oleaje de lejanas y exóticas latitudes.

El cielo estaba plagado de estrellas. En medio de aquella diáspora de diminutas luces, la luna flotaba en lo alto como una fruta blanca y redonda.

Jaime y Berenguela caminaron por aquel laberinto de senderos orlados de vegetación, dejándose arrullar por el silencio.

—¿Habíais estado alguna vez en Valencia?

—No. Pero había oído hablar muy bien de ella.

—¿Y qué os parece?

—¿Sinceramente?

—Claro.

Se detuvieron junto a la fuente, cuya musiquilla de cristal apenas conseguía romper el silencio de la noche. Los ojos de Berenguela contemplaron las estrellas.

—Una ciudad mágica.

El rey rio divertido.

—¡Vaya! No está mal.

—Me pregunto qué es lo que queríais enseñarme. No me habréis traído al jardín para mostrarme la luna.

Jaime se puso serio. La miró a través de la oscuridad.

—¿Quién sois realmente?

—¿Cómo decís?

—Solo sé que sois prima de mi yerno, pero no sé nada más de vos. Tengo la sensación de que habéis salido de un castillo encantado para alumbrar mi vida.

Berenguela sonrió.

—Me han prevenido contra vos —susurró.

Jaime fingió que se alarmaba.

—¿Cómo es eso? ¿Qué os han contado de mí?

—Mejor no os lo digo.

—¿Estáis bromeando?

—No me atrevería jamás.

El rey exhaló un suspiro.

—Habladme de vos.

Berenguela reanudó el paseo y Jaime la imitó.

—No hay mucho que contar. Mi marido era Gonzalo Ramírez; murió hace un par de años peleando contra los sarracenos en Jerez. Soy viuda y no tengo hijos. El rey Alfonso, mi primo, me llamó a su corte tan pronto como ocurrió la desgraciada muerte de mi esposo.

—¿De verdad sois prima suya?

—Por supuesto, mi padre, don Alfonso, era señor de Molina de Segura y Mesa, y hermano del rey Fernando III.

Jaime hizo rápidamente las cuentas. Aquella mujer que estaba ante él era sobrina nieta de su primera esposa, Leonor de Castilla. Aquel descubrimiento lo sobresaltó, pero no dijo nada al respecto y optó por cambiar de tema.

—¿Y cuáles son vuestros planes de futuro?

Berenguela rio.

—¿Planes de futuro una mujer como yo?

—¿Por qué os reís?

—¿Qué puedo esperar a mi edad?

—Miradme. Tengo muchos más años que vos, pero estoy convencido de que me quedan todavía bastantes cosas por hacer. Por ejemplo, no pienso morirme sin viajar a Tierra Santa. Además, mis súbditos no dejan que me aburra.

—Me divierte la forma que tenéis de afrontar la vida.

Jaime la desnudó con los ojos.

—La vida es una fruta roja que hay que morder en cuanto se pone al alcance de la mano.

Berenguela sintió la mirada del rey como un puñal que la desgarraba sin piedad.

—Creo que deberíamos regresar, majestad.

—Como vos queráis —asintió—, pero cuando volváis a Castilla no olvidéis que aquí hay un soñador que recordará vuestro nombre todas las noches al contemplar las estrellas.

Berenguela Alfonso sonrió halagada.

—No lo olvidaré.

Jaime tomó su mano derecha y se la llevó a la boca para besar uno por uno los cinco nudillos.

Cuando Bernardo de Entenza puso el pliego entre sus manos, Jaime no pudo evitar un gesto de asombro.

—¿De Mongolia?

—Eso mismo, señor.

Pedro de Queralt había abierto unos ojos como platos.

—No tengo ni idea de dónde está Mongolia, pero seguro que muy lejos.

Ato de Foces soltó una carcajada.

—Querido Corazón de Roble, seguro que está más lejos que Santa Coloma.

Queralt era originario de Santa Coloma. Se hallaba tan sorprendido que ni siquiera prestó atención a la broma de su amigo.

El rey abrió el pliego y leyó con avidez. Cuando terminó, alzó los ojos y contempló a sus hombres.

—Kublai Kan me pregunta si estamos dispuestos a recibir a sus embajadores.

Los consejeros se miraron unos a otros.

—Parece ser que quiere proponerme algo.

—¿Algo? —repitió Ato de Foces—. ¿Qué significa algo?

Jaime le entregó la carta y señaló con el índice en un punto. Foces leyó en voz alta.

—Aquí dice «una aventura digna de vuestro prestigio».

Bernardo de Entenza arrugó la nariz.

—A mí me suena muy raro todo esto.

El rey había sentido en su pecho un leve pinchazo de vanidad.

—Vaya, hasta en Mongolia se me nombra.

—Majestad, bajad de las nubes —insistió Bernardo de Entenza—. Nadie habla bien de los mongoles. No son de fiar en absoluto.

—Tampoco perdemos nada con dejar que venga la embajada a Zaragoza o Barcelona y que nos expliquen qué es lo que desean —sugirió Ato de Foces, siempre ávido de aventuras.

—Mejor aún —exclamó Jaime—. Responderemos con clase.

—¿Con clase? —preguntó Queralt rascándose el pelo.

—Enviaremos nosotros un embajador a su palacio.

Bernardo de Entenza se llevó las manos a la cabeza.

—Majestad, si no os conociera, diría que se os ha nublado el entendimiento.

Jaime se encaró con su primo bastardo.

—Pues, ¿qué proponéis vos?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—En todo caso, permitiría que viniera esa embajada.

—Pues eso es lo que haremos. Pero habrá que mandar una carta.

—Por supuesto.

—Y llevarla hasta la corte de Kublai Kan.

—Claro.

—Entonces, empezad a redactarla en mi nombre. Decid que estamos dispuestos a escucharlos.

Entenza miró a Ato de Foces y a Pedro de Queralt, que se alzaron de hombros.

—Así se hará, majestad.

8

Bajando de Huesca hacia Zaragoza, Jaime fue alertado de una revuelta importante en los alrededores de Elda y Villena. En la nota que acababa de recibir, se hablaba de decenas de fallecidos, de aldeas incendiadas y de campos arrasados. Pero antes de tomar una decisión recibió otra noticia no menos inquietante. En Tarazona, ya en la frontera con Castilla, había sido descubierta una red de falsificación de moneda.

Jaime se encontró, de pronto, con dos cartas, una en cada mano, y con la disyuntiva de no saber a dónde acudir primero.

Tarazona estaba a menos de una jornada, pero para alcanzar Elda hacían falta tres días si no surgían contratiempos.

Jimeno Pérez le dio la solución.

—Majestad, si me dais permiso, iré con los soldados que me asignéis a poner orden en el sur.

El de Arenoso era un hombre querido y respetado por la tropa y de la total confianza del monarca. Los orígenes de su familia estaban ligados precisamente a Tarazona, pero de eso hacía ya mucho tiempo y el consejero real apenas guardaba lazos de parentesco con la villa.

—No podemos dividir nuestra tropa —repuso Jaime preocupado.

—Pero no es lo mismo plantar cara a los moros que castigar a unos falsificadores. Quedaos vos y resolved el problema de Tarazona. Dadme un buen número de hombres. Pasaré por Zaragoza, Teruel, Valencia y Xátiva antes de llegar a Elda y reclutaré más gente.

Jaime miró al resto de sus consejeros. Entenza, Queralt y Ato de Foces asintieron.

—Es una idea excelente, majestad —aprobó Ato—. Con vuestro permiso, yo acompañaré a don Jimeno.

El rey contempló a Bernardo de Entenza.

—¿Qué decís vos?

—Me parece bien. El de la moneda es un asunto muy grave, que exige vuestra presencia. No conocemos la dimensión del fraude, pero puede tener consecuencias catastróficas.

Jaime asintió.

—De acuerdo. —Miró a Jimeno Pérez—. Reunid a la tropa y partid cuanto antes. Escribiré unas notas para que podáis reclutar soldados en vuestro camino hacia el sur.

Comenzaban a caer las primeras hojas de los álamos cuando llegó a Tarazona y buscó alojamiento en el monasterio de Santa María de Veruela.

Después de la cena, el rey hizo llamar al abad a su presencia, Gonzalo de Fontellas, que era hijo de uno de los nobles más fieles de Aragón.

—Reverendísimo, sabréis que mi visita no es casual.

El abad frisaba los cincuenta años. Era casi calvo, a excepción de algunos mechones rebeldes, y tenía unos ojos grises y astutos. De constitución endeble, andaba un poco encorvado, como si llevara sobre sus hombros un gran peso existencial.

—Lo suponía, majestad.

Jaime contempló al religioso con simpatía.

—Quiero que os sentéis y os bebáis un vaso de vino conmigo.

El abad empequeñeció los ojos como un ratón asustado.

—Vamos, don Gonzalo, necesito que tengáis la lengua suelta.

—¿Pensáis emborracharme?

Jaime rio.

—En absoluto. Lo que pretendo es que me contéis ciertas cosas.

El prelado tomó asiento y se sirvió vino de la jarra.

—¿Qué habéis oído de unos falsificadores de moneda?

«Así que era eso», pensó el abad.

—Señor, se dicen muchas cosas. Nosotros vivimos encerrados entre estos muros y poco podemos saber.

—No os preocupéis por nada —lo tranquilizó el rey—. Solo quiero que me digáis si habéis escuchado algo o no.

—Rumores.

—Está bien. Mandad venir a los hombres que consideréis más convenientes y que traigan varias monedas de las que corren de mano en mano.

El abad se quedó cavilando. Luego se volvió a un novicio, que permanecía de pie junto a la puerta.

—Llama al hermano Cipriano y al hermano Saturnino, y diles que traigan algunas monedas de las que hay en las arcas del monasterio.

El novicio partió a cumplir la orden.

—Sabéis que es patrimonio de la Corona acuñar moneda y controlar los pesos y las aleaciones de los metales nobles.

—Yo de eso no entiendo, señor —reconoció humildemente el abad.

—¿Tenéis idea de quién puede hallarse detrás de esta falsificación?

Gonzalo de Fontellas dijo que no con un ligero movimiento de la cabeza.

—Tendríais que iniciar una investigación —apuntó el abad—, aunque ya os aviso de que la gente de estos contornos es poco comunicativa. Será difícil que alguien hable por propia voluntad.

Jaime asintió.

—Si hace falta, interrogaremos a las piedras. El asunto es demasiado grave como para dejarlo pasar por alto.

—La gente es temerosa, majestad. Si hay alguien importante detrás, y todo indica que sí, los campesinos intentarán no meterse en líos.

En aquellos momentos llamaron a la puerta. El abad dio permiso y asomaron el novicio y dos monjes.

—Pasad, hermanos —concedió Gonzalo de Fontellas.

Los dos religiosos entraron, pero el novicio se quedó junto a la puerta. Al ver al rey, los recién llegados saludaron con una reverencia.

—El hermano Cipriano se ocupa de la tesorería y el hermano Saturnino es el intendente y se encarga, entre otras cosas, de las provisiones que el monasterio necesita adquirir más allá de nuestros muros. Eso lo obliga a realizar algunas transacciones comerciales. Nadie mejor que ellos para tratar asuntos de economía.

El rey sonrió a los dos monjes recién llegados.

—¿Han traído monedas de las que usan a diario?

El hermano Saturnino metió la mano en un bolsillo del hábito y extrajo una bolsa, que depositó sobre la mesa.

Jaime hizo un gesto a Bernardo de Entenza. El consejero abrió la bolsa y vació el contenido. Diversas monedas de diferente tamaño y valor chocaron entre sí, produciendo el sonido característico de la calderilla.

Entenza las observó con detenimiento. Eran dineros y óbolos de vellón, y varios groses de plata. Tomó uno de aquellos groses y lo sopesó.

—Pesa muy poco —exclamó con expresión de perplejidad.

Después tanteó los óbolos. Los sopesó uno tras otro hasta dar con una pieza que le pareció sospechosa.

—Esta moneda tampoco parece buena.

Jaime hizo una seña a sus leales ministros. Nicolás de Valverde, Pedro de Queralt y Beltrán de Villanueva repitieron la operación que acababa de hacer Bernardo de Entenza. Todos coincidían en que había unas monedas más ligeras que otras.

El rey, que había seguido los movimientos de sus hombres, sopesó

también las monedas y comprobó personalmente lo que le decían. Luego, aún con un par de óbolos en la palma de la mano, se volvió al tesorero y al intendente.

—¿De dónde las habéis sacado?

El tesorero tenía el pelo canoso, escaso, pero en cambio podía presumir de cejas abundantes. Su nariz era también demasiado grande en comparación con la cara, y por la boca asomaban unos dientes irregulares.

—Es difícil saberlo, señor, pues el dinero va y viene, y no tiene dueño. Lo que sí hemos oído es que hay gente importante detrás de todo esto.

Los ojos del rey brillaron llenos de cólera.

—¡La falsificación de moneda es un delito de lesa majestad!

—No ignoramos que se trata de uno de los delitos más graves que existen —replicó el intendente.

—¡Y que se pagan con la muerte! ¡Quiero nombres!

Los tres monjes se miraron entre sí confusos.

—Majestad —se defendió el abad con aire pesaroso—, nosotros no podemos decir nombres porque esas monedas van de mano en mano y ni siquiera sabemos quién las ha puesto en nuestro poder. A lo mejor, incluso, se trata de monedas que dejan los fieles en el cepillo del monasterio.

Jaime se levantó y comenzó a pasear por la sala.

—Señor —apremió Pedro de Queralt—, hay que traer a Alberto Lavaina desde Barcelona con un buen equipo de funcionarios judiciales. Esto no será fácil ni se hará en dos días.

Alberto de Lavaina era, quizás, el mejor juez de la corona. Había llegado a Barcelona procedente de Marsella, huyendo de Carlos de Anjou.

—¡Pues llamad a Lavaina y que se traiga a quien haga falta!

Las investigaciones de Lavaina y sus hombres se prolongaron hasta mediados de noviembre sin que produjeran resultados.

Nadie sabía nada. Los campesinos y los mercaderes se alzaban de hombros o se santiguaban al ser requeridos y preguntados, los eclesiásticos se refugiaban en un silencio impenetrable, alegando que ellos solo entendían de asuntos espirituales, los soldados fruncían el entrecejo, los criados espantaban los ojos, los nobles se sentían acusados y se ponían a la defensiva. Lo que Lavaina sospechaba era que muchos tenían miedo de acusar a gente importante, pues la delación se pagaba normalmente con la muerte.

No había forma de dar con la ceca fantasma.

Al mismo tiempo que Lavaina y su equipo recorrían caminos y aldeas buscando datos y pistas que los condujeran hasta los culpables, el rey y su séquito de confianza mataban el tiempo con la caza o dando pequeños paseos a caballo.

Aquella noche, mientras cenaban y comentaban las incidencias de la jornada, uno de los soldados de su escolta avisó al monarca de la presencia de un encapuchado.

—¿Qué es lo que quiere?

—Dice que se trata de algo muy importante.

—Registradlo y desarmadlo antes de hacerlo pasar.

El soldado asintió. Salió de la sala y al poco tiempo regresó con un hombre que vestía un hábito talar de color marrón y cubría su rostro con la capucha.

—Descubríos —ordenó el rey.

El recién llegado retiró el capuz y dejó al descubierto su rostro. Era un individuo de mediana edad, no demasiado alto, pelo gris y ojos asustados.

—Majestad… —hizo una ligera inclinación de cabeza—, disculpad que me presente así ante vos…

—¿Quién sois y qué queréis?

—Señor, mi nombre es Alfredo Martínez y profeso como sacristán en Bulbuente. Necesito de vuestra clemencia.

—¿Clemencia? ¿Qué delito habéis cometido?

El franciscano cayó de rodillas ante el soberano.

—Señor, perdonad mis errores y os diré quiénes son las personas que buscáis.

Jaime lo dejó lloriquear unos instantes.

—¿Estáis dispuesto a confesar?

—Sí, majestad. Si me prometéis misericordia, besaré vuestra mano en señal de gratitud y os diré lo que sé.

—¿No tenéis miedo de que os haga hablar mediante tortura sin necesidad de ser piadoso ni misericordioso con vos?

—Señor, vuestra fama os precede por los caminos y las villas. Sé que no soléis usar la tortura jamás, lo cual os honra como rey y como buen cristiano.

Jaime sonrió. Luego se volvió a uno de los guardias.

—Mandad aviso para que venga don Alberto Lavaina.

Esa misma noche, en presencia del juez Lavaina, de un notario y de los principales consejeros, el sacristán recibió la promesa del perdón real y juró con la mano puesta en los Evangelios decir la verdad y no callar nada.

—Diréis la verdad incluso con respecto a las cosas que no os hayamos preguntado —le recordó Alberto Lavaina.

—Lo juro —declaró en voz alta Alfredo Martínez.

—En ese caso, hablad sin temor.

El sacristán inclinó la cabeza avergonzado y comenzó a desenredar la madeja de los hechos que atormentaban al rey. Confesó quiénes eran los principales criminales de aquel entramado y cómo habían fabricado moneda de Burgos y de Aragón, el lugar donde estaba la ceca y el nombre de los cómplices y encubridores.

—Pero, si los apresamos sin pruebas, no podemos demostrar la veracidad de las acusaciones —comentó Bernardo de Entenza—. ¿Cómo sabemos que eso que decís es verdad y no simples calumnias?

—Señor, lo he jurado sobre las Sagradas Escrituras —se defendió el sacristán.

—Los acusados pueden negarlo. Hacen falta pruebas.

—¡Tengo una idea! —exclamó de repente Beltrán de Villanueva, y todos lo miraron. El capitán desvió los ojos a Bernardo de Entenza—. Amigo Entenza, vos sois hombre leído. En ocasiones me habéis explicado algunas triquiñuelas del teatro, como eso que decíais de tender una emboscada al culpable en el mismo escenario para que confesara su culpa, ¿no os acordáis?

El rostro de Entenza se iluminó.

—Sí, sé a lo que os referís, pero eso solo pasa en el mundo de los libros. Esto es la vida real.

—¿Se puede saber que tramáis? —terció el rey.

Entenza miró a Jaime con expresión inocente.

—La verdad es que no perdemos nada con probar —añadió Villanueva.

Bernardo de Entenza asintió.

—Está bien. Os lo explicaré, señor.

—Pues empezad ya, porque no comprendo nada.

Pedro Pérez fue conducido hasta el salón de palacio. El rey lo esperaba sentado en un sillón de terciopelo rojo, tras el que se extendían unos ricos cortinajes del mismo color. Junto al monarca estaban Lavaina, el notario real, diversos funcionarios judiciales, los consejeros Entenza, Valverde y Villanueva, y varios soldados.

Pérez se inclinó ante su majestad. Era un hombre de baja estatura y rasgos nobles, que ejercía de secretario de don Pedro Jordán, señor del castillo de Navardún.

—¿Sois vos Pedro Pérez? —le preguntó Lavaina.

—Sí, señor.

—Se os acusa de fabricar falsos maravedíes de cobre.

—Yo soy inocente. No sé de qué me hablan.

—Falsos maravedíes de cobre a los que ponéis una fina lámina de oro —insistió impertérrito Lavaina.

El acusado seguía de pie, en medio del círculo que formaban el rey, los funcionarios y los ministros. Los guardias permanecían un poco apartados del grupo.

—Sabemos que vuestro cómplice principal es Pedro Ramírez, el que distribuye las falsas monedas.

—No sé nada de eso —repitió el acusado.

—Y sabemos que hay gente del clero metida en el asunto, y varios nobles. No conocemos los nombres, pero estamos seguros de que vos nos los vais a decir…

—¿Cómo quieren que revele algo de lo que no tengo ni idea?

Lavaina no ignoraba que la paciencia es una gran virtud. Debía tejer una red que terminara asfixiando al presunto criminal hasta que cometiera un fallo.

—Sabréis que la voluntaria confesión es un atenuante —dejó caer con voz persuasiva—. Sin embargo, la no colaboración en el esclarecimiento de un delito de tanta importancia puede constituir un agravante que os haga acabar en la horca.

Pedro Pérez miró a su alrededor, buscando conmiseración, pero los ojos de los hombres que seguían el proceso solo delataban frialdad.

—Yo no tengo nada que ver.

—La esposa y la hija de Pedro Ramírez andan también implicadas, ¿no es cierto? ¡Vamos, que no tenemos toda la noche!

Pérez se pasó la mano por la frente. Le pareció que ardía.

—Sois secretario de Pedro Jordán, señor de Navardún. Es un bonito valle, apartado, cerca de Sangüesa… Conozco el lugar. ¿Quién va a husmear en un lugar tan alejado del mundo, junto a Sos? Los oficiales del rey no pueden ir a echar un vistazo al castillo de un noble así por las buenas. La trama está perfectamente urdida… ¡Vamos, Pérez! ¿No veis que sabemos todos los detalles de la operación? ¡Más vale que confeséis cuanto antes y no nos hagáis perder más tiempo!

Pérez había comenzado a sudar. Sentía frío y calor al mismo tiempo. Se ahogaba. Notó que le faltaba el aire. ¿Cómo era posible que aquel juez dispusiera de información tan veraz? ¿Alguien se habría ido de la lengua?

—¡Es vuestra última oportunidad! —apremió Lavaina.

—No podéis probar lo que decís —porfió Pérez con voz temblona.

—¿Eso creéis? ¡Está bien! ¡Vos lo habéis querido!

En aquellos momentos, Lavaina hizo un gesto a uno de los soldados que montaban la guardia y este apartó uno de los cortinajes, dejando al descubierto la figura del sacristán Alfredo Martínez.

El sacristán avanzó unos pasos, hasta colocarse en el centro de la sala, junto a Lavaina y el acusado.

Pedro Pérez había puesto cara de pánico al ver al sacristán.

—¡Traidor! —exclamó, delatándose a sí mismo—. ¡Así que has sido tú!

Lavaina se volvió hacia el rey con una sonrisa taimada.

—Señor, no hay más preguntas que hacer al acusado. La cosa está clara como el agua.

—¡Malnacido! —gritó Pedro Pérez fuera de sí mientras lo reducían entre varios soldados—. ¡Las pagarás todas juntas!

—¡Lleváoslo! —pidió Jaime a los guardias.

Uno tras otro, fueron interrogados los implicados. Unos delataban a otros bajo amenazas o bajo promesas de que sus penas serían reducidas si confesaban voluntariamente. Cuando el acusado se mantenía inasequible, Lavaina recurría al truco de la cortina y la aparición repentina del delator. Así se supo que la trama estaba formada por nobles, ricoshombres y gente del clero. Todos fueron ajusticiados o metidos en prisión, según la gravedad de los cargos. El sacristán Alfredo Martínez fue perdonado de sus delitos y absuelto de sus pecados.

El frío y las lluvias se echaron encima poco antes de acabar el año, y la Navidad sorprendió al rey y a su cortejo en Alcañiz.

Allí recibió una carta de su fiel Ato de Foces. Estaba lloviendo y Jaime se había refugiado en una sala de la torre del homenaje. Al calor del fuego, mientras contemplaba la lluvia, rompió el lacre y leyó estupefacto el contenido de aquella epístola breve y terrible.

Jimeno Pérez de Tarazona, barón de Arenoso, el consejero fiel que lo había acompañado durante tantos años, acababa de morir luchando contra los sarracenos en las cercanías de Biar.

Arrugó la carta entre sus dedos y se quedó mirando la lluvia, que diluía el mundo en una acuarela de agua y niebla. En su mente se reprodujo el rostro del amigo con el que había compartido alegrías y tristezas, éxitos y fracasos, y rememoró su nobleza, su inquebrantable lealtad y su clara inteligencia.

Había querido a Jimeno Pérez como a un hermano.

Sintió que algo muy hondo se desgarraba allá adentro, en un punto impreciso de su alma. Algo que no tenía nombre.

Y rompió a llorar.

9

Corría la primavera cuando el monarca aragonés recibió en Valencia una agradable visita oficial. Constanza y Manuel de Castilla se presentaron con un nutrido séquito entre cuyos miembros destacaba Berenguela Alfonso. Al ver ante sí aquella comitiva, el rey creyó que estaba soñando.

—¡Constanza! —Jaime la abrazó emocionado—. ¡Estáis preciosa!

Su hija había engordado un poco, y sus caderas se habían ensanchado, pero seguía siendo una mujer de aspecto encantador.

El rey se volvió a su yerno.

—¡Manuel!

—¡Majestad! —saludó Manuel con una ligera reverencia.

—¿Cómo van las cosas por Murcia?

Jaime no sentía excesivo aprecio por aquel hombre, a quien consideraba un pobre diablo, pero no podía olvidar que era el marido de su hija. Aquella contingencia lo llenaba de inquietud y compasión al mismo tiempo.

—Bien, señor. Se os echa de menos.

Jaime contempló a Berenguela.

—¡Berenguela! ¿Vos en Valencia?

—Desde que me mostrasteis las excelencias de esta ciudad no he hecho más que soñar con el regreso.

Jaime estaba maravillado.

—Entenza, Valverde, encargaos de todo.

—Sí, majestad.

El príncipe Pedro y Constanza de Sicilia se sumaron a las fiestas que organizó Jaime para atender a sus invitados. También acudió el infante Jaime desde Mallorca. Fueron días de bullicio familiar en los que el rey aprovechó para recuperar un poco de paz.

Berenguela y el rey no se molestaban en disimular la atracción que experimentaban el uno por el otro. El soberano le doblaba la edad, aunque a ella no parecía importarle aquel pequeño detalle.

—He oído que mi hermano Sancho ha llegado a Sevilla —observó el infante Jaime mientras los criados servían la cena.

—La corte está ahora en Sevilla —comentó Manuel—. A mi hermano Alfonso le atrae más el clima del Guadalquivir que el del Tajo.

—Sancho es muy joven —recordó Berenguela—, pero ha conseguido el aprecio de todo el mundo por su discreción y buenas maneras.

—Dicen que ha sido nombrado canciller real —intervino Constanza de Sicilia.

—Así es —aprobó Manuel—. Mi hermano ha de rodearse de gente preparada.

—¡Pero si solo tiene diecisiete años! —replicó la hija de Manfredo.

El príncipe Pedro rio el comentario de su esposa.

—El año que viene, si nada lo impide, será proclamado arzobispo de Toledo —aseguró sin atisbo de duda—. Eso es lo que se rumorea, y no me extraña. Mi hermano pequeño siempre fue un devorador de libros. —Pedro contempló a Jaime—. Bueno, vos no le vais a la zaga…

Los ojos azules del infante Jaime brillaron.

—Supongo que es un cumplido, hermano.

—Lo es —aprobó Pedro, sonriendo—. Ya me gustaría a mí tener algo de esa afición vuestra a los libros, pero a mí me van más las espadas.

El infante Jaime desvió la mirada hacia la esposa de su hermano Pedro.

—¿Qué se sabe de Sicilia?

Constanza suspiró.

—¡Está en manos de ese francés diabólico gracias al papa!

—¡Deberíais reclamarla! —insistió Jaime.

Su hermano Pedro se puso serio.

—Eso significa una guerra segura, que antes o después habrá que declarar.

El rey los escuchaba a todos con los ojos entrecerrados. Al oír aquello, pareció despertar de un letargo.

—Carlos de Anjou cuenta con el apoyo de su hermano Luis y del papa. Por eso se comporta como un tirano. Pero yo os aseguro, querida Constanza —dijo con la mirada puesta en su nuera—, que la muerte de vuestro padre, el buen Manfredo, no quedará impune. Y también llegará el tiempo de que el Capeto devuelva lo que es vuestro. Sin embargo, para que eso suceda, hay que esperar el momento oportuno.

El príncipe Pedro fue a abrir la boca, pero su cuñado, Manuel de

Castilla, se le adelantó.

—¿Qué hay de cierto en esos rumores que hablan de una posible cruzada a Tierra Santa?

El monarca asintió.

—¡Un viejo sueño!

—¡Un sueño imposible! —exclamó el príncipe Pedro—. Ha habido siete sueños y todos han acabado mal.

—Pues hay también rumores de que Luis de Francia está preparando una nueva cruzada —terció el infante Jaime.

—¿Cómo sabéis eso? —le preguntó su padre.

—En Mallorca se oye de todo, señor. Parece ser que Luis, a instancias de su hermano Carlos de Anjou, piensa desembarcar en Túnez y aprovisionarse de hombres, armas y víveres.

El rey se quedó pensativo.

—Hace veinticuatro años, Luis ya lo intentó y salvó el pellejo de milagro.

—Pues creo que va a intentarlo de nuevo —insistió el infante Jaime.

—La cruzada es una quimera —terció Manuel de Castilla—. Demasiado arriesgada. Jerusalén está lejos, los peligros abundan y los beneficios resultan dudosos.

—Una misión así no se puede llevar a cabo si no se cuenta con la ayuda de los bizantinos —aseguró convencido el soberano.

—Pues tal vez sea el momento ahora de buscar una coalición de fuerzas cristianas —observó el infante Jaime.

—¿Por qué decís eso? —quiso saber Manuel.

—Los griegos acaban de sentar en el trono a Miguel Paleólogo. Parece ser que las guerras civiles en Bizancio han pasado a la historia. Dicen de él que es un hombre abierto, tolerante y culto.

—A mí no me preocupan los bizantinos —comentó el príncipe Pedro—. Los que me quitan el sueño son los tártaros.

El infante Jaime miró a su hermano con un gesto de sorpresa.

—Oí comentar que negociasteis con ellos, en nombre de nuestro padre, los términos de una posible aventura en Tierra Santa el año pasado…

El príncipe Pedro contempló con estupor a su hermano Jaime, que sonreía.

—Nunca os lo dije. ¿Cómo lo sabéis?

—Ya os he comentado que en Mallorca se oye de todo. Deberíais venir conmigo a la isla. Allí hay mercaderes, comerciantes y marineros sin patria. Basta con pasearse por el puerto con la oreja abierta para enterarse de lo que sucede en el rincón más apartado del planeta.

—Los mongoles nos mandaron una legación para invitarnos a una gran empresa —recordó el rey—. Es cierto. Enviamos una embajada en respuesta a su petición. Ellos contestaron con una visita, que atendió Pedro. Yo no pude estar presente porque me hallaba pendiente del asunto de Murcia. —Jaime miró a su hijo Pedro—. Contadlo vos.

—No hay mucho que contar, señor. Los mongoles proponían una alianza para tomar Tierra Santa. Los dejamos hablar, les dijimos que lo consideraríamos y les dimos las gracias por confiar en nosotros.

Todos parpadearon asombrados.

—Ahora entiendo que estéis pensando en la cruzada —observó Manuel—. Contáis con el apoyo mongol.

Berenguela Alfonso, que seguía fascinada la conversación, hizo oír su voz.

—¿Y no será que ahora los mongoles secundan a los Capetos franceses en la empresa que, según decís, intenta organizar de nuevo Luis de Francia?

El rey la contempló con dulzura.

—Lo dudo, mi querida Berenguela. Los franceses no admitirían jamás que los mongoles dirigieran la aventura. Sería una afrenta a su dignidad.

—¿Los mongoles van a encabezar una cruzada? —preguntó Constanza de Aragón.

—¿Por qué no? —respondió su hermano, el infante Jaime—. Al fin y al cabo, los mongoles odian a los seléucidas de Turquía.

Constanza de Sicilia desvió los ojos hacia el rey.

—Y vos, majestad, ¿qué creéis sinceramente?

Jaime sonrió a su nuera.

—Yo creo que de los mongoles nadie debe fiarse. Se cuenta que no respetan nada. Es bueno mantener con esta gente unas relaciones diplomáticas correctas y amistosas, pero de ahí a embarcarse en una aventura tan complicada con unos socios como ellos va un trecho. Antes me aliaría con el rey de Armenia, Herthun I, o con el sultán de Alejandría, que, aunque islámico, odia a los mamelucos que gobiernan en Jerusalén.

—Esto de la política es un lío —exclamó Constanza de Aragón.

—Hija mía —replicó el monarca—, tenéis toda la razón.

—Entonces, ¿qué hay de los tártaros? —quiso saber Manuel de Castilla.

—La clave de todo este asunto reside en el Kan Abaga, el Gran Kan, que tiene, a mi parecer, el ejército más poderoso del mundo. Los mamelucos de Jerusalén no nos temen a nosotros, los aragoneses, ni a

vosotros —dijo mirando a Manuel—, los castellanos. Ni siquiera temen a los Capetos o a los bizantinos. Los moros de Tierra Santa temen solamente a los mongoles. Además, el Kan Abaga está casado con una hija de Miguel Paleólogo, por lo que es posible que se unan los bizantinos y los mongoles en un ataque contra Jerusalén.

—Entonces es el momento ideal para esa cruzada —intervino Berenguela—. Y quizás Luis de Francia haya conseguido aliarse con todos ellos.

Jaime la acarició con los ojos.

—Como he dicho antes, los Capetos no pactarán con mongoles y bizantinos. Su orgullo se lo impide.

—Pero vos sí.

El rey sonrió.

—Tal vez.

Los trovadores encadenaban poemas y canciones, los bufones contaban chascarrillos y las bailarinas ejecutaban danzas alegres al compás de chirimías, flautas y laúdes. Corría el vino y la euforia, y en las conversaciones cortesanas se alternaban lances de amor, peripecias de guerra y cotilleos de política.

Jaime y Berenguela habían abandonado la fiesta y paseaban por el jardín. La luna estaba en cuarto menguante, blanca y resplandeciente. A su alrededor, se arracimaban las estrellas como semillas de luz. Soplaba una brisa nocturna y cálida que traía efervescencias marineras.

El monarca contemplaba arrobado a Berenguela.

—¿Por qué me miráis así?

—¿Cómo?

—Así. Con insistencia.

—No puedo apartar la mirada de vos.

—No empecéis.

—Decidme la verdad. ¿Por qué habéis regresado a Valencia?

Berenguela se apoyó en la baranda de piedra y dejó que sus ojos se extraviaran en la lejanía nocturna.

—Vos mismo me enseñasteis que Valencia era una ciudad hermosa.

—¿Habéis vuelto solo para ver la ciudad otra vez?

—Es posible.

Jaime le cogió una mano.

—Miradme a los ojos y decidme que no habéis venido por mí.

Berenguela se volvió. A la luz de la luna, estaba perturbadoramente hermosa.

—Sois un seductor.

—Soy un pobre hombre enamorado de una mujer mucho más joven que él. Pero escuchadme, estoy dispuesto a poner el reino a vuestros pies, si es eso lo que deseáis. El santo padre ha concedido la anulación de mi matrimonio con Teresa y soy libre para amar a quien me plazca.

—¿Me estáis proponiendo matrimonio?

Jaime sonrió con tristeza. Soltó la mano y se apoyó también en la balaustrada de piedra. Sus ojos se quedaron atrapados en la belleza del firmamento.

—No me importaría casarme con vos —dijo con absoluta sinceridad —, pero me temo que eso va a ser imposible. No os hablaré de los problemas que han causado mis matrimonios, mis hijos y mis testamentos, porque os estaría aburriendo hasta el amanecer. Si me casara de nuevo, más de la mitad de los hombres de mis reinos se alzarían en armas contra mí.

El monarca guardó unos instantes de silencio. Parecía realmente abatido.

Berenguela posó su mano izquierda sobre la mano del rey.

—No hace falta que nos casemos —susurró—. No necesito convertirme en reina. Soy feliz a vuestro lado y eso me basta.

Jaime se volvió. Ambos se miraron, alumbrados por la tenue luz de las estrellas.

—Os prometo que os respetaré como si fuerais mi esposa. Lo prometo por Dios Nuestro Señor, que nos está viendo en estos momentos.

Berenguela sonrió.

—Me gusta que seáis apasionado —susurró.

Jaime la rodeó con sus brazos e inclinó su cabeza hasta poner sus labios sobre su boca. Berenguela cerró los ojos y se entregó al beso.

Beatriz de Provenza se marchó de este mundo en septiembre de 1267, dejando a su marido, Carlos de Anjou, convertido en un rey joven, viudo y, sobre todo, muy poderoso.

Nadie supo de qué falleció la hija pequeña del conde Ramón Berenguer V de Provenza, el primo de Jaime I en la infancia de Monzón. Las doncellas la encontraron yerta en la cama sin signos de violencia. Al parecer, le había fallado el corazón. Los médicos no pudieron determinar las causas de su muerte y los poetas provenzales cantaron bellas elegías a la mujer que había conseguido proclamarse reina de Sicilia y Nápoles tan solo un año antes y que con su hermosura sobrenatural había hecho enloquecer a tantos príncipes.

La inesperada viudedad del Capeto puso en alerta a todo el mundo. Clemente IV urgió a Carlos de Anjou a buscar una nueva esposa, y otra vez salió a la palestra el nombre de María, la hija pequeña de Jaime.

La primera reacción de Carlos de Anjou fue de estupefacción, pero el santo padre había tejido muy bien los hilos de la lógica política. En el fondo, sentía un sincero aprecio por el rey de Aragón y, por otra parte, no quería indisponerse con los Capetos, de quienes dependía para controlar Francia e Italia. Una unión entre Carlos de Anjou y una de las hijas del rey Jaime era lo más inteligente en aquellos momentos.

—Sois el rey de Provenza, de Nápoles, de Sicilia… Y, si lo pensáis bien, estáis gobernando sobre arenas movedizas —le dijo una semana después del entierro de Beatriz—. Jaime de Aragón no olvida que Provenza pertenecía a la casa de Barcelona. En cuanto a Nápoles y Sicilia, la hija de Manfredo, Constanza, está casada con el hijo mayor de Jaime de Aragón. ¿Creéis que no desean veros crucificado?

—Yo no tengo miedo a nadie —respondió Carlos de Anjou, que si destacaba por algo era precisamente por su orgullo.

—No se trata de tener o no tener miedo. Se trata de buscar un matrimonio que restañe viejas heridas. El rey aragonés quedará contento con que una hija suya vuelva a ceñir la corona de Provenza y no se atreverá a reclamar Sicilia para su hijo Pedro, aunque esté casado con Constanza. Solo así viviréis tranquilo.

—Creo que me subestimáis —mascculló el de Anjou.

—Y yo creo que es más bien al revés. Pienso que sois vos quien subestimáis al de Aragón. Cuidaos de él.

Carlos de Anjou apretó los dientes y los puños y salió del despacho del papa sin decir que sí ni que no.

Pero Clemente IV no esperó a que el Capeto respondiera. Escribió una carta a Jaime, sugiriendo el enlace de María con Carlos, con el fin de que Aragón y los Capetos se reconciliaran de una vez por todas. La gran sacrificada iba a ser Constanza de Sicilia, si bien el papa se abstuvo de comentarlo.

Cuando Jaime leyó la carta del pontífice, parpadeó varias veces.

—¿Mi hija María con Carlos de Anjou?

Bernardo de Entenza sonrió.

—¿Y por qué no? ¡Vuestra hija Isabel está casada con un Capeto!

—Para empezar, María profesa sus votos en el monasterio de Sigena. Tendría que abandonar la clausura.

—¿Y cuál es el problema?

—¿Problema? ¡Se trata de una manera muy diplomática de meter a

Carlos de Anjou en la familia! ¡Una serpiente entre nosotros!

—¿Y su sobrino Felipe no es una serpiente?

—¡Seguramente fue un error el que cometí consintiendo que Isabel se casara con él! ¡Pero no cometeré la misma equivocación dos veces!

—Majestad, considerad lo que decís. Los matrimonios se hacen y deshacen por motivos políticos. Siempre ha sido así. Mirad a vuestro alrededor. ¿De qué os extrañáis?

—Sicilia y Nápoles pertenecían a Manfredo. Carlos es un usurpador que nos quitó también Provenza, el condado de mi primo Ramón Berenguer, que Dios tenga en su gloria. ¿Qué juzgáis que dirá mi hijo Pedro si le digo que Sicilia no va a ser para él y para Constanza, sino para su hermana María y el de Anjou? ¿Creéis que sonreirá y aprobará mi decisión? ¿O más bien pensáis que me maldecirá y renegará de mí?

Entenza endureció el semblante. No ignoraba que el príncipe Pedro tenía un carácter belicoso y difícil.

—Es cuestión de hablar.

—¡Ya! —exclamó el rey.

Asalid de Gúdar, que escuchaba en silencio, carraspeó ligeramente.

—Yo creo que no es tan mala idea. ¿Qué más da que sea Pedro o María quien ciña la corona de Sicilia? El caso es que, con esta propuesta del papa, Sicilia sería aliada de Aragón. No vale la pena buscar tres pies al gato. Pedro tiene demasiadas tierras para gobernar.

—Está bien —aceptó Jaime—. Hablaré con Pedro y hablaré con María. ¡Y que Dios nos pille confesados!

El príncipe Pedro se lo tomó como una ofensa personal.

—Padre, me estáis arrebatando lo que corresponde a mi esposa.

—Mirad, hijo, que solo pienso en el bien de Aragón.

—Pues en ese caso ayudadme a recuperar lo que era de Constanza. Carlos no es más que un saqueador.

—Es mejor firmar una alianza matrimonial que declarar una guerra.

—¿Mejor? ¿Para quién? No lo diréis por mí…

Jaime recordó a su hijo Alfonso. Por un momento, le pareció que la historia volvía a repetirse. El rey disponía la herencia, el reparto de tierras y poderes, y su hijo le ponía obstáculos y dificultades.

—Hablaré con vuestra hermana —zanjó el rey—. Si ella acepta, no hay más que discutir. No me parece justo reunir a mis súbditos y pedirles que me apoyen en una lucha incierta contra los Capetos.

Pedro salió de la cámara sin despedirse.

Jaime excusó el desaire de su hijo. Esa misma tarde escribió una

carta a María mientras se preguntaba cuánto tiempo hacía que no la veía. Dos años, tres, quizás cuatro. Había ingresado con quince años en el monasterio de Santa María de Sigena y ahora debía de tener unos diecinueve o veinte. Volvió a pensar que el tiempo pasaba demasiado deprisa.

¿Estaba actuando correctamente? ¿Se iba a granjear la animadversión de su hijo Pedro como había hecho tiempo atrás con Alfonso?

¿Por qué era todo tan difícil?

10

María se había refugiado en su celda, una estancia austera en la que se respiraba recogimiento y humildad. Por el alto ventanuco entraba la claridad de la mañana invernal, esparciendo una luz raquítica sobre las paredes grises.

Sentada en una silla, junto al lecho, volvió a leer por tercera vez la carta que le habían entregado los embajadores de su padre y que aguardaban respuesta.

El rey le brindaba la oportunidad de abandonar la vida religiosa y contraer matrimonio con el omnipotente Carlos de Anjou. Con aquel enlace, se convertiría en reina de Sicilia y en condesa de Anjou, Maine, Forcalquier y Provenza.

Se levantó y comenzó a pasear por la celda, con la carta en la mano, y a imaginar cómo sería su vida si daba aquel paso. ¿Quería encerrarse entre aquellos muros oscuros y lóbregos con veinte años y perder la posibilidad de transformarse en una de las reinas más poderosas de Europa? Sí, había oído hablar mucho de Carlos de Anjou. Debía de frisar los cuarenta años, pero todos hablaban de su atractivo y de su fuerte personalidad. Además, era hermano del rey de Francia y había conseguido someter a media Italia.

Si renunciaba a aquel matrimonio, ¿qué vida le esperaba? ¿Estaba realmente decidida a consagrar su alma a Dios?

Llevaba cinco años en Sigena, aquel monasterio extraviado en el desierto de los Monegros, en donde los días y las noches se superponían en una amalgama gris y uniforme, preguntándose de continuo si aquella rutina anodina era su destino o si su destino le sonreía agazapado en otro lugar.

Las oraciones se encadenaban en una sola conversación con el silencio y las horas se difuminaban hasta adquirir consistencia de humo. A veces se despertaba en mitad de la madrugada y se quedaba escuchando el lento roer del tiempo en las piedras, en los barrotes de hierro, en las maderas de las puertas, en los fríos sillares de las galerías y hasta en el espeso follaje de las nubes, siempre iguales, allá arriba.

Nadie le preguntó jamás si tenía vocación para la austeridad y la oración. Recordaba su infancia como una época triste, rodeada de damas de compañía, preceptores y sirvientes oscuros que la habían llevado en volandas hasta el día que tomó los hábitos con catorce años. Pero ella no era como Sancha, que desde niña había soñado con llegar a santa y viajar a Jerusalén y entregar su vida al sacrificio.

Ella no.

Ella prefería ser reina.

Dobló la carta y sonrió.

Una semana más tarde, mientras ultimaba los preparativos para abandonar el monasterio, recibió la inesperada visita de su hermano Pedro, que apareció acompañado por una hueste de trescientos caballeros.

Tan pronto como su hermano se presentó ante ella, María supo que algo no iba bien.

—¿Cómo habéis aceptado el matrimonio con Carlos de Anjou?

María estaba desconcertada.

—¿No os alegráis?

Pedro echaba fuego por los ojos.

—¿Cómo me voy a alegrar? ¡Carlos es un usurpador que se ha apoderado de los territorios de Manfredo, mi suegro, después de haberlo asesinado!

—Yo no sé nada. Aquí en el monasterio no me entero de esas cosas.

—Sicilia y Nápoles pertenecen a Constanza, mi esposa, la legítima heredera. Si aceptáis el matrimonio con Carlos, le estáis arrebatando su herencia a ella. Es decir, a mí.

—Yo solo he aceptado lo que nuestro padre me ha propuesto —se defendió María.

—Nuestro padre hace cosas incomprensibles —bramó Pedro.

María se desplomó en un banco de piedra. Se sentía abrumada.

—¡Nunca quise vestir el hábito de monja! —gimió—. No soy como Sancha, o como Sancho. A ellos les gusta la vida religiosa. Pero mira nuestras hermanas. Violante casó con el rey de Castilla. Constanza con el infante Manuel. Isabel se desposó con Felipe de Francia. ¡A mí nadie me ha preguntado!

—¡Vos os halláis bien aquí! —gruñó Pedro, lleno de resentimiento—. ¿Por qué no podéis aceptar que este es vuestro destino?

—¿Mi destino? —Los ojos de María estaban llenos de lágrimas—. ¿Cómo os atrevéis a decidir cuál es mi destino?

—Es lo que se espera de vos.

—¿Y por qué no puedo ser yo también reina?

—¡Ya os lo he dicho! ¡Constanza es la heredera de Sicilia!

—¿Y por qué ha de ser Constanza? ¿Por qué no Conradino?

Pedro apretó los puños.

—¿Conradino? ¿Qué sabéis vos de él?

—¿No era el hijo de Conrado? ¡Pues en tal caso debería ser él el heredero! ¡Manfredo no fue más que un bastardo!

—¿No acabáis de decirme que aquí encerrada no os enteráis de nada? Pues parece que estáis mejor informada que mucha gente…

—¡No soporto seguir aquí! ¡No podéis oponeros a mi boda con Carlos de Anjou!

Al oír el nombre del Capeto, Pedro ahogó una maldición.

—Ese malnacido se apropió de Provenza con sus malas artes, y ahora se ha hecho dueño de todo el sur de Italia gracias a su alianza con el papa. Es una víbora repugnante.

—Pues prefiero casarme con una víbora repugnante a permanecer aquí encerrada.

—¡No puedo permitirlo!

María se arrodilló a los pies de su hermano.

—¡Pedro!, ¡dejadme ser feliz!

El primogénito se la quitó de encima con un movimiento brusco.

—¡Apartaos! ¡Os quedaréis aquí en Sigena!

María se encogió sobre sí misma.

—¿Para qué habéis traído a tantos soldados con vos? ¡Hermano, ya no os conozco!

—Aragón me apoya contra Carlos de Anjou. Los nobles del reino no aceptarán vuestra boda con el francés. Esos caballeros que me acompañan están deseando que dé una señal para lanzarse contra él.

—¡Nuestro padre no lo consentirá!

—Ha llegado el momento de que la historia pase página. Nuestro padre ha empezado a desvariar y no sabe lo que le conviene a la corona.

—¡No podéis estar hablando en serio!

—¡Vuestra boda con el francés solo puede provocar una tragedia!

—¡Pedro!, ¡apiadaos de mí!

El príncipe contempló a su hermana sin atisbo de piedad.

—¡Lo siento! ¡Os aconsejo que renunciéis a ese absurdo matrimonio y permanezcáis aquí en Sigena!

Luego, dio media vuelta y abandonó la cámara sin decir adiós.

El séquito que había puesto el rey a disposición de María lo formaban

caballeros, hombres de armas, doncellas y sirvientes.

La infanta se sentía feliz como no recordaba en muchos años. Acostumbrada a la penumbra continua del monasterio, el color azul del cielo y la claridad que descendía sobre el mundo como un cendal de luz le parecían una bendición. Se decía que por fin su vida comenzaba a tener algo de sentido.

El viaje a través de la estepa de Los Monegros transcurrió sin sobresaltos, pero un poco antes de entrar en Zaragoza María comenzó a vomitar.

En el palacio real de la Aljafería se agravaron las fiebres y los escalofríos. Los médicos se preguntaban unos a otros, pero ninguno acertaba con la respuesta. Los paños fríos, las cataplasmas y los cuidados a los que era sometida la princesa no conseguían rebajar la fiebre ni atemperar los vómitos.

Al tercer día de estancia en la ciudad empezaron los delirios. La piel de María se volvió cerúlea y sus ojos se ahondaron en las cuencas como los de un cadáver. Las convulsiones se hicieron tan frecuentes que todo su cuerpo era un puro temblor. Dejó de comer y se abandonó a un sueño febril y terrible.

Dos días más tarde entregó su alma a Dios entre la consternación general.

Nadie pudo diagnosticar qué había ocurrido ni cuál era la enfermedad que se había llevado para siempre el alma de la infanta María. Unos apelaron a los designios divinos. Otros hablaron de la fatalidad. Hubo quienes defendieron que la infanta debía de haber comido algo en malas condiciones. Pero también hubo muchos que sospecharon que la muerte había sido provocada por quienes no aceptaban el matrimonio de María con Carlos de Anjou. A aquellas alturas, el príncipe Pedro contaba con un ejército de nobles y caballeros demasiado grande. A ninguno de ellos le agradaba la idea de tener que rendir pleitesía al francés.

Nadie logró demostrar lo que muchos barruntaban. María había fallecido en extrañas circunstancias y era imposible, además de absurdo, ponerse a buscar culpables.

Cuando Jaime recibió la trágica noticia, creyó que el demonio volvía a cruzarse en su camino. Lloró de rabia y de desolación. Era el tercer hijo que perdía en la flor de la juventud.

—¡Preparadlo todo! —le ordenó a Asalid de Gúdar—. ¡Quiero llegar a Zaragoza cuanto antes y acompañar a mi hija hasta el monasterio de Vallbona de les Monges, para que sea enterrada junto a

su madre!

Asalid de Gúdar lanzó un suspiro.

—Me temo que eso no va a ser posible, majestad.

El rey miró a su fiel ayudante a través de las lágrimas.

—¿Cómo os atrevéis?

—Los habitantes de Zaragoza ya la han enterrado, majestad.

Jaime creyó que no había oído bien.

—¿Qué habéis dicho?

—Lo siento mucho, majestad. Pero los zaragozanos se os han adelantado. Vuestra hija ha recibido cristiana sepultura en la Catedral de San Salvador.

—¿Y la han enterrado sin aguardarme?

—Sospechaban que querríais llevárosla a otro lugar, como así era, en efecto.

—¡Malditos!

—Tendríais que desenterrarla y trasladar el féretro unas cuarenta leguas.

El rey lanzó un puñetazo a la mesa.

—¿Y nadie me va a decir de qué ha muerto mi hija?

Asalid de Gúdar volvió a suspirar.

—Señor, la muerte es algo tan presente en nuestras vidas que no podemos preguntarnos continuamente su porqué. Dios es misericordioso, y estoy seguro de que María se encuentra ahora a su lado.

Jaime miró a Asalid con el rostro contraído por la rabia.

—¡Pues podía haberse esperado un poco para llevársela!

—El dolor habla por vos, majestad. Serenaos.

Pero el rey no tenía ganas de serenarse. De lo único que tenía ganas era de cerrar los ojos y dormir para escapar de la realidad.

—Dejadme solo, buen Asalid. Os lo ruego.

El de Gúdar hizo una reverencia y salió de la cámara.

Cuando se quedó solo, Jaime dio otro puñetazo sobre la mesa. Varios objetos cayeron al suelo. Se asomó a la ventana. Una cadena de nubes oscuras tapizaba el cielo, como un cordón sucio. Le pareció que desde aquel azul manchado y ceniciento los ojos de María lo miraban con una expresión de desconcierto. El rostro era el de su hija con catorce años. El que tenía la última vez que la había visto con vida.

Pedro y Constanza se hallaban en el palacio real de Barcelona. Acababan de comer y habían pasado a la biblioteca, donde, junto a varios caballeros del séquito del príncipe, esperaban tres embajadores

llegados de Italia.

—¡Sed bienvenidos! —saludó Pedro a los que venían del extranjero.

Juan de Prócida estaba al frente del grupo.

—¡Es un honor ser recibidos en vuestro palacio, alteza!

Pedro miró a los que acompañaban a Prócida, dos hombres de aspecto elegante. Luego desvió los ojos hacia sus consejeros, Foix, Berga y Pallarés, pertenecientes a algunas de las principales familias catalanas. Todos ellos respondieron con una leve inclinación de cabeza.

Juan de Prócida extrajo un objeto del interior de su sobreveste y lo alargó al infante.

—¡Tomad! ¡Esto os pertenece!

Era un guantelete.

—No entiendo —dijo cogiendo el guantelete y observándolo con interés.

—Lo entenderéis cuanto os cuente una triste historia.

Pedro no supo qué cara poner.

—¿Habéis venido de Italia para contarnos una triste historia?

—Así es, alteza, y os ruego que toméis asiento, porque lo que voy a relataros requiere su tiempo.

Pedro y Constanza se sentaron. El infante hizo un gesto para que todos lo imitaran. El único que permaneció de pie fue el italiano.

—Como sabéis, fui médico personal del emperador Federico II, al que tuve el honor de atender hasta su último aliento. Mi profesión de médico no me impedía realizar otras funciones en la corte de vuestro abuelo —recordó mirando a Constanza—. Por la confianza que depositaba en mi persona me fue encargada la educación de vuestro padre, Manfredo, a quien serví con absoluta lealtad. Estuve junto a él en Benevento y presencié su ignominiosa muerte a manos de Carlos de Anjou sin poder hacer nada por salvarle la vida. —Prócida guardó unos segundos de silencio para coger aliento.

»Todos recordamos, pues, de qué sucia manera Carlos de Anjou se apropió de lo que pertenecía a los Hohenstaufen, con el contubernio de su santidad, que lo apoyaba sin reservas. —Juan de Prócida contempló fijamente a Pedro y a Constanza—. Había dos posibilidades de que Sicilia recobrara la libertad y regresara a los Staufen. La primera de esas posibilidades era que vos le plantarais cara a Carlos de Anjou, alegando los lógicos derechos que corresponden a vuestra esposa, como hija de Manfredo. Pero sabemos que declarar una guerra no es algo que deba hacerse a la ligera…

—¿Y cuál era la segunda posibilidad? —preguntó Pedro, un tanto molesto de que le recordaran que tenía que enfrentarse a Anjou antes

o después.

—La segunda posibilidad era que Conradino reclamara el trono arrebatado a su padre.

Pedro se puso de pie.

—¿Conradino?

—Así es, alteza. Conradino, el hijo de Conrado.

Pedro sabía que Conrado y Manfredo habían sido hermanastros y se habían enfrentado entre sí por Sicilia. Los hijos de ambos eran Conradino y Constanza, su esposa. Ambos podían aspirar a recuperar los territorios de los Staufen.

—¿De parte de quién estáis vos? —cuestionó Pedro un tanto picado.

—Alteza, os ruego que mantengáis la calma. Mi historia aún no ha terminado.

Pedro, enfurruñado, volvió a sentarse. No le gustaba que le hablaran de Carlos de Anjou, pero tampoco que le mencionaran que Conradino tenía toda la legitimidad del mundo para reclamar Sicilia y Nápoles en detrimento de su esposa.

Prócida sonrió con tristeza.

—Conradino quiso recuperar lo que el de Anjou le había usurpado a los Staufen y, para ello, estuvo un tiempo reclutando fuerzas. Uno de los caballeros que lo apoyaron fue Enrique de Castilla.

Pedro no salía de su asombro.

—¿Enrique? ¿El hermano de mi cuñado Alfonso, que andaba por Túnez?

—El mismo. Al parecer, Enrique llevaba tiempo enemistado con Carlos de Anjou y no dudó en ponerse al servicio de Conradino y enfrentarse incluso al papa. Las tropas de unos y otros se encontraron en Tagliacozzo a mediados de agosto. Enrique fue derrotado y apresado. Yo puedo asegurar que el horror que he vivido apenas me ha permitido dormir hasta el día de hoy. Baste con deciros que presencié indefenso las violencias que los soldados de Anjou cometían contra la población, sin importarles si se trataba de niños, ancianos o mujeres. Mi esposa y mi hija fueron forzadas y asesinadas sin que yo pudiera hacer nada por ellas. En cuanto a Conradino, lo ejecutaron en la plaza de Nápoles. —Juan de Prócida volvió a guardar unos instantes de silencio. Su voz se había ido oscureciendo a medida que recordaba los sucesos narrados.

»Más de media Italia está furiosa contra Carlos de Anjou, a quien se acusa de iniquidades sin cuento. Es un ser violento, cruel y despiadado, y ha insuflado en sus soldados la maldad. El día que ejecutaron a Conradino fue un día especialmente triste. Una inmensa

multitud se había apiñado en la plaza, ante el patíbulo en el que se esperaba al verdugo. Antes de apoyar la cabeza en el tocón, Conradino se quitó el guantelete y lo lanzó a la multitud, que comenzó a llorar y a gritar su nombre.

Pedro examinó el guantelete que había tenido todo el rato entre sus dedos.

—¿Y este es el guantelete de Conradino?

—Así es, alteza.

Pere de Berga rompió el silencio que se había impuesto de repente.

—¿Y cómo está la situación ahora?

—Como podéis sospechar, Carlos de Anjou se ha hecho más fuerte que nunca. Los sicilianos lo odian, los napolitanos lo odian, los calabreses lo odian, las ciudades gibelinas lo odian… El infante Enrique y otros cientos como él siguen presos en sus cárceles. Los calabozos de Palermo se han convertido en mazmorras de terror. Por cierto, la viuda de Manfredo y su hijo Henrich siguen prisioneros en el Castillo del Huevo. Vuestra suegra y vuestro cuñado. Todo el mundo conspira para poner fin al gobierno del Capeto. El último es Fadrique de Castilla.

—¿Don Fadrique? —preguntó Pedro con el ceño fruncido—, ¿el hermano de mis cuñados Alfonso y Manuel?

—Y hermano también del infortunado Enrique, en efecto. Dicen de Fadrique que está reclutando un ejército inmenso para rescatar a su hermano.

Uno de los compañeros de Juan de Prócida carraspeó para atraer la atención de todos.

—Tal vez sea el momento de que vos decidáis dar un paso al frente, alteza —dijo con una voz carente de emociones.

Pedro se puso a pasear por la estancia.

—Muchos nobles de Aragón y Cataluña me apoyan, pero la mayoría está cansada de guerrear. A mi padre le costó Dios y ayuda armar un ejército ridículo para conquistar Murcia. Si movilizo a la gente para atacar a los Capetos y al papa, no sé lo que me puedo encontrar.

Constanza contempló a su marido con tristeza.

—¡Ese maldito me ha robado lo que me pertenece! —exclamó a punto de echarse a llorar—. ¡Mi madre y mi hermano siguen encarcelados y yo sin poder hacer nada!

—Eso es lo que sienten la mayoría de los italianos, alteza —concluyó Prócida mientras retomaba el protagonismo de la conversación—. El gobierno de ese «maldito», como vos decís, está salpicado de sangre inocente. Los sicilianos reclaman la presencia de unos reyes legítimos. Y eso, tras la muerte de Conradino, solo podéis

serlo vos.

Pedro se levantó y, dando la espalda a todos los presentes, se asomó a la ventana. Elevó la mirada hacia lo alto y posó los ojos en el azul del cielo. A lo lejos vio una bandada de pájaros que volaban hacia el este, hacia el mar, y sus pensamientos se extraviaron en un horizonte de luz. En su cabeza no paraban de resonar las palabras de Prócida como golpes de martillo convocando a la batalla.

3.ª Parte

(1269-1276)

1

Jaime se sentía inmensamente feliz. Sancho había celebrado su primera misa como arzobispo y había recibido el pláceme de los hombres más importantes de Castilla, León, Navarra y Aragón. El arzobispado de Toledo no era cualquier cosa. El cargo significaba poder. Mucho poder.

En la chimenea ardía un buen fuego mientras un par de músicos interpretaba bellas canciones. En aquellos momentos cantaban una jarcha.

> Decid vosotras, ay hermanillas,
> ¿cómo he de atajar mi mal?
> Sin el amigo no puedo vivir:
> ¿a dónde lo he de ir a buscar?

Jaime de Aragón y Alfonso de Castilla intentaban abstraerse del bullicio que los envolvía. Junto a ellos se arremolinaban gentes principales de las casas más ilustres, que hablaban de guerras, de pactos y de actualidad política.

—Yo no me fiaría mucho de los mongoles —señaló Alfonso—. Con ellos hay que andar con prudencia.

—Una cosa es cierta —replicó Jaime—. Si se consigue la alianza entre los mongoles, los bizantinos, el sultán de Alejandría y el rey de Armenia, los mamelucos de Jerusalén no podrán soportar la embestida. ¿Qué me decís de vos?

—¿Castilla? —Alfonso dijo que no con la cabeza—. No. Me parece peligroso, quimérico y arriesgado. Total, ¿para qué?

—Pensad en vuestros hijos…

—Que son vuestros nietos.

—Eso es. Imaginad que lograran conquistar un señorío en Jerusalén.

Alfonso rio.

—Sois un soñador.

—Al menos me apoyaréis.

Alfonso miró a su suegro con el gesto torcido.

—No me pidáis la luna.

—Si finalmente decido embarcarme, os solicitaré tropas y dineros con los que llevar a cabo la empresa. Yo nunca he dudado a la hora de ayudaros.

El rey castellano asintió.

—¿No os parece que es un riesgo innecesario? —insistió Alfonso—. Nadie ha salido victorioso de una cruzada. La historia os muestra los muchos fracasos en tal empresa.

—La historia está para cambiarla.

—Sois tozudo.

—Hace unos momentos me habéis llamado «soñador». ¿Ahora me llamáis «tozudo»?

—Sois un soñador tozudo.

Los dos rieron.

El príncipe Pedro no podía quitarse de la cabeza el nombre de Carlos de Anjou. Era el hombre más odiado, y habría dado media vida por tenerlo frente a él y desafiarlo en un combate a muerte.

Abrumado por la sensación de que los derechos sucesorios de su esposa se le escurrían entre los dedos como si fueran agua tonta, comenzó a buscar alianzas para enfrentarse al Capeto.

No tardó en granjearse el apoyo de algunos nobles catalanes. Roger de Foix, Ramón Folch de Cardona, Josep de Pallarés y Pere de Berga se comprometieron a defender a Pedro y a Constanza en la persecución de sus derechos al trono de Sicilia. El infante firmó un acuerdo con ellos mediante el cual empeñaba su palabra para respaldar sus reivindicaciones ancestrales aun en contra de su propio padre.

Pero Pedro necesitaba también buscar respaldo más allá de Aragón. No ignoraba que Castilla había marcado en tinta roja el nombre de Carlos de Anjou. Enrique de Castilla seguía prisionero en los calabozos del Castillo del Huevo y, según decían los rumores, en pésimas condiciones. Enrique se había enfrentado a su propio hermano Alfonso, el rey, pero este no iba darle la espalda a su familia. Además, Manuel y Fadrique jamás perdonarían que abandonara a su suerte a Enrique. Así las cosas, Pedro mandó carta a Alfonso en la que solicitaba su ayuda incondicional para recuperar Sicilia en nombre de su esposa.

En febrero, el príncipe recibió carta de Fadrique de Castilla. El hermano del rey afirmaba que estaba dispuesto a ir a la guerra contra

Carlos al frente de una orden militar inventada por él, formada por soldados castellanos a los que llamaba solemnemente los Caballeros de la Muerte.

La noticia de que Luis IX de Francia también proyectaba una nueva cruzada puso en alerta a Jaime de Aragón, que aceleró los trámites para su particular aventura.

—Veremos quién llega antes a Jerusalén —se decía Jaime en voz alta a sí mismo.

Durante toda la primavera se dedicó a recorrer sus reinos, buscando la manera de financiar la empresa. El infante Pedro tuvo que postergar sus planes de atacar Sicilia para ayudar a su padre. Pensaba que si los aragoneses arribaban a Jerusalén antes que los franceses sería un buen golpe.

Animados por el entusiasmo de su padre, los hermanos Pedro y Jaime, junto con los hijos bastardos Fernando Sánchez de Castro y Pedro Fernández de Híjar, buscaron hombres, provisiones, armas y buques para una misión de tanta envergadura.

Berenguela Alfonso era la única persona que no parecía estar contagiada por la vehemencia del rey. Desde hacía un par de meses andaba como sonámbula, la expresión triste y ausente, los ojos sin brillo.

—¿Se puede saber qué os sucede?

Berenguela y Jaime acababan de hacer el amor.

—Ya lo sabéis.

—No. No lo sé.

—Lo sabéis de sobra. Creo que esta idea de ir a los Santos Lugares es un error.

—No empecéis de nuevo…

Jaime se levantó y comenzó a vestirse.

—¿No os dais cuenta? Los mongoles prometían mucho, pero a la hora de la verdad… nada de nada. Y lo mismo os ocurre con el rey de Armenia, y con el sultán de Alejandría…

El monarca la escuchaba con el ceño fruncido.

—Por no hablar del papa —siguió diciendo Berenguela—. Muy buenas palabritas, pero os han dejado solo.

Jaime terminó de vestirse y se sentó en un sillón.

—La última carta del pontífice fue una ofensa —recordó Berenguela —. En vez de preocuparse por vuestra próxima cruzada, se limitó a deciros que estabais en pecado mortal por mantener relaciones conmigo.

Berenguela se levantó y se paseó desnuda por la cámara. El rey admiró su cuerpo escultural, la tersura de su vientre, la elasticidad de sus piernas, la elegancia de sus nalgas, el discreto volumen de sus pechos… Le parecía una diosa surgida de las profundidades de sus sueños más ocultos.

—Es absurdo —reconoció Jaime—. El santo padre considera incestuosa nuestra relación por vuestro lejano parentesco con mi primera esposa, Leonor.

Ella sonrió.

—A veces da la sensación de que los prelados no piensan más que en retorcer la realidad —dijo Berenguela—. No solo es ridículo, sino siniestro.

Jaime seguía con los ojos fijos en ella.

Berenguela se acomodó en el borde de la cama.

—Olvidaos de Jerusalén. Tengo un mal presentimiento.

—No me pidáis imposibles. Sé que el rey francés anda también preparando su propia cruzada. No voy a permitir que me gane la partida.

—O sea, se trata de un asunto de orgullo personal.

—No puedo echarme atrás a estas alturas —se defendió Jaime—. Hay demasiada gente embarcada en esta empresa. Lo del rey francés no es tan importante.

—No pretendáis venderme un gato por una liebre. Lo del Capeto os toca el amor propio.

Jaime se puso de pie.

—¡Pues sí! ¡No lo voy a negar! ¡Y por nada del mundo me echaré atrás, para que ese malnacido se lleve la gloria!

—¿Y no habéis pensado que si el papa no apoya vuestra cruzada es porque está apoyándolo a él?

—Ya lo he pensado, claro.

Berenguela agitó una campanilla y al instante entró una doncella, que hizo una doble reverencia y se quedó callada, esperando instrucciones.

—Vestidme.

La doncella volvió a inclinar la cabeza y comenzó a vestir a Berenguela.

Jaime exhaló un suspiro antes de abandonar la cámara.

Desde mediados de agosto Jaime se hallaba en Barcelona, supervisando la llegada de hombres, naves, armamentos y víveres.

En el puerto había una enorme agitación. Dos días antes de la

partida, bajo un cielo que amenazaba con romperse en pedazos en cualquier momento, pasó revista a todas las embarcaciones.

El rey paseaba por el muelle en compañía de sus hijos bastardos Fernando Sánchez de Castro, Pedro Fernández de Híjar y Jaime Sarroca, y de algunos consejeros, maestres de las distintas órdenes y varios prelados.

Más de mil caballeros con sus escuderos y unos dos mil hombres de armas aguardaban impacientes a que la escuadra de veintiuna naves izara las velas y se hiciera a la mar. El puerto de Barcelona se había convertido en un cenagal humano en el que se apiñaban prostitutas, aventureros y mercenarios dispuestos a jugarse la vida por un vaso de vino.

—O zarpamos pronto o las pendencias entre los soldados no tardarán en aparecer —aseguró Gonçalo Pereira, el maestre del Hospital, mientras pasaban por delante de una de las muchas tabernas donde los hombres mataban el tiempo de espera jugando a dados o bromeando con las furcias.

El día antes de la partida, el rey nombró al príncipe Pedro lugarteniente general de Aragón y le dio el cargo de procurador a su fiel Ato de Foces. Pedro quedaba, pues, al cargo del reino en la península. El infante Jaime, entretanto, administraba el gobierno de las islas Baleares. Ni Pedro ni Jaime viajarían a Jerusalén. Cuando el mayor quiso protestar, el rey se mostró inflexible.

—No podemos irnos todos y dejar el reino desguarnecido. Si yo no estoy, os corresponde a vos gobernar.

—Pero, señor…

—No hay nada que hablar. Sed un monarca ejemplar en mi ausencia.

El 4 de septiembre de 1269, miércoles, día de la partida, Barcelona amaneció con el cielo cubierto de nubes negras, y a media mañana, cuando las naves recibieron la orden de soltar amarras, cayeron las primeras gotas. Algunos pretendieron ver una señal negativa y comenzaron a santiguarse y a aclamarse a todos los santos.

—¡Dios no ve con buenos ojos esta empresa! —dijo alguien.

Jaime hubiera mandado que lo azotaran, pero no tenía ganas de perder un minuto. Llevaban dos semanas esperando aquel momento.

El rey echó un vistazo a la escuadra desde la proa de su galera. Divisó a los embajadores del reino de Trebisonda y de Bizancio, que finalmente habían apoyado la empresa. En la cubierta de otra galera vio a los obispos de Barcelona y Huesca. Al frente de otras naves

distinguió a Fernando Sánchez de Castro, a los maestres de Calatrava, a los del Temple y a los de San Juan del Hospital. Junto al mástil principal de una galeota viajaba su hijo Pedro Fernández de Híjar. Los caballeros de la Orden de Uclés formaban en la cubierta de uno de los bajeles. El almirante Ramón Marquet dirigía otra de las galeras y Bernardo de Santa Eugenia, que ya había dado muestras de su maestría naval, capitaneaba la segunda galeota.

Hasta donde alcanzaba su vista, todo se hallaba en perfecto orden. Jaime alzó el brazo derecho con el que empuñaba la Tizona. No le importó que la lluvia siguiera cayendo con mansedumbre sobre aquella escuadra de naves que estaba a punto de emprender la travesía del Mediterráneo.

Varios relámpagos zigzaguearon en el cielo oscuro y, al momento, se oyeron unos truenos fragorosos. Jaime bajó el brazo que empuñaba su espada y apuntó hacia el horizonte.

—¡En marcha!

—¡Adelante! —repitieron almirantes y capitanes en cadena.

Las tres galeotas, las once galeras y los siete bajeles partieron rumbo a Mallorca, que era la primera escala en la ruta a Tierra Santa.

Por fortuna, antes de perder de vista la costa remitió la lluvia por completo, pero la alegría duró poco porque el horizonte se cubrió de nubarrones que amenazaban tormenta y el siroco que subía del sureste empezó a soplar con tanta violencia que los obligó a cambiar el rumbo. Regresó la lluvia, ahora con más reciedumbre, mientras la noche se echaba encima, el viento rugía y las aguas se agitaban encabritadas.

—¡Esto no me gusta nada! —gritó el maestre de la Orden de Santiago.

Las sacudidas del viento eran tan terribles que hacían imposible mantener el orden de la escuadra. Las olas se alzaban como monstruos que escupían agua y espuma a babor y estribor.

—¡Ya escampará! —exclamó el patrón—. ¡No puede durar mucho!

Pero al segundo día se puso a soplar con fuerza el lebeche. El cielo se ponía más y más negro y las olas eran cada vez más grandes y más bravas. Saltaban por la cubierta de un lado a otro de la galera.

—¡Atad las cargas!

De las bodegas llegaban los relinchos, los mugidos y los balidos de los animales, que se removían inquietos y asustados.

La nave de los caballeros de Uclés comenzó a emitir señales.

—¡Dicen que han roto el timón!

—Que lo cambien.

—Es el segundo que rompen… Piden que les dejemos uno.

—No podemos. Que vuelvan a tierra.

Al día siguiente, la situación empeoró. Soplaban todos los vientos a la vez y las embarcaciones tenían que cambiar el rumbo continuamente, en un zigzag delirante que no los conducía a ninguna parte.

La nave en la que viajaba el obispo de Barcelona, Arnau de Gurb, empezó a pedir socorro.

—¡No podemos hacer nada! —gritó el patrón.

—¡Esto es un infierno! —oyó exclamar Jaime a un marinero de la tripulación.

—¡Solo se ven seis naves!

En aquellos momentos, otro barco dio señales de alarma: habían roto una vela.

—¡Es la nave donde va vuestro hijo, Pedro Fernández! —le recordó Bernardo de Entenza.

Al amanecer del cuarto día, continuaban los truenos y los relámpagos descuartizando el cielo. Aquel diluvio parecía que no iba a amainar nunca. El almirante se temía lo peor.

—¡Señor!, ¡no se ve a nadie!

El rey se agarraba a la cuerda del mástil para mantener el equilibrio.

Miró en todas direcciones. La oscuridad no permitía divisar nada, pero no había duda de que estaban solos en alta mar, a merced de la tormenta.

—¿Habrán vuelto a tierra?

—¡Es lo más probable!

Jaime se apartó el agua de los ojos de un manotazo, pero enseguida la lluvia volvió a embadurnarle la cara de viento y sal.

—¿Deberíamos regresar?

—Señor, hace días que no vemos las estrellas ni el sol —se lamentó el patrón—. No sabemos dónde estamos. Es imposible seguir en estas condiciones.

—No podemos ir contra la voluntad de Dios —exclamó el maestre Gonçalo Pereira.

—Yo opino lo mismo —insistió el patrón del barco—. ¡Volvamos a la costa y recompongamos la expedición cuando amaine el temporal!

El soberano miró a Bernardo de Entenza, que trataba de aguantarse de pie a duras penas por el zarandeo del temporal.

—¡Tienen razón, majestad! —bramó Entenza.

—¡De acuerdo! ¡Demos media vuelta!

La nave del monarca logró atracar en Sitges a la mañana siguiente. Allí se encontró con otras dos embarcaciones, en una de las cuales viajaba su hijo bastardo Jaime Sarroca, que, a pesar de su juventud, ocupaba el cargo de sacristán de la catedral de Lérida. El resto de la flota había continuado avanzando bajo el temporal rumbo a la inmensidad desconocida y nada se sabía de ellas.

Tres días después, Jaime ordenó ponerse de nuevo en marcha. Un par de horas antes de llegar a Menorca, avistaron algunas de las naves de la escuadra, lo que los llenó de alegría, pero esa misma tarde, después de haberse reagrupado las embarcaciones, mientras dejaban atrás la isla, se produjo un fenómeno que causó horror en todos los tripulantes.

Sobre el horizonte oscuro y acribillado por la lluvia apareció de repente una bruma azul y roja.

—¡La maldición del diablo! —gritó un marinero.

—¿Qué significa eso? —preguntó Bernardo de Entenza.

—La bruma azul y roja anuncia aguas torrenciales. Preparémonos para lo peor.

—¿Peor aún? —bufó el rey.

El marinero no tuvo tiempo de responder porque en aquel momento, del mismo mar, emergió una nube tenebrosa como carbón líquido que ocultó la bruma. El viento de levante se agitó, igual que un monstruo enloquecido, y empezó a llover con tanta furia que impedía distinguir nada.

El viento soplaba en remolinos negros. La flota avanzaba con dificultad y pronto se propagó el temor a la catástrofe. El día siguiente amaneció con un suave siroco, que sopló hasta la medianoche. Inesperadamente, comenzó a bufar el lebeche otra vez. La tarde del tercer día fue terrible. Parecía que soplaban mil vientos contrarios al mismo tiempo, unos contra otros, zarandeando las naves de manera incontrolada.

—¡Majestad! —le dijo uno de los marineros veteranos—, ¡llevo más de treinta años viajando por estos mares y jamás había visto algo igual!

—¡Se ha roto el timón! —gritó uno de los timoneles, atacado por el pánico.

El rey no podía saber lo que ocurría en las otras naves, si bien se temía lo peor. En la galera en la que viajaba su hijo bastardo Jaime Sarroca, el temporal había roto varios mástiles y la embarcación andaba a la deriva. La nave templaria había desaparecido después de

hacer señales angustiosas de socorro durante tres horas.

Jaime sospechaba que aquel desastre se debía a la voluntad contraria del cielo.

—¡Volvamos atrás!

Mientras trataban de ganar la costa de Menorca a la desesperada, el rey recordaba las palabras del papa en la última carta: «Aunque hemos sabido con alegría que os proponéis ir en auxilio de Tierra Santa, queremos que sepáis que el Crucificado no acepta las ofrendas de quien, manteniendo una unión incestuosa, lo crucifica nuevamente».

El santo padre no aceptaba su relación con Berenguela Alfonso. ¿Para qué le había concedido entonces la anulación con Teresa Gil? ¿Es que no podían dejarlo de una vez en paz? ¿Es que Roma se iba a pasar la vida diciéndole lo que estaba bien y lo que estaba mal? Le pareció que aquellas palabras del pontífice solo ocultaban una triste realidad: el deseo de no apoyarlo, la evidencia de que el papado llevaba años decantándose por los Capetos.

La nave de Jaime arribó al puerto de Aigües Mortes, cerca de Montpellier, donde fue reparada, calafateada y embreada. De allí partió dos semanas más tarde bordeando la costa, hizo escala en Perelada y arribó a Barcelona antes de que acabara el mes.

En Barcelona se encontró con la agradable sorpresa de que el obispo Arnau de Gurb y su hijo Jaime Sarroca, junto con otros muchos, habían regresado sanos y salvos del frustrado viaje a Tierra Santa.

Durante aquel tiempo, el rey se preguntó qué habría sido de las otras naves de la flota. Ignoraba si habían zozobrado en el mar o si alguna de ellas había arribado a su destino.

La incertidumbre corroía su alma y rezaba con un fervor intenso por todos los que habían zarpado junto a él aquel aciago 4 de septiembre y de los que no sabía nada.

El temor y la esperanza se alternaban en su ánimo. A veces quería creer que el resto de la flota había conseguido llegar ilesa a Tierra Santa, pero otras veces se decía que era imposible haber sobrevivido a aquella tempestad infernal que había desbaratado la escuadra.

Berenguela Alfonso lloró de alegría cuando lo vio aparecer con la expresión abatida del hombre que ha sido desposeído de un reino lejano.

Jaime la rodeó con sus brazos y la dejó desahogarse.

—¡Creí que no volvería a veros nunca!

—No es fácil librarse de mí —bromeó el monarca antes de besarla.

2

La tranquilidad duró solo una semana. Pronto empezaron a llegarle rumores de que su hijo Pedro estaba cometiendo irregularidades que ponían en peligro la estabilidad del reino. Desde que el infante desempeñaba la lugartenencia, y mientras Jaime había permanecido fuera, ocupado en la frustrada tarea de dirigir la flota hacia Tierra Santa, habían ocurrido hechos que exigían ser aclarados de manera urgente.

Jaime acudió al monasterio de los padres predicadores, donde esperaba la gente principal de Cataluña: el obispo de Barcelona, Ramón de Peñafort, el abad de Ripoll, los Moncada, los Cardona, los Berga, algunos de los burgueses más notables de la ciudad, el jurista Alberto Lavaina y Jaime Sarroca. El príncipe Pedro, que acababa de ser padre por segunda vez, apareció enfundado en un traje negro y con una expresión displicente en el rostro. Apenas saludó a nadie antes de tomar asiento.

Ramón de Peñafort inició la sesión como en él era habitual, con una pequeña oración. Luego dijo unas palabras protocolarias y enseguida cedió la palabra a Lavaina.

—Majestad, ilustrísimas, altísimos señores —empezó diciendo el abogado—, no andaremos con rodeos. Todos sabemos que nos enfrentamos a un grave problema. El príncipe Pedro de Aragón ha incumplido la palabra dada a su padre de no acuñar moneda hasta diez años después de la muerte del rey.

Jaime se puso de pie y miró a su hijo Pedro con ojos furiosos.

—¿Cómo habéis osado?

Pedro no se levantó. Se limitó a rumiar su malhumor.

—Os ruego que os volváis a sentar, majestad —pidió Lavaina lo más serenamente que pudo—. Estamos aquí para tratar de solucionar un problema, no para crear otro.

El monarca se sentó y permaneció ceñudo.

—El príncipe Pedro, una vez nombrado lugarteniente, ha comenzado a fabricar moneda de plata sin la autorización del rey… —Lavaina contempló al príncipe—. Os rogamos que aclaréis si es cierta

esta acusación o no.

Pedro sabía que era inútil negar la evidencia. Todo el mundo estaba al corriente, pues las monedas acuñadas por él corrían de mano en mano.

—Sí, es cierto —afirmó orgulloso—. ¿Acaso un lugarteniente no está legitimado para tomar esa decisión?

—Me temo que no —repuso Lavaina.

—La acuñación de moneda descontrolada atenta contra la estabilidad monetaria del reino —señaló Guillem de Moncada.

—Y contra la salud del comercio —comentó uno de los principales burgueses de Barcelona.

Jaime volvió a ponerse de pie.

—¿De qué cantidad estamos hablando?

—No puede ser mucha —dijo Ramón Folch de Cardona—. Y es posible controlarla.

El rey avanzó unos pasos y se plantó ante su hijo.

—¡Levantaos!

Pedro obedeció de mala gana.

—¡Miradme a los ojos!

El príncipe alzó la mirada.

—¿Mientras yo he estado a punto de ahogarme y mientras otros cientos de hombres han desaparecido en el mar, tragados por las olas, dando su vida por nuestro reino, vos os habéis dedicado a fabricar monedas para vuestro beneficio personal?

—¡Nadie os mandó armar esa escuadra ridícula!

Jaime habría abofeteado a su hijo de buena gana. Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no levantar su brazo.

—¡No seáis indigno de vuestro linaje!

Pedro se sentía humillado. No podía soportar que su padre lo vejara en público, pero al mismo tiempo experimentaba una sincera piedad. Notaba que el rey se hacía viejo y que algunos de sus sueños no eran más que quimeras de un arrogante soñador. Admitía haber acuñado monedas para disponer de liquidez con la que pagar a soldados y armar un excelente ejército para viajar a Sicilia y atacar a Carlos de Anjou. Con ese dinero cumpliría su objetivo de recuperar los territorios de Manfredo. Lo asistía todo el derecho del mundo a conseguirlo. ¿Qué mal había en ello?

—Yo no he creído que ese dinero pudiera agravar la economía del reino —se defendió.

—Las monedas serán fundidas —afirmó el rey—, y vos os limitaréis a cumplir con vuestra tarea, que es ayudarme a reinar con justicia y equidad. —Luego paseó su mirada por la sala—. El asunto está

cerrado. Mi hijo ha reconocido su error y yo lo perdono públicamente.

Todos contemplaron al rey con ojos asombrados.

—¿No vais a castigarlo? —preguntó incrédulo Alberto Lavaina.

Jaime no tenía ganas de seguir discutiendo.

—No habrá castigo para nadie. Ha muerto mucha gente por Aragón. Los cuerpos de miles de inocentes yacen en el fondo del mar. No es momento de más castigos ni más lamentaciones, sino de rezar y pedirle a Dios que nos socorra para ser mejores cristianos.

Todos guardaron silencio.

—Si no hay más asuntos que tratar, me gustaría retirarme. Estoy cansado.

Ramón de Peñafort fue el primero en levantarse.

—Por supuesto, majestad.

Peñafort alzó los ojos y las manos hacia lo alto.

—Señor, danos fuerza para soportar las adversidades, resignación para aceptar nuestras limitaciones y entereza para cumplir vuestra santa voluntad. Por los siglos de los siglos.

—¡Amén! —coreó la multitud.

A mediados de noviembre, solo once de las veintiuna naves que habían partido del puerto de Barcelona arribaron a San Juan de Acre. Muchos de los navíos se habían hundido en el mar o habían vuelto atrás.

Fernando Sánchez de Castro y Pedro Fernández de Híjar, los dos bastardos del rey, fueron dos de los que lograron contarlo.

El impetuoso Fernando Sánchez se consideraba el verdadero sucesor del monarca desde la muerte del primogénito Alfonso por el hecho de haber nacido unos meses antes que Pedro y hacía gala de aquella condición en todas partes a quien quisiera oírlo. Su carácter era temerario y chulesco. Nunca entendió que su padre regalara el reino de Murcia a los castellanos. Más bien, siempre pensó que se lo podía haber entregado a él, que llevaba su sangre y merecía ceñir corona tanto o más que Pedro o Jaime. El soberano había concebido la aventura de ultramar como una manera de ganar reinos y gloria. ¿Por qué no podía él convertirse en rey de Jerusalén del mismo modo que decían que había hecho Federico II?

Pedro Fernández de Híjar, en cambio, mucho más prudente y comedido, mostraba en todo momento una firme lealtad al rey. Cada vez que escuchaba a su hermanastro Fernando Sánchez fanfarronear, alardeando de su condición de heredero, aun por encima del legítimo príncipe Pedro, sentía que se lo llevaban todos los demonios.

Los dos hermanastros, Núñez de Lara y Ferriz de Lizana paseaban por una de las calles de San Juan de Acre, seguidos de una pequeña escolta de soldados con las espadas desenvainadas.

—¡Menudo desastre! —exclamó el hijo de Blanca de Antillón—. ¡Somos cuatro gatos rodeados de moros que están deseando rebanarnos el pescuezo!

—¡Ya advertí que esta empresa era una locura! —apostilló Lizana.

Fernando Sánchez lanzó un bufido.

—La mitad de la flota no ha logrado asomar por aquí todavía, después de cincuenta días de navegación. Nos quedan la mitad de los hombres, pero muchos de ellos están enfermos o heridos. Lo mejor que podríamos hacer es largarnos a casa. Y cuanto antes, mejor.

—Tenemos que esperar —observó Fernández de Híjar, con ademán imperturbable—. Es posible que las otras naves hayan atracado en otro lugar. Beirut quizás. O Chipre. Incluso al norte de Egipto. No lo sabemos. Debemos confiar en que aparecerán.

—¡No puedo creer que habléis en serio! —masculló Fernando Sánchez.

—Ya sabéis que yo siempre hablo en serio.

—Pues si dentro de cinco días no aparece nadie por aquí, yo me largo —bramó Fernando Sánchez.

—Eso no será así —lo retó el de Híjar—. Vos os quedaréis aquí hasta que venga el rey o hasta que yo diga lo contrario.

Fernando Sánchez miró con odio a su hermanastro. A pesar de ser mucho más joven que él, Pedro Fernández de Híjar había recibido el encargo de suplir al rey en su ausencia, lo cual declaraba cuáles eran las preferencias del monarca.

—Todos los caballeros han recibido la paga de tres meses por adelantado —añadió el hijo de Berenguela Fernández—, así que su obligación es esperar a que se cumpla ese plazo.

Juan Núñez de Lara vio a lo lejos a un grupo de soldados bizantinos. Formaban un corro y estaban haciendo bailar a un perro en el centro con palmadas y voces de ánimo.

—Mirad aquellos cómo se divierten.

Los reunidos volvieron la vista.

—No podemos decir que Miguel Paleólogo no cumplió su palabra —añadió Núñez—. Creo que esos les tienen más ganas a los moros que nosotros.

Ferriz de Lizana sonrió.

—No sé qué queréis que os diga. Me parecen muy raros. Yo prefiero ver bailar a una moza antes que a un perro.

Fernando Sánchez lanzó un escupitajo.

—Es posible que la nave real haya zozobrado —aventuró con voz oscura.

Todos endurecieron el semblante. Pedro Fernández llegó a pensar que aquello era precisamente lo que deseaba su hermanastro.

—¿Por qué decís eso?

—Porque es posible. Si dentro de un par de semanas no aparece nadie por aquí, ya podemos prepararnos para lo peor.

—¿Y qué es lo peor? ¿Un reino sin rey?

—Lo que digo es que no tenemos por qué esperar tanto. Me parece absurdo.

Pedro Fernández de Híjar estaba empezando a cansarse de su hermanastro.

—Recordad que, mientras el rey no esté aquí, soy yo el que manda.

Fernando Sánchez no replicó nada más. Ya tendría tiempo de vengarse de todos.

Expiraba noviembre cuando recibió la noticia de que solo la mitad de la flota había arribado a San Juan de Acre. El resto había desaparecido en el mar.

La tristeza por la pérdida de gente que había confiado ciegamente en él, como la totalidad de los caballeros de Uclés, se trocó en alegría al saber que Fernando Sánchez y Pedro Fernández habían salvado la vida.

Mandó carta en la que les daba permiso para regresar a casa. Él no podía armar otra escuadra y carecía de sentido que los que habían conseguido alcanzar las costas asiáticas continuaran esperando unos refuerzos que no llegarían jamás.

Consolado con la idea de que pronto volvería a ver a sus hijos bastardos, partió con Berenguela hacia Castilla para asistir a la boda de su nieto Fernando de la Cerda con Blanca de Francia.

Jaime y su séquito entraron en Burgos el 30 de noviembre y tres días más tarde se celebraron los esponsales. Su hijo pequeño Sancho, que ya había sido nombrado arzobispo de Toledo, ofició la ceremonia.

Las jornadas de alegría se alargaron un par de semanas en las que no faltaron los bailes, los torneos, la carne y el vino.

El obispo Arnau de Gurb bajó del carruaje a la puerta del palacio y caminó con prisa, acompañado de un sirviente. El rey lo había citado a media mañana y ya eran pasadas las doce del mediodía.

Cuando entró en la sala, se encontró al monarca dando vueltas por

la estancia, rodeado de una docena de nobles, hombres de Iglesia y caballeros, que lo observaban preocupados.

El rey alzó la vista y la depositó en el obispo.

—Disculpad la tardanza, majestad —saludó Arnau de Gurb—. Me he levantado con un terrible dolor en el estómago. Creí que no podría venir.

Jaime asintió.

—Tenéis mal color de cara, ilustrísima. Sentaos si queréis.

—Gracias, majestad.

Arnau tomó asiento. El soberano retomó su paseo arriba y abajo.

—El asunto de Granada no está claro, majestad —comentó de pronto Ramón Folch de Cardona—. ¿Para qué? ¿Qué beneficios obtendríamos?

—Se trata de ayudar a un rey cristiano —se defendió Jaime.

—Un rey que es vuestro yerno. Ya tenemos otra vez lo mismo que en Murcia —terció Pere de Moncada.

—¿Y qué tiene eso que ver?

—Si no obtenemos ganancias, no iremos —afirmó Ramón Folch de Cardona.

El obispo Arnau de Gurb creía que tenía un sapo podrido en el estómago. Sentía unas náuseas terribles.

—Pero ¿por qué tramáis ir a Granada a socorrer a Alfonso otra vez? —preguntó.

—Mi yerno me lo ha pedido.

—Señor —dijo Arnau, sobreponiéndose al malestar que notaba en todo el cuerpo—, no sé cómo seguimos vivos después del fiasco de nuestra frustrada cruzada. Todavía tiemblo al pensar en lo cerca que hemos estado de la muerte. Vos y yo. Otros muchos no lo han podido contar. Algunos siguen en San Juan de Acre y no sabemos cuándo volveremos a verlos, si es que los volvemos a ver, porque cuanto sucede en aquellas tierras parece una maldición del diablo… Luego está lo ocurrido en Murcia. Nadie ha olvidado los cientos de hombres que perdieron su vida para entregarles el reino a los castellanos a cambio de nada… ¿Por qué no hacéis caso a vuestros consejeros por una vez y os limitáis a permanecer tranquilo?

Jaime iba a responder cuando las puertas se abrieron y apareció un soldado de la guardia.

—¡Su alteza el príncipe Pedro!

Todos volvieron la cabeza. El príncipe Pedro, seguido de Arnau de Fontova, Fortunato de Orés y Pedro Jordán de Ejea entró en la sala y fue directo hacia su padre.

—¡Majestad! —saludó—. Traigo noticias.

El rey se quedó mirando a su hijo.

—Decid.

—Fernando Sánchez está en Nápoles desde hace más de treinta días.

—¿En Nápoles?

—Según todos los informes, se encuentra en la corte de Carlos de Anjou, con el que, al parecer, le une una gran amistad.

—¿Qué estáis diciendo?

—Bajo la excusa de que su nave había sufrido desperfectos y debía ser reparada atracó en Nápoles, pero se sabe que el objeto real era negociar con el de Anjou.

—¿Negociar? ¿El qué?

—Señor, nadie ignora que Fernando no siente demasiado aprecio por mi persona. No ve en mí un hermanastro, sino un rival. No se esconde a la hora de defender que él tiene tantos derechos como yo o como mi hermano Jaime en ceñir una corona. No pudo ser Murcia. Ni tampoco las tierras que supuestamente ibais a conquistar en Tierra Santa. Creo que ahí tenéis la respuesta.

El rey estaba perplejo. Fulminó con los ojos a todos sus consejeros.

—¿Alguien ha oído algo?

Bernardo de Entenza asintió.

—Señor, lo que dice vuestro hijo no es mentira. Fernando no tiene pelos en la lengua y a veces habla más de la cuenta. Pero no sabemos qué debe de estar pactando con Carlos de Anjou.

—Yo os lo diré —añadió Pedro, que no podía disimular la ira que lo embargaba—: impedir que yo reclame lo que le corresponde a mi esposa, el reino de Sicilia y Nápoles. Prefiere apoyar al de Anjou antes que a mí.

—¿Pero a cambio de qué?

—Los informadores han hablado de unas posibles concesiones de tierras en el Mediodía francés, quizás un condado o una baronía.

—Eso no puede ser —bufó Jaime alterado—. Vuestro hermano…

—¡El que pacta con el asesino de mi suegro no es mi hermano! —casi gritó Pedro—. ¡Antes o después, Fernando nos traicionará a todos!

—¡Estáis demasiado alterado! —le recriminó el rey—. ¡No me gusta que acuséis a Fernando a la ligera!

—¡Yo os he avisado! ¡Si no hacéis nada por pararle los pies vos, lo haré yo!

Jaime se dejó caer en el sillón de terciopelo rojo, abatido. Se pasó la mano por la cara en un gesto de disgusto.

—¡Dios mío! —exclamó. Luego se volvió a Arnau de Gurb, sentado junto a él—: ¿Qué decís vos, ilustrísima?

—Que me duele el estómago.

La noticia de la muerte de Luis de Francia en agosto de 1270 conmocionó los cimientos de toda Europa. Su hermano Carlos de Anjou lo había convencido para que hiciera escala en Túnez, con el argumento de que el emir de aquellas tierras prósperas y vitales para el comercio mediterráneo había manifestado su voluntad de convertirse al cristianismo. Luis llevaba años viviendo como un verdadero místico, apartado de los asuntos materiales. Cuanto emprendía lo hacía por el bien de la Iglesia católica. La sola posibilidad de ganar almas para la fe de Cristo fue el principal motivo que lo impulsó a seguir los consejos de su hermano, a quien espoleaban intereses más mundanos. Lo que ambicionaba Carlos no era otra cosa que acabar con los mercaderes tunecinos, los principales competidores de Sicilia.

Tan pronto como las naves francesas arribaron a Túnez, el rey se topó con la cruda realidad: el emir no solo no deseaba convertirse al cristianismo, sino que había decidido plantar batalla con un ejército mucho mayor del que esperaba el francés.

Sin embargo, no fueron las armas musulmanas las que terminaron con el sueño cruzado. El verano apretaba. Las naves atracaron en Cartago sin saber que se había declarado unos días antes una epidemia de disentería. La gente fallecía con tal rapidez y en tan gran número que no había tiempo para enterrar a los difuntos. Cuando pareció que aquella maldita enfermedad había quedado atrás, hubo un brote de tifus que coronó la tragedia.

La muerte del monarca francés sorprendió a Jaime en Barcelona. Estaba tan reciente el fracaso de su particular cruzada que la catástrofe de los Capetos lo llenó de alegría. Llevaba toda la vida odiando a Luis IX, aunque fuera el suegro de su hija Isabel y el abuelo de muchos de sus nietos. Y se alegraba, sobre todo, de que hubiera fracasado en el cumplimiento de lo que era su propio sueño.

Según rezaban las noticias, los tunecinos se habían ensañado con el cadáver del rey. Habían hervido su cuerpo en una mezcla de agua y vino hasta que la carne se desprendió completamente de la osamenta. Unos pocos huesos fueron enviados a Saint Denis. El corazón y las entrañas, lo único que se salvó de él, fueron enterrados en Palermo por la media docena de supervivientes que consiguió arribar a la costa siciliana.

Unos días después le llegó a Jaime la segunda gran noticia: el trono que acababa de dejar vacante Luis IX pasaba a manos de su hijo

Felipe, el príncipe a quien Isabel ya había dado cuatro herederos varones.

El rey ahogó un grito de júbilo.

Isabel, la más pequeña de sus hijas, acababa de convertirse en reina de Francia.

Pedro recorrió Aragón y Cataluña buscando apoyos para su causa. Sabía que las cosas se iban a poner feas tras la muerte de Luis IX. El rey francés no había secundado en sentido estricto ninguna de las agresiones militares de su hermano Carlos de Anjou, aunque tampoco había hecho nada por impedir sus atropellos. Pero el nuevo monarca, a quien muchos comenzaban a conocer por el sobrenombre del Atrevido, no disimulaba su absoluta afinidad con su tío Carlos, a quien no dudaría en socorrer sin reservas. Se decía de él que era, incluso, más violento.

De nada le valdría a Pedro ser el cuñado de aquel tipo. Estaba seguro de que su hermana Isabel no intercedería por él. O actuaba pronto para recuperar Sicilia y Nápoles o ya podía dar por perdidas sus aspiraciones.

El destino volvió a golpear. Y esta vez lo hizo con un mazazo absurdo. Isabel acababa de morir con veintitrés años, apenas seis meses después de ser proclamada reina de Francia.

Jaime recibió la noticia una tarde de finales de enero en que la lluvia caía con suavidad sobre el mundo. El fuego ardía en la chimenea, esparciendo en la habitación una calorcillo oloroso y agradable. Berenguela había abandonado las estancias reales en compañía de sus doncellas hacía unos minutos.

Asalid de Gúdar era quien le había entregado la carta y permanecía de pie, a su lado, con los ojos fijos en las llamas.

—Nadie sabe nada —musitó en un suspiro Asalid, rompiendo el tenso silencio que se había adueñado de la cámara—. Ha debido de ser algo repentino.

El rey no respondió. Parecía increíble que tan solo unos momentos antes hubiera estado departiendo alegremente con Berenguela. Habían reído y bromeado como dos jóvenes alocados. Y ahora, de pronto, todo volvía a ser gris y sucio.

Qué absurdo, pensó. La vida se compone de luces y sombras. Oía la lluvia caer como una cantinela. Asalid de Gúdar seguía de pie, los brazos caídos, las manos muertas, la expresión desolada del hombre

que no sabe qué decir a pesar de su mucha experiencia en los asuntos mundanos. Jamás se había casado y no tenía hijos. No sabía lo que se sentía al perder uno, pero sospechaba que debía de ser lo más terrible que le podía ocurrir a un ser humano.

—Vamos, vamos, majestad. —Los muchos años de servicio a la Corona hacían que Asalid tratara al monarca a menudo con absoluta familiaridad—. Debéis sobreponeros a las fatalidades del destino.

Jaime no levantó la cabeza. Había extraviado la mirada en su propia desdicha.

3

La animadversión entre el príncipe Pedro y Fernando Sánchez había surgido de forma espontánea en la infancia y crecido con los años.

Fernando, astuto y vehemente, no soportaba ser un simple bastardo. Las consignas de su madre, Blanca de Antillón, y las veleidades de la Iglesia lo habían convencido de que la razón estaba de su parte. Conquistaba con facilidad la simpatía de los nobles y de los prelados, mucho más que el infante Pedro. Fernando Sánchez era el primero siempre en lanzarse a la batalla y el último en rendirse. Sabía encontrar los puntos flacos de sus amigos y de sus enemigos. Con los años había conseguido crear a su alrededor un aura de hombre que merecía ser algo más que un hijo ilegítimo. A todos les decía lo que querían oír, sabedor de que muchos de los aragoneses estaban cansados de soportar lo que consideraban engaños y abusos del rey Jaime, pues pensaban que los había estafado en la conquista de Valencia y luego en la de Murcia. El monarca no reconocía los fueros y privilegios, cambiaba las leyes según su conveniencia y solo convocaba Cortes para pedirles dinero, soldados y ayuda militar cuando a él le interesaba. Aquellos hombres veían en el joven Fernando Sánchez al futuro soberano que le devolvería a Aragón su grandeza y a ellos sus prebendas.

A Pedro lo irritaba todo aquello. Tampoco se llevaba bien con su padre, pues había muchas cosas de su progenitor que lo sacaban de quicio. Él era bastante menos diplomático que el rey y más tosco que Fernando. No entendía que su padre se rodeara de tantos juristas, notarios y abogados, ya que a él le gustaba resolver los conflictos políticos por la vía militar. Detestaba, por ejemplo, que su padre recurriera a la persuasión y las leyes para hacerse respetar y lo acusaba de ser demasiado blando. El infante se sentía maniatado cuando le impedían actuar según su criterio. Lo sucedido en Corbeil, Sicilia y Murcia le parecían fracasos estrepitosos que despertaban en su alma un sentimiento de humillación insoportable. En ocasiones, aunque se negaba a admitirlo, coincidía con su hermanastro Fernando Sánchez en algunas de aquellas apreciaciones. Sin embargo, a pesar de

discrepar hondamente con su padre, la piedad filial le impediría enfrentarse a él, por mucho que le disgustara.

Sabía que Fernando conspiraba contra él y que nada desearía más que verlos muertos a él y a su hermano Jaime, los hijos varones de Violante. Si ellos desaparecían, él tendría su oportunidad de convertirse en el rey de todos los dominios, a pesar de que para conseguir sus propósitos debería deshacerse también de Pedro Fernández de Híjar y de los hijos de Teresa Gil de Vidaure.

El fallecimiento de su hermana Isabel lo dejó consternado. Si había existido una remota posibilidad de que Felipe el Atrevido se inhibiera en su futura lucha contra Carlos de Anjou por intercesión de Isabel, ahora era del todo impensable que el rey francés no apoyara a su tío en los asuntos de Sicilia.

Constanza estaba desesperada, viendo que las opciones de recuperar los territorios de su padre quedaban cada vez más lejos.

—¡Vamos a Barcelona! ¡Hablad con vuestro padre!

—¡Hablar con mi padre es lo mismo que hablar con una pared!

—¡Tiene que ayudarnos a recuperar Sicilia!

A Pedro le parecía estar en una ratonera.

Una semana más tarde, después de mucho discutirlo, Pedro y Constanza dejaron Lérida, donde habían recibido la noticia de la muerte de Isabel, y marcharon a Barcelona.

Las relaciones entre padre e hijo pendían de un hilo, pues ninguno de los dos entendía la postura del otro y, para evitar un enfrentamiento directo, ambos se hacían acompañar de consejeros cuando se hallaban juntos. A veces, las intervenciones de Bernardo de Entenza, Asalid de Gúdar o Beltrán de Villanueva servían para aplacar los ánimos encontrados.

—Señor, los nobles de Tolosa planean rebelarse contra el rey francés. En Provenza, odian a Anjou; los sicilianos me ruegan que vaya a Palermo para echarlo al mar. Grandes hombres de Aragón y Cataluña me apoyan. Aquí hay algunos que podrán atestiguar cuanto digo.

El rey miró a los que rodeaban al príncipe: Pere de Moncada, Ferriz de Lizana y Juan de Prócida, entre otros muchos.

Juan de Prócida había sido uno de los asesores de Manfredo. Enemigo acérrimo de Carlos de Anjou, ahora servía a Constanza y a Pedro con la esperanza de que el reino de las Dos Sicilias retornara a la casa Staufen.

—¿Qué es lo que deseáis exactamente?

—Que me ayudéis a declarar la guerra a los Capetos. Quiero expulsarlos de Italia, de Provenza y de Occitania, y recuperar lo

nuestro.

El rey bufó espantado.

—¡Eso es la guerra con Francia y con el papa!

—¡Eso es lo que me pide mi corazón!

Jaime miró hacia el otro lado de la sala. Allí estaban Bernardo de Entenza, Beltrán de Villanueva, Asalid de Gúdar, Ato de Foces y Pedro de Queralt. Todos permanecían con el semblante serio. Echó de menos a Jimeno Pérez.

Luego volvió los ojos hacia el infante.

—¡No puedo permitir que cometáis esa locura! ¡Os lo prohíbo!

—¡Vuestro hijo Fernando Sánchez está con los Capetos! ¿También me prohibís luchar contra él?

Jaime se levantó airado.

—¡Hablaré con Fernando! ¡No daré crédito a ningún rumor hasta que hable con él! ¡Tiene derecho a defenderse!

A Pedro se lo llevaban los demonios cuando su padre recurría a las leyes, los pleitos y las fórmulas jurídicas, a las que era tan aficionado.

—¡No lo conocéis! ¡Lo negará todo!

—Si no hay pruebas, no hay nada que discutir.

—Disculpad, señor —intervino Juan de Prócida—. He pasado muchos años en Italia, al servicio del rey Manfredo. Conozco bien aquello. Y puedo asegurar con absoluta certeza que Fernando Sánchez y Carlos de Anjou se entienden estupendamente.

Jaime torció el gesto.

—¡Si Felipe lucha contra los tolosanos, lo que parece inevitable, Fernando lo apoyará, ya lo veréis! —gritó el príncipe Pedro—. ¡Los Capetos le han prometido tierras al otro lado de los Pirineos!

—¡He dicho que no moveré un dedo hasta que hable con él!

—¿Cómo vais a hablar con él si no piensa venir?

El rey estaba a punto de maldecir a su hijo.

—¡El día que nos veamos frente a frente uno de los dos morirá! —añadió el príncipe.

—¡No volváis a decir una necedad tan grande!

—¡Escribid una carta a Felipe y ordenadle que no ataque a Roger de Foix! ¡Si tal hace el francés, no podréis evitar la guerra!

Jaime se sentó enfurecido.

—No soy yo solo, señor —añadió Pedro, suavizando la voz todo lo posible—. Si el conde de Foix se ve amenazado, hay muchísimos en Tolosa, en Aragón, en Cataluña y en Provenza que se armarán contra los Capetos. ¡Os he avisado!

Jaime partió hacia el sur para reunirse con su yerno Alfonso. El castellano le había escrito una carta inquietante, alertándolo de graves amenazas a las que había que poner remedio cuanto antes.

Acompañado de un séquito de cincuenta hombres, entre los que figuraban el príncipe Pedro y sus hijos bastardos Pedro Fernández de Híjar y Jaime Sarroca, el rey bajó por Teruel hasta Valencia, donde permaneció un día para reponer fuerzas y luego continuó hasta llegar tres días más tarde a Alicante.

Después de los saludos, Alfonso y Jaime se encerraron en una de las salas del castillo con algunos de sus consejeros.

—Me tenéis desconcertado —comenzó diciendo Jaime—. ¡No me habréis citado aquí para jugar una partida de ajedrez!

Alfonso no rio la broma.

—Esto es demasiado serio.

—En la carta me hablabais de amenazas inquietantes.

—Muchos nobles de Murcia, de Valencia y de Aragón están pactando con el rey de Granada para una sublevación.

Jaime creyó que lo habían golpeado con un martillo.

—¿Cómo decís?

—Hay una conspiración. Y, por lo que sé, estallará antes de lo que creemos.

—¿Estáis seguro?

—Lo peor no es eso.

—¿Cómo?

—Me han informado de que quien acaudilla toda la insubordinación es alguien muy próximo a vos.

Los ojos de Jaime centellearon.

—¿Quién? ¡Quiero su nombre!

—Vuestro hijo Fernando Sánchez, el barón de Castro.

El príncipe Pedro, que estaba detrás de su padre, dio un respingo.

—¡Lo sabía! ¡Es un malnacido!

Jaime comenzó a pasear como un león enjaulado.

—¡Supongo que habrá pruebas!

—Y tanto —repuso Alfonso. Luego se volvió a uno de los hombres que había tras él—: Por favor, Pedraza.

El citado se adelantó un par de pasos. Era un tipo delgado, de aspecto corriente, incapaz de llamar la atención por su físico. Llevaba puesta una capa sobre la túnica.

—Manuel Pedraza es el alférez real de Castilla. Su obligación es, entre otras cosas, estar bien informado de lo que puede constituir un peligro para el reino.

El monarca observó a aquel hombre con interés.

—Majestad —dijo Pedraza con una ligerísima inclinación—, como sabéis, los peligros que acechan a Aragón o Castilla son numerosos. Para evitar problemas, hay que extremar el celo. Mejor prevenir que curar.

—Así es —aprobó Jaime.

—Nuestro servicio de información en Italia nos ha confirmado una noticia que os interesará.

El rey enarcó una ceja.

—Fernando Sánchez ha aceptado un sueldo de ocho mil libras tornesas por parte de Carlos de Anjou con el que mantener un ejército que deberá defender sus intereses en Marsala y Trapani, la parte oeste de Sicilia.

Jaime estaba aterrado.

—¡No puede ser verdad!

—Pues lo es, majestad —replicó impertérrito Pedraza—. Deberíais estar alerta. El caso es que la rebelión que se prepara en el sur contra Castilla se prevé también contra Aragón. En el río revuelto de la guerra muchos son los que pescan. Nuestros informes hablan de nobles aragoneses acaudillados por Fernando Sánchez que esperan acabar con vos y, de paso, con vuestro hijo Pedro.

El príncipe, que estaba oyendo en silencio, no pudo contenerse.

—¡Maldito sea ese bastardo infame! —Pedro se volvió a su padre—: ¡No me hacéis caso y ya lo estáis viendo! ¡En Italia se alía con el de Anjou y aquí se alía con los moros! ¡No parará hasta que consiga sus sucios propósitos!

Los castellanos y aragoneses presentes miraban a Jaime con una mezcla de lástima y estupor.

—¿Qué es lo que se cuece aquí?

Nadie respondió. Jaime contempló a Alfonso de Castilla.

—Estoy rodeado de fieras —se lamentó antes de sentarse.

Alfonso tomó asiento a su lado.

—Yo hace tiempo ya que duermo con un ojo abierto.

La guerra contra los musulmanes de Granada y Marruecos estalló un mes más tarde, si bien Alfonso de Castilla logró reprimir las revueltas porque se había preparado a conciencia. Se ensañó con los cabecillas, a quienes mandó ejecutar, y pronto consiguió restaurar el orden, tanto en Murcia como en Sevilla y en otras poblaciones importantes.

Jaime apenas pudo participar en la refriega. Había pedido refuerzos, pero se tropezó con la animadversión de muchos nobles catalanes y aragoneses, tal como le habían profetizado. A duras penas

logró mantener a raya a algunos que habían estado esperando la sublevación mudéjar para sumarse al alboroto general y dirigir su furia contra el rey y el príncipe Pedro.

La confusión era tanta que nadie sabía muy bien quiénes estaban a favor o en contra de quiénes. Nobles, caballeros y prelados rompían antiguos acuerdos, formaban nuevas alianzas, sellaban amistades o juraban muerte al adversario con tanta facilidad y rapidez que no había tiempo para poner orden en aquel laberinto de pasiones desatadas.

—Tengo la sensación de que mi reino es una galera a la deriva —suspiraba el rey.

Jaime no deseaba en absoluto volver a pelearse con sus vasallos. Llevaba toda su vida soportando infidelidades, desafíos, traiciones y desacatos a su autoridad.

Lo que más lo inquietaba era la participación de Fernando Sánchez como cabecilla de aquella revuelta. ¿Sería cierto lo que se decía de él o se trataría solo de un bulo?

Intentó armar una trama de confidentes para saber qué había de verdad o de falso en torno al hijo de Blanca de Antillón, pero no consiguió que nadie lo delatara. Ni amenazas ni ruegos ni sobornos.

El soberano empezó a pensar que las advertencias de su yerno Alfonso y de su hijo Pedro no habían sido más que falsas alarmas.

No tenía ni una sola prueba contra Fernando.

El príncipe Pedro entró seguido de varios de sus hombres de confianza en la cámara donde lo esperaban su padre y varios de sus consejeros.

Jaime estaba de pie, conversando con Arnau de Gurb. Al ver a su hijo ante él, le hizo un gesto al obispo para que se retirara unos pasos. El prelado obedeció.

—¿Me habéis mandado llamar, señor? —preguntó Pedro después de saludar con una leve inclinación de cabeza.

—Así es. Deseo que me expliquéis qué hay de cierto en los rumores que me han llegado desde Tolosa.

—Son ciertos.

—¿Os han ofrecido la corona de Tolosa y la habéis aceptado?

—Juana y Alfonso de Poitiers han muerto y los tolosanos no quieren ni oír hablar de que el condado pase a la Corona de Francia. Pretenden que yo sea su señor. De ese modo, las tierras occitanas volverán a Aragón y la historia restañará sus viejas heridas. ¿Cuál es el problema?

—¿No os dais cuenta? ¡Eso va contra lo que firmamos en Corbeil!

—¡Corbeil fue una afrenta! ¡Todo el mundo lo sabe! ¡Y vos también!

—¡Si aceptáis el condado de Tolosa, provocaréis la guerra directa con Francia!

—¡Francia! —gritó desaforadamente Pedro—. ¡Claro! ¡Francia nos quitó Occitania entera! ¡Nos robó Provenza! ¡A mí me ha privado de Sicilia y Nápoles! ¿Hasta cuándo vamos a soportar la codicia sin freno de los Capetos? ¡Abrid los ojos!

—¡Me da lo mismo lo que digáis! —bramó el rey—. ¡No quiero que aceptéis ser el señor de Tolosa! ¡Os lo prohíbo terminantemente!

Pedro hubiera matado a alguien en aquellos momentos.

—¡Desde hace tiempo no dejáis de prohibirme cosas!

—¡Y vos no dejáis de causarme disgustos!

—¿Puedo retirarme?

—¡Si no me obedecéis, os quitaré la procuraduría general!

Pedro habría soltado una maldición, pero se contuvo a duras penas. Dio media vuelta y salió de la cámara sin pedir permiso.

Pedro llevaba tiempo maquinando la manera de asestar un golpe mortal a su hermano bastardo. Se sentía furioso con su padre, con Fernando Sánchez, con Carlos de Anjou y con el mundo entero. Decidido a zanjar la rivalidad con Fernando por las bravas, logró reunir una importante tropa de hombres con la que partió hacia Antillón. Cuando estaban cerca del lugar, mandó una avanzadilla, que regresó a las pocas horas con noticias.

—Vuestro hermanastro se encuentra en Burjamán.

Muchos de aquellos hombres eran aragoneses y conocían la geografía de la región como la palma de su mano.

—Parece ser que su madre tiene allí una mansión.

—Hay que ir hasta Salillas, a unas tres leguas —explicó Germán de Robres, un caballero del tamaño de un oso—, y luego bajar hasta Burjamán, una legua más al sur.

Pedro alzó la vista hacia el cielo. La tarde languidecía. Calculó que llegar hasta Burjamán les costaría algo menos de una hora.

—Está bien. Vayamos por el monte. Cuanta menos gente nos vea, mejor.

El grupo se puso en marcha al instante y avanzó evitando las aldeas. La idea de Pedro era sorprender a Fernando y acabar con él antes de que pudiera pedir ayuda. Matarlo como a un perro sarnoso. Con estos pensamientos, se le hizo corto el trayecto. Cuando avistaron a lo lejos la población, con el palacete sobresaliendo por encima de los

tejados de las casas, estaba atardeciendo.

Rodearon la aldea sin acercarse a las primeras casas y enseguida llegaron a las puertas del palacete. A un gesto de Pedro, varios de sus soldados se apostaron en los alrededores. Los demás lo escoltaron.

—Si se resiste, golpeadlo y reducidlo, pero no lo matéis —susurró—. Dejádmelo a mí.

Los demás asintieron.

De repente, oyeron una voz desde una de las ventanas.

—¿Quién anda ahí?

Germán de Robres, que estaba junto a Pedro, acababa de sacar la espada.

—Nos han descubierto —susurró.

Pedro desenvainó también la suya.

—¡Abrid la puerta en el nombre del rey de Aragón!

Desde las ventanas se escucharon voces de alarma.

—¿Quiénes sois y qué deseáis?

—¡Abrid o tiraremos la puerta abajo! —gritó Pedro.

Los de dentro obedecieron.

—¿Qué es este alboroto? —inquirió un caballero con la espada en la mano.

—¡Buscamos al barón de Castro!

—¿Quién pregunta por él?

—Soy Pedro de Aragón. ¡Apartaos si no queréis que os rebane el pescuezo!

—Don Fernando no está aquí.

—Eso habrá que verlo. —Pedro se volvió a sus soldados—: ¡Adelante! ¡Si alguien ofrece resistencia, tenéis permiso para matarlo!

Los de la mansión se apartaron temerosos. La guarnición de la casa no sumaba más de quince o veinte hombres. Un número ridículo de defensores para la tropa que acompañaba al príncipe.

Criados, pajes, palafreneros, mozos y hombres de armas que custodiaban la pequeña mansión de don Fernando permanecieron silenciosos e inmóviles mientras los soldados de Pedro registraban el palacio a punta de espada.

Al cabo de una hora de búsqueda infructuosa, Pedro y sus hombres llegaron a la conclusión de que estaban tratando de encontrar un fantasma.

—¿Dónde está don Fernando? —interrogó Pedro al que parecía hallarse al frente de la guarnición, un caballero de gruesos mostachos y expresión atocinada.

—No sabemos. No suele decirnos nada. Se marchó a media tarde.

Aquel hombre no parecía mentir.

—Está bien —admitió—. Cuando lo veáis, decidle que Pedro de Aragón, el príncipe de la corona, lo busca por traidor. Que antes o después tendremos que vernos las caras.

El jefe de la guarnición asintió en silencio.

Unos minutos más tarde, Pedro y su comitiva abandonaron el lugar y salieron de la población envueltos en las sombras del anochecer.

Durante más de media hora, los hombres y mujeres que habitaban la mansión de don Fernando Sánchez de Castro permanecieron en tensión, mirándose unos a otros con temor, sin acabar de fiarse de aquel súbito silencio que se había instalado entre las paredes del palacete.

El caballero del mostacho, cuando consideró pasado el peligro, alzó la voz.

—¡Vamos! ¡Cada uno a lo suyo! ¡El que no esté de guardia, a dormir!

Se volvió hacia uno de los sirvientes y le habló en voz baja.

El criado, un tipo de constitución gruesa, ojos achinados, escaso de pelo y andares zambos, hizo un gesto de asentimiento y partió a cumplir la orden. Alumbrándose con una vela, bajó por la escalera que conducía a la parte baja de la construcción. Al llegar al almacén, lo recibió un tufo de sacos y capazos que contenían grano, algarrobas y forraje para las caballerizas. También había montones de paja. En un rincón abundaban correajes y guarniciones y en la esquina opuesta se veían barriles de vino y tinajas de aceite.

El criado se acercó hasta las tinajas, dejó la palmatoria con la vela encendida sobre una de ellas y apartó otra no sin esfuerzo. Ante él apareció una trampilla adosada a la pared, desatrancó el travesaño que la cruzaba y abrió la portezuela.

—Podéis salir, señor.

Fernando Sánchez y una mujer salieron del interior de aquel refugio.

—¿Se han marchado?

—Hace casi una hora, señor.

El hijo de Blanca de Antillón soltó un bufido de rabia.

—¡Ese hijo de perra no sabe la que le espera!

La mujer temblaba a su lado.

—Abrigaos, Aldonza —le dijo él—. Id arriba y encerraos en la habitación. Aquí hace frío.

—¿Y vos?

—No os preocupéis por mí. Tengo muchos amigos que me

ocultarán hasta que tome una decisión. He de pensar con calma.

—Pero ¿adónde iréis?

Fernando le acarició la mejilla derecha.

—Cuanto menos sepáis, mejor. Si ese perro rabioso regresa, a vos no os hará nada. Solo me busca a mí.

Fernando y Aldonza se besaron.

El hijo bastardo de Jaime se volvió hacia su sirviente.

—¡Acompaña a la señora! ¡Vamos!

Poco después, Fernando Sánchez salía por la puerta de las caballerizas montado en un hermoso corcel negro, junto con media docena de soldados, hacia la oscuridad de la noche. Lo que bullía en su cabeza nadie podía saberlo.

4

Dos semanas más tarde, Jaime recibió una carta de Fernando Sánchez, en la que juraba que él no tenía que ver con la sublevación mudéjar que había sofocado recientemente Alfonso de Castilla ni con Carlos de Anjou. Afirmaba que todas las acusaciones contra su persona carecían de fundamento y que temía por su vida, porque el infante Pedro había intentado asesinarlo. Se despedía diciendo que quería presentarse ante el rey para demostrar su inocencia.

Jaime leyó la carta un par de veces, antes de volver el rostro a sus consejeros.

—¿Qué opináis?

Bernardo de Entenza suspiró.

—Nadie duda de que el joven Fernando es beligerante y arisco, pero hasta ahora no se ha podido demostrar que acaudillara ninguna rebelión.

Asalid carraspeó. El rey le hizo un gesto, dándole permiso para hablar.

—Lo que nos preocupa es el príncipe Pedro. No podemos permitir que vuestros hijos se maten entre sí.

Jaime contempló a Ato, pidiéndole su opinión con la mirada.

—Deberíais escuchar a Fernando —comentó el de Foces—. Todo el mundo tiene derecho a defenderse.

—De acuerdo —asintió—. Citadlo para dentro de una semana. Y exijo que mi hijo Pedro esté presente. Avisadlo.

—Por supuesto, majestad.

Ocho días después Jaime recibió a Fernando Sánchez, que venía acompañado de un pequeño séquito entre los que estaban Pedro Cornel, Ferriz de Lizana y Gonzalo Pérez. El hijo de Blanca de Antillón abandonó su natural arrogancia y se mostró humilde y respetuoso, hizo las reverencias, deseó salud y larga vida al rey y se quedó callado.

El príncipe Pedro estaba sentado al lado de su padre. Su expresión

denotaba el hondo desasosiego que lo embargaba.

—Decidme qué hay de cierto en los rumores que os relacionan con Carlos de Anjou y con la rebelión de los sarracenos de Granada.

—Majestad —dijo Fernando con un tono de voz pausado—, ignoro cuáles son las fuentes que os han informado, pero sabed que ni yo ni mis hombres hemos participado en la rebelión que decís. Baste como prueba de nuestra inocencia el hecho de que ninguno de mis fieles ha abandonado tierras de Aragón en los últimos meses. Podéis preguntar a cualquiera de ellos. Es gente también de vuestra confianza.

Jaime se encaró con los nobles que acompañaban a Fernando.

—Don Pedro, ¿qué tenéis que decir?

Cornel se mesó la larga barba blanca antes de responder.

—Majestad, en Aragón hay cierto malestar desde la toma de Murcia. Muchos nos negamos a participar, pero os dimos nuestras razones. Tampoco quisimos secundaros en esa cruzada que emprendisteis a Tierra Santa y que terminó de forma tan adversa. Pero nunca os mentimos, siempre os dijimos la verdad, y la verdad es que el joven Fernando, al que se le acusa ahora de modo injusto, no tuvo nada que ver con la rebelión sarracena. Creo, con toda humildad, que deberíais absolverlo de cualquier sospecha. No olvidemos que él es uno de los pocos que consiguieron llegar a los Santos Lugares, donde demostró seros fiel.

El príncipe Pedro se puso de pie nervioso.

—Pero no negará que mantiene muy buenas relaciones con Carlos de Anjou.

—No lo niego —admitió Fernando, mirando aviesamente a su hermanastro—. Con motivo de las negociaciones precisamente para concertar vuestra boda tuve que visitar repetidas veces la corte siciliana, y todo siguiendo las órdenes de nuestro padre. Nadie ignora las relaciones de Carlos de Anjou con dicha corte. En el transcurso de aquellas visitas conocí a mucha gente. Formaba parte de mi trabajo como embajador.

—¡Carlos de Anjou es un declarado enemigo de Aragón! —argumentó Pedro—. ¡Fuisteis a negociar mis esponsales, no a aliaros con él!

—Las cosas no son tan simples —se defendió Fernando—. Las alianzas entre las potencias políticas se establecen o se rompen con la misma facilidad con que se cambia uno de calzones.

Algunos sonrieron ante aquella comparación.

—¿Y por qué al volver de Tierra Santa habéis estado tanto tiempo en Sicilia?

—Es cierto. Atraqué en Palermo a nuestro regreso de Acre. La nave

había sufrido daños y no podíamos arriesgarnos a naufragar. Carlos de Anjou nos acogió en su reino, donde permanecimos mientras la galera era reparada y calafateada.

—Estuvisteis más de un mes.

—Los daños eran muchos y graves

El rey lo contempló fijamente a los ojos.

—¿Qué otra relación guardáis con él?

—Ninguna, mi señor. Tan pronto como la embarcación estuvo en condiciones de navegar, regresamos a casa.

—¡No seáis embustero! —protestó Pedro.

—¡Yo sí que podría mostrar mi indignación aquí! —bramó Fernando. De repente, había cambiado su expresión. La sensación de que estaba venciendo en aquel debate le insuflaba ánimos—. ¡Hace varias noches asaltasteis mi palacio en Burjamán con ánimo de matarme!

Todas las miradas se posaron en el infante.

—¡Quería que pagarais por vuestra participación en el levantamiento sarraceno!

—Eso es una excusa. Pretendéis acabar conmigo desde hace tiempo. ¿Con qué autoridad intentasteis sorprenderme en plena noche?

Pedro recordó la fallida emboscada.

—Se os acusaba de conspirador.

—Pero es falso. ¿Me hubierais matado si llegáis a sorprenderme en la cama?

Pedro no respondió. Estaba deseando sacar la daga y clavársela en el pecho a su hermanastro.

—Os dejasteis llevar por el odio —atacó Fernando.

—Sois detestable —bufó Pedro, a punto de perder los papeles—. Además, sé que estáis planeando envenenar al rey…

Todos se quedaron observando a Pedro con una mezcla de sorpresa y terror. Lo que terminaba de decir era demasiado grave.

—¿Cómo os atrevéis? —replicó Fernando—. ¡Exijo una disculpa!

—He oído que maquináis deshaceros del rey, y luego de mí y de mi hermano Jaime. ¡De ese modo, podréis proclamaros soberano!

Fernando echaba fuego por los ojos.

—¡Miserable! ¡Ya no sabéis qué inventar!

—¡Juradlo por las Sagradas Escrituras! ¡Juradlo por la cruz de Cristo!

Jaime estaba espantado presenciando aquella disputa salvaje entre sus hijos.

—¡Silencio! —gritó.

Nadie se atrevió a seguir hablando.

—¡Encerradlos a los dos mientras se calman los ánimos y decido qué hacer con ellos!

Los guardias se llevaron a Pedro y a Fernando, que no mostraron resistencia alguna. Los ministros que habían presenciado la escena estaban atemorizados ante el cariz que tomaban los acontecimientos.

—¡Difícil tarea, majestad! —exclamó Ato de Foces—. ¡Son jóvenes e impulsivos!

—Son jóvenes, pero están llenos de odio y rencor. Ninguno de ellos puede gobernar con tanto veneno. Deben aprender a moderarse.

Jaime lanzó un bufido antes de proseguir.

—Celebraremos Cortes en Lérida. Quiero que todo el mundo dé su parecer. Que mis hijos presenten sus acusaciones y se defiendan. Y que sea lo que decida el consejo.

A pesar de los años, Jaime seguía siendo un seductor empedernido. Las continuas refriegas entre sus hijos, las escaramuzas sarracenas o los conflictos interminables con otras cortes lo mantenían entretenido la mayor parte del tiempo, pero siempre encontraba la oportunidad para asediar a una dama cuando se le presentaba la ocasión.

En la iglesia de Santa María del Pino se celebraba el enlace matrimonial de uno de los vástagos de los Moncada. Jaime y Berenguela asistían a la ceremonia, con toda la pompa real, así como la mayoría de los nobles y caballeros de Cataluña.

Arnau de Gurb oficiaba la misa, acompañado de media docena de párrocos, y desde el coro un enjambre de sacristanes entonaba canciones piadosas.

El rey se pasó la misa entera observando con disimulo a una elegante dama que lucía un vestido rojo con volantes y brocados blancos y adornaba su hermosa cabellera rubia con una diadema. Del cuello pendía un collar en el que brillaban varias piedras preciosas. Estaba al lado del caballero Arnau de Cabrera, que pertenecía a la mesnada real, y de la madre de este, doña Guillerma de Cabrera, que había sido durante años amante del propio soberano.

Era joven y bella. Desde la distancia, Jaime la imaginaba entre sus brazos, etérea y carnal al mismo tiempo, y sentía que la sangre se alborotaba en sus venas.

Cuando terminó la ceremonia, entre el revuelo de los asistentes forzó el encuentro con Arnau de Cabrera.

—Majestad… —Arnau hizo una reverencia.

—Don Arnau… ¡Qué alegría saludaros!

—Majestad, permitidme que os presente a mi esposa, Sibila de

Saga, y a mi madre, doña Guillerma de Cabrera.

Jaime les dedicó a las dos mujeres una sonrisa hechicera. No podía olvidar las veces que había fornicado con Guillerma. Aquella mujer ya demasiado madura que estaba junto a él le había proporcionado unas maravillosas horas de placer, aunque de eso hacía algunos años.

—Es un placer saludarlas, señoras.

El rey contempló a Sibila con descaro y sintió un estremecimiento. Le resultaba imposible no desearla.

—Vuestro esposo es un hombre afortunado.

Luego, le contempló una sonrisa galante a Guillerma de Cabrera.

—Señora, celebro veros tan hermosa como siempre.

Guillerma le devolvió la sonrisa.

—Majestad…

Berenguela Alfonso estaba entretenida saludando a otras damas y Jaime no podía alargar demasiado la conversación.

—Arnau, os felicito. Estáis rodeado de damas distinguidas.

—Gracias, majestad —dijo el caballero con una reverencia gentil.

Esa misma noche, Jaime escribió una nota a Sibila de Saga. La citaba en el salón de embajadores del palacio real el día siguiente por la tarde y le exigía la máxima discreción.

La cámara se encontraba en penumbra. Solo cuatro velas, colocadas en cuatro puntos distantes, esparcían en la estancia una claridad mortecina.

Sibila entró en la sala y a Jaime le pareció que había entrado el sol.

—¿Majestad?

El rey se encaró con el criado.

—Sal fuera y quédate junto a la puerta por si te necesito.

El criado obedeció en silencio.

—Os agradezco la discreción —dijo Jaime, tomando una de las manos femeninas y besándola con delicadeza.

Ella sonrió con coquetería.

—Así que vos sois Sibila de Saga —añadió el rey.

—Para serviros, señor.

—Sois joven para estar casada.

—Así es, majestad. Mi marido, el caballero Arnau de Cabrera, señor de Voltregá, os sirve con lealtad y sumisión absolutas.

Jaime le mostró un pequeño cofre.

—¿Qué es?

—Abridlo.

Sibila abrió el cofrecillo y se quedó maravillada al comprobar lo

que había en su interior: un precioso collar de rubíes.

—¿Debo entender…?

—Exacto. Es un regalo.

Sibila extendió el collar. El color rojo de las joyas lanzaba irisaciones de fuego.

—No sé si debo aceptarlo. Soy una mujer fiel.

—¿A vuestro marido?

—A mi marido… y al rey.

Aquella ambigüedad hizo suspirar a Jaime.

—¿Cómo de fiel?

—No soy capaz de negarle nada a mi esposo.

—¿Y al rey?

Sibila y Jaime se miraron con intensidad.

—Por favor, ponéoslo.

Ella le dedicó al rey una sonrisa enigmática mientras obedecía. El collar rojo sobre la piel blanca de su cuello le concedía atributos de emperatriz.

—No me habéis respondido —recordó él.

Sibila frunció el entrecejo con aire inocente.

—No comprendo.

—¿Seríais capaz de negarle algo a vuestro soberano?

Sibila sonrió maliciosamente.

—Espero que mi soberano no me pida ninguna locura.

Jaime la observó sin prisa a la trémula luz de las llamas.

—¿Y si tal hiciera?

La joven fingió adoptar un aire de recato que estaba muy lejos de sentir.

—Os ruego que no me pongáis en esa encrucijada, porque ni yo misma sé lo que podría suceder…

Jaime entrecerró los ojos y sonrió con ademán galante.

—¡Soy vuestro más rendido admirador!

Ella se dejó querer durante unos interminables segundos. Luego, simuló un gesto atribulado.

—Creo que mi marido me estará echando en falta, majestad.

—Por supuesto —replicó el rey.

Jaime sabía que no convenía intentar asaltar la fortaleza el primer día. Los asedios de las principales ciudades eran lentos y costosos, pero la recompensa siempre valía la pena.

Jaime había concedido una tregua de un año para que las hostilidades entre el príncipe Pedro y su hermanastro Fernando Sánchez se

aplacaran. Les había pedido a los dos comedimiento y mano izquierda. El monarca no estaba seguro de conseguir que las aguas se calmaran porque ambos eran beligerantes e imprudentes, pero confiaba en que el tiempo corriera en su ayuda.

Entretanto, y a pesar de las reticencias de Pedro, agraviado al verse desprovisto de la procuraduría del reino, padre e hijo intentaban regresar a la normalidad.

De momento, los apremiaba un problema en Occitania. Jaime se hizo acompañar de un importante contingente de hombres de armas y consejeros, entre los que figuraba también la propia Berenguela Alfonso. Nadie desconocía las relaciones que el rey mantenía con la que era sobrina nieta de su primera esposa, pero todo el mundo aceptaba las decisiones del monarca, sobre todo en lo tocante a cuestiones amorosas.

Berenguela Alfonso había logrado que Jaime le asegurara un futuro decoroso, haciéndole entrega de los castillos y villas de Tárbena, Aixa, Algar, Illa y Callosa, además de rahales, tierras y alquerías de las zonas vecinas. Se sentía protegida y hasta cierto punto actuaba como si fuera una auténtica reina. Sin embargo, no ignoraba que el rey no le era fiel, pues las malas lenguas decían que jamás había guardado fidelidad a ninguna de sus esposas o amantes. En los últimos días había rumores según los cuales el monarca se acostaba con la esposa de uno de los caballeros de su propia guardia. Lo que hubiera de verdad en aquellas habladurías a ella la tenía sin cuidado.

Descansaron unos días en Montpellier a principios de mayo y enseguida reanudaron su camino. El rey francés los esperaba en Aviñón, a donde llegaron un par de días más tarde, después de hacer noche en Nimes.

Felipe recibió al soberano de Aragón acompañado de sus cuatro hijos, los vástagos de la desafortunada Isabel. Al ver a sus nietos, Jaime sintió una punzada de tristeza. Se decía que el nuevo rey Capeto pronto se iba a volver a casar. ¿Qué podía hacer un soberano de veintisiete años, con cuatro hijos, y un reino inmenso bajo su cetro?

El Atrevido era un hombre de ademanes regios, quizás demasiado pagado de sí mismo, que hablaba escuchándose. Después de interesarse por la salud de Jaime y por la marcha de los reinos hispánicos, centró la conversación en lo que a él le convenía.

—Necesito que aclaremos cuál es vuestra relación con el conde de Foix.

Jaime se había sentado frente al francés. Los dos hijos de Violante lo flanqueaban. Pedro, a la derecha. Jaime, a la izquierda.

—Tengo buenas relaciones con Roger de Foix —recordó el rey aragonés—. Su padre y el mío fueron amigos.

—Lo sé. Y me gustaría conocer vuestra opinión sobre un asunto.

—Decid.

—El conde se ha rebelado contra mí con el pretexto de que he ocupado parte de sus dominios.

El monarca iba a preguntar si eran ciertas las acusaciones, aunque prefirió guardar silencio. Felipe se alzó de hombros, como si lo que estuviera diciendo careciera de importancia.

—Mis hombres han tomado posesión de Mazères, Lézat, Pamiers y Saverdun. Esos territorios pertenecían al ducado de Aquitania, del que soy legítimo heredero.

Jaime sabía que lo que argumentaba el rey Felipe había ocurrido tres siglos atrás, pero después las cosas habían cambiado. El ducado fue absorbido por el condado de Tolosa y más tarde por el de Carcasona. Ahora, el dueño de aquellas tierras era Roger IV, el heredero de los viejos condes de Foix.

—Quiero que os mantengáis neutral —le pidió el Atrevido.

—¿Neutral? —protestó Jaime—. Sabéis que tengo un acuerdo con el conde y que en caso de sufrir un ataque mi obligación es apoyarlo.

—Pero también tenéis un acuerdo conmigo —señaló el francés—. Vos no os metéis conmigo y yo no me meto con vos.

El rey miró a su hijo Pedro, cuyo rostro reflejaba tensión. Era evidente que no le gustaba lo que estaba oyendo. El honor lo obligaba a rebelarse. Si Felipe había invadido injustamente los territorios de Foix, alguien debía pararle los pies.

—Os ruego que os retiréis de las villas —pidió Jaime sin alterarse —. Si lo hacéis sin violencia y de buena voluntad, estaré en deuda con vos.

Felipe arrugó el entrecejo. Se quedó observando al aragonés con cierta suspicacia.

—Sabía que os incomodaría la noticia.

—Soy un hombre de honor —recordó Jaime—. Le prometí a Roger ayudarlo y es lo que estoy intentando. Y os ayudaré a vos si alguna vez necesitáis de mí.

El Atrevido sonrió.

—¿Os quedaréis mucho tiempo con nosotros?

El monarca hizo un gesto ambiguo.

—Me encantará pasar unos días con mis nietos. Además, Aviñón es una ciudad maravillosa. Aprovecharé para pasear por su campiña. Podemos cazar juntos.

—Es una idea magnífica.

Una semana después, Jaime y su séquito abandonaron la corte del rey Capeto, no sin antes asegurarse de que el Atrevido haría las paces con el conde de Foix.

El cortejo real dejó atrás Nimes, permaneció en Montpellier un par de días y siguió su camino hacia el sur. Luego pasó por Béziers, la ciudad que, a pesar de los años transcurridos, la gente continuaba llamando la Cueva del Diablo, en recuerdo de los pobres cátaros que fueron quemados vivos dentro de sus murallas.

Tan pronto como llegaron a Narbona, Berenguela Alfonso comenzó a sentirse mal. Daniel Molnar, el viejo médico, la examinó atentamente durante un buen rato y salió de la cámara con aire preocupado.

El rey estaba pendiente de sus palabras.

—¿Qué le ocurre?

Molnar había envejecido. Tenía el rostro lleno de arrugas y una expresión permanente de fatiga. Se secó la frente con un lienzo.

—Ha debido de beber aguas sucias. La fiebre es muy alta.

—¿Cómo puede ser eso?

—Es verano, señor.

Ambos entraron de nuevo en la tienda. Berenguela estaba tendida sobre el lecho, sudando y retorciéndose de dolor. Cuando el judío le presionaba en el abdomen, lanzaba unos terribles alaridos.

—Quizás es el mal del costado —aventuró Molnar.

—¿Qué podemos hacer?

—De momento, rezar, mi señor.

El judío ordenó que le colocaran paños de agua fría en la frente.

Jaime le cogió la mano a Berenguela. Estaba ardiendo. Su rostro iba de Berenguela a Daniel Molnar.

—El mal del costado no perdona, majestad —suspiró Molnar.

La reina comenzó a sufrir taquicardias.

—Si no baja la fiebre… —musitó el judío; y dejó la frase sin acabar.

Volvió a poner sus dedos sobre el abdomen de la mujer y palpó con suavidad.

—¡Aaaaah!

Berenguela perdió el conocimiento poco después y esa misma noche falleció.

La enterraron en Narbona dos días más tarde.

5

La inesperada muerte de Berenguela Alfonso en el verano de 1272, cuando el rey contaba ya sesenta y cuatro años, abrió un mundo de posibilidades infinitas a Sibila de Saga, que vio llegado el momento de convertirse en reina.

Sibila era de carácter fuerte y, a pesar de la juventud que atesoraba, dominaba completamente a su marido, por lo que no tardó en convencerlo de que los cuernos se podían llevar con dignidad si los beneficios valían la pena.

La suegra, Guillerma de Cabrera, le habló sin rodeos.

—No os hagáis ilusiones —le dijo al enterarse de que su nuera se había convertido en el nuevo juguete erótico del soberano—. El rey no respeta a ninguna mujer. No respetó ni siquiera a Violante. Cuando se canse de vos, os tirará a la basura como ha hecho con todas.

—¿Lo decís por vos?

Guillerma se preguntó cómo se habría enterado su nuera de sus aventuras con el rey, pues ella había llevado siempre con el máximo sigilo aquella relación. Pensó que la vida cortesana era un río de chismes y cotilleos, y que en realidad nada de lo que pasaba entre sus muros podía permanecer en secreto. Demasiados criados, sirvientes, mozos, doncellas, damas de compañía o guardias. Los amores del monarca no tenían secretos para nadie.

—¿Y qué si así fuera? —preguntó displicente Guillerma de Cabrera.

—¿Ya estáis en la basura? —atacó Sibila con intención de hacer daño.

—Sois despreciable.

—Tened cuidado con lo que decís —le espetó a la suegra—. Jaime comerá de mi mano y puedo ser muy cruel con aquellos que me disgusten.

Guillerma de Cabrera salió de la sala sin despedirse. Sibila se sentó ante el espejo y se miró satisfecha. Era tremendamente bella y lo sabía.

—¡Peinadme! —exigió a la doncella.

La doncella, una joven de catorce años, comenzó a pasar el peine

por la larga cabellera en silencio.

A los pocos minutos entró Arnau de Cabrera hecho una furia.

—¿Qué le habéis dicho a mi madre, que está llorando?

—Nada que no sea verdad.

—¡Deberíais respetarla! ¡Es vuestra suegra y merece consideración!

—Yo no respeto a quien no me respeta.

Arnau de Cabrera fue a replicar, pero antes le pidió a la doncella que saliera del cuarto. La joven hizo una leve reverencia y salió sin decir palabra. Cuando se quedaron solos, el marido volvió a la carga.

—¿Se trata del rey?

—Es posible.

Arnau la agarró con fuerza y la obligó a ponerse de pie.

—¡Sois una furcia!

Sibila le soltó una bofetada.

El esposo levantó el puño para golpearla, pero Sibila lo atajó con una mirada cargada de desprecio.

—Si me tocáis, sois hombre muerto.

Arnau se quedó con el brazo levantado, midiendo sus opciones.

—Basta que yo le diga al rey que me habéis pegado para que mande cortaros la cabeza. Y lo sabéis.

El hombre dudó. Finalmente, se derrumbó sobre una silla y rompió a llorar como un niño.

Sibila lo dejó desahogarse.

—Sois un estúpido —le recriminó al cabo de un par de minutos de gimoteos—. No hay una sola mujer que no desee estar en mi lugar.

—Yo no puedo soportar que seáis la amante del rey —imploró él entre gemidos—. Os amo con todo mi corazón.

—Lo mío con Jaime no tiene nada que ver con el amor… —cortó Sibila; y estuvo a punto de decir «ni lo mío con vos», pero se calló—. Calculad los enormes beneficios que podemos obtener.

El esposo se limpió los ojos y se quedó observándola desconsolado.

—No me gusta que os acostéis con otro hombre, aunque sea el rey.

—Pues tendréis que acostumbraros. Quiero ser rica y poderosa, y no desaprovecharé esta oportunidad. —Lo miró sin ocultar el desprecio que sentía por él—. Y otra cosa. Decid a vuestra madre que no vuelva a desafiarme. Si lo hace, ordenaré que la despedacen y tiren los trozos a los cerdos.

Arnau la contempló aterrado.

—Y ahora salid. He de peinarme.

Jaime y Fernando Sánchez se vieron en Teruel. El de Castro acudió a

la cita acompañado de un importante cortejo de nobles y caballeros. El rey no tardó en advertir que se comportaba del mismo modo que un caudillo, pues daba órdenes y todos obedecían sin rechistar.

Fernando no ignoraba que no estaba en disposición de enfrentarse al príncipe Pedro, y mucho menos al monarca, pero nadie podía quitarle de la cabeza que él llevaba sangre real. Su madre, Blanca de Antillón, lo había instruido siempre para que no renunciara a sus derechos políticos. Alentado por los consejos maternos, se dedicaba a comprar la sumisión de los ricoshombres aragoneses, a quienes prometía privilegios para cuando llegara el día de su entronización.

—¡Majestad!, ¡me complace mucho saludaros! —Fernando hizo una reverencia, hincó la rodilla derecha en el suelo y se quedó con la mirada clavada en el bosque que se extendía media legua al sur—. Espero que la salud os acompañe.

Jaime estaba con algunos de sus leales asesores.

—Demos un paseo a solas.

Fernando volvió los ojos hacia sus hombres. Nadie movió un músculo de la cara.

—De acuerdo.

El rey y su hijo se alejaron unos pasos conversando sobre cosas triviales. Cuando se hubieron alejado lo suficiente, el monarca se detuvo.

—Decidme: ¿cómo está vuestra madre?

El joven tenía un rostro agraciado. Al reír se le formaban hoyuelos en las mejillas.

—Bien. Retirada en su casa de Antillón.

—Confío en que no le falte de nada.

—Descuidad.

Jaime no olvidaba sus amores con Blanca. La relación que mantuvo con ella años atrás le había proporcionado momentos de máxima felicidad. De ello hacía demasiado tiempo, y desde entonces habían ocurrido muchas cosas.

—Quiero agradeceros la defensa que habéis hecho de mis derechos —dijo de repente Fernando.

El rey sonrió.

—Sois hijo mío, y eso nadie lo puede cambiar. Por ello he tratado y trataré siempre de ayudaros. A vos y a vuestra madre.

Fernando se mantuvo firme. Jaime lo contempló con afecto.

—Recuerdo cuando erais un niño, alegre y revoltoso como un cervatillo. Una vez me vencisteis con una espada de madera. Me disteis aquí. —El monarca se señaló el pecho y sonrió—. Siempre supe que seríais un excelente guerrero.

Fernando hizo una mueca que pretendía ser una sonrisa.

—Escuchad. —El rey se puso serio de pronto—. Quiero que hagáis las paces con Pedro. Es el legítimo heredero a la corona y no toleraré que os peleéis.

Fernando entrecerró los ojos.

—Es cierto que intentó asesinarme en Burjamán. Hay testigos.

—No voy a investigar quién de los dos arrojó la primera piedra. Si empiezo a remover los escombros, puedo encontrar el infierno, pues tanto vos como él tendréis cosas de las que avergonzaros. No toleraré más pendencias entre vosotros.

Fernando fue a replicar, pero su instinto político le aconsejó que se mostrara sumiso. Al menos, le convenía hacer creer a Jaime que estaba de acuerdo. Luego, lo que tuviera que suceder más adelante ya se vería.

—De acuerdo. Por mi parte estoy dispuesto a firmar las paces.

El rey alzó los ojos y contempló el paisaje que los rodeaba. Tierras yermas, montes pelados, un bosquecillo en los alrededores de un barranco, las lomas grises de la sierra. Por el cielo volaban pájaros oscuros. Bajó la mirada y la posó en el rostro de su hijo.

—¡Vayamos a comer algo! —propuso Jaime—. ¡Me están haciendo falta un trago de vino y unas buenas tajadas de carne!

Durante varios meses, el príncipe Pedro vagó de un lugar a otro como un alma errante. Parecía que huía de sí mismo. Su mujer, Constanza, que ya había engendrado cinco hijos y estaba embarazada nuevamente, languidecía en Lérida.

Pedro cabalgaba buscando alianzas y combatiendo a quienes se enfrentaban a él o a su padre, y obligaba a los nobles, ricoshombres, caballeros y obispos a tomar partido. «Si no estáis conmigo, estáis contra mí», solía decirles. Sabía que su padre ya era viejo, y que pronto él asumiría el mando del reino y cuando ciñera la corona no tendría piedad con quienes le habían dado la espalda.

Eran muchísimos los que lo apoyaban. Veían en él al futuro rey, menos tolerante que su padre y mucho más tormentoso. Pedro inspiraba temor y respeto, y lo preferían a él porque detestaba a los jueces y notarios tanto como ellos, y defendía que había que volver a los antiguos fueros y tradiciones de Aragón. Además, con él en el trono, los Capetos no podrían dormir tranquilos. Tampoco los musulmanes. Sí. Jaime el Conquistador no tardaría mucho en morir, y entonces sería conveniente haber estado de parte de Pedro, pensaba la mayoría.

Alberto Lavaina, el jurista Tomás de Junqueras y Jaime Sarroca fueron a saludarlo en su palacio de Lérida.

Constanza y Pedro los recibieron en el salón del este, que gozaba de una enorme balconada orientada a los bosques de pinos y abetos que se extendían en dirección a Barcelona.

—Vuestro padre anda enojado con vos —comenzó diciendo Tomás de Junqueras.

—No es ninguna noticia —replicó Pedro.

—Sabemos que está pensando despojaros de los feudos que tenéis en Aragón y Cataluña.

Pedro creyó que no había escuchado bien.

—¡No hará tal cosa!

Jaime Sarroca era joven, pero gozaba del respeto y de la admiración general por su prudencia y su sentido común.

—Alteza, sería conveniente que dejarais de presionar a unos y a otros. La gente está furiosa a causa de vuestra actitud beligerante.

—¿Quiénes están furiosos?

—¿Quiénes? —repitió Sarroca sin alterarse—. Pues todo el mundo: el arzobispo de Tarragona, Bernat de Olivella, el de Barcelona, Arnau de Gurb, el de Valencia, Andreu de Albalat, nobles aragoneses como los Cornel, los Lizana, los Urrea, los Luna, o los catalanes como los Puig, los Cervera, los Cardona o los Moncada… Vamos, todo el reino.

Constanza no solía meterse nunca en asuntos de Estado, pues a Pedro no le gustaba que una mujer le dijera lo que tenía o no tenía que hacer; sin embargo, en esta ocasión se atrevió a hablar.

—Os lo he dicho. Haced las paces con vuestro hermanastro y con vuestro padre de una vez. Disfrutaréis de paz y gobernaréis sin problemas.

Pedro contempló a su mujer con una mezcla de rabia y fatal resignación.

—Vuestra esposa tiene razón —indicó Lavaina—. Fernando Sánchez ha dicho en público que está dispuesto a someterse a vos.

Pedro rio desdeñoso.

—No puedo fiarme de esa hiena.

—Pues, si lo hacéis, os ahorraréis muchos quebraderos de cabeza —aconsejó Jaime Sarroca.

Pedro miró a su hermanastro con simpatía. Sarroca era inteligente y humilde al mismo tiempo. Sabía que podía confiar ciegamente en él, porque jamás lo traicionaría.

—Vuestro padre anda por el sur, pasando revista a las guarniciones —recordó Junqueras—. Hemos venido a parlamentar con vos de parte de don Bernardo de Entenza, que piensa lo mismo que nosotros.

—Y yo os agradezco el detalle.

—Veréis, alteza —explicó Jaime Sarroca—, sabemos cuánto amáis a vuestro padre, a quien todos debemos cuanto tenemos. Pero el rey camina hacia la ancianidad, esa edad en la que un hombre ha de ponerse en paz consigo mismo, con los demás y, en especial, con Dios… —Sarroca hizo una pequeñísima pausa, que nadie interrumpió—. Sería un gesto de piedad filial que vuestro padre agradecería. Marchad al sur, hablad con él, reconciliaos antes de que sea demasiado tarde.

—¿Qué queréis decir? ¿Demasiado tarde para qué?

—Alteza, la salud de un hombre de sesenta y muchos años no es la salud de un muchacho. Mostrad generosidad y hacedle ver al rey que sois el príncipe que este reino necesita.

—¿Acaso lo dudáis?

—No se trata de eso, alteza —replicó enseguida Sarroca, temiendo que sus palabras fueran malinterpretadas por Pedro, siempre colérico—. Nadie duda de vuestras excelencias, pero sería un buen golpe para aquellos que dudan y desean el mal para la Corona el comprobar que el rey y el príncipe son uña y carne, y reman en la misma dirección.

Pedro se quedó meditando aquellas palabras. Luego examinó a Jaime Sarroca, su hermanastro. Era tan sencillo y humilde que no podía despertar jamás el recelo.

—Vuestro padre admira a quienes empuñan la espada con bizarría, a los que mantienen su palabra, a los que mueren por una idea, a los nobles de corazón, cierto, pero también admira a los que saben pedir disculpas cuando han cometido algún error. Si me permitís el comentario, yo creo, al igual que vuestro padre, que un hombre que pide perdón demuestra tener un enorme valor. No todo el mundo es capaz de ello.

Pedro miró a su esposa, que asintió con un gesto apenas perceptible.

—De acuerdo —aprobó Pedro tras unos segundos de vacilación—. Iré a ver a mi padre al sur. ¿Por dónde anda exactamente?

—Lo encontraréis por Alzira o Xátiva, señor —dijo Lavaina—. Le gusta aquella tierra.

—¿Y a quién no?

Jaime estaba en el salón principal del castillo de Xátiva en compañía de Asalid de Gúdar, Bernardo de Entenza, Pedro de Queralt y Ato de Foces. Se sentía especialmente cómodo allí. A través de las ventanas podía admirar el valle poblado de huertas y alquerías.

Tras ser anunciado por uno de los guardias, el infante entró seguido de un gran séquito de hombres.

El rey se puso de pie al ver al príncipe y a su corte.

—¡Hijo! ¡Qué alegría!

Pedro inclinó la cabeza.

—¡Señor!

—¿Cómo está Constanza?

—¡Bien! ¡Os manda saludos!

—Me complace veros aquí.

—¿Qué tal andan las cosas por esta tierra?

—Ya sabéis que hay que fortalecer continuamente las guarniciones y las villas. Llevo semanas cabalgando de un lado a otro. Creo que estaré aquí unos días descansando.

—Siempre os gustó Xátiva.

Jaime asintió. A su mente regresó inesperadamente el rostro de su amigo Jimeno Pérez de Arenoso, el hombre con el que había compartido tantas aventuras en aquellas tierras. Sintió una punzada de tristeza al recordar al amigo muerto, al consejero inteligente, al compañero de batallas. La voz de su hijo lo rescató de las telarañas de la nostalgia.

—Señor —dijo Pedro con el semblante serio—, he venido porque creo que necesitamos conversar.

El rey cabeceó.

—Así es, pero no hoy. Esta noche cenaremos junto al fuego y disfrutaremos de la música. Estamos rodeados de buenos amigos. Mañana tendremos tiempo de cambiar impresiones.

—No, padre. Prefiero que sea ahora. Y todos estos hombres que nos ven y escuchan serán testigos de mis palabras.

El rey frunció el ceño.

—Pues hablad sin rodeos.

—No tengo pruebas fehacientes contra Fernando, pero hay quienes pueden asegurar que está conspirando contra vos y que planea envenenaros. En cuanto a mí, ¿qué queréis que os diga, padre? Todo el mundo sabe que me odia porque desea el reino para sí.

—Sin pruebas no podemos acusar a nadie.

—Quiero que conozcáis el testimonio de tres personas que merecen vuestro crédito.

Jaime aguardó, presa de la curiosidad. Pedro se volvió hacia los que habían entrado con él y señaló a tres de ellos.

—Supongo que podréis confiar en lo que atestigüen Valverde, Villanueva y Junqueras. Conocéis a estos hombres y sabéis que jamás os engañarían.

El rey estaba seguro de la fidelidad de estos hombres. Se hallaban a sus órdenes desde siempre, y los tres habían demostrado que eran personas de honor.

—Majestad —intervino Nicolás de Valverde—, nosotros solo podemos afirmar lo que hemos visto y oído, y es que el barón de Castro anda buscando alianzas y respaldo militar para una posible sublevación.

—¿Cómo es eso?

—Ha conseguido que lo apoyen quienes hasta ayer mismo os eran fieles.

—¿Quiénes?

—Ferriz de Lizana, Galcerán de Hostoles o Pedro Maza, por ejemplo. Pero son muchos más.

Jaime abrió los ojos aterrado.

—Se han conjurado bajo el mando de Fernando Sánchez para hacerse con el poder.

—Pero ¿por qué?

—Están descontentos, majestad —intervino Tomás de Junqueras—. Todo comenzó con la conquista de Valencia. Se sintieron frustrados porque conquistasteis las tierras de Zayyán para vos, no para Aragón. Habéis implantado fueros y leyes distintas. Valencia no es una prolongación de Aragón y no se reconocen sus privilegios. Lo de Murcia fue la gota que colmó el vaso. Todavía no entienden para qué se luchó a favor de la Corona castellana. Muchos no lo perdonan. Por no hablar del Tratado de Corbeil.

Jaime tomó asiento en un banco.

—¿Y qué es lo que quieren?

—Si el rey muriera, las cosas serían más fáciles para todos ellos —dijo Villanueva—. Pero, en tal caso, las vidas de vuestros hijos Pedro y Jaime correrían peligro.

—Eso es diabólico.

—Así es, señor.

—¿Hay pruebas fidedignas?

—Fernando no es tonto, majestad —volvió a hablar Tomás de Junqueras—. Sabe que las palabras se las lleva el viento, y lo que no ha sido escrito no constituye una prueba. Negará cualquier acusación aunque lo torturéis.

—¿Y Cataluña? —preguntó abatido el rey—. ¿Cómo está allí la situación?

—Solo podéis fiaros de los Moncada y los Berga —recordó Valverde sin vacilar—. Folch de Cardona, Josep de Pallarés, Bernat de Orriols, Jofre de Rocabertí o Hugo de Ampurias están también con Fernando.

—Deberíais guardaros de él, majestad —terció Villanueva—. O lo amarráis corto o algún día nos dará un disgusto a todos.

—En Aragón hay gente que se mantiene fiel a vos por el momento —añadió Valverde, después de atusarse el bigotillo; y antes de que le preguntaran apuntó—: Los Luna, los Alagón o los Cornel, por ejemplo, no dudarían en empuñar sus armas para defenderos.

Jaime se quedó mirando las losas del suelo. Eran rojas y tenían motivos florales muy discretos. Nunca se había fijado en aquel detalle.

—Hay más, señor —agregó Pedro.

El rey alzó los ojos y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Más aún?

—¿Conocéis a Ruiz Jiménez?

Uno de los que habían entrado con el infante dio un paso al frente e inclinó la cabeza. Era un sacerdote.

—Majestad…

—Ruiz Jiménez oficia en una parroquia de Huesca. Está emparentado con los Urrea, pero su fidelidad a mi persona no admite duda. Baste deciros que es uno de mis confesores espirituales de mayor confianza.

—Y supongo que tenéis algo que contarme —espetó el rey al sacerdote.

—Con todos mis respetos, majestad, estoy preocupado y no quisiera que ocurriera una desgracia por mi silencio. No ignoro que un hombre puede pecar por omisión.

—Decidme.

—Señor, he servido a vuestros hijos Pedro y Jaime durante años. Los conozco bien. Pedro es un buen hijo, majestad. Cuanto os haya dicho de Fernando Sánchez responde a la verdad. —Sacó un crucifijo del interior del hábito y lo besó—. A Jesús pongo por testigo de lo que voy a decir. Fernando Sánchez pagó a un criado para envenenar a Pedro…

El rey abrió unos ojos como platos.

—¿Cómo habéis dicho?

—Le pagó una fuerte cantidad de dinero…, lo sé porque el criado no fue capaz de cumplir el encargo y vino a contármelo al día siguiente, pues creía que estaba en pecado mortal y, lo peor, sospechaba que iban a matarlo para no dejar pruebas. Le aconsejé que escapara… Pobre hombre… Intentó huir esa misma noche, pero los soldados de Fernando Sánchez lo detuvieron y acabaron con su vida.

—¿Alguien más sabe todo eso?

—Señor, he considerado mi deber poneros sobre aviso. Creo que el infante Pedro será un rey excelente algún día, como vos lo sois. Los

que conocen esta historia se han alineado con Fernando Sánchez y no revelarán la verdad a menos que los torturéis.

Durante unos instantes nadie interrumpió las reflexiones del rey. Jaime alzó los ojos del suelo y los posó en su hijo.

—No sé qué decir. Desde que tengo conciencia no he hecho otra cosa que pelear contra todo el mundo.

De pronto, Pedro hincó una rodilla en el suelo y agachó la cabeza.

—Señor, os ruego que me perdonéis por todas las faltas que he cometido contra vos y contra la corona. Siento un hondísimo dolor por nuestras desavenencias, por los quebrantos que os he causado, y estoy dispuesto a sufrir la penitencia que me impongáis. Como buen hijo y buen vasallo la cumpliré sin rechistar.

Ante el pasmo de los presentes, Pedro inclinó aún más la cabeza hasta tocar con su cara los zapatos de su padre.

—Perdón, señor —imploró.

Jaime estaba tan emocionado que no pudo evitar que le cayeran unas lágrimas. Se inclinó y, ayudándolo a levantarse, obligó al príncipe a abandonar aquella postura humillante.

—¡Os perdono de corazón, hijo mío!

El monarca abrió los brazos y Pedro extendió también los suyos. Ambos se fundieron en un fuerte abrazo.

Los consejeros del rey y del infante observaban atónitos la escena.

—No quiero que hoy sea día de tristeza, sino de alegría —exclamó Jaime con resolución—. Ordenaremos a los sirvientes que preparen una copiosa cena y saquen el mejor vino que hay en las bodegas del castillo.

6

Estaba alojado en el palacio que él llamaba «del olivo» en Alzira cuando recibió una extraña embajada encabezada por un dominico de pelo rizado y manos velludas, que le entregó una carta con el sello papal.

—Majestad, venimos desde Barcelona. El obispo Arnau de Gurb pensó que la carta tenía que llegar a vuestras manos cuanto antes.

—¿Cómo está mi querido amigo?

—Anda triste estos días, como Ramón de Rocafort.

—¿Qué les ocurre?

El dominico puso cara de circunstancias.

—Ha muerto un gran amigo suyo, un tal Tomás de Aquino.

—He oído hablar de él.

—Un hombre excelente, que Dios tenga en su gloria.

Jaime miró la carta que el dominico le había entregado. Rompió el lacre y desplegó el papel. Leyó en silencio mientras todos permanecían atentos a sus gestos.

Cuando terminó, se quedó con una expresión ausente, la boca curvada en una media sonrisa, los ojos entrecerrados.

—¿Buenas o malas noticias, majestad? —preguntó Bernardo de Entenza.

—Creo que vamos a tener que ir a Lyon.

Todos fruncieron el ceño.

—¿Qué ha ocurrido? —se atrevió a inquirir Beltrán de Villanueva.

—Gregorio X me invita al concilio que está preparando. Me pide consejo y ayuda.

Bernardo de Entenza ya era gato viejo y no se fiaba de las dulces palabras de los pontífices, que solían esconder las verdaderas intenciones, casi siempre aviesas.

—¿Y no hay nada más?

—Por supuesto —asintió—. El santo padre aprovecha para recordarme algunas cosas que le disgustan.

Ato de Foces se atusó la perilla.

—Ya me extrañaba a mí…

Jaime no hizo caso de la ironía. Se puso de pie y comenzó a pasear con la carta en la mano.

—El sumo pontífice no ve con buenos ojos la doble alianza de Aragón y Castilla. No ha olvidado la vinculación de mi yerno Alfonso con los Hohenstaufen ni la boda de mi hijo Pedro con Constanza de Sicilia.

—¡No me extraña nada de lo que dice! —exclamó Bernardo de Entenza, más alterado de lo que en él era habitual—. ¿No os ha recordado en esa carta que él sigue siendo aliado de Carlos de Anjou, su verdadero brazo armado?

—Vuestro hijo Pedro tiene motivos para estar enfadado con ese asunto —intervino Beltrán de Villanueva—. Carlos de Anjou le ha arrebatado Sicilia con el beneplácito del papa y, además, no olvidemos que el infante castellano Enrique y la esposa y el hijo de Manfredo continúan encerrados en sus mazmorras.

—¡Es evidente que el santo padre prefiere a los Capetos antes que a los aragoneses o castellanos! —denunció Bernardo de Entenza.

—¡Señores! ¡Por favor! —clamó Jaime con la carta en alto.

Todos guardaron silencio.

—No olvidamos quiénes somos, quiénes están con nosotros o contra nosotros. Y sabemos lo que ha hecho siempre Roma. —Jaime volvió a tomar asiento—. Pero la Iglesia católica no es solo Roma. Aragón tiene muchos prelados que disienten hondamente de lo que se cuece en la Santa Sede. No podemos rechazar la propuesta de ir a Lyon.

—Un concilio siempre es un acontecimiento especial —proclamó el fraile dominico—. Y, si el santo padre os ha invitado, acudid.

Jaime puso la mano en el hombro de Bernardo de Entenza.

—Preparadlo todo. Mañana a primera hora partiremos hacia el norte.

Dos meses tardó el rey en cruzar la distancia que mediaba entre Alzira y Montpellier. Aprovechando la bonanza de la primavera, hizo escalas en varias ciudades. Después de mucho tiempo, parecía que el reino respiraba paz y prosperidad. Los ríos bajaban crecidos de las montañas, y los campos y los bosques rebosaban de verdor. Jaime era feliz junto a Sibila de Saga, que había decidido acompañarlo a todas partes.

Cuando arribó a la ciudad de Viena, junto al Ródano, le llegó una nueva carta del papa, en la que le rogaba que aguardara en San Sinforino, una aldea a escasas tres leguas de Lyon, bajo el pretexto de que quería preparar un recibimiento por todo lo alto, como merecía

un rey de su importancia.

Jaime sintió tocada su vanidad, pero Bernardo de Entenza lo bajó de las nubes.

—No os confiéis, majestad. Esas palabras están aliñadas con veneno.

El rey contempló a su fiel consejero con expresión divertida.

—¡Don Bernardo, no seáis tan suspicaz!

—¡No he conocido a ningún papa que no mire por sus propios intereses! ¡Y os recuerdo que los intereses de esos papas a los que me refiero nunca o casi nunca han coincidido con los nuestros!

Jaime estaba tan contento que no podía sospechar nada malo en aquellos momentos.

San Sinforino era una aldea de casas arracimadas sin orden ni concierto junto a un riachuelo. Las mieses maduras oleaban mecidas por el viento bajo el sol del mediodía y cientos de árboles crecían aquí y allá, formando bellas umbrías. Mientras esperaban, muchos de sus hombres se tumbaron a la sombra o se bañaron en el río.

El sábado, primer día de mayo, Jaime y su cortejo entraron en Lyon entre aclamaciones. Una multitud enardecida en la que no faltaban obispos, cardenales, nobles, caballeros y gentes diversas habían salido a la calle para recibir a quien ya se conocía como el verdadero paladín de la cristiandad.

—¡Viva Jaime el Conquistador!

Había tanta gente por las calles que la comitiva del rey aragonés tardó la mañana entera en recorrer la legua y media que había desde la entrada de la villa hasta el palacio donde aguardaba el papa.

Cuando por fin Jaime y su séquito llegaron a las puertas del palacio papal, vieron admirados que había salido a recibirlos con toda pompa un comité multitudinario.

—¡Bienvenido a Lyon, majestad! —lo saludó el maestre del Temple de Ultramar.

Jaime bajó del caballo entre gritos de fervor y saludó al maestre y a los ricoshombres que lo acompañaban. Después entró en palacio. Gregorio X, que lo esperaba sentado en su trono, en el coro, se puso de pie.

El monarca aragonés hizo amago de inclinar la cabeza en señal de respeto, pero el vicario de Cristo se le adelantó.

—¡Dadme un abrazo! —le dijo con una sonrisa luminosa.

Jaime y Gregorio X se abrazaron.

El rey creía que flotaba en una nube.

—Por favor, majestad, sentaos a mi derecha.

Jaime tomó asiento en el lugar de máximo privilegio. Nunca se

habían hecho tan visibles su poderío y su prestigio. Allí estaban reunidas todas las naciones cristianas y él ocupaba el sitio que habría ocupado el emperador, de haber asistido.

Observó que su silla era solo un palmo más bajita que la del sumo pontífice y que estaba por encima de patriarcas, cardenales y príncipes. Junto al papa, en la parte izquierda, se había sentado el cardenal Leroy. Luego, el resto de miembros del colegio cardenalicio. Un poco más allá se hallaban algunos de los nobles franceses que ejercían de consejeros papales. Pero Jaime no temía a nada ni a nadie, se sentía seguro de sí mismo. Además, lo acompañaban hombres de su máxima confianza: los arzobispos de Tarragona, Barcelona, Valencia, Mallorca y Huesca no habían querido perderse aquel acto. Todos ellos estaban con él y lo respaldaban con firmeza.

Poco a poco, los hombres importantes fueron acomodándose a su alrededor. Aquel día, según rezaba el protocolo, no se habló de cosas serias. Solo hubo saludos, bromas y comentarios superficiales.

El segundo día, de mañana, el palacio papal bullía de agitación. Tan pronto como terminaron los cánticos y las oraciones protocolarias, dio comienzo el debate. Gregorio empezó a perorar con gran solemnidad en latín y pronto pasó a desgranar el principal propósito del concilio, que no era otro que la organización de una nueva cruzada a Tierra Santa.

Como cabía esperar, Gregorio X prometió el perdón de los pecados pasados, presentes y futuros a todos los que se enrolaran en el ejército de Cristo. En el caso de que no pudieran asistir personalmente habían de pagar la cantidad que pensaban gastar en el viaje. Su discurso no sorprendió a nadie, ya que estaba plagado de frases repetidas hasta la saciedad: los bienes terrenales no debían hacer dudar a los fieles devotos, pues no eran más que paja seca que prendía con el fuego de la muerte. Carecía de sentido apegarse a ellos, dada su condición efímera, y convenía entregar vidas y haciendas al servicio de Dios, habida cuenta de que lo espiritual no perece jamás.

Tras el papa intervinieron cardenales y arzobispos. Los discursos fueron ampulosos y grandilocuentes. El santo padre defendía la unidad entre la Iglesia de Oriente y Occidente, y todos insistían en la necesidad de recuperar el Santo Sepulcro y Jerusalén. Para ello, la cristiandad confiaba en quienes, como el monarca de Aragón, habían dado siempre tantas muestras de fervor y disciplina religiosa. Jaime escuchaba las razones de aquellos hombres, sus argumentos teológicos, su fe ciega en sus capacidades de mando, y sentía que su

espíritu se hinchaba de orgullo y vanidad.

Cuando le tocó el turno, se levantó. Intentó descubrirse, pero el papa y los obispos se lo impidieron.

—Un rey no debe prescindir de su corona —le dijo sonriente Gregorio X.

Impresionado por tan evidentes muestras de afecto, sonrió agradecido mientras barría el palacio con la mirada. Más de quinientos obispos, príncipes, ricoshombres y personajes principales de todos los países estaban pendientes de sus palabras. Advirtió, sorprendido, que no había más reyes presentes. No había comparecido Alfonso de Castilla, como tampoco los soberanos de Francia, Sicilia, Navarra, Inglaterra, Alemania o Bizancio… Se alzó de hombros. Era el rey de más edad, lo que significaba mayor experiencia, más fama, una historia a sus espaldas que nadie podría igualar. Habló sin prisa, citando pasajes del Nuevo Testamento, y se explayó en la figura de Jesús, cuya luz logró vencer siempre la oscuridad. Recordó a los grandes héroes de la Antigüedad que habían pretendido conquistar Tierra Santa, evocó a los mártires que habían caído en aquellas empresas, ponderó las bondades de las razones que empujaban a tantos hombres a lo largo de la historia para extender la fe de Cristo, hizo memoria de los méritos de sus antepasados, de sus constantes fatigas en favor de la cristiandad, su inquebrantable fe religiosa y sus sueños de recuperar los Santos Lugares para mayor gloria de Dios y de su Iglesia católica, y coronó su discurso, no demasiado largo, pero sí intenso y ferviente, con una bravata final en la que dio algunos consejos militares y estratégicos para que esta próxima cruzada fuera la definitiva. Estaba seguro de que, con su ejemplo, otros muchos príncipes y reyes cristianos, que todavía pudieran mostrarse reticentes, se animarían a participar en la empresa, que él se mostraba firmemente decidido a acaudillar.

Tras el apasionado discurso de Jaime se produjo un silencio enojoso. Nadie quiso responder ni a favor ni en contra. El papa, sorprendido por aquel súbito mutismo general, animó a hablar a los delegados de las monarquías y los principados, a los maestres de las distintas órdenes militares y religiosas, a los arzobispos y patriarcas…

Todos bajaban la cabeza o miraban a otro lado cuando los ojos papales los señalaban.

Ante la insistencia del sumo pontífice, hubo quienes comenzaron a hacer oír sus muchas dudas, alegando que era una empresa compleja y que debían pensarlo muy bien.

La ceremonia continuó durante tres días, al cabo de los cuales la gente empezó a dar señales de cansancio. Jaime advirtió que, después

de tantas intervenciones, de tantas palabras altisonantes, de tantas promesas y de tantos gestos grandilocuentes, nadie se animaba en realidad a dar el paso definitivo, ni uno solo de aquellos hombres importantes se comprometía en público a participar en la nueva cruzada. En los corrillos unos y otros recordaban los ocho fracasos, el más reciente el del rey de Francia, que le había costado la vida al propio Luis IX. Algunos incluso hacían mención entre susurros de la frustrada tentativa de Jaime, que apenas pudo pasar de Mallorca.

Arnau de Gurb, que siempre estaba junto al monarca, lo obsequió con una sabia observación.

—Majestad, llevamos cuatro días y nadie da un paso al frente.

—Ya lo he advertido.

—¿Y habéis advertido también que sois el único rey en este concilio?

Jaime aspiró aire por la nariz con la boca cerrada mientras ojeaba a su alrededor.

—Sí, ya me di cuenta.

—Mucho blablablá, pero nada. Y no diréis que el papa no lo ha intentado. Lleva cuatro días azuzando al maestre del Hospital, al del Temple, a los representantes de los soberanos ausentes…

Bernardo de Entenza asintió.

—Opino lo mismo, señor. Creo que va siendo hora de ensillar los caballos.

—Tal vez —aprobó Jaime—, aunque antes hemos de tratar un tema en privado con el santo padre.

—Comprendo, señor.

Gregorio X estaba acompañado de Gustave Leroy y de otros dos cardenales de su séquito personal cuando Jaime entró en el salón, seguido de Arnau de Gurb, Andreu de Albalat, Bernardo de Torroella, Jaime Sarroca y Bernardo de Entenza, que llevaba un extraño fardo de color oscuro en las manos.

—Santidad —saludó el monarca.

—Sentaos, buen rey —pidió en tono cordial Gregorio, que era dos años más joven que Jaime—. ¿Ya habéis decidido regresar a Aragón?

—Así es majestad.

Tomó asiento junto al pontífice. Eran los dos únicos que estaban sentados en aquel cónclave. Los demás permanecían de pie.

—Pero, antes de marchar, necesito hablar con vos sobre dos asuntos.

—Es un placer atenderos. Habéis realizado una defensa valiente de

mi iniciativa y os estoy agradecido.

—En ese caso, espero que podáis satisfacer mis demandas, santidad.

Jaime hizo un gesto a Bernardo de Entenza. El fiel secretario se adelantó unos pasos.

—Con todos mis respetos.

Y, a continuación, desligó las ataduras del fardo, dejando al descubierto una corona de oro y diamantes incrustados.

El estupor se reflejó en los rostros de los presentes.

—¿Qué es esto? —preguntó Gregorio X.

—No me gustaría morirme sin ser proclamado rey por su santidad —dijo Jaime con estudiada humildad—. Sería para mí un verdadero honor.

—¿Queréis que os corone rey?

—Así es, santidad. Mi padre, Pedro el Católico, fue coronado por Inocencio III.

Gregorio y los cardenales se miraron entre sí.

—Pues la verdad es que…

Gustave Leroy, que jamás había sentido simpatía por Jaime, vio llegado el momento de asestar su golpe definitivo. Llevaba años rumiando sus continuas frustraciones.

—Eso no será posible, santidad —replicó con la voz ulcerada por la inquina—. A no ser que su majestad cumpla antes con sus obligaciones.

El papa y Jaime se quedaron contemplándolo.

—¿De qué obligaciones habláis?

—El rey Pedro el Católico fue coronado rey por Inocencio III, con lo que se convirtió en vasallo de la Santa Sede —explicó Leroy sin prisa y, a medida que parloteaba, daba la impresión de que aquel discurso lo había preparado a conciencia—. Pero vuestro padre nunca pagó los impuestos que tal coronación exigía. A mi modesto entender, antes de proceder a esa ceremonia que solicitáis, Aragón debe satisfacer las cantidades que todavía adeuda a Roma. Incluso, pienso que debería abonar algunas más en concepto de adelanto.

Todos estaban con la boca abierta.

El papa se pasó la mano por la barbilla en actitud reflexiva.

—La coronación exige vasallaje —recordó meditabundo—. Es la ceremonia con la que se suele proclamar a un emperador. En vuestro caso, ningún rey de España ha sido coronado, por lo que, si tal hiciéramos, sería declararos el primer monarca de España sobre todos los demás.

El santo padre se puso de pie y comenzó a pasear por la sala. Jaime también se levantó.

—Si vuestro padre infeudó sus reinos a la Santa Sede en tiempos de Inocencio III, vos debéis hacer lo mismo. Pero me parece justo que Aragón pague antes los tributos que vuestro padre dejó de abonar. —Jaime sentía crecer la irritación—. Y habréis de firmar escritura pública en la que os declaráis tributario de Roma.

—Pero ¿cómo me pedís eso después de cuanto he luchado por la Iglesia católica? Os recuerdo que soy el único rey presente en el concilio, que os he apoyado frente a todo el mundo, que estoy dispuesto a acaudillar la próxima cruzada… Además, llevo mi vida entera luchando contra el islam. ¿Qué me decís de los territorios de Mallorca, Valencia y Murcia que he arrebatado a los musulmanes y he puesto a disposición de vuestra Iglesia? ¿Qué me decís de los cientos de mezquitas que he convertido en templos cristianos? ¿Qué me decís de los cientos de conventos y monasterios que han levantado mis hombres en tierras de infieles? ¿Y qué me decís de los arzobispos, obispos, abades y prelados de toda condición que en mis tierras predican la fe de Cristo con mi respaldo absoluto, a los que he concedido privilegios y prebendas sin cuento? Aquí tenéis a los arzobispos de Barcelona, Huesca, Valencia y Tarragona que os pueden dar testimonio de ello… ¿No creéis que Aragón ya ha pagado con creces las deudas contraídas por mi padre?

El papa y sus cardenales volvieron a mirarse entre sí. Los rostros ceñudos hablaban sin palabras.

—Me temo que no podré daros respuesta. De buena gana os coronaría, pero tendría que convocar a todos mis cardenales, y algunos de ellos están enfermos.

Jaime creyó que el papa se mofaba de él. Se volvió hacia Bernardo y le hizo un gesto para que guardara la corona en el fardo. Entenza obedeció en silencio.

—En ese caso, nos vamos —dijo Jaime con frialdad.

—Habéis dicho que eran dos asuntos… —recordó Gregorio con una sonrisa cínica.

—Es igual —replicó despechado—. Carece de importancia.

—Os lo ruego —insistió el pontífice.

Jaime aspiró un poco de aire por la nariz para intentar serenarse. Estaba furioso y no deseaba que se le notara.

—Enrique de Castilla, así como Helena, la viuda de Manfredo, y su hijo están presos en las mazmorras de Carlos de Anjou…

El papa entrecerró los ojos.

—… Su encierro es injusto. Liberadlos.

—Enrique se enfrentó a Carlos de Anjou y fue derrotado. Yo no puedo meterme en esos asuntos.

—Enrique había apoyado a Carlos de Anjou, y vuestro antecesor Clemente IV, en premio a sus servicios, lo nombró senador romano. Enrique le había prestado fuertes sumas de dinero para combatir a Manfredo, aunque Carlos nunca le devolvió el dinero. Enrique se lo reclamó, pero el francés le dijo que no quería saber nada. Fue entonces cuando Enrique, airado, se pasó al bando de Conradino. Os recuerdo que si alguien ha incumplido lo prometido aquí es el de Anjou, no el de Castilla.

—No me gusta ese tono.

—Pues es el tono que tengo y el que merece esta historia. Carlos de Anjou se apoderó de Provenza, de Sicilia y de Nápoles. La Santa Sede siempre lo ha apoyado, sin condiciones. ¿Por qué a mí me ponéis tantas pegas?

—Os ruego que moderéis vuestras palabras.

—Y yo os ruego que liberéis a Enrique, que es el hermano de mis dos yernos Alfonso y Manuel de Castilla. Y, de paso, os pido que liberéis a la viuda de Manfredo y a su hijo.

—Eso no va a ser posible. No puedo meterme en los asuntos que no me corresponden.

—Pues, en ese caso, adiós.

Jaime se dio media vuelta, hizo un gesto a sus hombres, que salieron tras él sin despedirse del papa ni de los cardenales.

Cuando salió a la luz del sol, lanzó varias imprecaciones al aire para serenar su ánimo. Los demás lo dejaron desahogarse a gusto.

—¡Vámonos cuanto antes! —apremió cuando recuperó el pulso—. ¡Aquí no pintamos nada!

Arnau de Gurb le puso una mano en el antebrazo al rey. Jaime miró al arzobispo.

—Majestad, habéis estado muy bien. A cada cual, lo suyo.

Jaime sonrió a su fiel Arnau de Gurb, pero no añadió nada más.

Esa misma tarde, el rey y su séquito iniciaron el regreso a casa.

7

El príncipe Pedro volvía a ejercer de procurador general del reino. Acompañado de un importante séquito de hombres, entre los que se contaban sus hermanastros Jaime de Jérica y Pedro de Ayerbe, los hijos de Teresa Gil de Vidaure, recorrió el norte de Aragón y Cataluña para aplacar a los nobles. Los ánimos estaban calientes y se respiraban aires de revolución.

Se encontraba en Lérida cuando recibió una carta de su padre. Alarmado por los términos en que el rey requería su presencia, abandonó su inminente viaje a Cardona, que estaba en pie de guerra, y partió hacia Barcelona, a donde llegó al día siguiente a media tarde.

Al entrar en la sala principal de palacio, el príncipe descubrió a su padre conversando con Bernardo de Entenza, Asalid de Gúdar, Ato de Foces y Jaime Sarroca. El rey volvió el rostro y sonrió al ver a su hijo.

—¡Señor!, ¡he venido tan pronto como he podido!

—Ha muerto Enrique de Navarra —dijo el monarca por todo saludo.

—¿Se sabe qué ha ocurrido?

—Dicen que estaba demasiado gordo.

A Enrique lo apodaban el Gordo porque pesaba más de ciento cincuenta kilos. En los últimos tiempos apenas podía caminar. Iba de la silla real a la cama y de la cama a la silla real. Pertenecía a la dinastía de Champaña.

—Aquí lo realmente gordo es que ha fallecido sin herederos varones —apostilló Bernardo de Entenza.

Pedro cabeceó.

—Entiendo. Y deja Navarra sin príncipe.

—Todos recordamos lo sucedido tras la muerte de Teobaldo I y las negociaciones con Margarita, que al final quedaron en nada —dijo Asalid de Gúdar.

El príncipe Pedro llevaba mucho tiempo anhelando una oportunidad como aquella.

—Aragón debe reclamar el trono navarro —apremió el príncipe con ansia mal disimulada.

—Eso ya lo hemos pensado todos —reconoció su padre—. Pero aparte de la amenaza castellana, que también reclamará el trono, hay otro grave problema.

—¿Qué problema?

—Blanca de Artois.

La viuda del muerto era de origen francés, prima del rey Felipe el Atrevido.

—Blanca no podrá evitar que los castellanos y nosotros nos disputemos Navarra —aseguró no demasiado convencido Pedro—. Los franceses aquí no pintan nada.

—No corráis tanto, alteza —exclamó Ato de Foces—. Los Capetos son insaciables.

—Viajaré a Navarra ahora mismo —anunció Pedro—. Reclamaré el trono, apelando a mi ascendencia. La nobleza y el clero navarros no me dirán que no.

—Sí. Eso está muy bien —aprobó Bernardo de Entenza—. Que los navarros elijan a su rey. Pero las cosas no suelen funcionar así. Si Blanca de Artois se pone terca, habrá problemas, y lo mismo si los castellanos deciden reclamar la corona, que será lo más seguro.

Pedro miró a su padre.

—¿Qué podemos hacer?

—Escribiré una carta de mi puño y letra a Blanca, y vos se la llevaréis. Hablad con la nobleza y los hombres de Iglesia, intentad convencerlos. Entretanto, yo mandaré cartas también a Francia y a Castilla, exigiendo a mis yernos que permanezcan al margen.

El rey se volvió hacia Jaime de Jérica y Pedro de Ayerbe. Eran dos muchachos altos y apuestos. El mayor contaba diecinueve años; el menor apenas sobrepasaba los quince.

—Habéis crecido. ¿Cómo está vuestra madre?

Jaime de Jérica esbozó una mueca ambigua.

—Dicen que bien. Hace tiempo que no la vemos.

—¿Sigue en el convento?

—Así es, señor.

Jaime suspiró.

—Quiero que acompañéis a Pedro a Navarra. Ayudadlo en todo lo que os pida.

—Por supuesto, majestad.

El rey contempló al príncipe.

—Aguardad que redacte la carta. Descansad un poco entretanto. Os espera un buen viaje.

Pedro dijo que sí con un gesto.

Mientras Pedro viajaba a Navarra, los sarracenos del reino de Valencia volvieron a rebelarse. Jaime no podía creer que costara tanto cristianizar su reino. Era como una pesadilla.

Los moros atacaron simultáneamente diversos puntos. En el Finestrat, en Tous, en Alcoy o en Liria destrozaron alquerías, casas y molinos, incluso incendiaron varios castillos. Los muertos se contaban por millares.

El rey llegó a Valencia desde Barcelona, donde lo había pillado la noticia. Nada más entrar en la ciudad bañada por el Guadalaviar se encontró con que algunos de sus hombres se habían dedicado a reprimir la revuelta ahorcando y decapitando a los responsables. Los musulmanes contraatacaban, organizados en cuadrillas, vagaban por los caminos y tramaban emboscadas. Se contaba que el día anterior en Torrent habían quemado vivos a numerosos cristianos.

—¡No puedo dormir! —gritó Jaime cuando alcanzó a comprender la gravedad de aquellos acontecimientos—. ¡En cuanto me siento a descansar se produce una rebelión!

Hacía tiempo que no tenía noticias de Fernando Sánchez, a quien echaba en falta para apaciguar la revuelta. Por fortuna, contaba con Pedro Fernández de Híjar y con hombres como Beltrán de Villanueva, Pedro de Queralt y Nicolás de Valverde para dirigir las huestes. Cada uno de ellos partió en una dirección con un ejército dispuesto a aplacar cualquier intento de violencia.

Él mismo, acompañado de sus nobles más próximos, se dedicó a recorrer las cercanías. Cuatro días más tarde, mientras se hallaba dando una vuelta por las huertas de Sueca, se presentó ante él Pedro Fernández de Híjar.

—Hay problemas en Alcoy y Cocentaina.

—¿Y dónde no hay problemas?

—Parece ser que Al Azraq ha vuelto.

Jaime creyó no haber oído bien.

—¿Estáis seguro?

—Eso dicen.

El monarca se puso en camino al frente de su mesnada. Al pasar por Xátiva, se le sumaron numerosos efectivos de las poblaciones de la zona y con un contingente de cinco mil hombres llegó a las inmediaciones de Alcoy.

Cuando fue alertado de la venida del rey con un ejército tan numeroso, Al Azraq se dio a la fuga en compañía de todos sus soldados y se ocultó en las montañas.

Jaime no estaba dispuesto a tolerar más insubordinaciones. Sobre todo, no pensaba consentir que Al Azraq continuara conspirando y levantando a los musulmanes.

El rey y sus hombres habían decidido descansar junto a un riachuelo. Estaban reventados, pues llevaban cabalgando diez horas sin parar. El monarca bajó del caballo y se acercó al arroyo, se inclinó y se mojó las manos y la cara. Algunos se sentaron en el suelo, se quitaron las botas y metieron los pies en la corriente.

—Majestad —señaló con el brazo alzado uno de sus hombres de armas—, vienen unos jinetes.

Jaime se incorporó y se quedó mirando.

Varios caballeros habían puesto las manos en las empuñaduras de sus espadas.

—Son cristianos.

Poco después, Tomás de Junqueras, Arnau de Fontova, Nicolás de Valverde y un contingente de veinte hombres más llegaron hasta el rey y echaron pie a tierra. Valverde se quitó el capacete y dejó al descubierto su expresión desolada.

—Majestad, hay revueltas.

—¿Dónde?

—En Luchente, en Beniopa, en Albaida… Toda la región está infestada de sarracenos en armas.

El rey lanzó una imprecación.

—Pues los combatiremos.

Jaime repartió órdenes. Era media tarde, por lo que había que ponerse en camino antes de que la noche se les echara encima. No convenía permanecer a cielo raso. A pesar del considerable contingente de soldados, muy superior a cualquier turba de rebeldes, no debía fiarse.

—Iremos a Cocentaina. ¡En marcha!

A la mitad del trayecto vieron fuego en la lejanía. El humo se elevaba hacia el cielo en espirales de negrura. Jaime se dirigió enseguida hasta el lugar, acompañado de su fiel cortejo, y comprobó que se trataba de una pequeña aldea formada por una docena de casas humildes que ardían como antorchas bajo la luz gris del atardecer. Un par de cerdos gruñían asustados. Los cuerpos mutilados y destrozados de hombres, niños, ancianos y mujeres, sin distinción de edad o sexo, yacían desperdigados aquí y allá.

—¡Esto es una carnicería! —exclamó Pedro Fernández de Híjar santiguándose.

—¿Quién puede haber hecho algo así? —se preguntó Tomás de Junqueras.

Dos de sus soldados a caballo encontraron a un anciano escondido detrás de unos matorrales.

—¿Qué ha pasado? —lo interrogó el monarca.

El campesino temblaba como una hoja azotada por el viento.

—Al Azraq y sus hombres han pasado por aquí.

—¿Hace mucho?

—No más de media hora.

—¿Hacia dónde se han ido?

El anciano se volvió hacia el norte y señaló.

—Se marcharon en aquella dirección.

—Por ahí se va a Muro —observó Arnau de Fontova.

—Está bien. Nos vamos ahora mismo —urgió el rey—. Regresaremos para dar sepultura a esta gente, pero primero hemos de dar alcance a ese malnacido.

Jaime calculó que todavía quedaba una hora larga de luz.

Decidido a dar caza de una vez al hombre de los ojos azules, espoleó su caballo en dirección a Muro, y sus hombres partieron tras él al galope.

Los monjes de Sigena, Montearagón y San Juan de la Peña desenterraron legajos y desempolvaron títulos para justificar la legitimidad dinástica. Se remontaron al año 1000, en la época de Sancho III, bajo cuyo reinado se produjo la unión entre Navarra y Aragón, una unión que se consolidó con los gobiernos de Pedro I y Alfonso el Batallador. Y volvieron a recordar el testamento de Sancho el Fuerte de 1234, según el cual Navarra debía pasar a manos de Jaime de Aragón.

Blanca terminó de leer la carta que le había hecho llegar el príncipe Pedro y alzó los ojos con expresión displicente.

—Una carta muy detallada.

—Sé que no es necesario invocar tiempos tan lejanos —exclamó el infante—. Baste con recordar que Navarra y Aragón siempre han caminado juntos y mantenido unas excelentes relaciones.

Blanca le entregó la carta al gobernador, Pedro Sánchez de Monteagudo.

—Veo que habéis pensado en todo. Así que pretendéis casar a mi hija Juana con uno de vuestros hijos.

—En efecto, majestad, es la mejor manera de sellar el acuerdo. De ese modo, Navarra y Aragón volverán a estar unidos por el bien común.

—¿Por el bien común? —Blanca miró de soslayo a sus consejeros—.

Os recuerdo que mi hija solo tiene dos años.

—Eso carece de importancia. Yo tengo tres varones, de nueve, siete y dos años. Cualquiera de ellos sería un excelente marido para vuestra hija.

Blanca torció el gesto. Resultaba evidente que no le gustaba lo que estaba oyendo y que tal vez bullían en su cerebro otros planes.

—Aragón se compromete a daros protección contra cualquier invasor, como siempre ha hecho.

—¿Incluso contra Castilla?

—Por supuesto.

—¿Lucharíais contra vuestros cuñados y vuestras hermanas?

—Precisamente por esos vínculos familiares os garantizo la paz. No habrá guerra contra Castilla ni contra nadie.

—¿Y qué me decís de Francia?

Pedro notó que en el tono de la reina viuda había un poso de ironía.

—Francia está demasiado lejos. No tiene nada que ver aquí.

—Mi primo Felipe también podría estar interesado en ofrecerme la mano de alguno de sus hijos para la pequeña Juana.

Pedro pensó con amargura que los cuatro hijos de Felipe de Francia, a los que se refería la viuda del Gordo, eran sus sobrinos, los hijos de su hermana Isabel, que Dios tuviera en su gloria.

Ato de Foces, que acompañaba al infante, carraspeó. La reina volvió los ojos hacia él.

—¿Y por qué no preguntamos al pueblo navarro, majestad?

La reina lo asesinó con la mirada.

—¿El pueblo? ¿Desde cuándo se le pregunta al pueblo?

—Sería interesante conocer su opinión —insistió Foces.

—Mi padre, el rey de Aragón —dijo Pedro—, ha escrito una carta a sus dos yernos, los reyes de Francia y Castilla. A ambos los insta a que reconozcan los derechos de Aragón sobre Navarra.

Uno de los consejeros navarros alzó una ceja.

—Tenemos entendido, señor, que el rey Alfonso de Castilla había dado sus derechos sobre la Corona navarra a su hijo Fernando de la Cerda.

—Pero mi hermano Sancho, el arzobispo de Toledo, ya ha mandado cartas al rey castellano y al infante para que renuncien de buen grado en favor de Aragón.

La reina se frotaba las manos nerviosa.

—Lo tenéis todo pensado —objetó con frialdad.

—De cualquier modo, Aragón quiere que las cosas se hagan respetando la voluntad de las gentes navarras.

Don Pedro Sánchez de Monteagudo alzó su voz.

—Creo que es justo lo que se alega. —Se volvió a la reina—: Majestad, convoquemos Cortes y que la nobleza y el clero nos digan lo que piensan.

Blanca de Artois fulminó al gobernador con la mirada. Lanzó un bufido y se quedó masticando su malhumor.

Pedro vio llegado el momento de retirarse.

—Con todos nuestros respetos, majestad —dijo inclinando apenas la cabeza.

Los que formaban el séquito aragonés imitaron al príncipe. Luego, dieron media vuelta y abandonaron la cámara.

Al pasar por unas alquerías, comprobaron que los habitantes permanecían escondidos, temerosos ante la violencia de las partidas de soldados cristianos o moros.

Jaime mandó detenerse.

—¡Beltrán!, ¡haced salir a alguien!

Beltrán de Villanueva y algunos soldados se acercaron a las casas y comenzaron a dar voces.

Dos hombres de mediana edad, vestidos con ropas humildes, salieron por la parte trasera de una casa con expresión aterrada.

—¿Por qué os escondéis? —les preguntó el monarca.

Cuando se dieron cuenta de que se hallaban ante el rey, se arrodillaron y bajaron la mirada.

—Poneos de pie —les ordenó Jaime.

Los dos hombres obedecieron.

—¿De qué tenéis tanto miedo?

—Hemos visto pasar una partida de bandoleros hace un momento —anunció uno de ellos.

—¿Moros?

El que había hablado asintió.

—¿Iban armados?

—Sí. Los guiaba un tipo con un turbante rojo.

—¿Cuántos eran?

—Unos veinte o veinticinco.

—¿Sabes si iban hacia Muro?

—Muro está en aquella dirección, pero doblaron hacia las montañas. —El hombre señaló—. A unos diez minutos de aquí, al inicio de la serranía, hay una torre abandonada. Es posible que se hayan refugiado por allí.

Jaime escrutó el cielo. Quedaba media hora de luz.

—Está bien —les dijo—. Escondeos en las casas y no salgáis. Vamos a ver si les damos alcance.

Los dos hombres volvieron a bajar los ojos mientras Jaime espoleaba a su corcel blanco y se ponía al galope rápidamente. La tropa siguió al monarca. Los campesinos se quedaron mirando la polvareda que levantaban los cascos de los caballos. El temor de sus rostros se había trocado en ansiedad.

Anochecía cuando alcanzaron la torre. Jaime observó los alrededores y no halló rastro de los sarracenos.

—¡Dividámonos!

Ordenó que sus caballeros más importantes se dispersaran con un nutrido grupo de soldados y avanzaran por distintos lugares. Detrás de la torre, se extendía una ladera llena de pinos frondosos. Por la derecha se veían campos de cereales y por la izquierda un escenario rocoso de berrocales y cerros escarpados.

—¿No es demasiado tarde, majestad? —le preguntó Ato de Foces—. ¡Es casi de noche!

—Si dejamos pasar la oportunidad, se escaparán. Deben de estar cerca.

Los grupos avanzaban en formación de ataque, abarcando una amplísima zona geográfica, las armas preparadas para una inminente refriega.

El rey iba escoltado por su hijo Jaime y por Ato de Foces. Tras ellos, caballeros, hombres de armas y soldados observaban el paisaje en busca de alguna anomalía.

De repente, llegó hasta ellos un relincho apagado a su derecha.

Todos miraron hacia aquel lugar. El monarca dio las órdenes en silencio. Con el brazo derecho le indicó a su hijo Fernández de Híjar que avanzara dando un rodeo por la parte del este. A Beltrán de Villanueva le señaló el oeste. Se volvió hacia su mesnada y vio una tropa dispuesta a morir por él.

Se pusieron en marcha al trote hacia donde presumían que se encontraba el caballo. A los pocos minutos, volvieron a escuchar otro relincho. Era evidente que alguien se estaba ocultando en la espesura del bosque, aprovechando la oscuridad.

—¡Encended antorchas! —ordenó el monarca.

Varios escuderos sacaron teas de las alforjas y les prendieron fuego con los pedernales. Al momento, decenas de antorchas ardían en las entrañas del bosque, produciendo un resplandor fantasmal.

—¿Hay alguien aquí? ¡Soy el rey Jaime de Aragón! ¡Si es así, os exijo la rendición inmediata! ¡Prometo respetar la vida de quienes se entreguen pacíficamente!

En aquellos momentos ocurrió algo inesperado. Varios sarracenos salieron de la oscuridad, a pie, llevando a sus caballos de las bridas y levantando los brazos.

—¡Piedad, rey de los cristianos!

Jaime contempló cómo los moros iban llegando hasta él y se arrodillaban en señal de sumisión mientras pedían clemencia.

—¡Desarmadlos! —ordenó el rey a uno de sus caballeros.

Los soldados cristianos obedecieron y comenzaron a despojar a los musulmanes de sus armas y de sus caballos. De súbito, escucharon un furioso galopar a su izquierda.

—¡Alguien huye! —gritaron.

A la luz de las antorchas, Jaime observó que el fugitivo llevaba un turbante rojo. Se volvió sobre uno de los sarracenos arrodillados.

—¿Quién es el del turbante?

—El hombre de los ojos azules —respondió el musulmán.

Jaime no necesitó más explicaciones.

—¡Valverde!, ¡Foces!, ¡Villanueva!, ¡Híjar!, ¡seguidme!

8

Avanzar bajo la noche y al galope era tremendamente difícil incluso para un hombre acostumbrado a vivir en las montañas. El caballo, un hermoso ejemplar árabe negro, en su alocada carrera tropezó con unos arbustos y se vino al suelo, y en su caída estuvo a punto de aplastar al jinete.

Al Azraq se puso en pie con dificultad. Tenía ya sesenta y seis años, los mismos que Jaime, y al igual que el monarca aragonés se encontraba en excelentes condiciones físicas. Siempre había sido un hombre ágil y musculoso. La vida a la intemperie, como un salteador de caminos, le había proporcionado una fuerza y una resistencia a las adversidades que rayaban en lo legendario.

El sarraceno desenvainó su alfanje y se irguió frente a sus enemigos con semblante sereno. El rey lo contempló desde el caballo a la luz de las antorchas. El resplandor del fuego les confería a todos apariencia de fantasmas.

Jaime descabalgó sin prisa.

—Al fin nos vemos frente a frente.

El hombre de los ojos azules no humilló la cabeza ni se inclinó ante el monarca aragonés como hacía la gente habitualmente. Su rostro altivo contempló al rey cristiano con una mezcla de desdén y animadversión.

—Lleváis toda la vida rebelándoos contra mí —le espetó Jaime.

—Sois vos quien nos ha despojado de nuestras tierras. Os recuerdo que estos reinos nos fueron arrebatados por vuestras tropas. Vos sois el verdadero saqueador.

Los soldados echaron mano a sus espadas, pero el rey les ordenó permanecer quietos con un gesto.

—No he hecho otra cosa que defender mi religión y mi fe —argumentó el monarca.

—¿Y vuestro Dios os exige matar a los que profesan otras religiones?

—No, si se rinden de forma pacífica.

—¿Qué hombre puede quedarse impasible mientras le quitan sus

casas y sus tierras, destruyen sus mezquitas y convierten en un esclavo a él y a sus hijos?

—El mundo es una guerra constante —dijo Jaime—, un campo de batalla donde los ejércitos se enfrentan en nombre de Dios o del honor. Ser rey exige luchar por tus súbditos, extender tus dominios, conquistar tierras y alcanzar la gloria, pero, sobre todo, un rey tiene que empuñar su espada para defender su orgullo.

—Palabras —espetó Al Azraq con desprecio—. Vuestros súbditos jamás han cumplido las promesas. Desde hace años, los cristianos cometéis abusos sobre la población musulmana. Nos lo habéis quitado todo, hasta la razón de seguir viviendo, y nos habéis convertido en vuestros esclavos. Ya no queda nada de aquello por lo que combatieron mis antepasados. La cruz es la excusa para cometer vuestros abusos contra los de mi raza.

Jaime comenzaba a cansarse de aquella situación.

—Veo que es imposible razonar con vos, pero no voy a mataros como a un perro. Os prometo que tendréis un juicio justo.

Al Azraq lanzó un escupitajo al suelo.

—¿Qué justicia me espera de vuestros tribunales? —Rio amargamente—. No, gracias. No quiero que me juzgue un perro cristiano.

—¡Mirad lo que decís! ¡Retirad vuestras palabras u os rebano el cuello ahora mismo! —amenazó Jaime.

—¡No tenéis agallas! —lo desafió Al Azraq—. ¡Os creéis invencible porque os veis rodeado de vuestros hombres!

Los soldados estaban impresionados escuchando a Al Azraq. No entendían cómo el rey soportaba tanta arrogancia.

—Majestad —dijo Nicolás de Valverde—, si nos dais vuestro permiso…

—¡No! —gritó Jaime.

El rey alzó la espada hacia el cielo. Durante unos segundos pareció musitar algo en voz baja. Tal vez una oración. Luego bajó la espada y dibujó una cruz sobre la tierra. Por último, señaló al hombre de los ojos azules con el arma.

—Defendeos, Al Azraq.

El sarraceno alzó el alfanje y lo extendió en dirección al monarca.

—¡Que vuestro Dios os perdone! —bramó el musulmán.

—¡Que Alá sea misericordioso con vos!

A la luz quebradiza de las antorchas, y rodeados por una veintena de hombres a caballo, el cristiano y el musulmán se enzarzaron en una pelea a muerte.

Rápidamente, Al Azraq se lanzó hacia Jaime con ánimo de terminar

cuanto antes, pero Jaime evitó la embestida con cierta facilidad. El moro se movía como una serpiente, fintaba y amagaba, amenazaba con atacar por un flanco, pero enseguida se deslizaba hacia el lado opuesto. Jaime era más estático. Prefería no malgastar energías con aquellos movimientos oscilantes. Sabía que una de las claves del éxito radicaba en ahorrar esfuerzos inútiles. El que antes se cansara antes ofrecería facilidades al adversario.

Al Azraq lanzó un mandoble violento a la cabeza de Jaime, que se cubrió de forma instintiva, y los dos sables chocaron. El rey cristiano replicó con varias estocadas seguidas, a derecha e izquierda, que hicieron retroceder al sarraceno.

Los dos contendientes se movían de manera circular, avanzaban o retrocedían, siempre con la espada por delante, atentos a la reacción del otro. El musulmán empezó a cambiar el alfanje de una mano a la otra en un acto intimidatorio. Quería demostrar que podía atacar tanto por el flanco derecho como por el izquierdo. Jaime esperó sin inmutarse. De repente, Al Azraq arremetió con la zurda, lanzando un golpe que habría pillado por sorpresa a cualquier otro que no estuviera tan curtido en aquellos lances. El rey esquivó la acometida a duras penas y devolvió un golpe con una violencia inusitada. El árabe trastabilló y cayó al suelo. Jaime pudo rematarlo con facilidad, pero en lugar de hacerlo se retiró un par de pasos.

El moro no ignoraba que el rey acababa de perdonarle la vida.

—¡Poneos en pie! ¡No me gusta matar a un hombre arrodillado!

Al Azraq se levantó con un salto felino. En su rostro se reflejaba la furia.

—¡Yo no tendré piedad con vos!

Jaime comenzó a mover la espada en el aire, trazando imaginarios círculos, como si pretendiera despistar a su rival.

El musulmán amagó varias estocadas, pero el monarca no cayó en la provocación y continuó imperturbable, dando vueltas al sable. En uno de los movimientos logró acercar la punta hasta el cuello de Al Azraq, que se quitó el acero cristiano con un golpe rápido. Casi sin tiempo para reponerse de aquella acción, el sarraceno lanzó una embestida al costado del rey, que se rehízo milagrosamente y desvió la trayectoria del arma. Al Azraq se vino unos pasos hacia adelante y Jaime retrocedió al mismo tiempo.

El hombre de los ojos azules ensayó diversos quiebros con el cuerpo. El soberano trató de tapar todas las acometidas, pero no era tan rápido como el moro y tuvo que retroceder un par de pasos. Al Azraq creyó que había llegado el momento de asestar la estocada final. Hizo un amago por la izquierda y se lanzó en picado por la

derecha.

Jaime reaccionó con un acto reflejo. Se agachó lo suficiente para que el alfanje no lo rozara, y al mismo tiempo estiró el brazo, introduciendo la espada en el abdomen de Al Azraq con una facilidad asombrosa.

Los dos hombres se miraron durante unos segundos eternos.

Al Azraq se tambaleó, como si estuviera borracho, al tiempo que un reguero de sangre brotaba de sus labios. El caudillo sufrió unos terribles espasmos, se le doblaron las piernas y se desplomó. Se quedó de cara al cielo, los brazos en cruz, las piernas abiertas, la sangre manando de la herida mortal igual que un surtidor oscuro a la luz tremolante de las antorchas.

Jaime se arrodilló junto a él y se quedó observándolo con una mezcla de piedad y de tristeza.

El rostro de Al Azraq reflejaba una infinita paz.

Casi al mismo tiempo que se llevaban a cabo las gestiones navarras, y aún con los sarracenos en armas en varios puntos de la región, Jaime Sarroca le mandó una carta terrible. En ella le aseguraba que numerosos nobles de Aragón y Cataluña estaban organizándose, bajo el mando de Fernando Sánchez de Castro, para derrocar al rey y al infante Pedro.

Cuando Jaime leyó la carta montó en cólera.

—¡Ferriz de Lizana! ¡Ramón Folch! ¡Hugo de Ampurias! —gritó desesperado—. ¡La lista es interminable!

—Esto se veía venir, señor. ¡No diréis que no estabais advertido!

—¡Son como los cuervos! ¡Siempre buscando carne!

—Convocadlos a todos de inmediato —atajó Bernardo de Entenza —. Convocadlos con la excusa de las sublevaciones musulmanas. Solo así sabréis hasta qué punto es verdad este embrollo.

—¿Acaso dudáis de mi hijo Jaime?

—No solo Jaime Sarroca os ha advertido. También os advirtió vuestro hijo Pedro varias veces. Convocarlos a unas Cortes será una manera discreta de que se manifiesten públicamente a favor o en contra.

Jaime había arrugado la carta, que seguía hecha una pelota en su mano derecha. No hacía más que pensar en Fernando Sánchez.

—¡Sea! —Se volvió a Gúdar—: ¡Asalid!, ¡encargaos! ¡Quiero verlos a todos en Lérida el segundo día después de San Miguel! ¡En cuanto a la carta a Fernando Sánchez la escribiré yo personalmente!

—Así será, señor —asintió Asalid.

Escribió una carta fulminante al hijo habido con Blanca de Antillón, en la que le recordaba que era vasallo suyo y, en su defecto, del príncipe Pedro, el futuro rey. No admitía ninguna otra insubordinación y no había más que hablar. El monarca mencionaba que había dado la cara por él cuando surgieron las primeras hostilidades con el príncipe, que lo había defendido y perdonado de corazón. Si no se presentaba en Lérida, como todo el mundo, en la forma y plazo convenidos, que se atuviera a las consecuencias. «Que Dios os confunda por impío y traidor si os atrevéis a desobedecerme», fueron sus últimas palabras.

Puso el lacre e hizo venir a Pedro.

El príncipe llegó seguido de sus hermanastros Jaime de Jérica y Pedro de Ayerbe.

—Señor…

—Soy viejo, hijo, y huelo la tragedia. Escoged los hombres que necesitéis y marchad al norte. Os encargo que entreguéis esta carta en persona a vuestro hermanastro Fernando Sánchez.

Pedro cogió el pliego.

—No quiero que os peleéis con él. Está convocado a las Cortes de Lérida, después de San Miguel, y quiero saber si va a venir o piensa desobedecerme.

—Las cosas en el norte andan peor de lo que suponéis. Puede ser que me reciba con la espada en la mano.

—Limitaos a recordarle que yo no voy contra nadie, pero iré contra quienes no vengan a la cita.

—De acuerdo, señor.

No había vuelta atrás. Pedro marchó hacia el norte con una tropa que pasaba de tres mil hombres.

Al llegar a la villa de Figueras, en la que estaba construyéndose un pequeño palacio, se quedó consternado. La villa y el palacio habían sido saqueados e incendiados.

Pedro bajó del caballo. Las lágrimas le caían por las mejillas.

—¡No pararé hasta lograr que muerdan el polvo! ¡Estad seguros de que yo no tendré tantos miramientos como mi padre!

Pedro Fernández de Híjar se colocó a su lado. Sus ojos miraban con fijeza obsesiva las ruinas.

—¡Esto es la guerra, señor! —pronosticó.

El infante se puso en pie.

—¡Desde que nací no he conocido tiempos de paz! ¡Estamos siempre en guerra!

—¿Qué vamos a hacer?

Pedro miró a su hermanastro. Sabía que podía confiar en el de Híjar.

—¡Tomaremos las villas y castillos de todos los implicados! ¡Pagarán su felonía!

—¡Son muchos, señor!

—¡Caerán! ¡Uno tras otro!

Esa misma noche, la súbita muerte de Bernat de Orriols precipitó los acontecimientos. Orriols era señor de una baronía que distaba cuatro leguas de Figueras hacia el sur. Había sido uno de los principales implicados en los disturbios y acababa de fallecer sin hijos varones.

A la mañana siguiente, Pedro y su ejército se plantaron en Orriols. La viuda y las tres hijas continuaban llorando al difunto cuando vieron llegar las tropas del infante. Pedro ordenó ocupar las heredades en nombre del rey de Aragón, y aquella orden fue entendida por todos como un grito de guerra.

Pedro tomó posesión de la villa y del palacete de Orriols y esperó acontecimientos. Sabía que no tardarían en llegar. Así fue. La noticia cruzó caminos y veredas igual que un viento enloquecido. Al despuntar el alba, aparecieron varios de los nobles levantiscos. Ramón Folch de Cardona, Josep de Pallarés y Hugo de Ampurias se habían hecho seguir de un buen contingente de hombres.

—No somos los únicos, señor —objetó Ramón Folch tan pronto como estuvieron frente a frente—. No podéis adueñaros de Orriols por las bravas.

—Las niñas carecen de potestad para reclamar las heredades. Los fueros de Aragón no contemplan esa posibilidad.

—¡Esa ley no se ha cumplido nunca! —replicó Pallarés.

—Pues ya va siendo hora.

—Señor, no podemos consentirlo —bufó Ramón Folch.

—¡Yo tampoco puedo consentir lo que habéis hecho en Figueras!

Todos callaron.

—¡Sois unos bárbaros! ¡Lo que habéis hecho en Figueras ha sido una declaración de guerra! ¿Cómo pretendéis que me quede de brazos cruzados?

—¡Si proseguís adelante con Orriols, tendréis en contra al reino entero! —amenazó Hugo de Ampurias.

Pedro sabía que Bernat de Orriols había sido uno de los más fervorosos secuaces de Fernando Sánchez.

—¡Retiraos en paz! —exigió Pedro—. ¡Ha llegado el momento de que los vasallos obedezcan al rey y al príncipe!

—¡Señor!, ¡no nos dejáis más opción que la lucha!

—¡No es así! ¡No os dejo más opción que obedecer a vuestro señor, que soy yo en ausencia del soberano!

Ramón Folch contempló al príncipe con expresión fiera.

—¡Vos lo habéis querido!

Y dio media vuelta. Sus hombres lo siguieron. Hugo de Ampurias y Josep de Pallarés no se molestaron en despedirse. Los soldados de sus huestes se marcharon con ellos.

—¡Señor!, ¡la guerra ha comenzado! —exclamó abatido Pedro Fernández de Híjar.

Pedro masticó el aire con rabia.

—¡Pues iremos a la guerra!

Las Cortes de Lérida de 1274 fueron un rotundo fracaso. Muchos nobles ni siquiera se molestaron en disculpar su ausencia. Fernando Sánchez de Castro fue uno de ellos.

Jaime empezó a prepararse para la inminente lucha contra sus propios vasallos. El primer día de octubre, por la tarde, mientras conversaba con varios de sus fieles consejeros, recibió la visita de Arnau de Gurb, Jaime Sarroca y el maestro de Uclés. Los tres estaban contrariados.

—Venimos en calidad de mensajeros —saludó el obispo de Barcelona.

El rey miró con afecto a los tres hombres.

—Hay que detener esa estúpida guerra como sea —añadió el mitrado.

—¡Qué más quisiera!

—Pues, si de verdad deseáis que no haya pelea, os vamos a dar la oportunidad de demostrarlo.

Bernardo de Entenza y Asalid de Gúdar fruncieron el ceño. El rey compuso una mueca suspicaz.

—¿Cómo es eso?

—La ocupación de las propiedades de Bernat de Orriols ha sido una provocación —comentó Arnau de Gurb.

—Lo que ha sido una provocación es lo que han hecho algunos malnacidos en Figueras —replicó Asalid de Gúdar—. Y lo mismo podemos decir de que nadie haya venido a las Cortes de Lérida.

Gurb asintió a las palabras de Asalid. Luego contempló al rey.

—Señor, no tenéis más remedio que buscar la manera de entenderos con los nobles. Si no lo hacéis, será el fin de Aragón.

Jaime soltó un bufido.

—Escuchad, señor —dijo Jaime Sarroca con voz cálida—. Declarad una tregua hasta la Cuaresma. Y, entretanto, dejad que las aguas se calmen.

—¡El principal problema es mi hijo Fernando Sánchez!

—¡Deberéis hablar con él de nuevo! —insistió Sarroca—. ¡Y mandar embajadores contra los juramentados por el asunto de Orriols!

—Mostraos razonable —añadió Gurb—. Los últimos en unirse a la revuelta son los Puigvert y los Anglesola. Sé de buena tinta que andan por Solsona reclutando gente. Y esto no favorece a nadie.

—¡Hace años que muchos de esos nobles que ahora se juramentan contra mí o contra mi hijo han dejado de atender mis demandas de servicio! ¡No lucharon en Murcia! ¡No han peleado contra los granadinos! ¡No me han ayudado con las últimas revueltas! ¡Se mofan de mí y se permiten no venir a Cortes cuando los convoco! Decidme, ilustrísima, ¿qué otra cosa merecen sino que les quite los castillos y las villas por desobedecerme?

—¡Pues negociad con ellos! —insistió Gurb.

—¡Lo que han hecho tiene un nombre, obispo! ¡Felonía! ¡Y la felonía se paga con la muerte!

—¿Y os da derecho a vos a las confiscaciones, al control absoluto sobre la economía y las leyes, con el menoscabo del poder militar de los nobles? ¿Es así como queréis ser amado y respetado?

—¡Por las barbas de san Pedro! —gritó Jaime—. ¡Dejad de decirme lo que está bien y lo que está mal! ¡Soy el rey y no tengo por qué dar tantas explicaciones!

Bernardo de Entenza movió la cabeza con aire preocupado.

—Estamos como estábamos. Al borde de la guerra civil. Majestad, serenaos, por favor. No negamos que os asista gran parte de razón, pero yo pienso también que la vía diplomática es más efectiva a la larga. Con el enfrentamiento directo y la lucha sin cuartel nadie saldrá beneficiado. Perderemos todos, y muchos, hasta la vida. Respetar treguas hasta Cuaresma es una estupenda idea. El tiempo ayuda a serenar los ánimos.

—¡Miradme bien! ¡Tengo sesenta y seis años! ¡Esa es la razón de que anden todos revolucionados! ¡Están esperando que cierre los ojos para despedazar el reino y comerse los trozos igual que los perros!

El maestre de Uclés sonrió.

—Vuestros hijos Pedro y Jaime serán dos magníficos reyes cuando vos nos dejéis, majestad. La inmensa mayoría os apoya a vos y los apoyará a ellos.

—Escuchad, señor —indicó Jaime Sarroca—. Permitid que hagamos de mediadores con ellos. Sé de buena tinta que Ramón Folch de

Cardona, Pere de Berga, Cornel y algunos otros no desean realmente una guerra civil. Tienen mal genio y poca paciencia, pero no son idiotas. Saben que una pelea como esta puede terminar en un absurdo baño de sangre en el que todos saldríamos perdiendo. Si vos os avenís a estas razones, hablaremos con ellos de vuestra parte, propondremos jueces neutrales y nos veremos después del invierno, cuando esto haya pasado un poco…

—Yo solo veo un problema —observó Asalid de Gúdar.

Los demás lo miraron.

—¿Qué hacemos con Fernando Sánchez? Por lo que parece, no para de incordiar a unos y a otros.

—Yo me comprometo a obligarlo a venir ante vos, majestad —expuso Jaime Sarroca con aire convencido—. No puede negarse a un intento de reconciliación pacífica con el rey… Si tal hiciera, sería desacato.

El soberano contempló a su hijo bastardo con simpatía.

—Pero, entretanto —añadió Arnau de Gurb—, el príncipe Pedro ha de devolver la villa y el palacio de Orriols a la viuda en señal de buena voluntad.

Jaime se quedó meditando aquellas palabras.

—Está bien. Esperemos que tengáis razón.

Blanca de Artois jamás sopesó en serio la posibilidad de que Navarra fuera a parar a manos de Aragón o de Castilla.

Tan pronto como desaparecieron de su vista Pedro y su séquito, había comenzado a presionar a unos y a otros, y a tratar de imponer su criterio. Y su criterio pasaba solo por buscar la alianza matrimonial de la pequeña Juana con un príncipe vinculado a la casa de Francia. Blanca no había olvidado sus orígenes. Había llenado la corte navarra de funcionarios franceses y en su fuero interno abominaba de las costumbres españolas, que le parecían burdas y groseras.

Los navarros celebraron Cortes en Puente la Reina, en donde fue imposible llegar a un acuerdo. Tres semanas más tarde volvieron a reunirse en Olite para resolver las diferencias y elegir rey. En un primer momento, la mayoría de los convocados optó por apoyar la candidatura aragonesa, aunque esta decisión contravenía los deseos de la reina y, a pesar de las reticencias de algunos, aprobaron comprometer a la princesa Juana con Alfonso, el primogénito del príncipe Pedro.

El príncipe viajó a Navarra, acompañado de un importante séquito, para sellar el acuerdo y firmar los pactos de defensa frente a Castilla y

Francia. En virtud de los acuerdos, debían entregársele doscientos mil marcos de plata como garantía y otros setenta mil que desde tiempos de Sancho el Fuerte se adeudaban al soberano de Aragón en concepto de la defensa y protección de Navarra. Todos los presentes en Olite rendirían homenaje al nuevo rey, que se las prometía muy felices. Con aquella increíble suma podría obtener un ejército invencible frente a los rebeldes catalanes y aragoneses en el supuesto de que continuaran con sus absurdas revueltas y su permanente desafío a su autoridad. Una vez conseguida Navarra y sometidos los nobles díscolos, le tocaría el turno a Carlos de Anjou.

Pero, cuando Pedro entró en Olite unos días más tarde, las cosas habían cambiado de manera inesperada. Varios personajes importantes se habían pasado al bando castellano, amenazados por el infante Fernando de la Cerda, que se había acantonado en Viana con un ejército en pie de guerra. Las deserciones en favor del bando procastellano aumentaron de forma alarmante en aquellos días, hasta el punto de que hubo que anular la votación que daba mayoría a la candidatura aragonesa y regresar al punto de partida. Hacía falta una nueva votación. La pelea dialéctica entre unos y otros se volvió cainita. Los unos acusaban a los otros de traidores y los otros acusaban a los unos de cobardes. Blanca de Artois vio llegado el momento de hacer valer su autoridad para poner fin a tanta discordia.

—¡Ni para Aragón ni para Castilla! —gritó después de dar un golpe terrible con el cetro en el suelo de madera.

Todos guardaron silencio. La reina jamás había levantado la voz hasta aquel momento.

—Mañana marcharé a la corte de París y ofreceré mi pequeña Juana a uno de los hijos de mi primo Felipe.

—Pero, majestad… —protestó débilmente el gobernador Sánchez de Monteagudo.

—¡Ni majestad ni porras! —gruñó Blanca—. ¡Esto es un corral lleno de gallos de pelea!

Pedro no podía creer lo que acababa de suceder ante sus narices. Había acariciado la posibilidad de ceñir la corona navarra y, de repente, aquel sueño se iba volando por el aire como un castillo de naipes.

—¡Volvamos a casa, alteza! —le dijo su hermanastro Pedro Fernández de Híjar—. ¡Está visto que los destinos de Navarra y de Aragón corren por distintos caminos!

—¡Esto es una humillación! —gritó desaforado Pedro mientras barajaba la posibilidad de entrar en el palacio real y pasar a cuchillo a todos los conspiradores navarros.

—¡No os sintáis agraviado! ¡Bastantes problemas tenemos en Aragón y Cataluña! ¡Preparémonos para lo que pueda venir!

Pedro ordenó regresar a casa. Su padre ya le había prevenido en varias ocasiones. «Ser rey es lo más difícil del mundo. Sobre todo, ser un buen rey. Si quieres hacer las cosas bien, no tendrás más que problemas». Y él ya lo estaba comprobando: problemas en Navarra, problemas con la nobleza catalanoaragonesa, problemas con los musulmanes, problemas con Carlos de Anjou en Sicilia, problemas con Fernando Sánchez…

El solo nombre de su hermanastro le provocaba un mal humor que no podía controlar. Pedro apretó los dientes mientras espoleaba el caballo con los ojos puestos en el horizonte. Él no sería tan comprensivo como su padre. No tendría miramientos con quienes lo traicionaban.

Con estos pensamientos abandonó las tierras de Olite.

9

El fin de Al Azraq a manos de Jaime no trajo la ansiada paz, sino todo lo contrario. Los musulmanes se sintieron heridos en su dignidad y reaccionaron con violencia.

El número de los que se alzaron en armas jurando muerte al monarca fue enorme. Durante aquellas semanas, los sarracenos incendiaron cosechas, quemaron aldeas, destruyeron pozos y molinos, y saquearon lo que encontraban a su paso. Parecía que el reino estaba fuera de control.

Beniopa, Cocentaina, Oliva o Benigánim, entre otras muchas poblaciones, fueron ferozmente arrasadas. Los cristianos se revolvieron con saña, matando mahometanos de manera indiscriminada, fueran culpables o inocentes.

Ato de Foces y Nicolás de Valverde se presentaron ante Jaime, que andaba supervisando la situación por Albaida en compañía de su hijo Pedro Fernández de Híjar.

—Señor, la cosa se nos ha ido de las manos —dijo por todo saludo Foces—. En Luchente, los jinetes granadinos no han dejado a nadie con vida. Han muerto los maestres del Temple y del Hospital.

Aquella era una más de las muchas matanzas que se producían a diario, por uno y por otro bando.

—Los moros han apilado los cuerpos de los cristianos en mitad del camino y les han pegado fuego —añadió Valverde—. El olor de la carne era nauseabundo.

—¿Cuántos hombres se calculan?

—Así por encima, unos ochocientos.

—Parece ser que se han hecho fuertes en Beniopa —informó Valverde—. Puede que haya unos mil sarracenos refugiados allí.

Jaime se pasó la mano por la cara en un claro gesto de cansancio. Luego se volvió a Fernández de Híjar, que asistía en silencio a la conversación.

—Pedro, preparad a vuestros hombres y marchad para allá.

El rey puso la mano sobre el hombro de su hijo.

—Echad un vistazo a Pego y Bairén —añadió.

—¿Los matamos a todos? —preguntó el hijo de Berenguela Fernández.

Jaime habría dicho que sí de buena gana. Sin embargo, se encontró diciendo otra cosa. Detestaba el ojo por ojo y diente por diente.

—Matad solo a los que se resistan, pero respetad la vida de los que se entreguen pacíficamente.

—¿Es una sugerencia o una orden?

Jaime contempló a su hijo Pedro Fernández con tristeza.

—Es una necesidad.

Sibila se sentía terriblemente atraída por el poder. Carecía de escrúpulos y era capaz de hacer cualquier cosa por satisfacer sus ambiciones personales. El rey le triplicaba la edad, pero ella actuaba en público como si fuera la esposa más enamorada del mundo.

A pesar de los años, Jaime continuaba siendo un hombre atractivo, alto y de porte distinguido. La barba canosa y los ojos soñadores, que no habían perdido el brillo pícaro de la juventud, le conferían un encanto irresistible, al que ella se aferraba para edulcorar el desamor.

Su marido era tosco en la cama. Solía montarla sin molestarse en acariciarla ni excitarla y Sibila permanecía inmóvil mientras Arnau la penetraba con torpeza, agitaba las caderas y se vaciaba enseguida entre espasmos epilépticos. Luego se retiraba y se quedaba quieto a su lado, sin decir nada, hasta que se dormía y empezaba a roncar. A veces, en el colmo de la desesperación, Sibila se masturbaba con rabia.

Con Jaime todo era distinto. El rey jamás la penetraba sin antes haberla hecho suspirar de placer con caricias y besos. Sibila había descubierto que las manos y la boca del amante podían enloquecerla y que su cuerpo era un territorio de paisajes inexplorados. Nunca hubiera sospechado que la lengua de un hombre recorriendo su espalda consiguiera conducirla al éxtasis o que los lóbulos de sus orejas tuvieran tanta sensibilidad. Muchas veces alcanzaba la plenitud sin que él la hubiera rozado siquiera con su pene.

Jaime abrió los ojos. Los rayos del nuevo día se colaban por la ventana, instalando en la estancia una claridad difusa. A su lado, Sibila dormía plácidamente. Se levantó de la cama, apartó los cortinajes de tul y se desperezó. Luego se vistió y abandonó la habitación.

Poco después, los criados le sirvieron el desayuno: un tazón de vino especiado, un pedazo de queso y una cesta con frutas frescas. Estaba eufórico y tenía mucha hambre. Las noches de amor lo rejuvenecían.

Sabía que Sibila no lo amaba, pero no le importaba lo más mínimo.

Era tan joven y tan hermosa y se comportaba de forma tan complaciente con él que no podía haber imaginado otro milagro más maravilloso en el ocaso de su vida.

Despachó el desayuno y entró en la capilla. Le gustaba rezar todos los días un rato porque la oración le ayudaba a aislarse de los tormentos del mundo y a serenar su espíritu. Se arrodilló ante la imagen de la Virgen María y permaneció en silencio, dejando que su corazón se llenara de paz. Aquellos momentos de soledad, en el recogimiento de sus plegarias, sin más compañía que sus pensamientos y su profunda piedad religiosa, le provocaban una felicidad absoluta.

El día de Reyes de 1275 falleció Ramón de Peñafort a punto de cumplir los cien años. Jaime recibió la noticia en Lérida mientras esperaba la celebración de las Cortes Generales que señalaban el fin de la tregua.

El castillo se alzaba en la zona norte de Lérida, y en él había espacio para todos, pero los nobles que iban llegando desde sus respectivas villas y fortalezas preferían no entrar en la ciudad. Como obedeciendo a un pacto convenido de antemano, se quedaban en Corbins, una pequeña aldea que se hallaba en el camino entre Lérida y Balaguer, poco antes del punto en que hacían coincidir sus destinos los cursos de los ríos Noguera y Segre.

El día de la reunión todos aparecieron por el castillo acompañados de sus delegados y asesores. No hubo saludos ni gestos de alegría. Lo que se respiraba en el ambiente era un aire de confrontación.

Entenza, Asalid, Junqueras, el arzobispo Gurb y los obispos Sarroca y Albalat le habían aconsejado a Jaime mucha sensatez y, en concreto, buenas dosis de paciencia.

Algunos nobles comenzaron la sesión pidiendo desagravios.

—Devolved los castillos que vuestro hijo Pedro ha confiscado —exigió Guillem de Rocafull.

El rey sonrió.

—Primero me diréis quién incendió y destruyó Figueras.

—Yo no sé nada de eso.

Jaime estuvo a punto de llamarlo mentiroso, pero se mordió la lengua.

—Yo tampoco sé nada de lo otro.

—Si no hacéis que Pedro restituya esos castillos a sus dueños, no podremos entendernos.

Uno de los castillos a los que se refería Rocafull había pertenecido a Fernando Sánchez de Castro.

—¿Y por qué no ha venido el propio Fernando Sánchez aquí a exigir lo que es suyo?

Rocafull se alzó de hombros.

—Tal vez se encuentre enfermo.

—O tal vez no —replicó el rey—. Ni siquiera se ha molestado en escribir una carta o en mandar un delegado.

Rocafull no siguió protestando.

—De todos modos, el infante Pedro no tiene por qué apropiarse de los bienes de Fernando Sánchez ni de nadie —clamó Ramón Folch.

—Por supuesto, pero Fernando tampoco tiene por qué apoderarse de algunas propiedades de Pedro, como los castillos de Alcácer o Nabal.

Folch guardó silencio.

Jaime los miró a todos con tristeza. Ni siquiera sentía rabia o desolación. Aquello que había frente a él era lo que había cosechado después de más de sesenta años de reinado. Un erial de rencor y egoísmos desatados. Sabía que, si cedía a las protestas y devolvía los castillos confiscados, de manera implícita declaraba culpable a su hijo Pedro. Pero también sabía que los nobles no iban a aceptar de buen grado las reclamaciones del rey, pues en tal caso reconocerían que estaban equivocados.

—Lo primero que quiero es que renovéis vuestro vasallaje. No aceptaré más rebeldías.

—No haremos tal —gritó Ramón Folch de Cardona.

Al instante, otros muchos comenzaron a secundar a Cardona con voces y aplausos.

—Si no aceptáis la renovación de vuestro vasallaje, tendré que retiraros los feudos, títulos y posesiones reales de que disfrutáis.

—¡No podéis hacer eso! —exclamó Hugo de Ampurias levantándose de su asiento.

—¡Os ruego que os sentéis, don Hugo! ¡Y aprovecho para pediros que restituyáis la puerta del castillo de Figueras, que os llevasteis como un vulgar ladrón antes de pegarle fuego a la fortaleza!

—¿Cómo os atrevéis?

Jaime se puso de pie.

—Me atrevo porque soy el rey y porque estoy informado de vuestra felonía, así que más os vale ajustar cuentas con Dios si no me prestáis juramento de fidelidad.

Hugo de Ampurias estaba lívido.

—¡Me habéis ofendido públicamente!

—¡Sentaos!

—¡No me siento! ¡Me voy!

Y, sin añadir nada más, abandonó la sala seguido de sus hombres.

Aquello era desacato.

El rey permanecía de pie en actitud desafiante.

—¡Los que no estén conmigo pueden marcharse! ¡Lo consideraré una declaración de guerra!

Ramón Folch de Cardona fue el primero en levantarse y abandonar la sala. Luego, lo hizo Guillem de Rocafull. Y tras él, Pere de Berga. La lista de los que aceptaban el reto del rey aumentó hasta que la sala se quedó medio vacía.

Jaime contempló a los que permanecían junto a él.

—¡Señores!, ¡jamás pensé que llegaría este triste día! ¡La lucha entre nosotros es inevitable!

Solo cuando entró en su cámara privada, dio rienda suelta a sus sentimientos. Se puso de rodillas frente a la imagen de la Virgen María y dejó que las lágrimas rodaran por sus mejillas. Cerró los ojos y comenzó a rezar mientras lloraba.

A mediados de marzo, Jaime y el príncipe Pedro recorrieron Cataluña y Aragón respectivamente al frente de dos ejércitos poderosos. No solo tenían muchas fuerzas de los aragoneses y catalanes que los apoyaban, sino de Valencia, Mallorca y Castilla. Su yerno Manuel y su hijo Sancho, el arzobispo de Toledo, habían respondido con una inmensa hueste de jinetes, arqueros, ballesteros y peones.

Las principales villas y ciudades estaban con el rey y el príncipe, así que los nobles rebeldes, tan pronto como vieron aquella tropa que avanzaba como un huracán por todos los rincones del reino, sometiendo sin piedad a quienes no se plegaran a las exigencias del monarca y del príncipe, se encerraron en sus castillos y se aprestaron a defenderse con uñas y dientes.

Los ejércitos reales progresaban con tanta rapidez que los insurgentes apenas disponían de tiempo para organizar la defensa. En el fondo, ninguno de ellos había podido imaginar un despliegue de fuerzas semejante.

El avance del príncipe Pedro por tierras de Aragón era imparable. Antes de un mes había logrado reducir a los Luna, a los Urrea y a los Cornel, que se vieron obligados a aceptar, humillados, las condiciones que el príncipe les impuso para perdonarles la vida. Quienes no se sometieron al príncipe fueron ajusticiados públicamente, y sus títulos y posesiones, confiscados.

Las noticias corrieron como la pólvora. Los que resistían con mayor empeño pronto cedieron aterrados al advertir que iban a perderlo todo

sin remedio.

Al mismo tiempo, Jaime recorría Cataluña sin encontrar resistencia. Los Moncada, que eran la casa nobiliaria más importante, estaban con él, lo que hizo tomar partido por el rey a muchos indecisos.

Ramón Folch de Cardona y Hugo de Ampurias, dos de los más díscolos, pidieron perdón al monarca y aceptaron todas las condiciones que Jaime les exigió. Los demás no tardaron en seguir su ejemplo.

En los estertores de junio las aguas habían regresado a su cauce, puesto que la mayor parte de los nobles que habían participado en la conjura fueron perdonados. El monarca había conseguido restablecer su autoridad y, al mismo tiempo, su fama de hombre justo y piadoso se vio fortalecida por aquella muestra de magnanimidad.

Sin embargo, Pedro sabía que no habría paz si no ajustaba cuentas con Fernando Sánchez. No tardó en averiguar que el hijo bastardo del rey se había refugiado en el castillo que había heredado de su madre en Antillón.

Pedro y su mesnada asediaron la fortaleza durante varios días hasta que lograron derribar la puerta y entrar, pero cuando buscaron entre sus paredes al hijo rebelde descubrieron desolados que Fernando había escapado delante de sus propias narices sin que nadie se percatara de su fuga.

—¡Si ninguno de vosotros me dice dónde se esconde ese bastardo, cortaré el cuello a todo el mundo!

El pánico se apoderó de los prisioneros en cuanto los soldados del príncipe se dispusieron a cumplir las órdenes. Los que sobrevivieron al asalto habían sido maniatados y aguardaban la ejecución entre llantos y lamentos junto a uno de los muros, en donde Pedro había ordenado levantar un sencillo cadalso.

Uno de los defensores del castillo cayó de rodillas cuando los verdugos señalaron al azar a una mujer de la formación, tal vez su esposa o su hija.

—¡Pomar! ¡El señor se ha marchado a Pomar! —clamó entre sollozos desgarradores.

Pedro se volvió hacia Nicolás de Valverde.

—¿Pomar?

—Es una población que debe de estar a unas ocho leguas de aquí, yendo hacia el sur, junto a Monzón.

—¿Y qué hace allí vuestro señor? —le preguntó al hombre que había confesado.

—Tiene allí un pequeño castillo.

Pedro miró hacia el cielo. Era demasiado tarde. Por mucha prisa que se dieran no podrían alcanzar Pomar antes de la tarde del día siguiente, pero no había alternativa.

Buscó con los ojos a Germán de Robres.

—¡Germán!, ¡quedaos con vuestros hombres y tened cuenta del castillo! ¡Regresaremos tan pronto como hayamos acabado con ese perro!

Luego apuntó con la mirada a los presos.

—¡Si me habéis engañado, prenderemos fuego a esta choza con todos vosotros dentro!

La aldea de Pomar se alzaba sobre una loma pelada.

En cuanto llegó a las puertas, Pedro exigió la rendición inmediata, pero desde el interior del castillo les pidieron el plazo de un día para responder. Pedro pensó que se burlaban de él. Estaba a punto de ordenar el ataque furibundo cuando Tomás de Junqueras le hizo un gesto con la mano.

—Disculpad, alteza, pero es tarde y la soldadesca está cansada, y los caballos, reventados. Llevamos cabalgando en son de guerra ya ni sabemos cuántos días, durmiendo mal y comiendo peor. ¿No sería más conveniente rodear el castillo para evitar que nadie entre o salga de él mientras reponemos fuerzas? ¿Qué más os da apresar a don Fernando hoy o mañana?

Pedro echó un vistazo a su tropa y tuvo que admitir que aquellos hombres jamás protestaban. Lo seguían fielmente a todas partes, a veces durante jornadas agotadoras e interminables. Dormían a salto de mata, bebían de los arroyos y comían poco y mal.

—Está bien. Acercaos al pueblo y traed vino y carne, y disponed las vigilancias.

Al amanecer, uno de los guardias dio la voz de alarma.

—¡Don Fernando Sánchez huye!

Pedro abrió los ojos y se puso de pie de un salto. Varios de sus hombres lo imitaron.

—¡Por allí!

—¡Vamos! ¡Que no escape!

Pedro y una docena de los mejores caballeros salieron en persecución del hijo de Blanca Antillón. Fernando montaba un corcel de color castaño, pero los caballos de Pedro y sus fieles eran unos

espectaculares ejemplares árabes y no tardaron en dar alcance al fugitivo.

Sin bajar del caballo, Pedro desenvainó la espada. Fernando hizo un movimiento torpe con el caballo, que se vino al suelo estrepitosamente. Pedro y sus hombres se lanzaron a por él. El fugitivo estaba malherido en el suelo y antes de que echara mano al cinto se encontró con una docena de espadas en el pecho.

—¡No me matéis, por favor!

Los rostros de todos los que empuñaban las espadas se habían contraído en una mueca de incredulidad.

Aquel infeliz no era Fernando Sánchez.

—¿Quién eres y por qué huías?

—Soy un simple escudero.

—¿Por qué querías escapar?

—Me han obligado.

Pedro se dio cuenta del engaño. Mientras ellos trataban de perseguir a un escudero, Fernando habría intentado escapar por otro lugar.

—¡Vamos! —gritó el infante.

Todos volvieron atrás. Cuando llegaron a las puertas del castillo, sus tropas seguían vigilantes.

—¿Hay novedades? —preguntó Pedro a Tomás de Junqueras.

—No.

—¿Nadie ha salido o entrado del castillo?

Tomás se mostró rotundo.

—Nadie… Bueno, acaba de pasar un pastor con unas ovejas…

—¿Un pastor? ¿Por dónde?

—Creo que salió por una de las portezuelas.

—¿Y hacia dónde se fue?

—Por allí —dijo Junqueras extrañado—. ¿Ocurre algo?

—¡Coge diez hombres y acompáñame!

Sin perder tiempo, Pedro, Junqueras y otros caballeros espolearon los caballos en la dirección que había tomado el pastor.

Cinco minutos más tarde encontraron las ovejas paciendo junto al río Cinca, solas, sin rastro del pastor.

—¡Ese hijo de puta ha escapado!

—¡Mirad, señor! —gritó un peón—. ¡Por allí!

Pedro vio a un hombre que corría por un sendero que bordeaba el río. La corriente iba tan crecida que resultaba imposible cruzarla. Cuando el fugitivo se dio cuenta de que lo habían descubierto, se metió en un campo de trigo.

Pedro espoleó la montura y los demás lo imitaron. Los caballos

entraron en los trigales y no tardaron en dar alcance al pastor, que huía despavorido. El infante saltó a tierra sin detener el caballo y se abalanzó sobre aquel individuo, que llevaba la cara oculta con una caperuza. Ambos rodaron por el suelo y forcejearon entre las mieses. El infante logró colocarse a horcajadas encima del pastor, antes de que este pudiera sacar un arma, y lo amenazó poniéndole la daga en el cuello. Luego le retiró la capucha.

—¡Malnacido!

Fernando estaba aterrado. Los soldados del príncipe habían desmontado de los caballos y rodeaban a los dos hermanastros.

—¡Piedad!

Pedro sintió que la sangre se le subía a la cabeza.

—Arrodillaos y pedid perdón a Dios por todos vuestros pecados, porque vuestras fechorías han llegado a su fin.

Fernando se arrojó a los pies de Pedro.

—¡Perdonadme, hermano!

Pedro le dio una patada. Luego se volvió a sus soldados.

—Tiradlo al río.

—¡No!

Entre maldiciones y pataleos, los hombres de Pedro arrastraron al hijo de Blanca de Antillón hasta una roca y desde allí lo lanzaron al agua sin consideraciones. Los gritos de Fernando Sánchez se confundieron con el bramar de la corriente. Pedro se quedó mirando la escena, atrincherado en un silencio sofocante y apremiado por contradictorios sentimientos. Por primera vez en su vida, experimentaba una insoportable zozobra tras vencer a su rival. Permaneció largo rato con la mirada clavada en la nada líquida y oscura. Cuando recobró la noción de la realidad y volvió en sí, el rastro de su hermano luchando contra la corriente había desaparecido por completo.

10

La violenta muerte de Fernando Sánchez de Castro decapitó el partido aragonés rebelde y los nobles comenzaron a aceptar a Pedro como futuro rey. La última visita que realizó el príncipe para conseguir la paz definitiva fue a la viuda de su hermanastro.

Aldonza de Urrea, la hija de don Jimeno de Urrea, era todavía joven y hermosa, y tenía un hijo de cuatro años. Sabía que lo había perdido todo, o estaba a punto de hacerlo, y se encontraba a merced de la piedad del hombre que había acabado con su marido. Cuando tuvo a Pedro ante ella, no pudo contener las lágrimas.

—Por favor, señora, os ruego que no lloréis.

Aldonza estaba acompañada por algunos familiares y servidores. El niño permanecía de pie, junto a la madre, con el semblante serio.

—No he venido a prolongar más vuestro sufrimiento —dijo Pedro con voz firme—. Lo hecho hecho está. Y no creáis que no lamento lo ocurrido.

Aldonza se limpió las lágrimas con un lienzo que le entregó una sirvienta.

—He venido para hablar del futuro. Un futuro sin batallas entre nosotros. Estoy dispuesto a llegar a un acuerdo con vos, ya que no os hago responsable de los delitos de vuestro esposo. Si me permitís explicar mis planes, me consideraría afortunado.

Los Urrea habían sido uno de los linajes más beligerantes desde siempre. El infante observó a primos, tíos, sobrinos y demás parentela junto a Aldonza y sintió de repente una profunda piedad por todos ellos.

—Delante de vuestros parientes y por la memoria de vuestro marido, que era mi hermano, y de vuestro padre, que sirvió con firmeza a mi abuelo Pedro II y a mi padre el rey Jaime, os hago una proposición. Quedaos en la baronía de Castro con vuestro hijo, a quien respetaré como señor de dicha villa. Disfrutaréis de una renta que os permitirá vivir con comodidad, al menos hasta que el muchacho sea mayor y pueda hacerse cargo de la hacienda.

Aldonza había humillado el rostro. No era capaz de mirar a la cara

al hombre que había matado a su marido. Sentía una rabia sorda y una honda tristeza al mismo tiempo.

—Gracias, señor —dijo sin levantar la mirada del suelo.

—¿Cómo se llama el pequeño?

—Felipe Fernando, señor.

Pedro se acercó a él con una sonrisa franca.

—Así que vos sois mi sobrino Felipe Fernando.

El niño tenía una expresión dulce. Sonrió y dejó al descubierto unos dientes irregulares.

—¿Vos sois el rey? —preguntó el niño.

Pedro sonrió.

—No, sobrino. No soy el rey. Pero espero serlo un día no muy lejano, y para entonces, si habéis crecido y os habéis convertido en un soldado fuerte y valiente, os tomaré a mi servicio. ¿Qué me decís?

El niño abrió los ojos encandilado por aquella posibilidad.

—¡Sería estupendo!

Pedro le removió el cabello con la mano.

—¡Entonces no hay más que hablar! —Luego se volvió a Aldonza de Urrea—: ¡Señora!, ¡si alguna vez necesitáis cualquier cosa, estaré encantado de poder ayudaros!

Aldonza estaba aguantando a duras penas las ganas de echarse a llorar.

—Os lo agradezco, alteza —dijo sin voz.

Desde principios del verano, la situación de Andalucía era extraordinariamente delicada. Sabedores de que el rey Alfonso había abandonado el reino y andaba por Francia, tratando de convencer al papa para que lo coronara emperador, y conocedores también de que Jaime y Pedro se habían enzarzado en una contienda estúpida contra sus propios nobles, los sarracenos pasaron al ataque para reconquistar las tierras y las ciudades que los castellanos les habían arrebatado durante el último medio siglo.

El rey de Granada, Muhammad II, había conseguido convencer al sultán de Marruecos, Abu Yusuf, de que este era el momento que la historia estaba esperando para hacer pagar a los cristianos las eternas afrentas.

Abu Yusuf atravesó el Estrecho con diecisiete mil jinetes benimerines, dispuestos a morir por Alá. Su primera incursión fue contra los emires de Guadix y Málaga, los principales rivales de los granadinos. Los benimerines les dieron a elegir entre la muerte ominosa o la salvación si juraban unirse a ellos y a los granadinos

contra los cristianos. Los de Guadix y Málaga no tuvieron ninguna duda en sumarse a la lucha contra Castilla. Juntos avanzaron hacia Sevilla como una plaga de langosta. Cuando llegaron al Guadalquivir, habían dejado tras de sí un océano de sangre.

El pánico se adueñó de todo al-Ándalus.

Castilla no sabía de qué modo parar los pies a aquel ejército diabólico. Fernando de la Cerda, en ausencia de su padre, era el hombre que debía organizar las tropas castellanas, pero de la Cerda, joven e inexperto, se veía incapaz de controlar una situación que lo superaba. Salió de Toledo tan pronto como pudo improvisar una hueste con la que enfrentarse a los sarracenos con ciertas garantías de éxito. Las primeras escaramuzas no tardaron en producirse y pronto se dio cuenta de que aquella guerra no la ganaría nunca si no obtenía refuerzos. Viéndose desbordado por los acontecimientos, se atrincheró en Villa Real, a la espera de las tropas de su tío Fadrique y de su hermano Sancho.

Las noticias eran desalentadoras. Las tropas del adelantado Nuño González de Lara habían sido aniquiladas a las puertas de Écija. Los musulmanes habían hecho una montaña con los más de cuatro mil cadáveres, teñidos de sangre, la mayoría de ellos amputados o medio descuartizados. Sobre la macabra pirámide de carne cristiana los almudines cantaron ese día la oración de la tarde.

El arzobispo Sancho, el hijo más pequeño de Violante de Hungría, al enterarse de que la línea del Guadalquivir había sido destruida por los sarracenos, comenzó a pedir ayuda desesperadamente. Alguien le dijo que aguantara la presión porque pronto llegarían refuerzos de Lope de Haro, el señor de Vizcaya, y de algunos nobles más que venían desde Córdoba. Pero los árabes no estaban dispuestos a conceder la mínima tregua y a la mañana siguiente atacaron con toda violencia.

Sancho no entendía de armas, pues su vida había orbitado siempre en torno a los libros. Aquello era demasiado para un hombre como él. Asesorado por sus capitanes, decidió retirarse hacia tierras de Jaén, casi en desbandada, pero los musulmanes salieron tras ellos y los cercaron entre Torredonjimeno y Martos.

No hubo supervivientes. A Sancho lo atravesaron con una lanza. Después le cortaron la cabeza y la mano en la que llevaba el anillo arzobispal.

Cuando Fernando de la Cerda supo del desgraciado fin de su tío, el arzobispo Sancho, y de don Nuño González de Lara, creyó que el demonio llamaba a las puertas de su palacio. Los sarracenos lo tenían rodeado, sin ninguna posibilidad de escapar. Sintió un terror tan

intenso que cayó fulminado de un ataque al corazón.

El primogénito de Alfonso X y de Violante de Aragón contaba veinte años.

Jaime y el príncipe Pedro se quedaron consternados al recibir la noticia.

—¡Y ese estúpido de mi yerno en Lyon! —gritó el monarca cuando se sobrepuso de la impresión.

Pedro había bajado la cabeza y contemplaba las losas del suelo.

—Sancho no se merecía una muerte así —se lamentó—. Mi hermano jamás había empuñado una espada.

—La cosa es demasiado grave —advirtió Bernardo de Entenza con la expresión concentrada—. Por lo que parece ser, Castilla anda ahora mismo descabezada. Los moros no van a esperar a que vuestro yerno regrese y se ponga al mando de las tropas.

—Están también don Fadrique y don Manuel —señaló Pedro con desgana.

—En efecto. Y hay muchos hombres de indudable valía —repuso Asalid de Gúdar—, pero tal vez no sean suficientes para detener el avance musulmán. Es necesario salir en su ayuda.

El rey pareció despertar de su letargo.

—Si los moros siguen avanzando, nadie estará seguro.

Pedro se irguió.

—Partiré en dos o tres días. No hay otra solución.

Jaime contempló a su hijo. Luego se quedó mirando el infinito y dejó escapar una frase enigmática.

—Creo que es la hora de la verdad.

—¿La hora de la verdad? —repitió Germán de Robres—. ¡Por mis barbas, que no os entiendo!

—En teoría, Aragón está pacificado —observó el rey—. Veremos si tal ocurre en la práctica. Ahora es cuando vamos a saber quién nos apoya y quién nos engaña.

Todos recordaron los recientes enfrentamientos con los nobles catalanes y aragoneses, la muerte de Fernando Sánchez y la rendición de los principales cabecillas de la revuelta nobiliaria.

—¡Llevaos a Jaime de Jérica y a Pedro de Ayerbe con vos! —le pidió el rey a su hijo.

—Ya lo había pensado. Y a Pedro Fernández de Híjar. Y a mi hermano Jaime. ¡Todos son necesarios!

El rey se volvió a Asalid y Entenza.

—¡Rápido! ¡No hay tiempo que perder!

La violencia entre cristianos y sarracenos se agravó durante los primeros meses del año de 1276. No solo al-Ándalus ardía por los cuatro costados en devastadoras batallas, sino que el incendio de la guerra se propagó por Murcia y el sur de Valencia.

Alfonso regresó de Francia de vacío y se hizo cargo de la situación mientras el infante Pedro seguía acuartelado en la frontera entre Aragón, Murcia y Castilla. Por fortuna, en primavera aparecieron los refuerzos navarros y la balanza comenzó a decantarse a favor de los cristianos.

El clima era tan bélico en todas partes que a muchos les recordaba la época previa a las legendarias Navas de Tolosa.

Jaime había conseguido que hombres habitualmente díscolos como Hugo de Ampurias, Ramón Folch de Cardona o los Anglesola se sumaran a la difícil tarea de reducir la rebelión sarracena. También contaba con los siempre fieles Moncada y, además, los prelados de Aragón predicaron con entusiasmo la nueva cruzada desde los púlpitos.

Al llegar el verano, los benimerines habían retrocedido hasta Granada y los castellanos habían recuperado las principales plazas fuertes. Corría el rumor de que los marroquíes estaban pensando en regresar a su tierra y abandonar el sueño quimérico de recuperar al-Ándalus.

Jaime se hallaba en Alzira cuando empezó a notar los primeros síntomas de que la muerte llamaba a su puerta y se encerró en su cámara para estar solo. Lo apremiaba un dolor lejano y oscuro que él intuía como el prólogo de algo funesto.

Se arrodilló frente a la imagen de la Virgen María y se quitó el camafeo que siempre llevaba colgando del cuello. Lo tomó entre sus manos y se quedó contemplando el dragón de jade. Siempre le había parecido un objeto fascinante.

El reflejo de aquella piedra verde le devolvió la imagen de un muchacho de diez años, delgado, esbelto como una caña, el flequillo cayéndole sobre la frente, los ojos negros observándolo todo con un brillo ávido e inteligente. Quiso evocar el rostro de su madre, María de Montpellier, pero la niebla de los años transcurridos ponía un velo en su mirada y apenas le permitía distinguir los perfiles borrosos de la nieta del emperador de Bizancio. Aquel objeto que él tenía entre sus manos era lo único que conservaba de ella. Luego trató de recuperar las facciones de su padre y le resultó imposible acordarse siquiera de su voz o su sonrisa. Nada quedaba de Pedro el Católico, el hombre que

le había legado la corona. Acarició el camafeo, como si acariciara los recuerdos, mientras las lágrimas caían por sus mejillas y el dolor que sentía en el pecho se volvía insoportable. Sabía que Dios estaba llamándolo. Intentó rescatar su vida entera y ante sus ojos asombrados desfilaron las imágenes difusas de su existencia con una rapidez endiablada, como si aquellos retazos fueran papeles zarandeados por el viento absurdo de la historia: revivió la infancia en Monzón, su adolescencia, el matrimonio con Leonor, los maravillosos años con Violante, las conquistas militares, los interminables combates, las mujeres a las que había amado, los hijos que había tenido con todas ellas, los hombres que lo habían acompañado en aquel deambular sin rumbo por los vericuetos del tiempo, hombres fieles, rudos, acostumbrados a la guerra y al silencio. Y rememoró su inmensa soledad.

De repente sintió que le faltaba el aire y que la noche se abalanzaba sobre él, oscura y fría, como una serpiente de hielo.

El príncipe Pedro acababa de entrar en Xátiva cuando fue alertado de que su padre no se encontraba bien de salud.

—¿Dónde está?

Las revueltas de los últimos días habían puesto el reino patas arriba.

Nicolás de Valverde torció el gesto.

—En el palacio «del olivo» de Alzira. Y desea veros.

Pedro había hecho una gran cabalgada para llegar a Xátiva antes de que cayera la noche y estaba cansado.

—Mañana saldremos.

Valverde carraspeó.

—Disculpad, señor, pero ¿no sería más conveniente partir ahora mismo?

Pedro había mandado desensillar su caballo y lo único que le apetecía en aquellos momentos era darse un baño. El verano apretaba de lo lindo. Estaba lleno de sudor y de polvo. Un baño, un poco de carne y un buen vaso de vino, eso era todo lo que quería.

Contempló a su consejero y amigo con una expresión de perplejidad.

—Si salimos en estos momentos todavía podemos llegar antes de que sea completamente de noche —observó Valverde.

Pedro se quedó indeciso.

—Creo que deberíamos ir.

El príncipe exhaló un suspiro.

—Está bien. Ordenad que vuelvan a ensillar mi caballo.

Quince minutos más tarde, Pedro de Aragón, seguido de una comitiva de treinta hombres partió en dirección a Alzira. El sol había comenzado a declinar. Un reguero de luces rojas y moradas se deshacía en el horizonte.

Pedro se detuvo un instante ante las puertas de Alzira. *Claudo regnum et adaperio,* leyó. Era la inscripción que había ordenado esculpir su padre cuando la conquistó a los musulmanes. Él tenía apenas un año y parecía que todo aquel tiempo hubiera transcurrido en un soplo.

Espantando la nostalgia, espoleó el caballo y pocos minutos más tarde llegó al palacio «del olivo». La gente que había a la puerta dejó de hablar al verlo.

Entró sin saludar a nadie. Antes de llegar al salón, se asomó un instante al patio y se quedó mirando el olivo centenario bajo la luz del atardecer. El tronco rugoso y retorcido estaba coronado por una fronda magnífica.

Suspiró antes de franquear la puerta del salón. Lo recibió una penumbra mortecina. Su hermano Jaime conversaba con Alberto Lavaina. Un poco más allá vio a Asalid de Gúdar y a Bernardo de Entenza, departiendo con diversos caballeros que solían acompañar al monarca en sus escaramuzas militares. En un rincón, junto a un bello repostero, advirtió la presencia de Pedro Fernández de Híjar y de Beltrán de Villanueva. Tras ellos, al lado del obispo Andreu de Albalat, estaban los hijos de Teresa Gil de Vidaure, Jaime de Jérica y Pedro de Ayerbe, hablando en voz baja. Su hermanastro Jaime Sarroca permanecía en silencio junto a la puerta. Al verlo, le hizo un gesto con la cabeza en señal de reconocimiento.

Pedro saludó a unos y a otros. Su hermano Jaime salió a su encuentro.

—¡Jaime! —saludó Pedro—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué hay tanta gente aquí?

El infante se llevó a su hermano a un rincón.

—Nuestro padre no se encuentra bien. Ha hecho venir a la gente que él considera importante.

Pedro volvió a observar a las personas allí congregadas. Todos habían bajado la voz. Algunos, incluso, habían dejado de cuchichear.

Las ventanas estaban abiertas y por ellas entraba la luz del anochecer.

—Al parecer, lleva ya varios días sintiéndose mal —siguió diciendo Jaime—. Ayer por la mañana comenzó a pedir que viniéramos todos.

—¿Qué es lo que tiene?
—Fiebre. Muy alta.
—¿Quién está ahora con él?
—Los médicos.

Pedro abandonó el salón y avanzó por el pasillo. Los guardias lo saludaron inclinando la cabeza. Hizo una señal a Ato de Foces y a Tomás de Junqueras, que conversaban en voz baja junto a una pared.

Vio también a unas mujeres sentadas en unos bancos. Le pareció que rezaban en voz baja. Eran doncellas o damas de compañía.

Unos centinelas le franquearon el paso a la habitación.

Asomó la cabeza. La cámara estaba en penumbra. Las luces tremolantes de algunas velas colocadas por la sala esparcían una vaporosa claridad. Pedro vio el lecho, alto, de madera oscura, las cortinas de tul blanco alrededor, y sobre él distinguió el bulto de su padre, cubierto por una fina sábana. Junto a él había tres personas. El viejo médico Daniel Molnar posaba su mano esquelética sobre la frente del rey. Junto a él había otro médico más joven y al otro lado del lecho se encontraba Sibila de Saga, sentada sobre un taburete, con un breviario entre las manos.

Pedro se acercó despacio hasta el lecho.

Su padre tenía los párpados cerrados y respiraba con dificultad.

—Padre —susurró con la voz entrecortada.

Jaime abrió los ojos. Un velo de tristeza cubría sus pupilas.

—Pedro —susurró con un hilo de voz—, habéis venido.

—¿Cómo os encontráis?

El rey respondió con una mueca. El príncipe desvió la mirada hacia el judío. Daniel Molnar, que seguía la conversación con expresión atribulada, hizo un gesto de fatalidad.

—Que entre vuestro hermano Jaime. Que vengan Lavaina, Bernardo de Entenza, Ato de Foces y Asalid de Gúdar. Y que entren también mis hijos Jaime Sarroca, Pedro Fernández de Híjar, Jaime de Jérica y Pedro de Ayerbe.

Daniel Molnar salió un momento y dio las órdenes a los guardias. Al momento, los convocados se presentaron en la habitación. Entraron en silencio y se colocaron alrededor del lecho.

El rey había vuelto a cerrar los ojos.

Sibila de Saga lloriqueaba con un llanto discreto, entre pequeños gemidos y exclamaciones de pena. El judío volvió a colocarse junto a la cabecera y de nuevo le puso la mano sobre la frente al rey. Notó que ardía.

Todos estaban pendientes de la cara del médico. Daniel Molnar hizo un movimiento horizontal con la cabeza. Durante unos instantes,

solo se escuchó en la estancia el llanto inconsolable de Sibila.

El rey entreabrió los ojos. A través de las tinieblas que comenzaban a borrar su visión pudo contemplar a la gente que lo rodeaba. Fue reconociendo a sus amigos y a sus hijos, uno tras otro. Por último, su mirada se detuvo en su hijo mayor.

—Pedro —musitó casi sin voz—, quiero que me prometáis algo.

El príncipe tragó saliva.

—Tenéis mi palabra.

—Prometedme que protegeréis a Sibila, a todos vuestros hermanos y a mis fieles consejeros.

El príncipe apenas podía responder. Tenía un nudo en la garganta que le impedía articular palabra.

Pedro alzó el rostro y miró aturdido a su hermano Jaime, que no era capaz de sofocar la pena. Luego desvió los ojos y contempló a Jaime Sarroca, a Pedro Fernández de Híjar, a los hijos de Teresa Gil de Vidaure, buenos hombres que amaban a su padre tanto como él. Todos trataban de contener el llanto a duras penas. Apartó la mirada y observó a Sibila, el último amor del rey, que había bajado la cabeza y seguía gimoteando sin parar. Bernardo de Entenza, Asalid de Gúdar, Ato de Foces, envejecidos y derrotados, procuraban disimular, sin lograrlo, la inmensa desolación que los embargaba. Tenían la mirada extraviada en la nada, incapaces de soportar el fin del amigo.

—¡Pedro!, ¡Jaime!, ¡acercaos!

El príncipe y el infante se pusieron uno a cada lado del lecho.

—Dadme vuestras manos.

Los dos hermanos obedecieron. El rey tomó las manos de sus hijos.

—Soy un hombre con suerte. Vuestra madre, que en gloria esté, me llamaba Jacobo el Afortunado. —Quiso sonreír al recordar aquella anécdota, pero lo único que salió de su boca fue una mueca de dolor —. Os dejo en herencia el gobierno de mis reinos. Quiero que los dos continuéis mi obra. Seguid las reglas de Dios y de la Iglesia, ganaos el amor y el respeto de vuestros vasallos, y no tembléis nunca a la hora de impartir justicia. —Hizo una pausa para cobrar aliento. Intentó tragar saliva, pero tenía la garganta seca—. Yo os bendigo, hijos míos.

Todos escuchaban con el corazón encogido.

—Y ahora deseo estar solo con Sarroca —susurró.

Uno tras otro abandonaron la pieza en silencio, no sin antes lanzar una postrera ojeada al que estaba a punto de dejar de ser su rey. Sibila fue la última en aquella comitiva fúnebre. Antes de marcharse, se acercó hasta Jaime y le cogió la mano derecha.

—¿No queréis que me quede?

El rey movió apenas la cabeza, negando.

—Necesito confesión.

Sibila se inclinó y lo besó en los labios suavemente. Después salió de la cámara igual que una sombra.

Jaime Sarroca se sentó junto al lecho.

—Antes de confesarme, he de pediros un favor —dijo el rey apenas sin voz.

El hijo asintió.

—Sabéis que he estado escribiendo un diario. Habéis de terminarlo cuando yo no esté, para que la historia sepa la verdad de mi vida y de mi muerte.

—Lo haré. Os lo prometo.

—He pensado un título.

—¿Cuál?

—El Libro de los Hechos.

—Me parece un título excelente —replicó Jaime Sarroca entre lágrimas.

—Por favor, hijo, no lloréis.

—¡No podéis morir, padre!

Jaime acarició la cabeza de aquel muchacho por el que sentía un inmenso amor.

—Escuchad. No me queda mucho tiempo. Deseo que me entierren con el hábito del Císter y que mis huesos descansen en el monasterio de Poblet. Encargaos de que se cumpla mi voluntad.

El hijo de Elvira Sarroca se limpió las lágrimas y contempló a su padre con una sonrisa triste. En un arranque de piedad le besó las manos.

—Y ahora quiero que me oigáis en confesión. He de estar limpio de pecados para presentarme ante Dios.

Sarroca hubiera dicho algo, pero no sabía qué.

El rey se santiguó.

—Ave María Purísima —susurró.

—Sin pecado concebida —respondió su hijo.

Epílogo

Algunos de sus contemporáneos lo llamaron Jacobo el Afortunado, un título que retrata la prodigalidad con que lo dispensó la Providencia, pero la historia, que termina recogiendo tanto las proezas como las miserias humanas, ha preferido recordarlo con el nombre de Jaime el Conquistador.

Ambos apelativos delatan la personalidad de un hombre extraordinario. A pesar de las múltiples adversidades que jalonaron su vida, en los momentos decisivos Jaime fue siempre un personaje favorecido por la fortuna. Poetas, juglares y trovadores celebraron sus conquistas militares y sus lances amorosos, que fueron muchos y muy notables.

Acabó con el imperio musulmán en el Mediterráneo y extendió la corona de Aragón hacia los fértiles territorios del sur peninsular. La fe y el tesón que puso en cada uno de sus actos fueron decisivos para instituir los reinos cristianos de Mallorca, Valencia y Murcia, a quienes concedió la independencia, en contra de la opinión de los ricoshombres aragoneses y catalanes, que pretendían extender sus privilegios en las tierras arrebatadas a los moros.

Sus batallas amorosas fueron también abundantes. Tuvo tres esposas, pero se desconoce el número de mujeres que pasaron por su lecho. Reinas, princesas, damas de compañía, amantes todas hermosas y de linajes excelentes. De estas relaciones, casi siempre tormentosas, nacieron quince hijos, entre legítimos y bastardos, que le obligaron a rehacer el testamento en varias ocasiones.

Cuatro de los habidos con Violante alcanzaron el rango de reyes: Violante, Pedro, Jaime e Isabel.

Los relatos que han llegado hasta nosotros coinciden en los puntos esenciales: Jaime fue un hombre amado por sus súbditos, envidiado por nobles y caballeros y temido por sus enemigos; pero todos, sin excepción, lo respetaron. Fue también un ser humano de enormes contrastes, como suelen serlo los grandes personajes de la historia. Su carácter templario, forjado en la austeridad, chocaba con la pasión que ponía en cada una de las empresas que acometía. Por lo demás, su orgullo y su beligerancia no empañaron nunca su alto sentido de la justicia, su extremada honestidad y su proverbial benevolencia.

En una época de fanatismos raciales y religiosos, abogó por la convivencia entre musulmanes, judíos y cristianos, respetando las leyes y las costumbres de unos y de otros, y siempre que pudo defendió a los humildes de los abusos de los poderosos.

Jaime disfrutó de una vida larga y apasionante como pocas. Los cronistas de la época cuentan que fue enterrado con su hábito del Císter en Valencia, y en su viaje a la eternidad lo acompañaron sus dos objetos más preciados: la espada Tizona y el amuleto de jade con el dragón de san Jorge. Años más tarde, sus restos fueron trasladados al monasterio de la orden cisterciense de Poblet, cerca de Tarragona, el magnífico convento que tiempo atrás fundara su bisabuelo Ramón Berenguer IV.

El viento de los años transcurridos no ha podido borrar sus huellas. Las huellas de un hombre en cuya trayectoria se entrecruzan la realidad y la leyenda. Muchos siglos después de su muerte, la sombra gigantesca de Jaime el Conquistador se proyecta sobre todos nosotros desde las altas parameras de la historia. Como se proyectaba en los ojos de aquel niño lejano la sombra de las águilas en los cielos azules de Monzón.

Glosario de personajes

Aarón. Personaje bíblico.
Abi Yafar. Hijo de Abu Yafar Muhammad ibn Hud. Cede el trono a Al Watiq.
Abu Bakr ibn Hud Al Watiq. Caudillo que se hace con el mando de Murcia.
Abu Yafar Muhammad ibn Hud. Hijo de Ibn Hud Al Dawla, rey de Murcia.
Abu Yusuf. Sultán de Marruecos.
Al Azraq. Caudillo revolucionario moro. 1208-1276.
Al Mahná. Primer ministro de Al Watiq.
Alberto Lavaina. Jurista y consejero de Jaime I en Italia.
Aldonza de Urrea. Esposa de Fernando Sánchez de Castro, hija de Jimeno de Urrea.
Alejandro IV. Papa de 1254 a 1261. Se llamaba Rinaldo Conti. Lo sucede Urbano IV.
Alfonso de Poitiers. Hermano de Luis IX de Francia; su esposa Juana es hija de Raimundo VII de Tolosa. 1220-1271.
Alfonso García. Capitán de Alfonso X.
Alfonso X el Sabio. Hijo de Fernando III el Santo y esposo de Violante de Aragón. 1221-1284.
Alfonso. Primer hijo de Jaime I, habido con Leonor de Castilla. 1222-1260.
Alfredo Martínez. Sacristán de Bulbuente.
Álvaro Pérez de Azagra. Hijo de Pedro Fernández de Azagra. Señor de Albarracín.
Andrés de Figueral. Fraile que compuso una Biblia en verso.
Andreu de Albalat. Arzobispo de Valencia. Fallece en 1276.
Andreu de Calaf. Marido de Martina de Lécera. Caballero de origen catalán.
Anglesola. Casa nobiliaria catalana.
Arnau de Cabrera. Hijo de Guillerma de Cabrera; pertenece a la mesnada real.
Arnau de Fontova. Caballero catalán, al servicio del príncipe Pedro.
Arnau de Gurb. Obispo de Barcelona entre 1252 y 1284.
Arnau de Vilanova. Predicador dominico. Quizás el médico más importante en el mundo latino medieval. Muy implicado en cuestiones políticas y religiosas. Muere en 1313.
Artal de Luna. Noble aragonés al servicio de Jaime I. Muerto en 1260.
Asalid de Gúdar II. Hijo de Asalid I. Señor de Alquézar. Capitán general de Jaime.
Ato de Foces II. Caballero aragonés, sirve en la mesnada de Jaime I. Es hijo de Jimeno de Foces, y nieto de Ato de Foces I. Muerto en 1302.
Banu Ashquilula. Familia árabe de Granada.
Beatriz de Champaña. Hija de Margarita Dampierre y Teobaldo I de Navarra.
Beatriz de Provenza. Cuarta hija de Ramón Berenguer V de Provenza y de Beatriz de Saboya. Casada con Carlos de Anjou. 1229-1267.
Beatriz de Saboya. Primera esposa de Manfredo de Sicilia. Suegra del príncipe Pedro de Aragón.
Beltrán de Villanueva. Noble aragonés, al servicio del príncipe Pedro.
Ben Jahudano. Judío catalán.
Benito de Rocabertí. Obispo de Tarragona.
Berengario de Turri. Archidiácono de Barcelona.
Berenguela Fernández. Amante de Jaime I, madre de Pedro Fernández de Híjar. Muerta en 1272.
Bernardo de Santa Eugenia. Gobernador de la isla de Mallorca. Muere en 1269.
Bernardo de Torroella. Noble de origen catalán. Perteneciente a una familia emparentada con los Mongrí y los Santaeugenia.

Bernardo Guillermo de Entenza. Hijo de Bernardo Guillermo de Montpellier y Juliana de Entenza. Primo de Jaime I y consejero suyo.
Bernat de Olivella. Arzobispo de Tarragona.
Bernat de Orriols. Barón catalán.
Blanca de Antillón. Amante de Jaime I; madre de Fernando Sánchez, barón de Castro.
Blanca de Artois. Esposa de Enrique El Gordo, rey de Navarra.
Blanca de Castilla. Hermana de Leonor, la primera esposa de Jaime. Es reina de Francia. 1188-1252. Madre de Luis IX de Francia.
Blasco I de Alagón. Noble aragonés. Llamado el Grande. 1190-1242.
Bonifacio de Saboya. Hermano de Beatriz, la primera mujer de Manfredo de Sicilia.
Borrell II. Conde de Barcelona.
Carlos de Anjou. Hermano de Luis IX de Francia y casado con Beatriz de Provenza, hija de Ramón Berenguer V, el primo de Jaime I en la infancia de Monzón. 1227-1285.
Cipriano. Hermano del monasterio de Veruela.
Conradino. Hijo de Conrado y nieto de Federico II.
Conrado. Hijo de Federico II y Yolanda de Jerusalén, su segunda esposa. 1228-1254.
Constanza. Hija de Bonifacio de Saboya.
Constanza II de Sicilia. Hija de Manfredo de Sicilia y esposa del príncipe Pedro de Aragón.
Constanza de Aragón. Esposa de Federico II.
Constanza de Moncada. Esposa de Alfonso, hijo de Jaime I; hija de Gastón VII de Bearn.
Constanza. Hija de Jaime I y Violante de Hungría. Casada con Manuel de Castilla. 1238-1275.
Daniel Molnar. Médico personal de Jaime I.
Deán de Bayeux. Asesor de Luis IX de Francia.
Diego Lope de Haro. Señor de Vizcaya y alférez del rey de Castilla.
Domingo de Sola. Obispo de Huesca, tras Vidal de Cañellas.
Elvira Sarroca. Amante de Jaime I. Madre de Jaime Sarroca y Pedro del Rey, hijos ilegítimos del monarca.
Enrique. Hijo de Margarita de Dampierre.
Enrique de Castilla. Hermano Alfonso X.
Enrique III de Inglaterra. Rey de 1216 a 1272. Hijo de Juan Sin Tierra.
Enrique de Navarra. Rey llamado El Gordo. Gobernó de 1270 a 1274.
Enrique de Nuévalos. Marido de Elvira Sarroca.
Etelvina Jiménez de Luesia. Dama de compañía de Teresa Gil de Vidaure.
Fadrique de Castilla. Hermano de Alfonso X.
Federico II. Emperador del Sacro Imperio. Nieto de Federico I Barbarroja. 1194-1250.
Felipe de Castilla. Hermano de Alfonso X.
Felipe III. Hijo de Luis IX de Francia. Rey de 1270 a 1285. Casado con Isabel, la hija de Jaime I.
Felipe Fernando. Hijo de Fernando Sánchez de Castro y Aldonza de Urrea.
Fernando de la Cerda. Hijo de Violante de Castilla y Alfonso X.
Fernando Sánchez. Barón de Castro. Hijo ilegítimo de Jaime I y Blanca de Antillón. 1240-1275.
Ferriz de Lizana. Noble aragonés, hijo de Rodrigo de Lizana.
Fortunato de Orés. Caballero aragonés.
Fray Bartolomé. Preceptor dominico de los hijos de Jaime I.
Galcerán de Hostoles. Caballero aragonés.
Galcerán de Pinoso. Caballero aragonés.
García Martínez. Obispo de Cartagena.
Genesia. Amante de Jaime I.
Genoveva. Esposa de Guillem de Moncada.
Germán de Robres. Sirve al príncipe Pedro.
Gonçalo Pereira. Maestre del Hospital.
Gonzalo de Fontellas. Abad del monasterio de Veruela, hijo de noble aragonés.
Gonzalo Pérez. Caballero al servicio de Fernando Sánchez de Castro.
Gonzalo Ramírez. Esposo difunto de Berenguela Alfonso.
Gregorio X. De nombre Teobaldo Visconti. Papa de 1272 a 1276. Lo sucede Inocencio V.

Guillem de Moncada. Conde catalán. Familia muy importante de la nobleza.
Guillem de Mongriu. Sacristán de Gerona.
Guillem de Rocafull. Caballero catalán.
Guillem Folch de Cardona. Noble catalán.
Guillerma de Cabrera. Amante de Jaime I, casada con Bernat de Cabrera; hija de Hugo IV de Ampurias.
Guillermo de Holanda.
Gustave Leroy. Cardenal, asesor de Urbano IV.
Helena. Esposa de Manfredo.
Henrich. Hijo de Manfredo.
Herthun I. Rey de Armenia.
Hugo Baus. Jurista y consejero de de Jaime I en Italia.
Hugo Capeto. Antepasado de los Capetos, de época de Carlomagno.
Hugo de Ampurias. Noble catalán. Participa en la conquista de Murcia.
Ibn Nazarí. Gobernador de Mallorca.
Inocencio IV. Papa sucesor de Celestino IV. Su nombre es Sinibaldo Fieschi. Ejerce de 1243 a 1254. Lo sucede Alejandro IV.
Iñíguez. Casa noble castellana.
Isabel. Hija de Luis IX; se casa con Teobaldo II, hijo de Margarita Dampierre y Teobaldo I de Navarra.
Isabel. Quinta hija de Jaime I y Violante de Hungría. 1242-1271. Reina de Francia por su matrimonio con Felipe III de Francia.
Ishaq ben Toldrós. Judío de Barcelona.
Jaime de Jérica. Hijo de Jaime I con Teresa Gil.
Jaime I. El Conquistador. 2 de febrero de 1208-27 de julio de 1276.
Jaime Sarroca. Hijo de Jaime I y Elvira Sarroca.
Jaime. Hijo de Jaime I y Violante de Hungría. 1243-1311. Pasa a la historia como Jaime II de Mallorca.
Jimeno de Urrea. Noble aragonés.
Jimeno Pérez de Tarazona. Noble aragonés, servidor leal de Jaime I; barón de Arenoso. 1233-1267.
Jofre de Rocabertí. Noble catalán.
José de Mataplana. Fiscal e inquisidor dominico.
Josep de Pallarés. Consejero catalán del príncipe Pedro.
Juan de Prócida. Embajador aragonés en Italia.
Juan Núñez de Lara. Noble aragonés.
Juana. Esposa de Alfonso de Poitiers.
Juana de Danmartín. Viuda de Fernando III de Castilla, del que fue segunda esposa.
Juliana de Entenza. Viuda de Bernardo Guillermo de Entenza y madre de Bernardo de Entenza.
Kan Abaga. También Abaga Kan. Segundo Kan mongol de Persia. Hijo de Hulagu y nieto de Gengis Kan. 1234-1282.
Kublai Kan. Quinto y último gran Kan mongol. 1215-1294.
Leonor. Hermana de Alfonso X.
Leonor de Castilla. Primera mujer de Jaime I.
Luis IX. Rey de Francia, hijo de Blanca de Castilla. Primo hermano de Fernando III el Santo. 1214-1270.
Luna. Familia aragonesa.
Manfredo. Rey de Sicilia. Hijo ilegítimo de Federico II con Blanca Lancia. 1232-1266.
Manuel de Castilla. Hermano de Alfonso X el Sabio y esposo de Constanza, hija de Jaime I. 1234-1283.
Manuel Pedraza. Alférez real de Castilla.
Margarita Dampierre. Conocida como Margarita de Borbón o de Navarra. Tercera esposa de Teobaldo I de Navarra.
María. Cuarta hija de Jaime I y Violante. 1247-1267.
Martín. Montero al servicio de Alfonso, hijo de Jaime I.
Martina de Lécera. Aviuda de Andreu de Calaf, caballero al servicio de los Moncada. Es

íntima amiga de Teresa Gil de Vidaure.
Mendoza. Casa noble castellana.
Miguel Garcés. Caballero al servicio de Rodrigo de Lizana.
Miguel Paleólogo. Emperador bizantino. Muere en 1282.
Moisés. Personaje bíblico.
Mosé Ben Ishaq ha-Leví. Judío rico de Barcelona.
Mosé ben Nahmán. Rabino judío, sabio, llamado «el médico ciego», amigo de Vidal de Cañellas. Conocido también como Nahmánides. En catalán se lo conoce como Bonastruc Sa Porta. Máxima autoridad rabínica en su época. 1194-1270.
Muhammad ibn Nasr, Alhamar el Rojo. Primer rey de la dinastía de los nazaríes de Granada. Muere en 1273.
Muhammad ibn Hud Baha al Dawla. Sucesor de Zayyán ben Mardanish en Murcia.
Nicolás de Valverde. Noble aragonés, al servicio del príncipe Pedro.
Nuño González de Lara. Capitán castellano.
Obispo de Magalona. Soberano de Montpellier.
Pedro Cornel III. Noble aragonés. Sobrino materno de Jimeno Cornel. Mayordomo y alférez del reino de Aragón. Muerto en 1262.
Pedro de Ayerbe. Hijo de Jaime I y Teresa Gil de Vidaure.
Pedro del Rey. Hijo de Jaime I y Elvira Sarroca.
Pedro Fernández de Azagra. Noble aragonés, señor de Albarracín. Padre de Álvaro Pérez de Azagra.
Pedro Fernández de Híjar. Hijo de Jaime I y de Berenguela Fernández. 1245-1299.
Pedro II de Queralt. Noble catalán al servicio de Jaime I, apodado Corazón de Roble. Nacido en Santa Coloma de Queralt en Tarragona. Muere en 1275.
Pedro II el Católico. Padre de Jaime I. Muere en 1213, en la batalla de Muret.
Pedro Ibáñez. Maestre de la Orden de Calatrava.
Pedro Jordán de Ejea. Señor del castillo de Navardún.
Pedro Maza. Noble aragonés al servicio de Jaime I.
Pedro Pérez. Falsificador de moneda.
Pedro Ramírez. Falsificador de moneda.
Pedro Sánchez de Monteagudo. Gobernador de Navarra.
Pedro. Hijo de Jaime I; primer varón habido con Violante. 1240-1285. Pasó a la historia como Pedro III de Aragón.
Pere de Berga. Consejero catalán del príncipe Pedro.
Pere de Castellnou. Caballero catalán.
Pere de Centelles. Obispo de Barcelona a la muerte de Berenguer de Palou. Muere en 1252.
Pere de Moncada. Noble catalán.
Pirulifo de Alejandría. Personaje fantástico.
Ponce de Vilamur. Obispo de Urgel.
Puig. Familia catalana.
Puigvert. Casa nobiliaria catalana.
Raimond Atbrand. Consejero de Jaime I en Montpellier.
Raimundo VII. Conde de Tolosa. Hijo de Raimundo VI y de Juana Plantagenet. Muerto en 1249.
Ramón Berenguer V. Primo de Jaime I en la infancia de Monzón; conde de Provenza e hijo de Alfonso, el hermano pequeño de Pedro II el Católico. 1198-1245.
Ramón Bleda. Nnoble catalán.
Ramón de Peñafort. Monje dominico. Introdujo la Inquisición en Aragón. Consejero de Jaime I. Vivió cien años. 1175-1275.
Ramón Folch de Cardona. Noble catalán, hermano de Guillem.
Ramón Llull. Filósofo, teólogo, poeta, astrólogo y misionero mallorquín. Muere en 1316.
Ramón Marquet. Almirante al servicio de la corona de Aragón.
Ramón Martí. Predicador dominico.
Ricardo de Cornualles. Sucede a Guillermo de Holanda como emperador del Sacro Imperio. Segundo hijo de Juan I de Inglaterra. 1209-1272. Contrajo matrimonio con Sancha de Provenza.
Roger IV de Foix. Hijo de Roger Bernardo de Foix, el Grande. Muere en 1265.

Ruiz Jiménez. Sacerdote de Huesca.
Salamón. Musulmán cristianizado, alfaquí de Jaime I.
Sancha. Tercera hija de Jaime I y Violante. 1246-muere antes de 1275.
Sancho de Castilla. Hermano de Alfonso X.
Sancho VII. Rey de Navarra, llamado el Fuerte. Hermano de Berenguela de Navarra, esposa de Ricardo Corazón de León y reina de Inglaterra. 1154-1234.
Sancho. Último de los hijos de Jaime I y Violante. 1250-1275. Fue arzobispo de Toledo.
Saturnino. Hermano del monasterio de Veruela.
Sharuk ibn al Mihrak. Sirve a Al Watiq.
Sibila de Saga. Esposa de Arnau de Cabrera, última amante del rey.
Teobaldo II. Rey de Navarra. Hijo de Margarita de Dampierre y Teobaldo I.
Teobaldo I. Rey de Navarra, conocido como el Trovador. 1201-1253.
Teresa Gil de Vidaure. Tercera esposa de Jaime I. Muere en 1285.
Tomás de Aquino. Amigo de Ramón de Peñafort. Teólogo y filósofo dominico. Muere en 1274.
Tomás de Junqueras. Jurista al servicio aragonés.
Urbano IV. Jacques Pantaleón. Papa que sucede a Alejandro IV.
Velasco. Casa noble castellana.
Ventimiglia. Conde capitán al servicio de Manfredo.
Vidal de Cañellas. Catalán, obispo de Huesca, compilador de los distintos Fueros de Aragón en época de Jaime I. 1190-1252.
Violante de Hungría. Segunda esposa de Jaime I. 1215-1251.
Violante. Hija de Jaime I y Violante de Hungría. 1236-1301. Casada con Alfonso X el Sabio y reina de Castilla.
Zayd Abou Zayd. Caudillo almohade de Valencia y Murcia. 1195-1268.

Edición en formato digital: 2023

Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
www.literaria.algaida.es

ISBN ebook: 978-84-9189-864-1